

**UN CHIQUILLO Y OTROS
HENRY JAMES**

UN CHIQUILLO Y OTROS



HENRY JAMES

<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

UNA VIDA

Los detractores de Henry James, que los hay, podrían aportar este libro como prueba concluyente de muchas de las faltas de las que este escritor suele ser acusado. No me refiero tanto al estilo —que se presupone endiablado— como a la andadura del relato, a su característica manera de anunciar una cosa y transcurrir luego por derroteros bien distintos. Lo que anunciaba James, lo que se esperaba de él, era un libro de recuerdos concernientes a su hermano, el filósofo William James, cuya muerte en 1910 movió al novelista —que a la sazón, contaba ya con sesenta y siete años— al cumplimiento de lo que se le imponía como un piadoso deber fraterno. Su primera intención, al parecer, fue seleccionar algunas cartas juveniles de su hermano y acompañarlas de una breve semblanza biográfica. Con este propósito, cuenta su secretaria de entonces, se recluyó en sus habitaciones de Chelsea y, sin otro apoyo que un puñado de cartas familiares, comenzó a dictarle a su ayudante lo que, antes de entrar en la materia anunciada —es decir, antes de que el relato alcanzara la edad en que William pudo empezar a escribir cartas— se había convertido ya en un libro de dimensiones medianas, que James juiciosamente cerró con el episodio de su propia enfermedad y convalecencia en Boulogne-sur-Mer en 1857, a sus catorce años. Esta primera entrega, circunscrita a los recuerdos infantiles de su autor y sólo intermitentemente alusiva a la infancia de su hermano, vio la luz en 1913 con el título *A Small Boy and Others*, y es la que hoy ofrecemos al lector español. Al año siguiente se publicaba un segundo volumen (*Notes of a Son and Brother*), que se ajustaba más al plan previsto e incluía un buen número de cartas acompañadas de sucintas y no siempre iluminadoras glosas por parte del autor. La obra, no obstante, adquiere acentos conmovedores cuando James entra de lleno en uno de los asuntos que más han dado que pensar y escribir a sus estudiosos y biógrafos: su devoción (más que amor) por su prima Mary Temple, de la que traza un espléndido retrato que deja entrever algo más que simple admiración por el carácter y la belleza de quien fue modelo de buena parte de las heroínas jamesianas y, casualmente, objeto de atención preferente de la última biografía dedicada al autor: *A Private Life of Henry James*, de Lyndall Gordon, publicada en 1998. Por una vez, piensa uno, la discreción y el pudor de James resultan más elocuentes incluso que el escrupuloso amor al dato de los eruditos. Una tercera entrega inconclusa —*The Middle Years*—, que debería haber cubierto los primeros años maduros de James, fue publicada postumamente en 1917. Los tres escritos no fueron reunidos en un solo volumen, bajo el sencillo título de *Autobiography*, hasta 1956.

Como vemos, pues, William James ocupa un lugar bastante secundario en la serie de recuerdos que presuntamente le dedica su hermano, y esto ocurre desde las primeras páginas de *Un chiquillo y otros*. Sin embargo, sin la presencia de William estas páginas no tendrían razón de ser, y carecerían de algo que Henry James juzgaba imprescindible para abordar un escrito: un punto de vista. La rememoración de James no busca tanto una biografía fiel del personaje que la

motiva como una especie de espejo moral en el que contemplarse a sí mismo desde la perspectiva adecuada y a la distancia correcta. Lo que James pretende descubrir en el espejo en el que se mira al mirar a su hermano es, nada más y nada menos, que su propia otredad con respecto al brillante y dispuesto William y, de paso, con respecto a casi todo bicho viviente que la memoria le ponga por delante. Y responder, también, a una pregunta que, con distintas formulaciones, todos nos hemos hecho alguna vez: quién demonios soy, qué hay en mí que me haga irreductiblemente distinto a aquellos que han respirado los mismos aires que yo, han ido a las mismas escuelas, han compartido incluso casa y familia conmigo. James parece encontrar la respuesta en la constatación del desarrollo, por su parte, de una actitud contemplativa que, con el tiempo, se convertiría en un riguroso método literario... Un método que los lectores de James conocen bien, y que podría definirse como una especie de indagación exhaustiva en la superficie de las cosas. James, al contrario que muchos de los novelistas que le precedieron, no busca tanto explicar como revelar. En manos de James, Emma Bovary no hubiese sido una cantera inmensa de antecedentes y motivaciones (mucho menos, sujeto paciente de taras hereditarias, como hubiese querido el método de Zola, o de oscuros traumas, como convendría, más adelante, al de Freud) sino objeto de una atención minuciosa, que hubiese puesto de manifiesto, a lo sumo, ciertos estados de ánimo, ciertas predisposiciones... Hubo, claro, quien se mofó de este método, y hasta quien, como H. G. Wells, lo parodió cruelmente. Pero lo que aquí importa es que no parece mal sistema para abordar la vida de uno sin caer en la impostura de autoexplicarse. Más que cortar la tela para ver qué hay detrás, lo que James hace es recorrer amorosamente su superficie y, a lo sumo, tirar de los hilos sueltos, hasta que la trama se le disuelve entre los dedos. Claro que, a veces, detrás de la tela no hay nada. O hay, a lo sumo, la constatación de una ausencia: por ejemplo, la de un mundo digno de ser invocado como telón de fondo de una vida que se quiere llamada a la apreciación y disfrute de los mejores frutos de la civilización. Lo que implicaba, en el caso de James, dar la espalda a su América natal y emprender un viaje redentor al otro lado del océano, allá donde prosperaban los "idiomas", los castillos en ruinas, los museos y las campesinas con pañolón y zuecos. Pero no conviene adelantarse. Apenas anunciado su piadoso propósito, decíamos, James empieza a incumplirlo al perderse, en la segunda o tercera página del libro, en un confuso esbozo genealógico, en el que sus biógrafos encuentran más de un error. Por ejemplo, su pretensión de que por las venas de los hermanos James —se me hace extraño llamarlos así, cuando los James verdaderamente famosos en la Norteamérica de entonces eran los que llevaban por nombre Franky Jesse— corría un tercio de sangre inglesa, procedente de su abuela paterna Catherine Barber, en realidad tan irlandesa como su marido, el primer William James. Una página más, y alcanzamos a entrever nada menos que a Ralph Waldo Emerson subiendo al piso de arriba de la casa familiar para elogiar al recién nacido William... Cuando vemos a Henry, poco después, sometido a un desfile de pintorescas institutrices, traído y llevado por su complaciente padre a visitas, compras, veladas de teatro, etc., y entregado a su pasión de quedarse "boquiabierto" o "embobado" ante el variopinto espectáculo que le depara el mundo, sabemos ya que, en todos esos terrenos, menos en el último, le ha precedido William. Nosotros, sin embargo, de la mano de Henry, permanecemos a la zaga del hermano mayor, y nos quedamos también embobados ante ese Nueva York de la primera mitad del siglo xix en el que se alternaban las casas acomodadas con las granjas, las incipientes avenidas con los descampados, y donde apenas había un hotel o dos dignos de tal nombre. Hay una cierta benevolencia en la mirada que el James anciano proyecta sobre este esbozo de sociedad, que no podía pasar de ser una caricatura de su amada Europa. Me atrevería a decir, incluso, que en estas evocaciones de la ciudad de su infancia, hay incluso una cierta complacencia en la celebración del tráfico enriquecedor, de la abundancia de toda clase de mercancías y de la tópica campechanía nativa. James, que en su juventud arremetió contra los excesos de Whitman (al que todavía alude un tanto esquinadamente en estas páginas), parece dirigirle un tácito gesto conciliador a ese ruidoso

paisano al que ya Rubén Darío, desde una perspectiva más ecuánime, había colocado en el mismo Olimpo que a los parnasianos franceses.

La mención de Whitman nos lleva a la cumplida serie de escritores que desempeñan, en este libro, la función de presencias tutelares. Emerson, Hawthorne y algunos miembros menos conocidos del "trascendentalismo" americano se alzan al fondo de las inusualmente avanzadas ideas educativas del padre de James y del entramado amistoso que une a éste con lo más granado de la vida intelectual americana de la época, desde Horace Creeley a Margaret Fuller. Thackeray y Dickens dan color y hondura de apreciación a los paseos de James por Londres o por Boulogne. Daudet le presta el punto de comparación justa para juzgar sus reminiscencias de los pensionados escolares, y un pasaje de *Los Rougon-Macquart* de Zola ilumina sus recuerdos del bautizo del Príncipe Imperial. Porque, entre otras cosas, *Un chiquillo y otros* es, también, la biografía de un lector precoz y empedernido, que cifra su felicidad en las visitas a ciertas librerías providenciales y encuentra en los libros iluminación para entender cuanto lo rodea y redención de las miserias cotidianas. Un libro, *La cabaña del Tío Tom*, le proporciona el trasfondo de cierta anécdota en la que resultan humillados unos vecinos de calle, de origen sureño, a los que se les fugan unos esclavos negros de su propiedad. Del mismo modo, aunque en otros ámbitos, *Lenore*, *Annabel Lee*, *El cuervo*, *La casa de las siete torres*, *David Copperfield* o *La feria de las vanidades* van marcando hitos en la formación de una conciencia activa que busca, entre otras cosas, perspectivas que proporcionen la necesaria hondura a un panorama que, por referencias, sabe limitado y empobrecido. Pero, más que un muestrario de las lecturas de Henry James (o, de un modo equivalente, de sus primeras experiencias de apreciación y disfrute del teatro, la ópera y las artes plásticas) este libro es una cantera de personajes que necesitaban de la existencia de este autor para poder ser reconocibles como típicamente jamesianos. No hay capítulo de *Un chiquillo y otros* en el que no encontremos a uno de estos personajes característicos, o a todo un ramillete de ellos. Por ejemplo, el de la madre adusta que, desde su retiro en Europa, no le perdona a su hijo que haya renunciado a una apacible existencia de refinado petimetre para morir en la Guerra Civil americana; o el pobre marido de "tía Helen", al que todos consideran una nulidad, y en el que James adivina, además de un pasado intenso (que incluye una carrera de marino y algún matrimonio anterior), una secreta lucidez con respecto a la pobreza del panorama que lo rodea; o el pintoresco "Henry el simple", cuyas capacidades mentales y morales inspiran serias dudas en sus parientes, aunque vivirá lo bastante para desmentirlos y asumir la administración de su propia fortuna... Qué espléndida colección de short novéis insinúan estos personajes. Que despejan, dicho sea de paso, cualquier reparo que las novelas y relatos de James puedan suscitar respecto a su presunta falta de relación con la vida.

Un buen trozo de vida casi sin desbatar, una verdadera *tranche de vie*, según la vieja aspiración realista, es lo que el lector encontrará en estas páginas densas y, a ratos, extenuantes, como lo es el recuerdo devanado en toda la amplitud de sus ramificaciones. Páginas que son, que serán, literatura viva, y de la mejor clase, en la medida en que el lector llegue a sentir que esta maraña densa, sinuosa, tiene la consistencia exacta de su propia vida.

José Manuel Benítez Ariza



I

En el intento de reunir algunos pormenores de los primeros años de William James y presentarlo en su entorno, en su atmósfera inmediata, nativa y doméstica, con la intención de que cualquier testimonio futuro que de él se recoja pudiera ganar en inteligibilidad e interés, comprobé que una de las consecuencias de mi indagación en el pasado se imponía en buena medida a las otras. Porque fue principalmente a la memoria, en primer lugar, a quien hube de reclamar esos pormenores; y yo había sido lo más parecido a un testigo de los primeros pasos de mi hermano, y un partícipe demasiado cercano, por afecto, admiración y simpatía, de todo aquello que le afectaba y concernía, como para no sentirme en posesión siquiera de una cantidad de verdades significativas y de un puñado de la sustancia misma de la historia mayores que los que yo podía aspirar a expresar o emplear. Recuperar algo parecido al íntegro tesoro de circunstancias dispersas y malgastadas suponía, al mismo tiempo, volver a vivir la misma experiencia pasada, tan honda y rica y singular, cualesquiera que hubieran sido sus más tristes y ásperas intensidades, e incluso sus entresijos más pobres y endeblés, como los hay en la experiencia de cada cual; y el resultado de esto, a su vez, fue que, una y otra vez, se me hacía difícil elegir entre las partes de mi materia: tan inseparablemente, tan bellamente parecían arracimarse, y de tal modo el conjunto se resistía a toda mutilación o rehusaba ser tratado de otra manera que con generosidad. Lo que significaba que las facetas empezaron a multiplicarse, que todo un enjambre de imágenes (en la medida en que se dejaban ver) reclamaban atención, en su condición de verdades y afectos; y

que, decididamente, podía congratularme sobremanera de mi relación con la mayoría de ellas, estimándolas, como reza el dicho, en lo que valían. Llamar a la puerta del pasado fue, en una palabra, verla abrirse de par en par ante mí; ver cómo el mundo que había dentro empezaba a ordenarse con una gracia propia alrededor de la figura principal, verlo poblarse vivamente e insistentemente. Tal es el ámbito de mi rememoración, y en tal medida son estas anotaciones, abundantes y sin trabas, un ejercicio de amor y lealtad. Como grupo, me parece, componíamos tal elenco de caracteres, tal cuadro de contrastes, y un conjunto tan cohesionado, tan unido, tan entremezclado, que cada uno de nosotros, según esta cariñosa apreciación, reclama ser preservado; y yo mismo, en relación a lo que digo poseer, pienso que me avergonzaría, como si de un frío acto de impiedad se tratase, de despreciar en alguna medida cualquiera de estos elementos. A lo que puedo añadir, quizá, que me enfrento a la desventaja, innata e ingénita, de ver todo aquello que la memoria y el afecto conserva de cada uno de estos momentos revividos y recobrados en, digamos, su viva imagen y su escenario propio: a la luz de las únicas condiciones en las cuales la vida me ha expuesto a la experiencia. Y mimo el momento y evoco la imagen y vuelvo a pintar el escenario, aun siendo apenas capaz de expresar, al mismo tiempo, con qué grado de dominio y de exclusividad, durante años y años, estuvo ese campo animado y esa aventura condicionada, en lo que a mí respecta, por la cercanía de mi hermano y por esa presencia del genio en él de la que yo, desde el primer momento, jamás he dudado.

El "principio", en fin (pues retrocedo hasta el comienzo por el puro placer de sentir nuestros piecitos posarse una vez más en tierra y avanzar de nuevo a trompicones), el principio tuvo lugar hace mucho tiempo, y muy lejos. Y, sin embargo, desde allá me llega su resplandor, como desde una neblina dorada, con todo el encanto que depara a la imaginación y a la memoria el esfuerzo sostenido y recompensado, la nitidez en medio de lo borroso, el color de la vida en medio de lo gris, el asombro del conocimiento en todo; siendo entonces ese "todo", naturalmente, poco más que insignificante rutina. Sin duda como resultado, en parte, de haber pasado toda una vida —que ya va siendo aceptablemente larga— en el viejo mundo, el de nuestra infancia me parece jovencísimo, joven con una juventud que le pertenecía, distinta de la nuestra; como si llevase las vestimentas escasas y ligeras de la más tierna edad y poseyese poco más que las escasas propiedades y frágiles juguetes de ésta; o fuera, a lo sumo, un jovencito por hacer, un perillán revoltoso. Fuese como fuese, exhalaba una frescura sencilla, y su puro aliento me llega, desde el Albany de nuestra infancia, confundido con el aire mismo de aquellas largas tardes de verano, de momentos que tenían el sabor de una amplia libertad todavía sin libros, pero que ya empezaban a rebasar el ámbito de la cama (o la cuna); que tenían el sabor de aquellos melocotones del jardín al alcance de la mano, en un generoso territorio trasero que casi podría haber sido parte, todavía, de un pueblo; que tenían el sabor de tíos, tías y primos de todos los tamaños, y de legendarios criados de inevitable y tradicional origen irlandés, pródigos en dichos y en críticas a "la vida"; y, también, el de oscuras ramificaciones familiares y sobreentendidos locales (falsedades casi siempre) que daban su cosecha de anécdotas como si fueran ciruelas verdes; que tenían, sobre todo, el sabor de una casa grande, sombría, con carácter, en la que una abuela viuda, toda suspiros, de soltera llamada Catherine Barber, mantenía una actitud de consciente resignación ante las complicaciones y novedades y dispensaba una hospitalidad tan poco alegre, en apariencia, como ilimitada. Lo que a ella le gustaba, a aquella buena señora de muchas preocupaciones y cuidados, era la "narrativa del momento", las novelas, por entonces inmediatamente pirateadas, de las Trollope, Gore, Marsh y Hubback y de las señoritas Kavanagh y Aguilar, de las que hoy no quedan ni los nombres, pero que a ella la arrastraban a rincones tranquilos que me devuelven su figura inclinada sobre una mesa, el libro sostenido a cierta distancia y una sola vela alta colocada (aparentemente, sin causarle incomodidad, en aquella época de costumbres más sobrias y rudas) justo entre la página y los ojos. Hay una alusión muy viva a una o dos facetas suyas en cierto fragmento de "autobiografía espiritual", los recuerdos de un tal Stephen Dewhurst, que W. J. incluyó en aquellos *Escritos de Henry James* que dio a la

imprensa en 1885; alusión que tiene el interés de ser casi tan típica de mi padre (tendían a serlo todas sus alusiones en todos los aspectos) como de la persona o la ocasión evocadas... Yo ya había cumplido mis dieciséis años cuando ella murió; y, por ser la única que recuerdo de mis abuelos, arranca de la cuerda del afecto una vibración particular. Representaba, para nuestra generación, la única sangre inglesa (la de sus dos padres) que corría por nuestras venas; y confieso que, por más de una razón, creo apreciar que la imagen que me hago de ella se beneficia en gran medida de ese dato. Los otros dos tercios nuestros correspondían a otras dos razas; y recuerdo desde cuánto tiempo atrás reflexionaba —tengo la impresión de que no he hecho otra cosa que reflexionar— que, por mezclados que estuviesen en nosotros lo escocés con lo irlandés, la mezcla todavía ganaba una gracia añadida con el tercer elemento o dimensión. Es más: si hubiese podido elegir con plena libertad, no hubiese deseado recibirla de otra persona que no fuese la madre de mi padre, devoto como soy de esa hermosa fe en la fuerza vivificadora y caracterizadora de las madres; siendo consciente, no obstante, de que la familia de Catherine Barber llevaba, como mínimo, dos generaciones antes que ella respirando los aires de América. El padre de nuestro padre, William James, irlandés del condado de Cavan y protestante, había llegado a América poco después de la Guerra de la Independencia, muy joven y, por entonces, sin parientes. Mi padre, hijo segundo del tercero de los matrimonios que el país de adopción iba generosamente a proporcionar a aquél, había nacido en Albany en 1811. Nuestro bisabuelo materno por parte de padre, Hugh Walsh, había llegado a nuestras costas desde Irlanda (Killyleagh, condado de Down) un poco antes, en 1764, a los diecinueve años; se había establecido en Newburgh-on-the-Hudson, a mitad de camino de Albany, donde ha habido descendientes suyos hasta hace poco. Nuestro bisabuelo materno por parte de madre (es decir, el padre de la madre de nuestra madre, Alexander Robertson, de Polmont, cerca de Edimburgo) había cruzado igualmente el mar a mediados de siglo y prosperado en Nueva York, igual que prosperaba Hugh Walsh y, más señaladamente aún, iba a prosperar William James más arriba del Hudson: como afortunados y unánimes espectadores de este admirable río me gusta imaginarlos. Encuentro a Alexander Robertson inscrito como mercader en un diminuto directorio de Nueva York de finales de siglo; nuestra infancia en esa ciudad transcurrió, en lo que atañe a algunas de sus facetas, bajo la estela, ya reducida y limitada, cierto, pero no del todo apagada, de su sólido esplendor.



Henry James, Sr., padre de Henry y William

La dulzura de Albany probablemente residía en el hecho de ser nuestra admirada antítesis de Nueva York. Era las vacaciones, mientras que Nueva York era el hogar: al menos, así quedó fijada bien pronto la relación, puesto que debió de ser Albany la primerísima imagen que disfrutaron mis ojos. Nuestros padres habían ido a pasar allí un año o dos, para estar con nuestra abuela a la vuelta del primer viaje de éstos (más bien, el primero de mi madre) a Europa, que tuvo lugar justo después de mi nacimiento y duró, según parece, alrededor de año y medio. A él habré de referirme en otro momento. La de Albany sería, pues, su primera experiencia de llevar una casa, ya que me parece recordar que el invierno que siguió a la boda lo pasaron en la antigua Astor House, que no era antigua entonces, y sí el gran hotel moderno y elegante de Nueva York, el único con tales pretensiones, y el que de alguna manera iba a proyectar su imagen imponente, la de un enorme cubo de granito con vastos interiores cálidos y oscuros, sobre algunas de las posteriores y más sensibles etapas de mi infancia. Evidentemente (u oscuramente, debería decir quizá), mis padres volvieron a recurrir a ese alojamiento en diversas ocasiones; como ya lo habían hecho con anterioridad, y con tan felices resultados como el de que el 9 de enero de 1842 mi hermano mayor hubiese venido al mundo allí mismo. Éste siempre cultivó la leyenda de que R. W. Emerson, amigo de nuestro padre desde tiempo atrás y también entonces en Nueva York y en aquel céntrico refugio, era orgullosa e insistentemente "llevado arriba" para admirar y dar su bendición al recién nacido, el que iba a convertirse en el segundo William James americano. He de mencionar que la bendición tendría ocasiones de renovarse, en el sentido de que, entre las impresiones de los años que siguieron, fácilmente distingo la de la presencia ocasional del gran y atento Emerson en la calle Catorce, centro de muchas imágenes, donde mis padres fueron a plantar sus reales, ya para no moverlos, poco después. Lo que de momento me interesa, sin

embargo, es identificar el escenario de nuestras impresiones primeras; de las mías al menos, que son de las que mejor puedo hablar.

Una de éstas, y probablemente la más inmediata en manifestarse, fue la de mi hermano ocupando un lugar en el mundo al que yo no podía aspirar en absoluto, y con respecto al cual me parece haber sido siempre consciente de haber renunciado a toda pretensión. La pálida luz del recuerdo me devuelve la noción resignada y decidida de que lo veía ya por delante de mí del modo más ejemplarizante, sentado ya ante sus cosas cuando el mero intento de llevarme a rastras, entre lloros y pataleos, a mi primera hora de escuela fracasaba en el umbral de la Casa Holandesa de Albany, tal como lo he referido en otras páginas (igual que recuerdo haber tomado prestado un esbozo de los "interiores" de mi abuela en cierta obra de ficción). Ese fracaso de mis facultades, o esa indiferencia hacia ellas, mi retirada entre alaridos de la Casa Holandesa, supuso convertirlo a él, ya para siempre, en el ejemplo en persona, dondequiera que llegara a plantearse la cuestión de mi llegada —si es que llegaba— con retraso y malhumorado; como si en los dieciséis meses en los que su experiencia del mundo precedía a la mía me hubiese tomado tal ventaja que yo jamás, en lo que duró nuestra infancia y juventud, logré ponerme a su altura o adelantarlo. Siempre estaba a la vuelta de la esquina, fuera de mi vista, volviendo a hacer acto de presencia solamente en sus horas de esparcimiento. Nunca estuvimos en la misma aula, en el mismo juego, ni siquiera llevando el mismo paso o en la misma fase a la vez; quiero decir que cuando nuestras fases venían a coincidir, aquello duraba apenas un instante: él ya había salido apenas yo había acabado de entrar. No puedo pretender ahora establecer qué ventaja había llegado realmente a alcanzar en un momento dado; lo que veo es que yo, por mi parte, me mantenía permanentemente, dolorosamente detrás, y que esta relación, tanto entre nuestros campos de interés como entre nosotros mismos, parecía cosa normal y preestablecida. Me llena de asombro el descuido, el extraño proceso de despilfarro, con el que la naturaleza y la fortuna se ocupan a veces de aquellos cuyos talentos se reducen a su imaginación y sensibilidad. Tienen tan poco que "exhibir" durante esos años desconcertados y obsesivos que, en mi opinión, estos pasmarotes (que es lo que, con frecuencia, parecen) se asemejan al viajante de comercio que ha perdido la llave de su muestrario y pasa por tonto mientras otros hacen sus demostraciones.

Con todo, alcanzo a recobrar un recuerdo borroso de mi sumisión final, aunque éste no sea más que el débil fantasma de una impresión y consista tan sólo en la luz turbia de un aula de parvulario, mero soporte de un rumor de pasos y voces chillonas y del calor que aguantábamos, y también de la melancolía que causaban ciertos "cristales brillantes" que eran tapados intermitentemente, sin que ello supusiera ningún estallido de alegría, por un enorme objeto cimbreado y dominador. Este objeto dominador, la pastora del rebaño, era una tal Miss Bayou o Bayhoo... No recuerdo más que el sonido extranjero de su nombre, que la memoria guarda sólo porque puede que ella fuese de la misma raza que su templo de sabiduría, que estaba frente a la casa de mi abuela al norte de la calle Pearl y realmente justificaba sus pretensiones de exotismo por su arcaico frontispicio amarillo, de esa misma clase de ladrillo, creo, que fabrican en el país de los diques, dispuesto en una serie de escaloncitos desde la base del tejado hasta la punta... Confieso que estas imágenes están sujetas a una vaga confusión. Que, de alguna manera, el tiempo ha consagrado ya, y de la que insiste en destacarse alguna clase de escena, que añade un matiz de verdad al conjunto. En esa confusión pervive el brillo mismo de las losas desiguales de la acera, el olor de los adoquines, la pretendida gracia de la umbría (pues me parece verlo todo como desde debajo de los árboles), la forma de la calle Steuben, que se extendía ante nuestra vista, en la distancia, empinándose hasta rozar la esencia misma de la aventura, con su cima y, a continuación, una caída honda y peligrosísima. En ella pervive también la apariencia de la otra casa: la otra, mucho más pequeña que la de mi abuela, convenientemente cerca y visible desde ésta. Era de un rojo rosáceo salpicado de blanco (mientras la de mi abuela era de un marrón grisáceo, muy serio), y debía estar un poco apartada de la calle, ya que todavía me parece estar columpiándome, o al menos encaramado, en una distendida cancela de acceso que estaba

pensada para funcionar mediante una cadena de hierro de la que colgaba una bola grande; todo, una vez más, a la sombra de un árbol y con esos escalones altos, sí, altísimos, de piedra blanca (¿no tendrían que haber sido de mármol?) y esa puerta con montante en la fachada rosácea, a mi espalda: ante ese mármol y ese rosa me embarga la emoción. Había también otras casas; una, motivo de la primera visita de cumplido que lucha por asomar entre las tinieblas de mi vida social consciente: una visita con mi padre —que me llevaba, seguramente, con el cariñoso propósito de exhibirme (pues, si mis aptitudes no eran dignas de exhibición, mi apariencia y mis largos bucles rubios, cuyo sacrificio entre lágrimas recuerdo con toda claridad, parece ser que sí lo eran ante una de mis tías, la más joven de las tres hermanas de éste, casada no hacía mucho; y que, predestinada a una muerte temprana, se me aparece ahí, vagamente espectral, con largos y leves tirabuzones en la frente, como era moda entonces y, parece ser, el distintivo de todas nuestras tías por parte de padre; con el interés añadido, para el recuerdo, de vivir en la calle del Alce (nombre de por sí vagamente portentoso, como si evocase bestias no del todo exorcizadas), más o menos bajo el ceño de ese Capitolio que, desde lo alto de alguna parte y bajo las más densas sombras, se alzaba, familiar e impresionante, al fondo de toda vista o referencia de Albany. He visto otros capitolios después, pero debió ser entonces cuando quedó condensada en mi mente toda la majestad del término —a pesar, en fin, de que la relación fuese indirecta y la imagen concreta, la de su fábrica primitiva, fuese pretenciosa, dudosamente reemplazada hace tiempo—, de modo que a esta impresión primera ha habido que aplicarle, con posterioridad y como reza el dicho, una rebaja. Además ¿no había salido ésta reforzada, ya entonces, en esa particular hora capitolina, por el hecho de que nuestro tío, el marido de nuestra tía, fuese hijo de Martin Van Burén, el que fuera presidente? Esto, como mínimo, estimulaba la imaginación; o estimula, en cualquier caso, mi imaginación presente, contribuyendo a eso que he llamado "vaga confusión".

La confusión se aclara, no obstante —aunque la vaguedad permanece—, cuando renuncio a retroceder demasiado y me hallo bajo la luz más amplia de los regresos, educados y conscientes, al lugar; pues la educación neoyorquina, que disfruté hasta mis doce años, no consiguió marchitar su aura romántica. Las imágenes que realmente distingo se mueven en un medio más maduro, aunque resultan más asombrosas aún. La otra casa, la casa de la limitada estancia primera de mis padres, se convierte en la de aquellos numerosos primos que entonces gozaban de más preeminencia ante nosotros: la variada carnada presidida por la segunda hermana de mi padre, Catherine James, que se había casado muy joven con el capitán Robert Temple, del ejército de los Estados Unidos. Ambos morirían jóvenes, y sus hijos, seis en número, varones los dos mayores, iban a poblar de un modo muy señalado nuestro escenario primigenio; lo que es especialmente cierto de tres de ellos: los dos hermanos, tan distintos, y la hermana segunda, Mary Temple, radiante y singular, extinguida en la flor de la juventud tras haber dejado en muchas personas —incluidos nosotros— una impresión que, en ese armonioso círculo, iba a convertirse para siempre en materia de leyenda y referencia sagradas, de devoción incluso. Éstos y otros fueron los numerosos amaneceres a los que pronto, y en tantos casos, iban a seguir los cada vez más hondos ocasos finales: la crónica de muertes tempranas, carreras truncadas, promesas incumplidas y niños huérfanos que vino a ofrecer la familia de nuestro padre... Sonará despiadado, pero parte del encanto que la casa de la abuela tenía para nosotros (o mejor hablo sólo por mí) estribaba en el hecho de ser, en gran medida, un acogedor orfanato con sala de juegos y cuarto para niños. Lo llenaban los hijos de sus hijas y nueras desaparecidas: en su mayoría niñas, a quienes los yernos e hijos supervivientes visitábamos de vez en cuando, con la mayor confianza. De alguna manera, los primos sin padres eran más fascinantes que los que los tenían; y más fascinantes aún cuando, según la curiosa moda de la época, se les enviaba a la escuela a Nueva York antes de ser enviados a estudiar a Europa. Pasaban retazos de vacaciones con nosotros en la calle Catorce, y creo que la idea primera que me formé, entre estos recuerdos, de aquel envidiable grupo llegó a tener tan poco que ver con padres o madres, a estar tan

escasamente sumida en el ámbito inmediato, que la emoción de la vida parecía residir en una especie de improvisación constante de nuevas situaciones y horizontes, bajo la batuta de ciertas autoridades distantes. El caso es que éramos intensamente hogareños, aunque sólo fuera porque sentíamos que nuestras ataduras infantiles eran cómodas; y en verdad eran tan cómodas, comparadas con otras situaciones de las que teníamos atisbos esporádicos, que la primera idea segura que me hice de la verdadera opulencia fue la de que pudieran mandarnos por separado a vivir entre fríos e incluso crueles extraños, para sentirnos allí embargados de nostalgia. La nostalgia era un lujo que recuerdo haber añorado desde la edad más tierna; lujo que me fue negado de la manera más antinatural, o más prosaica, posible. Nuestro primo Augustus Barker, huérfano de madre, llegó de Albany para ingresar en la Institución Charlier (o quizá se tratase, como sospecho, de un espécimen anterior, cuyo nombre he olvidado, de esa clase de establecimiento francés para muchachos que entonces, y durante muchos años después, florecía tan incongruentemente en Nueva York); y aunque manifestaba una completa satisfacción ante los placeres disfrutados en nuestra inocente compañía, yo sentía que él estaba embarcado en una ardua y esforzada aventura, mientras nosotros no hacíamos otra cosa, en comparación, que aferrarnos a la seguridad de la costa.

II

Los dos, William y yo, fuimos alumnos externos en ciertas expendedurías de saber cuyo número y sucesión despiertan aún hoy mi asombro. Llama la atención, al mirar atrás, el hecho de que el número de cambios no podría haber sido mayor, ni siquiera en el caso de que nuestra presencia hubiera sido objeto de continuo rechazo; y tengo la más absoluta certeza de que, puesto que mi hermano destacaba por su viveza y brillantez y yo era del todo inofensivo, esta clase de reproche nunca llegó a nuestra casa. Al principio era para mí una humillación, aunque fuéramos niños pequeños, el que nuestros instructores fueran siempre instructoras, lo que constituía una seria crítica tanto de nuestra valía como de nuestro espíritu. Desfila ante mí todo un ramillete de damas educadoras, cuyos nombres conservo aún. Por ejemplo, los de la señora Daly y la señora Rogers (con anterioridad, del "Instituto Femenino Chelsea" esta última, aunque en ese momento no era más que de la Sexta Avenida), cuyas bancas, en fin, no frecuentó mi hermano, por más que nos manejaban literalmente con guantes... Todavía veo esas elegantes prendas, mientras la señora Rogers, con una larga palmeta negra, lleva el ritmo de esa especie de zumbido o canto coral al que dedicábamos la mayor parte de nuestras horas. Y también la veo a ella: alta, derecha y enjuta, con un vestido azul claro, su cara firme encuadrada en largos tirabuzones negros, el sello del Instituto Femenino Chelsea en toda su persona. La señora Daly, claramente la sucesora inmediata de la nebulosa señorita Bayou, sigue siendo una figura sutancial; quizá, porque el modesto ámbito de su influencia ha logrado sobrevivir hasta el momento en que escribo estas líneas; por lo que, en ciertos apuntes sobre Nueva York publicados años después, me sentí movido a recordar, emocionado, el lugar: una de esas casitas rojas, al sur de Waverley Place, que consiguen retrotraer la imaginación a un orden social desaparecido. La mía, en particular, la llevan ante una dama corpulenta, de cara colorada y pelo gris, con un gran delantal; siendo esta última prenda, de alguna manera, un indicio de que, mientras se paseaba de un lado a otro con expresión resuelta, veía a sus alumnos como rebanadas cortadas del pan de la vida, sobre las que ella había de untar la mantequilla de la aritmética y la ortografía, realzada, a modo de ligero toque de mermelada, por su costumbre de dar premios. Recuerdo —justo es mencionarlo— una ocasión en que la mermelada fue, realmente, de la que se unta: por extraño que parezca, mi único recuerdo, en todos mis anales juveniles, de una merienda escolar... Un no sé qué de irreal en la atmósfera de la escuela en la inusitada hora última de la tarde o primera de la noche, y mesas que me parecían prodigiosamente largas, y sobre las que había trozos de comestibles de aspecto pegajoso. La dama corpulenta y colorada debía haber sido irlandesa, como implicaba su nombre.

¿O es sólo el aspecto indescritiblemente irlandés de su casa, en mi visita posterior, lo que me hace suponerlo? De cualquier modo, pertenece a una época de Nueva York en la que un poco más o un poco menos de color apenas se notaba en la lozanía imperante.

De pura cepa local, no obstante, eran la señorita Sedgwick y la señora Wright (Lavinia D.), las siguientes figuras de la procesión. Procesión que iba a cerrarse, en fin, con dos reclutas extranjeras: la pequeña *mademoiselle* Delavigne, morena y vivaracha, que nos atiborró de lengua francesa en casa y que nos había sido presentada como sobrina (¿o sobrina nieta?) del celebrado Casimir; y una imponente dama rusa, con una esclavina extraordinariamente corta (me agrada recordar aquella moda de las esclavinas cortas) de la misma tela que su vestido, y unas trenzas merovingias que parecían requerir la corona de Fredegunda o Brunilda para completar su efecto. Este último y agravante miembro del sexo comprometedor, debo añadir, comparece ante mi imaginación como un personaje pasajero, a pesar de haber vivido en nuestra casa; mientras que a *mademoiselle* Delavigne la recuerdo revoloteando de un lado a otro sobre unos ágiles pies de ejemplar finura, más o menos calzados con zapatillas: los pies con suelas planas de Luis Felipe y de las figuras femeninas de aquellos volúmenes de Gavarni, actuales y contemporáneos entonces, que se guardaban en un mueble situado entre las ventanas del salón de la casa de la calle Catorce, junto a unos tomos de Béranger enriquecidos con grabados al acero cuya extraña imagería me producía tal grado de asombro que, desde entonces, cualquier otra clase de ilustración me ha parecido comparativamente floja y fría. Estos volúmenes, y los arrebatadores tomos en folio de litografías de *Mansiones de antaño en Inglaterra*, de Nash, formaban un tesoro que se prestaba de un modo particular a ser extendido sobre la alfombra del salón, acompañado de la correspondiente presión sobre la misma superficie del estómago del pequeño estudiante y de la tranquilizadora agitación de sus talones. Percibo que le había sido concedido a Mlle. Delavigne representar mi primera percepción personal de Francia. Aparte de no ser nada tímida ni de piel rosada, era oronda, locuaz y toda una maestra en el andar, con unos andares ligeros que implicaban la agitación de sus faldas cortas. Ahí estaba, al detalle, en la página de Gavarni, dando fe de la realidad de ésta; mientras que la página, a su vez, (no hablo, por supuesto, de las profundidades inexploradas del texto adjunto) daba fe de lo acertado de su persona. Con el tiempo llegué a sentir (es decir, a saber) cuántas impresiones y apariencias, qué amplio sentido de las cosas prefiguraban su tipo y tono. Con respecto a lo efímero de la imponente dama rusa (tan rancia ella, no lo puedo expresar de otra manera), podía deberse a que la pureza de su acento francés había sido puesta alguna vez en cuestión. Era uno de sus atributos, y el fundamento del interés que nos merecía, el haber venido directamente de Siberia, y recuerdo con toda claridad que su pronunciación fue puesta a prueba por un amigo de la familia, sin provocar (lo que resultó bastante patético) la única respuesta posible: el alegato de que la pureza que echábamos en falta hubiera sido un desperdicio con aquellos jóvenes bárbaros. Aunque puede que la nota siberiana no fuese sino la menor de las incongruencias de nuestra inquilina. Sobre todo, era demasiado grande para un trabajo tan pequeño; era demasiado heroico, sin duda, por su parte, cernerse así sobre nosotros... Y sus dimensiones se me aparecen sólo para borrarse... mientras sus sucesoras aguardaban su ocasión.

Entretanto —volviendo atrás por un instante—, si esta abatida conciencia de nuestro acobardamiento educativo bajo la mirada femenina (y, para colmo de males, se daba también la circunstancia degradante de que con nosotros convivían y contendían las Chicas, y nosotros pasábamos por el aro, aunque en casa no nos rebajásemos a jugar o a tratar con las que no pertenecieran al enjambre de primas), si esa sentida incomodidad no coincidía del todo con el efecto irónico de las apariciones de "Gussy", con sus regresos de las brumas y su vuelta a ellas, nuestra situación resultaba, en comparación, un tanto más airosa. Él siempre tendría muchas más cosas que contarnos que nosotros a él. Reflexionando, me doy cuenta de que el periodo más penoso no pudo haber durado demasiado. El último ceño femenino pendiente de nosotros sería el de Lavinia D. Wright, cuya relación con nosotros aparece fechada por un curioso recuerdo. Un

compañero de la escuela me mostraba con orgullo, durante aquella etapa, una hermosa tarjeta coloreada y notoriamente adornada con dorados e irisaciones, que representaba la primera de todas las "grandes exposiciones" de nuestra época, la del Palacio de Cristal de Londres de 1851, que su padre acababa de visitar y de donde le había enviado el deslumbrante memento. En 1851 yo tenía ocho años y mi hermano poco más de nueve; además de lo cual recuerdo con toda claridad, primero, que no permanecíamos fieles por mucho tiempo, o por más de un invierno, a un mismo escenario de estudio; y, segundo, que entre los instructores que vinieron después de la señora Lavinia no hubo otro de su sexo, a no ser que incluya a la señora Vredenburg, de New Brighton, donde pasamos el verano de 1854, cuando ya había cumplido yo los once años y me sentía desconcertado por la constatación del papel que la "asistencia a la escuela" iba tristemente a jugar en las, hasta entonces, nunca ensombrecidas vacaciones largas. Esto fue así, al menos, para mí y para el hermano que me seguía en edad, Wilky; que, bajo la presunción entonces manifiesta de su "comunidad de intereses" conmigo, fue, en adelante, durante algunos años, mi *extremadamente* dócil compañero de fatigas y juegos. A William, un pozo de sabiduría (desde la infancia lo he considerado siempre un pozo de sabiduría), no le hicieron semejante jugarreta. Aquel verano descansó o perdió el tiempo, a costa de lo acumulado; cosa que, en mi calidad de testigo de esa acumulación, no me causó la más mínima extrañeza. Constató una vez más que nada había vuelto a extrañarme desde que me dijo, hacia el final de nuestro periodo con Lavinia D., y con la autoridad que le es característica (y a cuyo ejercicio, por su parte, contribuía tanto mi carácter como el suyo), que la dama en cuestión era una mujer muy preparada, tal como lo demostraban los Experimentos del piso de arriba. Era él, por supuesto, el que estaba en el piso de arriba, y yo en el de abajo, y sin saber de los "experimentos" poco más que requerían aptitudes. La región en donde se llevaban a cabo era el dominio natural de William, aunque tengo algún indicio de haberme asomado a ella y sentido un estremecimiento al ver a mi institutriz hacer una demostración de cómo apagar correctamente una vela. Apretó firmemente la llama entre el pulgar y sus dos índices y, al manifestarle yo que no comprendía cómo podía hacerlo, replicó de inmediato que, por supuesto, yo no podría hacerlo (y él sí) porque me daría miedo.

Esa observación sobre mi valor despierta otro eco de esa temporada; la misma, ya que la prueba en cuestión no fue otra que nuestra vuelta a casa a lo largo de la Cuarta Avenida desde algún punto en el otro extremo de la ciudad, y ese punto era el domicilio de la señora Wright en la calle Veintiuna este. El ferrocarril del Hudson estaba entonces en construcción, o lo estaban extendiendo hacia las estribaciones de la ciudad, a través de aquella zona por la que estallaba (o ésa era mi impresión infantil) un gran alboroto de explosiones y gritos y revuelo de banderas rojas cada vez que la pólvora introducida en el suelo rocoso estaba a punto de obrar su efecto. Teníamos la teoría de que nuestro paso por allí a primera hora de la tarde resultaba peligroso, y la impresión de haber visto fragmentos de roca que atravesaban los aires como rayos y derribaban por tierra a una más, y a otra, de las personas que trabajaban o se exponían. El punto de honor entre nosotros consistía, por supuesto, en desafiar el peligro, y vuelvo a sentir la emoción con que esperaba y, a la vez, temía que las banderas rojas, esas horripilantes señales que distinguíamos desde lejos, nos permitieran o exigieran renovar la hazaña. El que yo, por mi parte, no siempre la renovase puedo deducirlo del recuerdo de otras andanzas de la época, con respecto a las cuales me encuentro dividido entre su frescura, todavía presente, y la impresión de darles quizá demasiada importancia a estas minucias históricas. Confieso, sin embargo, que me atengo a la norma más fuerte (y es esa norma la que debe guiarme estrictamente en estas páginas) de que, desde el momento en que uno pretende trazar un cuadro, no puede ser minucia nada que la memoria perciba o el espíritu sea capaz de apreciar; y que la experiencia, en nombre de la cual hablamos, abunda en ellas, encuentra su lustre en ellas.

Había, de todos modos, otro camino de vuelta, con otros atractivos. Consistía en seguir todo recto en dirección oeste, hacia Broadway; un entorno que ejercía una clase distinta de fascinación, animado, creo recordar, por aspectos más vivos, por curiosidades y maravillas más

notables. La curiosidad por antonomasia era, por supuesto, la casa de campo (o lo que yo tomaba por tal) en la esquina nordeste de la calle Dieciocho, si no me equivoco: una casona parda rodeada de una parcela poblada de vida animal y que, a pesar de que en su emplazamiento hoy día apenas queda constancia de ello, sobrevivió en aquel lugar un número considerable de años. No tengo más que cerrar los ojos y mirar dentro de mí para ver, mientras me reclino contra los altos barrotes de hierro parduzco y me asomo a través de ellos, un idílico panorama de criaturas que pacen, picotean, desfilan... No muchas, pero todas de aspecto distinguido: dos o tres terneras elegantes, finas de forma y color, dos o tres cervatos mordisqueantes y un grupo destacado de pavos reales y gallinas de Guinea, aparte de otros (aunque esto no podría asegurarlo) ornatos más corrientes del corral. Reconozco que la escena, tal como la evoco, carece de grandiosidad, pero en cualquier caso tenía para mí la marca de la grandeza. .. Lo cual no hace sino mostrar hasta qué punto no era yo más que un chiquillo de ciudad, e iba a seguir siéndolo.

Por otra parte, de alguna manera me veo siempre solo en éstas y parecidas andanzas y contemplaciones neoyorquinas; y tengo la impresión de que era la sensación de estarlo, de ser, en cierto modo, amo y señor de mis pequeños pasos por todas esas calles seductoras, lo que le daba sabor a cada uno de mis banquetes casuales. Lo que despierta en mí, al mismo tiempo, cierto asombro ante la libertad de movimientos y las ocasiones de aventura que me eran permitidas a tan tierna edad; aunque bien puede esa extrañeza disminuir, después de todo, ante el triste pensamiento de que en casa no debían juzgarme nada temerario o aventurero. Lo que, al mirar atrás, me parece una infancia permisiva debía tener, como único fundamento, la convicción temprana, por parte de mis mayores, de que los únicos alborotos o juergas que yo había de conocer serían de orden mental. ¿Acaso no sabía yo, ya entonces, y con una lucidez y resignación que rayaban en el fatalismo, qué pensar de esto? Veo a ese jovencito vagabundear y quedarse boquiabierto una vez más, huelo la fría pintura terrosa y el hierro mientras los barrotes de la esquina de la calle Dieciocho rozan su nariz contemplativa; y, viéndolo condenado, no le niego ni un ápice de mi simpatía. Es una oportuna imagen reducida o advertencia de cuanto había de sucederle, y podría haber sido incluso más feliz de lo que era. Pues allí estaba la pauta y la medida de todas sus exigencias futuras: estar en algún sitio, sólo eso, cualquier sitio valdría, y recibir alguna clase de impresión o adquisición, sentir una relación o vibración. Iba a pasarse sin muchas cosas, muchísimas, como les sucede a todos aquellos en los que la contemplación sustituye hasta ese punto a la acción; pero en todas partes, en los años que bien pronto iban a venir y que se prolongaron mucho tiempo, en las calles de grandes ciudades —en Nueva York, todavía por algún tiempo, y luego en Londres, en París, en Ginebra, dondequiera que fuese—, iba a disfrutar más que nada con el escasamente ostentoso hábito de asombrarse, vagabundear, quedarse embobado... Verdaderamente, pienso, iba a sacarle gran partido. Qué le dio, en definitiva (es decir, qué le dio que pueda ser aducido) sería difícil de decir; pero a él esto le parece —cuando condesciende a estas cosas, a estas alturas— una educación como cualquier otra; y está cada vez más convencido de que ninguna educación es válida para la inteligencia si no despierta en ella alguna pasión subjetiva; y de que, por otra parte, prácticamente todo lo que actúe de ese modo resulta educativo en gran medida, por poco que pueda suponer dentro de un plan regular de formación. Extrañas son, en fin, algunas de las cosas que realmente han despertado una pasión subjetiva; despertado, quiero decir, en jóvenes predispuestos a una aplicación más o menos efectiva e inspirada.

III

Ahora sí que divago y me quedo embobado... Me sorprende haciéndolo; así que vuelvo a tomar el hilo de afectuosa reflexión que me guía a través de ser esa mistificación de "escuela

veraniega" a la que aludía más arriba; en una época en que el futuro todavía guardaba bien escondido en su seno lo que se entiende hoy en América por Escuela de Verano. La fuente de conocimientos de la que hablo debía de contigua a la casa que ocupábamos —la recuerdo de una proximidad tan íntima como inconvenientemente— y respondía a la demanda de aquellos padres neoyorquinos que, mientras veraneaban bajo las extrañas condiciones de entonces, cuando aún estaban por descubrirse las muchas maneras modernas de mitigar la vida gregaria y no se habían desarrollado los muchos refinamientos de la individual, daban por bienvenida casi cualquier influencia que pudiese contribuir de alguna manera a la urbanidad de sus hijos. Con todo, la influencia a la que me refiero la recuerdo más que nada como ruidosa, soporífera y polvorienta: a este respecto, debía de participar en gran medida del carácter general de New Brighton, un barrio al que ninguna instancia se había preocupado hasta ese momento de modelar, y que iba a seguir siendo desastrado e informe durante años, pues recuerdo que me produjo la misma impresión calamitosa en el verano de 1875. Mi vida, a estos efectos, parece iniciarse con impresiones de New Brighton. Del pasado me viene otra, considerablemente más infantil que la de 1854; tan infantil, que me sorprende que no se haya borrado: la de un lugar llamado el Pabellón, que debía tratarse del hotel que nos había cobijado durante julio y agosto y que, desde mi punto de vista infantil, no condicionado aún por prejuicios posteriores, tenía la forma de un gran templo griego resplandeciente sobre el azul del agua, con todo el esplendor de un pórtico blanco y un gran frontón amarillo. Así quedó fijada la elegante estampa, aunque grabada en un niño tan pequeño, recuerdo, que podía ser llevado fácilmente en brazos de una niñera fornida, y sumergido con la misma facilidad... Vuelvo a resoplar —como resoplé un buen rato— al sentir la inmersión salada que recibí en sus fuertes manos... Conforme escribo, me asombra la cantidad, la intensidad de las imágenes discernibles en el pequeño lienzo, incluso en su fase más tierna y vacía.

De alguna manera, relaciono con el periodo del Pabellón una visita efectuada con mi padre —al que decididamente debía gustarle pasearme, ya que tan sobrado ando de recuerdos de esta clase— a una familia con la que nos reunimos, en un día tórrido, en lo que me sorprendió como una especie de encantador emparado, y entre cuyos miembros se prodigaban tanto los lujos como las excentricidades. Eran numerosos los componentes de esta familia, eran hermosos, daban cuenta de sus comidas (o estaban dando cuenta de una en ese momento) al aire libre, y la figura más destacada del grupo era un enorme terranova a cuya espalda me montaron. Ésa debió de ser mi primera visión de una vida desahogada; y la pregunta que sigue es: qué edad tendría yo cuando mi peso estaba tan fantásticamente lejos de insinuar ulteriores desarrollos. Pero el encanto del momento estribaba, sobre todo, en lo que he llamado la nota excéntrica: en el hecho de que los niños, mis anfitriones, me hicieran clavar los ojos en sus piernas y pies sin medias ni zapatos, a la vez que mostraban no ser pobres o necesitados, sino ricos y bien provistos (por lo mismo que tomé su merienda al aire libre como señal de abundancia de comida), y que su estado de hijos de la naturaleza no era sino un refinamiento de la libertad y la gracia. Llegarían, la familia de aquella visión esplendorosa, a ser grandes y hermosos, llegarían a ser figuras históricas y heroicas, y a servir grandes causas; pero siempre, en mi afecto y en las imágenes del recuerdo, iban a moverse por la vida con los blancos pies desnudos de su belleza y lozanía originarias... Esto son fiorituras, pero el viejo lienzo insiste en extenderse o, al menos, permanece a la espera con ese aire que le es característico. El resto es silencio: a aquello no pudo seguir más que mi regreso —en calidad de carga extraordinaria para una visita matinal, incluso para el más complaciente de los padres— en compañía del mío a "nuestro hotel"... Siento, en fin, que ha llegado ya el momento de afrontar con todas las consecuencias la verdad histórica de que fuimos durante considerables periodos de tiempo, en nuestros primeros años, nada menos que niños de hotel. Entre las fases más lejanas y las más tardías en New Brighton se extendieron una serie de veranos que nos vieron instalarnos a todos con regularidad en cierto establecimiento que pasaba, según el entender de aquella edad sencilla, por ser un inmenso caravasar: el Hamilton, en la costa sur de Long Island, llamado así por su proximidad al fuerte de ese nombre (al que precedía, a la

entrada del canal, el fuerte Lafayette, la Bastilla de la Guerra Civil), que probablemente proyectó sobre el espíritu de nuestra infancia (al menos, sobre la de William y la mía) un hechizo más fuerte que cualquier otro escenario que se nos hubiera puesto por delante antes de alcanzar la adolescencia. Del recuerdo singularmente intacto de los detalles de toda esa experiencia extraigo, según veo, la capacidad de vanagloriarme de nuestra vergüenza: pues apasionante me parecía entonces ser niño de hotel, y no estaba en absoluto dispuesto a cambiar mi suerte por la de cualquier otra personita criada en mayor privacidad. Bastante privacidad, debía de pensar entonces, disfrutábamos a todos los efectos el resto del año... ¿Y cuándo no he sucumbido yo a los encantos del mundo contemplado a mis anchas? Ahí sí que había, en comparación, ocasiones de divagar y quedarse embozado; ahí sí que había una variedad infinita de apariencias humanas, que tenían como escenario una galería que mi asombro casi podía medir por millas. Era como si hubiese cobrado ya plena conciencia de que la escena social y sus habitantes me dirían siempre bastante más que otras realidades. Lo que me decían, por supuesto, no podía aún entenderlo. Pero, en cualquier caso, sabía que hablaban, y escuchaba sus voces, según creo recordar, con la misma atención con que el joven Edwin escuchaba, en el poema del doctor Beattie, el fragor de las tempestades y torrentes desde las nobles alturas de un saliente tendido sobre los más profundos abismos... Me atengo, de momento, a la pequeña historia de nuestro "verano de Vredenburg", tal como lo íbamos a llamar injuriosamente durante mucho tiempo; más aún por lo que supone como ilustración, a la luz de una edad posterior más feliz, del desarrollo (cuando no del estancamiento) de modales y costumbres en torno a nuestro lugar de nacimiento. Creo que nunca como en estos meses en particular habíamos estado tan desposeídos de las distracciones generales y públicas que refuerzan en los jóvenes las enseñanzas y ejemplos privados; desposeídos a favor del polvo, el solazo, los mosquitos, los cerdos, los chamizos y tabernuchas, sin paseos a pie y mucho menos en coche, con una intensa y repetida insistencia en los aspectos más sórdidos del lado irlandés de la vida... Había una residencia almenada en el cerro que dominaba el lugar. Muy alto recuerdo que me parecía el cerro, y muy majestuosa la construcción. Tenía torres y vistas y pretensiones, y pertenecía a un coronel al que creíamos muy bien plantado y trajeado (como si hubiese llevado espadín y botas altas, que no los llevaba, pero *debería* haberlos llevado, los habría llevado en una vida social más intensa) y cuyo hijo y heredero, también muy bien plantado y conocido familiarmente, en términos cariñosos, como Chick, gastaba casaca de terciopelo y pony y hasta creo que espuelas, lujos todos ellos que nosotros no teníamos; y era primo de unos chicos, los De Coppel, a los que habíamos conocido en la escuela el invierno anterior y que, por alguna razón (entre otras, la de ser invitados del opulento Chick), volvían a aparecérsenos en el terreno del ocio.

Estos De Coppel, sobre todo en la persona de Louis, el primogénito, se habían convertido en un ideal para nosotros; o, en todo caso, para mí; porque aunque yo, al igual que mis mayores, no estaba familiarizado con el valor de esa palabra tal como la uso aquí, ¿qué era mi incipiente conciencia de personas y cosas, qué eran mis primeras reacciones, distinciones y categorías, tanto en el campo de la observación como en el de la imaginación, sino una manera de buscar a ciegas eso? Los De Coppel (de nuevo, tal como los representa de manera especial y destacada el sutil Louis) gozaban del privilegio de ser europeos. En pleno curso 1853-54 habían dejado las orillas del lago de Ginebra para caer en el corazón mismo del selecto establecimiento para jóvenes caballeros del señor Richard Pulling Jenks, situado entonces en Broadway, pasada la calle Cuarta; y habían figurado recientemente en un desfile histórico, puede que con motivo de la celebración del aniversario de la ciudad de Coppel, en el que miembros de la familia, con armadura y a caballo, habían hecho el papel de barones de Coup o de Cou. El padre era, por tanto, del cantón de Vaud; sólo la madre era compatriota nuestra, y hermana del coronel de las almenas. Pero lo que constituía el rasgo más vivo de los hermanos (y muchísimo más vivo en el supersutil Louis) era su pronunciación francesa de ciertos topónimos nativos nuestros (por ejemplo, Ohio y Iowa), que él decía con una delicadeza hiriente, imperturbable, como si hubiese

sido Chateaubriand declamando *Les Natchez* en el salón de *Madame Récamier*: o-i-ó, i-o-wá... Un modo de proceder (y una ofensa infligida al estrecho círculo de pequeños neoyorquinos, todos ataviados con puños y punteras, que lo fulminaban con los ojos) que a mí me parecía, recuerdo, el colmo del valor. Pues éstos eran los nombres verdaderos, y los debemos en su totalidad a los exploradores franceses y a los jesuitas, y tanto peor para nosotros si no lo sabíamos. Me llena de admiración la coherencia, la superioridad, la sublimidad de Louis, tan poco juguetón y, sin embargo, tan buen jugador, a su manera. Era, por naturaleza, incorruptiblemente francés; como lo son, extrañamente, otras personas de ambos sexos que he conocido cuyo inglés era, por origen, incorruptiblemente americano; lo que da la impresión, en fin, de que lo que forma la barrera adecuada, la base racial incontrovertida no es más que la posesión del inglés indígena... (Qué extrañas son las reversiones que observamos en compatriotas latinizados a lo largo de una vida prolongada; cómo destacan las gotas del francés o el italiano de uso corriente en el idioma nativo usado, en comparación, en ocasiones aisladas, con el resultado de que la lengua extranjera se emplea como lengua doméstica y la doméstica, es decir, el inglés americano nativo, se emplea como lengua extranjera, o sin la seguridad heredada.)

Louis De Coppet, aunque teóricamente americano, y residente, era, por naturaleza, francés, y contribuyó a afianzar en mí ese "sentido de Europa" al que me siento llamado desde el despertar de mi conciencia; pervisión que parece exigir todas las justificaciones que pueda alegar, algunas de las cuales abordaré de inmediato. Él abrió perspectivas, y yo considero digno de aprecio a todo aquel que, de vez en cuando, le haga ese favor a unos ojos pequeños que se esfuerzan por ver; y, sin duda, nunca cumplió esa función en tan gran medida como cuando, en el curso de ese verano, me invitó a colaborar en la producción de una novela que se empeñó (*il se fit fort*) en ver impresa y publicada en cuanto el éxito (es decir, la finalización) coronara nuestro esfuerzo. Nuestro esfuerzo, ay, no alcanzó la corona, a pesar de varias reuniones solemnes y misteriosas, que dedicamos en su mayor parte a la cuestión de la publicación, mientras otras de más fundamento languidecían lastimosamente; y que me dejaron convencido de que mi amigo habría conseguido publicar nuestra historia, si hubiera conseguido escribirla. Considero que mi participación en este vano sueño fue la primerísima prenda ofrecida por la aprobación ajena al ejercicio de un don; aunque soy completamente incapaz de imaginar las razones de mi compañero para sospechar un don del cual, por aquella época, yo no había exhibido ni el más mínimo síntoma. Sin embargo, sus iniciativas lo daban generosamente por supuesto; lo que era, en cierto modo, un comienzo: un pequeño punto de partida, pero que no dejó de ser recibido con gallardía. Louis De Coppet, debo añadir, no alumbró más tarde, que yo sepa, ninguna obra propia. Lo vimos mucho después en Suiza, y luego supimos que se había casado con una joven dama rusa y establecido en Niza. Si deposito estos modestos laureles en su memoria, es porque él me proporcionó el primer, o al menos el más personal, acceso a esa afilada prefiguración de las maneras de "Europa" que, insertada como una cuña (o una estaca) en mis lealtades juveniles, iba a dividir tan tiernos órganos en mitades desiguales. Suyo el martillo que dio en el mismísimo clavo de oro.

Era como si ese más bien exiguo soplo de aire de otro mundo hubiese sido portador de un suave embrujo; por más que, cuando busco algún elemento placentero o agradable que pudiese haber destacado en medio de las envolventes condiciones externas de entonces, hallo mayor cantidad de situaciones en las que formas y modales fallaron de modo irremediable que de aquellas en las que el esfuerzo tuvo éxito. Nada me gustaría más que poder dar algún testimonio sobre cuestiones de gusto, de la conciencia de un interés estético, tal como se reflejaban en formas y apariencias; pues el rastreo de estos brotes y del desarrollo de estas cuestiones en la América de entonces resulta más interesante aún, si cabe, por su indudable exigencia de una esmerada atención. Alegres y vulgares dispendios, adelantos y éxitos se reflejan a cada paso, en cuanto volvemos la vista atrás; el ritmo acelerado de crecimiento y multiplicación material cuenta con

multitudes dispuestas a dar fe de ellos y a repicar campanas por ellos. Pero recuperar las cuestiones de orden formativo sería empresa de una "crítica superior", si la hubiera, y si ésta pudiera referirse a las cualidades y virtudes reales de las cosas: al estado de las costumbres, el trato personal, el afán por la excelencia, el sentido de las apariencias; la reacción intelectual en sentido amplio. Sin embargo, la idea de vadear estas profundidades habrá de limitarse, en lo que a mí respecta, a algún que otro chapuzón ocasional. De momento, me sorprende y me hace detenerme aquí la parte de verdad que representa el hecho de que nuestro entorno vital en las circunstancias de las que hablo bastaba para explicar el que un gran pórtico defensivo (el que, al parecer, nos rodeaba por completo, y muy sólidamente) se convirtiese en una balsa de salvamento en medio de una mar demasiado gruesa...; toda una mar gruesa, recuerdo, de cosas feas y desabridas. Puede que mi perspectiva particular aumente las cosas de un modo anormal (cuando no las empequeñece de un modo todavía más anómalo); pero aprecio en la gran construcción cubierta y resguardada una fuerza reveladora: como si realmente hubiese jugado para nosotros, en la medida en que lo permitían su estrechez y su grado de exposición, el papel de dique contra el yermo circundante: contra lo despoblado, odioso y mezquino. El exiguo bienestar que interponía, ¿no venía a ser la práctica totalidad de todo el bienestar que conocíamos? De modo que, cuando el barco de Nueva York traía a los buenos amigos que venían a vernos, no había ninguna vista rural que ofrecerles salvo, para vergüenza nuestra, los cerdos y las chozas y las tablas sueltas y la basura desperdigada y las groseras vías públicas: ni una vereda campestre para un paseíto, ni un rincón de jardín con sombra a la tarde... Recuerdo mi inmediato rechazo, mi verdaderamente extraña precocidad crítica, ante tanta aridez. Porque ¿qué pérdida Arcadia había podido yo vislumbrar a esa edad?

Aquel escaso margen nuestro, justo es añadirlo, debía de producirme efectos aún más nobles cuando pasaba o aparecía la vieja señora L.; pues ella se unía a veces, con toda su causticidad, al círculo y, a veces, cuando las temperaturas eran más altas (que fueron bien altas ese verano), se limitaba a revolotear por allí, ante nuestro asombro, con un holgado vestido de una pieza: una muestra más, suponía yo, de esa grandiosa impertinencia que exhibían las "matronas"... Aquellas matronas que eran personajes reconocidos, libres para hacer y decir lo que quisieran. Esta anciana se alojaba en alguna sección remota de aquella casa de tantas habitaciones, algunas de cuyas dependencias se prolongaban hasta sumirse en el misterio; pero el pórtico, al que ella tenía acceso, era corrido, y cada vez que ella se aventuraba fuera de su territorio era para zambullirse en el nuestro. Recuerdo perfectamente que, habiendo yo oído y quizá leído algo sobre las matronas (las cuales, era consciente, contaban con medios de vida más bien escasos en nuestro sistema social), nada más ver a nuestra enfática vecina, persona claramente acostumbrada a una deferencia excepcional, me dije: "He aquí un ejemplar perfecto", lo que no dejaba de maravillarme. Este primerísimo encuentro, sin embargo, fue anterior al verano de New Brighton, lo que me lleva a perderme en una extraña fantasmagoría, cuyas oscuridades vienen a coincidir en el hecho de haber estado yo presente, muy niño todavía, en una velada en la que la señora L. iba vestida de un modo que no se me ha borrado aún: un traje de raso azul, un chai largo de encaje negro y un tocado consistente, a partes igualmente chocantes, en una peluca de color castaño, una especie de penacho ondeando por encima y una banda o diadema, no recuerdo si de algún metal noble o no, que lo mantenía en su sitio con ayuda de una piedra preciosa que adornaba el centro de su frente. Tal fue mi primera visión de la *férronière* de nuestras abuelas, o puede que de nuestras bisabuelas. Veo a la que la portaba ese día inclinar ante mí, en un gesto lo suficientemente terrorífico, su recargada frente, mientras sus nudosos guantes blancos jugueteaban con un gran abanico y una vinaigrette sujeta a su pulgar por una cadena; y como volvimos a tratarla, más tarde, en calidad de amiga de mi abuela de Albany, puede que fuera en correspondencia a este vínculo por lo que ella me permitió que distrajera por un momento su atención. Debí de ser entonces cuando la identifiqué como matrona...; a pesar de no haber tratado yo jamás a mi propia abuela como tal. Pero de lo que he perdido por completo la clave es

de mi insólita presencia en semejante reunión, en la que tenía lugar un baile de mis mayores (mayores jóvenes, pero casados) en el que mi madre, como participante, debió de presentarme.



Henry James y su padre en 1854

IV

Tuvo lugar en la casa de nuestros primos Robert y Kitty Emmet, los mayores, ya que llegamos a tener otras dos primas Kitty de esa línea y por lo menos otro Robert consanguíneo más, pues este último nombre constituía, naturalmente, toda una tradición piadosa y gloriosa entre ellos, y tres sobrinas de mi padre se habían casado con tres hermanos Emmet, el primero de ellos el Robert antes mencionado. A Catherine James, hija de mi tío Augustus y, por entonces, recentísima esposa de Robert (la recuerdo como una novia atractiva y llena de vida, con una pronunciada sonrisa enmarcada entre los lánguidos tirabuzones frontales que formaban sus cabellos rubios), no me cuesta evocarla como la primera imagen que aprehendí de muchacha "a la moda", libre y feliz, muestra del hecho maravilloso de que las damas podían vivir para el placer, siempre para el placer, nada más que para el placer. Por nada destacaba tanto como por su insaciable amor al baile, pasión a la que pienso que, entre cabriolas y champán, se consagró lo mejorcito de la sociedad neoyorquina de entonces. Su hermana pequeña, Gertrude, casada luego con James (o, mejor, Jim) Pendleton, de Virginia, venía literalmente pisándole los talones, y aunque llegaría a emularla también en otros aspectos, estaba destinada, con muchas vicisitudes por medio, a durar más (llegando a alcanzar un extraordinario parecido con los retratos juveniles de la reina Victoria) y a dedicar su hospitalidad (que exhibía, como lo exhibía todo, con una naturalidad singular) a una considerable colección de jóvenes e insustanciales parientes. Pero he de dedicarles un poco más de tiempo a las circunstancias concurrentes —como si una luz social emanase de ellas— en mi presentación, mocosito todo curiosidad, ante la asamblea de "adultos" de Kitty Emmet. ¿Acaso mi madre de verdad creía que a la migaja que yo era irían a adherirse, extrañamente, otras migajas, hasta completar algo que me distinguiera, no habiéndose declarado probablemente aún ninguna otra cosa? ¿Una migaja, por ejemplo, que fuera el germen de la presente fermentación de la memoria y juego de la fantasía, una visión retroactiva y casi intensa de la hora marchita y una devota sumisión a las preguntas que bullen en ella? Todas las parientes femeninas por parte de padre que comparecen ante mí en estas evocaciones me sorprenden por ser intensa y admirablemente (y, al mismo tiempo, casi indescriptiblemente) simples; lo que se suma, a los ojos del pintor pensativo y devoto analista, a otros cincuenta asuntos e impresiones, a

su visión de todo un orden social... si es que puede decirse que en el panorama americano de entonces reinaba algún orden. ¿No era una muestra de simpleza el hecho de que la pasión por el baile fuese tan desproporcionada con respecto a los recursos sociales? En esto, los dos sexos de nuestra ingenua parentela andaban igualados. Nos llamaba la atención que Jim Pendleton tuviera un yate (aunque a mí no me dejaran entrar ni de polizón: hasta ahí podíamos llegar), pero la cubierta debió de ser usada más veces para la "alemanda" que para otras maniobras; casi siempre, sin duda, bajo la dirección de nuestro primo Robert, el mayor de los muchos irresponsables de los que mi padre era tío. Nítida me llega aún la imagen de este héroe coreográfico, anormalmente delgado y ágil, al que siempre hemos llamado "Bob" James; quien, como un fantasma, dirigía el cotillón de generación en generación con su sonrisa de calavera encuadrada por las puntas tías de su largo bigote y las órbitas vacías y lustrosas de sus ojos, que contribuían a hacer de él un esqueleto elegante e inmemorial.

En cualquier caso, es al son de violines y taponazos de champán como veo a las jóvenes novias y a sus jóvenes novios (desde un principio, tan educados para agradar y prosperar como nuestros anfitriones en la animada velada que acabo de evocar) desvanecerse intempestivamente, convertirse en misterio y leyenda, entre silencios insondables y significativos meneos de cabeza que van reemplazando la música de antes; lo que reforzaba, pienso, de un modo estremecedor y constante esa impresión mía de que tanta ligereza juvenil estaba condenada. Entonces no era más, por supuesto, que una impresión oscura, pero en la que uno llegaría a leer, más adelante, extrañas páginas... a algunas de las cuales puede que me anime a volver. Y aunque yo mismo me haya tildado de "mocoso todo curiosidad", no me las daré de haber descifrado ninguna de ellas en medio de la bacanal de sonidos que, en aquella velada tan sugestivamente vivida, se extendía por las inmediaciones de Washington Place. Que era el centro general alrededor del cual se acumulan mis más intensos recuerdos de esa vidilla despreocupada; como si allí se concentrara, para ese círculo al que puedo decir que me había "mudado", la más fina esencia de la ciudad; que abarcaba la franja que se extendía desde Broadway a la calle Canal, muy cerca de aquel hotel Nueva York que figura hasta la saciedad en nuestros anales familiares (mucho más abajo estaban los dos más nuevos, el pardo Metropolitan y el blanco St. Nicholas, glorias de esa breve edad que hoy es objeto de descrédito, demoliciones y burla), y extendiéndose en dirección norte hasta aquella Última Thule constituida por la calle 23, sólo a la zaga, entonces, en lo que se refiere a la supuesta amplitud y regularidad de su trazado, de la "ancha" calle Novena... No creo, en fin, que me moviese mucho en aquella noche de revelaciones y, también, de enigmas que todavía me tienen prendido de su fascinación. Debí quedarme inmóvil en mi rincón, todo asombro y temor; temor, sobre todo, de que me vieran; y lo único que recuerdo de un modo definido es el formidable interés de (reparemos en ella un segundo más) mi matrona, tan convincente, y la circunstancia de que una gran tela blanca y lisa fue extendida por la sala desnuda, convertida de ese modo en un campo de juegos cuya visión excitó bastante mi curiosidad. Sin embargo, sólo recuerdo los preparativos, pero no la ejecución: la señora L. y yo debimos de ser las únicas personas que no movimos los pies, y la consecuencia fue, en mi caso, una prematura inconsciencia. De la que emerge de nuevo el enigma, el extrañísimo *trait de mœurs*, de mi participación infantil. Me limito a dejar constancia de ella, como cosa representativa e interesante, y paso a otro asunto.

Los modales de la época tenían obviamente una *bonhomie* característica; al menos, en nuestro pequeño ámbito, especialmente indulgente y humano. Tras esta premisa general, sería interesante rastrear las aplicaciones y transformaciones posteriores de dicha *bonhomie*. Ha sobrevivido y fermentado y adquirido otros nombres, pero me parece estar sobre la pista de su manifestación primigenia al reparar en la nota de soberano desahogo presente en todos aquellos jóvenes con los que crecimos. Con posterioridad, conforme nuestra vista acumulaba, junto con nuevos climas y escenarios, otros ejemplares de esta clase, éstos iban a parecernos siempre más formados y acabados, más sometidos a tutores e institutrices, más prevenidos y mejor armados para (y, con

frecuencia, contra) el trato social; de modo que este estado de preparación por su parte, y que al principio no parecía sino preparación para la timidez o el silencio o cualquier otro ideal de insociabilidad, llegó a ser, para nosotros, lo normal, puesto que era el estado relativo, no el absoluto ni, mucho menos, el superlativo. Ninguna criatura del género "muchacha en flor" iba a tener nunca el grado de naturalidad de estos ornatos, próximos y remotos, del círculo familiar de nuestra juventud. Cuando, tras intervalos y ausencias, se renovó la impresión, vimos cuánta razón teníamos, y siento como si durante años hubiésemos presenciado todo esto bajo el temor y la inminencia de algún cambio, preguntándonos con sentido interés qué efecto, quizá desafortunado, podría tener sobre aquello el refinamiento general de las costumbres. Al mirar atrás, comprendo que aquello no iba a sucumbir jamás ante tales complicaciones; que iba a mantener su inimitable frescura hasta el final; o, en otras palabras, que, habiendo sido el primer fruto libre de las condiciones de entonces, no iba a extinguirse sino con la extinción de aquellos para los que había sido la única expresión posible. Pues esa naturalidad juvenil del Nueva York de nuestros años mozos iba a sobrevivir en nuestros corazones bajo un matiz o aspecto muy especial: el que la convierte, hoy, cuando sólo tengo ante mí los amables fantasmas de sus numerosísimos especímenes, en la materia misma de la leve mortaja en la que yacen los humildes restos mortales de todos ellos. En años posteriores tuvimos, además de nuevos recordatorios y constataciones, los amabilísimos rasgos identificativos de aquello, según el "viejo Nueva York". El matiz particular de su identidad no era otro que el de no ser algo consciente, no ser realmente consciente de nada en el mundo, o ser apenas consciente, a lo sumo, de una gama tan exigua de posibilidades, y de carácter tan inmediato y casual, que el resultado venía a ser el mismo. He ahí el testimonio que tales sujetos aportaban al medio circundante: el hecho de que su inconsciencia pudiera preservarse. Eran alegres, serenos y sociables, tan desenvueltos y locuaces como si jamás hubieran sido objeto de advertencias o enseñanzas; enterados, a lo sumo, de que un buen número de personas de su círculo eran unos "disolutos"; lo que, para ser sinceros, ay, era cierto. La explicación de qué era ser un disoluto, sin embargo, no era sino un rasgo más, a escala limitada, de su manera de ver las cosas. Bajo presión, hubieran admitido que consistía, más que nada, en emborracharse.

Infinitamente peculiar y extraña, y graciosa hasta casi la incongruencia, esa idea —que, de alguna manera, nos habían inculcado desde muy jóvenes— de estar rodeados por un círculo exterior un tanto remoto, y oscuramente numeroso, de parientes borrachos. Recuerdo que en una ocasión, siendo yo muy pequeño, después de saludar en el salón a un irreprochable y amabilísimo caballero de consanguinidad patente, aunque no inmediata, que había venido a visitar a mi madre, anuncié su entrada deslizándome dentro para informar a mi progenitora de que, en mi opinión, aquel hombre debía de estar borracho. Y se me quedó grabada la impresión que causé; por la cual la proposición general de que los caballeros de cierto grupo o grado de parentesco podrían ocasionalmente ser descritos con la palabra que yo había usado pretendía rebatir la suposición particular de que nuestro visitante no se mostraría, en circunstancias normales, como uno de ellos. No lo hizo, al parecer, y yo me sentí luego decepcionado ante la falta de pruebas escandalosas; y me quedó el recuerdo, junto con el consiguiente asombro por haber incurrido en una apreciación tan falta de fundamento. Lo cierto era, en fin, que nosotros también teníamos, del modo más inocente del mundo, nuestra idea de que la "disipación" era un elemento que abundaba en las historias familiares; idea que se alimentaba directamente de nuestra afición a hacer que nuestro padre (puedo dar fe, al menos, de mi propia insistencia en solicitarlo) nos contara historias del mundo de su juventud. No nos atiborraba con escándalos, pero de algún modo el desenlace rara vez dejaba de ser que todos y cada uno de los contemporáneos de su entorno juvenil, los héroes de todos y cada uno de aquellos lances llenos de emoción, habían terminado, a pesar de su romántico encanto y de su brillantez y de cuanto prometían, del peor modo posible. He aquí nuestra conclusión general, que nos dejaba boquiabiertos; boquiabiertos, incluso, ante la moraleja que siempre, de modo tan vivo, humano y

familiar, se desprendía de la anécdota: que todo el mundo en la pequeña Albany de entonces, la de las casas holandesas y las calles en cuesta y los apellidos recurrentes (Townsend, Clinton, Van Rensselaer, Pruyn: los recupero al azar y sin asomo de mala voluntad, entre ecos que se apagaron hace ya tiempo), todo el mundo sin excepción había seguido, al final, un rumbo lo menos edificante posible. Y lo que compartían todas esas presencias acechantes, esos aparecidos que, al menos en mi caso, de tal modo excitaban la imaginación, no era más que el viejo drama de Albany; a la luz del cual sus vidas (que transcurrían, sobre todo, en el Hotel Nueva York que mencioné antes) adquirían un aura de misterio, y su encanto (que yo creía nato) resplandecía como entre nubarrones apenas entrevistos. Su encanto residía en varios rasgos de los que tendré ocasión de hablar más adelante...; pues, mientras vuelvo a respirar todo este aire silencioso, incluso las cosas más deshechas desprenden valores humanos conmovedores, débiles bocanadas de carácter, destellos de la belleza y la bondad de antaño.

Quedó, no obstante, la amarga conclusión general, a la que bien puedo considerar —ya que hablo de todo— vigente todavía: la sorprendente evidencia de que prácticamente nada que no fuera un desastre podía, en aquella sociedad tan inmadura y tan poco instruida, afectar a los jóvenes que se exponían lo menos posible. No haberse lanzado de inmediato a negocios de carácter serio bastaba para quedar expuestos (a falta, quiero decir, de alguna predisposición más bien anormal a la virtud); pues, en un mundo de constitución tan simple, todo lo que no fuese negocio (o, exactamente, una oficina o una tienda, lugares donde la gente se juntaba para ganar dinero) era, simplemente, placer, y se procuraba (se procuraba, nada más) en sitios donde la gente se emborrachaba. No había término medio, y mucho menos, "áureo": pues era precisamente la posesión de riqueza, por moderada que fuese, lo que aseguraba, e incluso aceleraba, el desastre. Había grupos, clases enteras, había razas "comprensivas", aunque demasiado susceptibles, que no parecían reconocer o admitir la posibilidad de alguna utilidad práctica en los desocupados con dinero (me refiero al heredado), por poco que fuese, salvo la de ir directamente a la perdición con él... Lo que ya entonces significaba ir a París con la mayor frecuencia posible.

En aquel aire luminoso y despejado había tan pocas "carreras" que seguir como torres de catedrales que dibujar, y pasé mi primera juventud, hasta un año o dos antes de la Guerra Civil, con una idea absolutamente vaga de cómo se desarrollaba la vida política del país. El campo estaba estrictamente copado, ante mis ojos juveniles, por tres clases: los ocupados, los borrachos y Daniel Webster." Este gran hombre representaba él solo, en nuestra opinión, una clase; como si ser "político" equivaliera a ser Daniel Webster en persona, sin que hubiera sitio para nadie más. El hecho de que él solo llenase el horizonte de la vida pública de polo a polo (e incluso para una conciencia juvenil no formada en Nueva Inglaterra, y para la que ese tenaz trozo de tierra no era más que un nombre en el libro de geografía) da probablemente una idea de la altura a la que, hablando en términos comparativos, se elevaba éste en aquellos aires. Con esa salvedad, la escena pública no fue para nuestros jóvenes ojos más que un espacio en blanco hasta que, posteriormente, en París, vi (y no digo "conocí", cosa que en ese periodo de imperfección no se esperaba de pardillos como nosotros) a Charles Sumner; a cuyo nombre se asocia la imagen de una hora de inquietud en esa misma ciudad unos meses antes: la reunión de un grupo de personas indignadas en la terraza o pabellón de un rancio "hotelito" que daba a la Avenida de los Campos Elíseos, pasado el Rond-Point y justo enfrente del antediluviano Jardín de Invierno (¿quién se acuerda del Jardín de Invierno, quién se acuerda de las antiguas garitas del *octroi*, una frente a la otra, en la Barrière de l'Étoile?), y entre éstas una señora enardecida y llorosa por la noticia, fresca esa mañana, del atentado contra Sumner efectuado por el rufián de Carolina del Sur en el Congreso. El senador herido, con la salud resentida, había venido a Europa para recuperarse, y me deparó lo que fue, no me cabe duda, mi primera impresión no sólo de un "hombre de Estado", sino de una persona interesada en política. Distingo, en un crepúsculo anterior en la calle Catorce, el regreso a casa de mi padre un día de noviembre (sabíamos que había salido a votar)

con la noticia de que el general Winfield Scott, entonces candidato suyo y de los "Whig" había sido derrotado para la Presidencia; igual que rescato del mismo limbo mi orgullo posterior por haberme "encontrado" con ese corpulento héroe de la guerra con Méjico a quien la Guerra Civil iba pronto, y sin muchas ceremonias, a llevarse... A lo que voy es a que me lo "encontré" literalmente, a la vuelta de una esquina, mientras acompañaba yo a mi padre por la Quinta Avenida. Sigo a oscuras en cuanto a lo que sucedió después, y pocas esperanzas tengo de que, a la edad probable de ocho o nueve años, fuera yo "presentado"; pero seguro que estuvimos durante unos instantes cara a cara, mientras aquel hombre, sumido en la vastedad de un capote militar azul oscuro con cuello de terciopelo y broche de plata, que lo envolvía como símbolo de las tiendas de un campamento, saludaba a mi padre... Así de clara es la impresión que guardo del tiempo que me llevó recorrer boquiabierto, de abajo a arriba, toda su estatura.

V

La no demasiado gloriosa humareda de la guerra con Méjico, añadido, estaba en el aire cuando yo era más pequeño aún, y con ella asocio un dato que oscila entre la nitidez y la vaguedad: una imagen de nuestro tío (entonces capitán) Robert Temple, del Ejército de los Estados Unidos, en el uniforme de su regimiento, de camino hacia el frente o de regreso. Lo veo como una persona medio dormida ve un objeto grande a contraluz desde el otro extremo de la habitación..., lo suficiente para que me pregunte ahora por qué, estando tan lejos del frente, iba él en atavíos de batalla. Me parece verlo con sombrero de tres picos y emplumado...; un extraño revuelo de plumas altas que resulta incongruente en la imagen de un simple capitán. Con todo, me atengo a esta sombra oscilante simplemente por su valor como primer atisbo mío de una circunstancia relacionada con la vida pública... A menos que hubiese sido otra (y a esta reminiscencia debo mi más clara noción de la antigüedad de mi persona) la que me deparara, con anterioridad, la emoción de lo histórico. El escenario de este último despertar de conciencia es, en mi recuerdo, una habitación de una de las tres casas de la Quinta Avenida que no mucho después fueron devoradas por el actual Hotel Brevoort; y consiste en la admirable irrupción de mis tíos "Gus" y John James para anunciar a mi padre que la Revolución había triunfado en París y Louis Philippe había huido a Inglaterra. Estas últimas palabras, la huida del rey, permanecen en mi oído tal como cayeron en él: de algún modo, desde edad bien temprana habíamos despertado a la percepción de París y, por lo mismo, una vibración de mi más tierna sensibilidad infantil bajo su cielo había quedado preservada para admiración y referencia futuras. Había pasado allí parte de mi segundo año de vida, y más tarde les contaría a mis padres que, siendo todavía un niño en mantillas, sentado frente a ellos en un coche y en la falda de otra persona, me había impresionado la vista, enmarcada en la ventanilla limpia del vehículo en movimiento, de una gran plaza majestuosa rodeada de casas con tejados empinados, que tenía en su centro una columna alta y gloriosa. Naturalmente, conseguí asombrarlos, pero también, tras intenso interrogatorio, les obligué a, digamos, cambiar impresiones y reconstituir el milagro. Sabían cuál era (y, ay, cuál no era) mi experiencia de plazas monumentales. Ni Nueva York ni Albany podían haberme deparado aquella espléndida perspectiva. Ni siquiera Londres, que yo había conocido a una edad más temprana aún. Llevado a lo largo de la Rue St.-Honoré, mientras agitaba los piececillos (eso sí lo recuerdo con claridad) bajo mi traje suelto, había cruzado la Rue de Castiglione y captado para siempre la admirable vista de la Plaza y la Columna Vendôme. No pretendo constatar ahora en qué medida mi interés por los sucesos de 1848 —tenía yo cinco años— fue avivado por ese souvenir, creencia reforzada, debo añadir, por el hecho de que algún que otro pariente o miembro de nuestro círculo estaba siempre "allí" ("allí", por supuesto, era generalmente Europa, y particularmente —y de un modo señalado— París), yendo hacia allí, o volviendo de allí: en cualquier caso, me remito a la resonancia de esas ricas palabras en boca de mis tíos como positiva iniciación mía en la Historia. Era como si hubiese estado preparado para

ellas y pudiese comprenderlas. Presumiblemente, había oído hablar de reyes, y también de huidas: pero el que los reyes tuvieran que huir algunas veces era una imagen nueva y sorprendente, a la que la aparente consternación de mis mayores añadía dramatismo. Hasta aquí, en fin, lo que puedo aducir, puede que en vano, a favor de mi alcance retrospectivo.

Éste me ha alejado de mi bastante evidente afirmación de que, si veíamos lo "natural" tan felizmente encarnado a nuestro alrededor (bastante menos en la madurez femenina, o en la relativa madurez, que en la adolescencia femenina), esto se debía a que lo artificial (o, en otras palabras, lo complicado) apenas hacía acto de presencia para amenazarlo. Lo que más tarde íbamos a definir como complicado no era sino otra manera de denominar esos ataques más concentrados y violentos contra el sentido social que, más adelante, íbamos a reconocer por sus efectos; con lo que veníamos a constatar que había llegado a crearse un sentido social más sutil, y que a menudo éste difería completamente de aquella completa indiferencia interior con respecto a cualquier orden externo constituido a cuya exhibición nos hubiesen expuesto inimitablemente nuestros orígenes y nuestras circunstancias familiares. Llegamos más o menos a ver que nuestros coetáneos de otro mundo, los instruidos y sermoneados, los disciplinados y sometidos a institutrices; los, en una palabra, relativamente educados, tenían conciencia de muchas cosas de las que los de nuestro círculo familiar no sabían nada; y también llegamos a advertir (en la medida en que pueda concebirse que pudiéramos "advertir" tan precozmente, a pesar de ser observadores incorregibles) que, al no ser esa conciencia, en el mejor de los casos, más que imperfecta, nuestros amiguitos (sin contar entre éstos a nuestros primos, pequeños o grandes) avanzaban y se confiaban sólo para retroceder confundidos, tan pronto eufóricos como abatidos, sin otro resultado que un refinamiento más bien precario. Los primos, en cambio, sin sospechar nada, libres de todo sobresalto y de todo apuro, vivían de la pura serenidad, sociabilidad y locuacidad; y lo raro, respecto a ellos, era que esto no los convirtiese en pelmazos o, al menos, en pelmazos no mucho peores que ciertos ejemplares de la otra especie. Nunca habrá habido, seguramente, nada comparable a su buena fe y —hablando en términos generales— su afabilidad. No me costaría mucho ceder a la tentación de dar ejemplos; sólo que, si lo hiciera, perdería de vista mi objetivo; que es recordar, una vez más, que, fuéramos o no afables (y, sinceramente, doy fe de que la mayoría lo éramos, en alto grado), el mundo en el que tan libremente crecimos me llama la atención, al saldar cuentas, por su extraordinaria desnudez. ¿A qué se debe, pues, que, siendo la mayoría tan simples, no fuéramos, sin embargo, más necios? Esto se debía, sin duda, al monto de nuestra vida interior —por "nuestra" quiero decir, sobre todo, la de la casa de nuestro padre—, lo que constituía un excelente (en algunos casos, casi un incomparable) fondo con el que mezclar una civilidad más densa en cuanto la experiencia creciente comenzase a absorberla. También resultaba extraño, se me puede reprochar, el que entre nosotros se hubiese empezado por la vida interior; pero, como todo el mundo, empezamos como pudimos; y, puestos a ello, aún sostengo que los comienzos podrían haber sido mucho peores. Tenía yo diecisiete años cuando nos alcanzaron, a pesar de estar entonces al otro lado del mundo, los potentes ecos de la batida y posterior captura de John Brown, tras los famosos sucesos de Harper Ferry; y considero esto como la primera advertencia que tuve de que en nuestro lado del mundo también vivíamos dentro de un orden político. Por las páginas de *Punch*, que en tan alto grado contribuyeron a nuestra educación, ya había tomado buena nota de que los pueblos del otro lado vivían de ese modo. Como no había, ni ha habido hasta la fecha, un *Punch* americano que proporcionase a los más pequeños la sensación y la fantasía de vivir bajo administradores públicos, Daniel Webster y Charles Sumner nunca llegaron a convertirse, para mí, en miembros de una clase; de una clase que, según las ilustraciones de John Leech, contaba entre sus miembros a muchísimas personas, además de los lores Brougham, Palmerston y John Russell. La Guerra de Secesión, inminente, iba a hacer que el campo se llenase de nombres y que el sentido del Estado, para nuestra generación, se aguzase hasta el infinito. Pero esa alarma se cernió sobre el país como un ladrón en la noche, y es posible que estuviéramos viviendo todos en

una tierra en la que parecía no haber mucho que robar, salvo una cantidad relativamente pequeña de propiedad privada. Incluso la propiedad privada, cuando no se trataba de cantidades modestísimas, contaba poco para nosotros; lo que sin duda se debía, en parte, al hecho de que en medio de toda la parentela de Albany reinaba la prosperidad y el hábito de la prosperidad, gracias a las buenas viejas artes de mi abuelo, que había proveído con decencia para una progenie tan grande. Pero nuestra conciencia estaba decididamente mal provista, comparada con la de otros jóvenes americanos, para las realidades del "negocio" en un mundo de negocios. Con respecto a esto, constituíamos todos nosotros una monstruosa excepción; el "negocio en un mundo de negocios" era una cosa sobre la que, aunque pudiéramos diferir en cuestiones menores, coincidíamos todos en no saber nada en absoluto. No teníamos ningún contacto, ni directo ni de ninguna otra clase, con todo aquello, ni viceversa; y pienso que nuestro cultivado desapego (por no decir nuestra irremediable ignorancia y, en ocasiones —me pongo como clarísimo ejemplo—, nuestro incurable espesor de entendederas) nos convertía en un caso sin precedentes y, para los irónicos dioses mundanos del cielo americano, seguramente lamentable. Por supuesto, ni siquiera la oficina y el "negocio" bastan para proveer cuanto requiere un código de conducta medianamente completo; a pesar de lo cual, debía de haber ingentes cantidades de personas a nuestro alrededor para quienes, bajo esas costumbres, el asalto a la imaginación desde el exterior resultase mucho más fuerte, y los detalles del cuadro mucho más abundantes. Precisamente era la escasez de detalles la que nos había sumido (a nosotros, especialmente, por tener tan a la vista el admirable ejemplo de mi padre) hasta ese punto en la vida interior. Nadie podía haberse dedicado a ella —en las narices mismas del desaliento— de una manera más gentil y natural que él. La situación tenía, al menos, ese encanto: que, a falta de igual número de clases de vida exterior, la gente podía elegir entre tantas clases de vida interior como quisiera, y podía practicar esas variedades con la coherencia, intensidad y brillantez que deseara. A la perfección con que nuestro padre puso en práctica la suya me referiré más adelante. De momento, me refería a esas bondades de la privación que nos mantenían, como grupo, tan cordialmente ajenos a todo lo que no fuéramos nosotros, y que ahora se me revelan como un ejemplo más del famoso "no hay mal que por bien no venga".

Había "artistas" en ciernes. ¿Acaso los señores Tom Hicks, Paul Duggan, C.P. Cranch y Félix Darley (este último, merecedor de mayor fama —y capaz, quizá, de logros mejores— de la que consiguió) no frecuentaban, más o menos, nuestra acogedora lumbre, y nos hacían también conscientes de la existencia de otros —paisajistas como los Cropsey, los Cole, los Kensett, y autores de bustos como los Ives y Powers y Mozier— que se movían en un círculo más amplio? Había también escritores, y no en menor número; algunos, borrosos y femeninos (y, en este caso, por regla general, con tirabuzones brillantes y monumentales prendedores), pero la mayoría, asiduos y familiares, al modo de George Curtís y Parke Godwin y George Ripley y Charles Dana y N. P. Willis; y, como luces más brillantes y que, en nuestra relativa oscuridad, casi engañaban al alba, los señores Bryant, Washington Irving y E. A. Poe. Si cito a este último no es porque estuviera presente en persona (la más extrema modalidad de ausencia personal acababa de llevárselo), sino más bien porque había en él ese lustre predominante que ya reconocían nuestras pequeñas mentes en agraz, y que me hace maravillarme hoy ante la patraña del desprecio nativo por su persona. ¿No estaba, incluso entonces, en boca de todos? ¿No había mi hermano, inmediato experto en el tema, subyugado mi mente rezagada con una lectura en voz alta de "El escarabajo de oro" y "El pozo y el péndulo" (los cuales iba yo a leer bien pronto por mi cuenta, añadiendo "Los asesinatos de la calle Morgue")? ¿No nos subíamos constantemente en pequeñas tarimas, en nuestros colegios infantiles, para "decir" "El cuervo" y "Lenore" y esos versos cuya heroína, en nuestra pronunciación, era "Anabeliiii" (cayendo, así, en la trampa que el poeta tan temerariamente nos había tendido, igual que la que había tendido para que canturreáramos interminablemente las otras piezas que he nombrado)? Bien lejos de menospreciar a nuestro malhadado mago, lo aclamábamos en cada ocasión. Estaba en nuestras mesas y resonaba en

nuestras bocas, mientras departíamos hasta la saciedad (incluso para apetitos infantiles) sobre la emoción de sus mejores páginas. ¿Acaso no reconozco el fantasma de un borroso recuerdo de una fiesta navideña para niños en casa de unos vecinos de la calle Catorce (me vienen a la memoria como "los Bean": ¿quiénes, qué, de dónde, adonde esos encantadores Bean?), en la que admiré sobre la chimenea el retrato de cuerpo entero de una dama sentada en el suelo, vestida a la turca, con los cabellos sueltos bajo una cofia que no era como las cofias de las damas que yo conocía, y con un pandero, según creo? Que fue identificada, ante mi curiosidad, como esposa del autor del cuadro, el señor Osgood, y la devotísima amiga del infeliz Poe. Allí reinaba ella con todos los honores, como la reina Constanza sobre la "inmensa tierra firme": nada más que por eso y su pandero; y seguramente ninguno de nosotros podría haber expresado mejor la relación.

A Washington Irving lo "encontré", con infantil brusquedad, prácticamente del mismo modo en el que me encontré con el general Scott, sólo que esta vez fue en un barco de vapor donde trabé conocimiento con el gran hombre, después de que mi padre (bajo cuya pacientísima protección estaba yo entonces, durante el viaje veraniego en barco de Nueva York a Fort Hamilton) me dijera su nombre, que ya no iba a olvidárseme jamás, antes de que ellos se saludasen y hablasen; y antes de comunicarme, con gran pesar, un hecho de mayor importancia aún: que el señor Irving le había informado del naufragio de Margaret Fuller en esas mismas aguas (Fire Island estaba justo fuera de nuestra gran bahía) durante la gran tormenta de agosto que se había abatido sobre nosotros un día o dos antes. A aquella infortunada dama la relacionábamos sobre todo con Boston, pero debía de ser, probablemente por mediación de Emerson, amiga de mis padres (¿acaso no era ella la que había "debatido", sirviéndose de la exótica jerga bostoniana, en el mismo Nueva York donde Emerson daba sus admiradas conferencias?), puesto que, cuanto más exprimo la esponja de la memoria, más secreciones acumuladas se vierten para recordarme, una vez más, que, estando yo una noche con esas personas mayores en una exposición — posiblemente en la de la National Academy, confinada entonces en dependencias reducidas—, me habían mostrado un retrato de cuerpo entero de la señorita Fuller, creo recordar que sentada y envuelta en un largo chai blanco; retrato que, según denunciaban con algún énfasis mis acompañantes, no le hacía justicia al original. Puede que fuera obra del ya mencionado Tom Hicks; o puede que a este artista sólo le interesasen los cuadros a tamaño real, enormes (a mí éste me lo parecía), y de cuerpo entero, con accesorios violentamente protuberantes que relaciono con mi impresión infantil de asombro y belleza; de los que era ejemplo destacado aquella imagen de una dama muy larga y adorable, la nueva novia del artista, de pie junto a una ventana ante una fila de plantas o bulbos en jarrones de cristal. El juego de la luz de la ventana sobre la figura y el "tratamiento" del cristal y de las macetas y demás mobiliario pasaban por ser, en mi opinión, señales de la mano de un maestro. ¿Y era todo aquello audaz y encantador, o no pasaba de ser basto y rígido e irremediablemente feo? Planteo estas preguntas como si se las hiciera a un mundo desaparecido y con el propósito de indagar en él, si cabe, con más apego y ternura; del todo indiferente, en otras palabras, al posible valor de las respuestas. Que reside, sin duda, en lo que tienen de evocación afectuosa. Puestos a evocar, uno no debe olvidarse de ninguna de las artes, uno debe tener presentes todas las formas. Por qué me gusta hacerlo de este modo es otra cuestión... Como lo es, quizá, el "interés externo" que se suponga que pueda yo crear. Con esa presunción prosigo y, en la medida en que me es posible, hago que el mundo pequeño, cálido, crepuscular y homogéneo del Nueva York del medio siglo se congrege a nuestro alrededor.

VI

Veo una sociedad pequeña, compacta e inocente, convenientemente resguardada, de alguna manera, del norte y del oeste, aunque abierta de par en par al este y, relativamente, al sur; y, aunque en perpetuo movimiento calle Broadway arriba, con no menos constancia y placer paseándola a la inversa... Broadway fue el distintivo y la arteria, la alegría y la aventura de

nuestra infancia, y se extendía, prodigiosamente, desde Union Square al gran Museo Americano de Barnum, junto al Ayuntamiento... Y sólo iba un poco más allá en aquellas mañanas de sábado (absurda, deplorablemente frecuentes, ay) en que éramos arrastrados por una tierna tía, única hermana de nuestra madre, asidua de nuestra casa y a quien había correspondido desde siempre este despiadado encargo, a Wall Street y a la cámara de tortura del doctor Parkhurst, nuestro tremendamente respetable dentista; que era tan viejo (y tan empurpurado y tan cortés, con su cuello alto, su levita y su peluquín oscuro y lustroso) como para haber sido también el terror de la juventud de nuestra madre y nuestra tía, quienes, por vivir en la apacible y no lejana calle Warren, estaban, da miedo sólo pensarlo, prácticamente en sus manos. En mi imaginación, guarda éste un extraordinario parecido con ciertos personajes de Dickens, tal como aparecen representados en las ilustraciones de Phiz; y lo que teníamos claro a lo largo de todo nuestro martirio era que nuestros mayores, en virtud de alguna errónea ley de compensaciones o algún refinamiento vengativo, estaban haciéndonos "pagar" por lo que ellos, en idéntico desamparo, habían sufrido en sus manos: como si nosotros les hubiésemos hecho algún daño. Nuestro análisis era confuso pero, en cierto modo, consolador; y también para nosotros había compensaciones, aunque nos resistiésemos a admitirlo, y que yo mismo, con mi timidez y todo, hubiera podido enumerar. Una de éstas era la revista *Godey's Lady's Book*, de la que, para engañar la espera, había toda una pila descolorida (descolorida se me aparece a la luz, más cálida y menos pétrea, del Wall Street de aquellos días, y en el olor de los calmantes de antaño) en la mesa de nuestro Joey Bagstock (en las ilustraciones de Phiz para *Dombey e hijo* fui a dar con esta imagen para la figura de nuestro torturador). No cabe la menor duda de que sucumbí al hechizo de Godey; que, a diferencia de los mejunjes de ahora, actuaba como calmante antes y después del hecho; pues recuerdo que sus páginas me dejaban embobado con sus cuentos de la buena sociedad de Filadelfia, tanto mientras esperaba mi turno, sentado, como una vez pasado éste, con los gemidos de mi hermano como música de fondo. Y esto debía de suceder durante aquellas horas en las que éramos discretamente abandonados a nuestra propia entereza, mientras nuestra tía aprovechaba la relativa cercanía de Stewart's para ir de compras y volver luego a recogernos. La gran tienda de señoras, con escaparates, inmensa, marmórea y notoriamente fatal para los nervios femeninos (nosotros la habíamos recorrido, extenuados, literalmente de la mano de la indecisión en persona) acechaba audazmente a su clientela desde la esquina de la calle Chambers con Broadway. ¿No era parte del encanto de la vida —yo daba por supuesto que tal encanto— el que la vida misma fuera entonces muchísimo más céntrica? Siempre que aceptemos que nuestra querencia juvenil en esa dirección en pos de casi todos los grandes placeres concordaba, al menos en parte, con las costumbres en boga. El mayor placer, el que, como la Verdad, se encontraba en lo hondo del pozo, era la concurrencia a la Iglesia de la Trinidad, que todavía gozaba de preeminencia en esa época y resultaba perfecta, lo mejor de la parte sur; privilegio al que propendían a ser expuestos los primos mayores de Albany cuando venían a quedarse con nosotros: un placer que hacía que su disfrute de nuestra ciudad fuera también lo más céntrico posible, porque, de lo contrario, me temo que los hubiésemos visto marcharse sin otra cosa que la jaqueca familiar que producía Stewart's, tras la ardua y prolongada selección.

La gran recompensa que se nos concedía por nuestras sesiones en la casa del dolor —con respecto a la cual llegamos a desarrollar más tarde la teoría de que éramos arrastrados allí en sábados alternos— era ser llevados, a la vuelta, a la casa del placer (o a una de ellas, porque había exactamente dos), donde recibíamos nuestra ración de helado, que era lo que entonces se tenía por lo mejor para las bocas inflamadas; lo que se tenía, en realidad, por lo mejor para todo, durante toda nuestra infancia. Dos grandes establecimientos dedicados a su venta animaban la escena, el de Thompson y el de Taylor; el primero, lo recuerdo perfectamente, grave e inmemorial; el último, advenedizo y resplandeciente; y capaces los dos de obrar el prodigio de que, fuéramos al que fuéramos, siempre nos preguntábamos si no hubiera sido mejor haber ido al otro..., con esa capacidad que tiene la infancia de magnificar sus aventuras de un modo que

puede parecerse mucho a minimizarlas. Es en compañía de mi padre, en fin, como, al pulsar la tecla correspondiente, se me aparecen las llamativas bandejas apiladas para nuestro devoto consumo (llevaban la marca de Taylor pintada en azul y oro y el nombre de pila, según nos indicaba nuestro padre, corrompido en "Jhon" en vez de John; mientras que el nombre de Thompson despreciaba reclamos tan vulgares y, sobre todo, tan mal escritos). De lo que infiero que todavía nos estaban reservadas otras ocasiones para esa experiencia, pues las hay para elegir, y la presencia paterna, indisociable de ellas, no era en absoluto concebible en el antro de horror de Wall Street...

En realidad, puestos a ser precisos, tal presencia no guarda relación, en lo que a mí respecta, con el más mínimo sobresalto o penalidad nuestra; aunque esto indudablemente se deba, en parte, a que nuestra familiaridad con tales cosas era de lo más limitada; conclusión que no contradice mi parecer de que, en su conjunto, ésta bastaba para garantizar nuestra virtud. Quizá esto suene a que nos portábamos como bichos raros o mojigatos; lo que no era ni mucho menos el caso: nos educaron en el horror a la afectación, a lo que mi padre gustaba de llamar moralidad "flagrante". Por lo menos, lo que yo leo ahora en aquella singular libertad educativa, agradecido como siempre estuve por el recuerdo de algunos de sus aspectos, es, además de la humanización *general* del mundo que conocíamos y de nuestro tono "social", la innegable evidencia de que mi padre se exhibía una y otra vez en público en compañía de su pequeño hijo segundo: tantas son las impresiones infantiles que recuerdo relacionadas con su compañía, en los sitios que él frecuentaba. No es que no le hubiese concedido a su primogénito, como mínimo, las mismas oportunidades; me da la impresión, más bien, de que casi nunca nos exhibía juntos, y de que mi hermano debió de tener, por su parte, más de una modesta aventura cuyo secreto (me gusta llamarlo así) ha desaparecido con él. Pues suyos eran los recuerdos, según supe después, de muchas cosas que yo no recordaba, de impresiones de las que yo algunas veces, con una especie de celos retrospectivos (o, como mínimo, de envidia), hubiese deseado ser también heredero directo; por más que él hiciese profesión de asombro e, incluso, ocasionalmente, de impaciencia, ante el alcance de mi recuerdo, inclinado como era a sacudirse antiguos despojos morales a favor de los nuevos, en vez de atesorarlos y exhibirlos con tanta complacencia. Mientras que yo, a mi modo, a la vez que hacía acopio de los nuevos, mimaba los antiguos. El saco de los recuerdos pendía de su clavo en mi armario; aunque con el tiempo, eso sí, aprendí a controlar la costumbre de sacarlo a relucir. Y lo digo con plena conciencia de que, indudablemente, ahora parezco estar vaciándolo en estas páginas.

Sigo eligiendo al azar aquellos pasajes de nuestra edad primera que me ayudan a reconstruir, aunque sea a pequeñas pinceladas, la experiencia de nuestros padres, que parece significativa en cualquiera de sus matices. He guardado, y reproduzco aquí, un viejo daguerrotipo del que recuerdo intensamente todas las circunstancias en que se hizo (aunque, teniendo en cuenta que acababa de cumplir doce años cuando posé para él, quizá este logro de la memoria no sea tan destacable). Documenta, de un modo tan palpable como oportuno, el cultivo paterno de mi compañía. Documenta al mismo tiempo la más absurda de las pequeñas leyendas de mi primera infancia: la tradición romántica de la importancia de ser llevados de dondequiera que estuviésemos al extraño, desierto, polvoriento y hediondo Nueva York de mediados del verano. Lo de hediondo lo digo porque siempre llegábamos en barco, y mi nariz acusa las emanaciones de la ciudad caliente, de los barrios portuarios, fétidos y llenos de basuras, con grandes adoquines sueltos que aparecían arrancados de sus alvéolos de cieno pestilente, entre toda clase de desechos, y calles adyacentes que, por una ley que les era característica, resultaban ser todo esquinas, y las esquinas ser todas tiendas de alimentación; pertenecientes, casi todas, al orden de las verdulerías (si es que algo verde podía sobrevivir en aquel aire tórrido) y de las que, en glorioso desafío al tráfico, rebosaban toda clase de aperos y mercancías. Carros y carretillas y cajas y cestas, desparramadas o apiladas, se interponían sin remilgos en el camino del bamboleante coche de alquiler (el "carruaje para todo" de aquellos días, único vehículo de

alquiler que conocíamos entonces), mientras la situación era tolerada por cierto viandante cuyo atavío sólo difería de el del ciudadano común por la estrella de latón en el pecho (y las vestimentas del Nueva York de entonces eran, tal como las recuerdo, una inmensa afirmación de libertad).

A qué pueda deberse el que una palpitación de misterio acabase por presidir estas visiones, no sé explicarlo; o puedo explicarlo sólo por el hecho de que aquella miseria era una miseria asombrosamente mezclada y aderezada, y yo no le haría justicia a la impresión si no la representase, antes que nada, como una vasta y succulenta cornucopia. ¿Qué otra cosa representaban aquellas pilas de cajas y cestas de nuestra juventud, sino el fruto ilimitado de esa edad bucólica del mundo americano? Después de todo, ¿qué otra impresión nos asaltaba con la fuerza de la fetidez de semejante cosecha? ¿Dónde están ahora aquellos frutos? ¿Dónde están, sobre todo, los melocotones de antaño? ¿Dónde los montones de uva lambrusca y peras Seckel, de cuyo pegajoso dulzor parece estar empapada nuestra infancia? Con toda seguridad, salvo en lo que a naranjas se refiere, era una época en la que se comía fruta de un modo más informal y familiar; y los melocotones sobre todo, melocotones grandes y melocotones chicos, melocotones blancos y melocotones amarillos, jugaban un papel en la vida del que, de alguna manera, han sido desposeídos. Crecían en todos los jardines, en casi todos los arbustos, incluso en los bolsillos de los niños. Se cortaban a trozos y se comían con nata en todas las comidas; metidos en aguardiente, apenas escaseaban durante el resto del año... Si tenían ese carácter de "plato de fiesta" era porque había fiesta en cuanto aparecían; y si se les añadía helado, o eran añadidos al helado, constituían el mejor festín que conocíamos. Los montones expuestos al público, las cajas formando altas pilas a cada paso, daban a las calles una especie de toque de abundancia sureña. El detalle de los trozos desechados y esparcidos, el recuerdo de las pieles resbalosas, las cascara y huesos de los que estaban cubiertas las viejas baldosas dislocadas, me resultan entrañables, y aportan una gracia pictórica añadida. Todo lo comíamos entonces a espuelas y a barriles, como si procediera de tiendas infinitas. Lo mismo trasegábamos sandías que cocos, y la cantidad de dolores de estómago que esto implicaba resultaba despreciable para la mentalidad edénica predominante.

La chispa de esta mentalidad en un organismo tan pequeño era una parte del encanto de estas incursiones urbanas en busca de nuestras bases de aprovisionamiento; la otra la constituía, todo hay que decirlo, mi grata percepción del carácter casi excéntricamente hogareño de mi padre, rasgo que nos deparaba la mitad del buen humor familiar de nuestra infancia (además de proporcionarle a él un número extravagantemente alto de ocasiones para reflejar en el rostro sus accesos de congoja si no eran celebrados sus precipitados regresos). Más tarde, y especialmente en Europa, llegó a convertirse en tradición el que, tras habernos dejado en busca de alguna ventaja o comodidad, alguna mejora de nuestras condiciones, algún enriquecimiento de nuestros horizontes, reapareciese sin resuello, a la mayor brevedad posible, sin dar cuenta alguna del beneficio buscado, sino, en su lugar, una conmovedora representación, un amplio recital, de sus vicisitudes espirituales en horrendas posadas inhumanas, en medio de las duras razas extrañas que le habían salido al paso. Y la reacción, el efecto de rechazo frente a sus breves exploraciones o indagaciones, cualesquiera que fuesen, lo reconciliaban con su chimenea. Estos prontos apasionados eran el pulso de su vida y, en gran medida, los acontecimientos principales de las nuestras; y como no tenía nada de inexpresivo, cuanto de intenso le sucedía, a efectos internos, repercutía abundantemente en nosotros en forma de pena y terror, y también de tranquilidad y de una clase de regocijo que nos era propio, y que realmente siempre íbamos a echar en falta entre otras personas. A una edad comparativamente avanzada, tras su muerte, tuve ocasión de visitar, en sustitución de mi hermano, entonces en Europa, una ciudad americana en la que él había tenido, desde la muerte de su propio padre, intereses que nos concernían a todos. Al preguntarle al encargado cuándo fue la última vez que el propietario había hecho acto de presencia en su propiedad, aquel caballero contestó, sorprendiéndome sólo a medias, que éste jamás había hecho

semejante cosa en todos los años en que gozó de esa titularidad. Fue entonces quizá cuando comprendí en su justa medida su fe en la confianza como mecanismo administrativo. Eso sí, tenía que tener una *relación*, expresada de algún modo; y como era el más feliz y animado de los corresponsales, ésta rara vez dejaba de surgir. Una vez establecida, le resultaba mucho más útil, en cualquier caso, que las exigencias ruidosas, que tenían siempre el inconveniente de llevar aparejados, cuando las solicitudes eran menos apremiantes, intervalos de inactividad e inatención. Incurablemente daba las cosas por supuestas... Incurablemente porque, cada vez que lo hacía, el proceso salía bien... Digresión con la que, posiblemente, desbordo la imagen complaciente que tengo de nuestras escapadas veraniegas a la ciudad. Debido a un grave accidente de juventud, los paseos campestres por malos caminos le resultaban, a pesar de la gran fortaleza de su constitución, tediosos y sin atractivos; por el contrario, le gustaban las aceras pobladas, y sólo pensar en ellas le quitaba el sueño cuando estaba lejos. De ahí las fidelidades y sociabilidades que, por superficiales que fueran, no podía dejar de reafirmar... con tal de poder reafirmar cuanto antes las otras, las realmente íntimas y aún más comunicables.

Eran éstas, las improvisadas y casuales, las que yo compartía con él de modo indeleble; porque lo cierto es que, si tomábamos el barco a la ciudad para hacer cosas, yo las hacía igual que él, y en tal medida que difícilmente un chiquillo podría pedir más. Mi papel, en fin, puede que no fuera otro que rodear el suyo de una espesa aura imaginativa; pero yo no podía soñar nada más excitante o fantástico que lo que esa actividad significaba para mí. íbamos a la redacción del *New York Tribune* (las relaciones de mi padre con ese periódico eran efectivas y estrechas); y era aquél un mundo asombroso, con extraños abismos, maquinarias y ruidos, y hombres apresurados, con los brazos desnudos y los ojos brillantes, medio desnudos (siempre era julio o agosto) en medio de aquel ajetreo; hombres listos, tratables, amables y chistosos, a algunos de los cuales conocía de casa, y que veían aquello como si fuera el sitio más normal del mundo. Para mí era grande, grande por el hálito de sus vagas e importantes conexiones; y aquellos caballeros me parecían muy mayores, aunque era consciente de que debían ser, por las cosas con que se relacionaban, notablemente jóvenes. De la conversación de uno de ellos, al que con más frecuencia veía en la ciudad, que más tarde alcanzó un gran renombre local (y considerable, a nivel nacional), y que hablaba con frecuencia, y apasionadamente, de teatros, conservo, a la manera de un pequeño Boswel, infinidad de fragmentos brillantes. Es como si hubiese sido él quien sembrara en mi mente la semilla de ciertos intereses que iban a florecer mucho más tarde. Como, por ejemplo, cuando anunció haber recibido de París la noticia de la aparición en el Théâtre Francais de una actriz, *madame* Judith, la que iba a convertirse en una rival formidable de su correligionaria Rachel y a disputar los laureles de ésta... ¿Porqué habré conservado el nombre de *madame* Judith durante todos estos años, si no llegué jamás a verla y, a diferencia de la recordada Rachel, no la recuerda nadie? ¿Por qué constituirá este chisme un hito en mi conciencia, orientándola hacia la Comedie con una intensidad que no culminaría hasta mucho después? ¿Por qué iba a quedárseme grabado, igualmente, que ese mismo caballero había mencionado, en una de estas ocasiones, que acababa de volver de una asombrosa ciudad del oeste, Chicago? Y que ésta, a pesar de tener tan sólo un año o dos de edad, y aceras de tablas, cuando las había, y socavones y badenes, cuando no, y chamizos en lugar de grandes manzanas de edificios, y toda clase de cosas donde ayer no había nada, había desarrollado una enorme energía y curiosidad, y también una demanda de conferencias. Llegué a saber de la Comedie, llegué a saber de Chicago; llegué a saber, también, que las historias más fascinantes no eran siempre aptas para ser leídas por niños. Se mencionó en la redacción del *Tribune* que uno de sus reporteros, Solón Robinson, había publicado una novela curiosamente titulada *Maíz caliente*, que tenía por tema, más o menos, las andanzas de una muchacha que pregonaba esa familiar golosina americana por las calles. El volumen, creo, fue puesto en manos de mi padre, y recuerdo por igual mi inmediato deseo de familiarizarme con él y el aserto, dirigido con idéntica presteza a mi acompañante, de que la obra, a pesar de su atractivo, era de las que no deberían dejarse al

alcance de un niño inocente. Todavía no se me ha aliviado del todo el escozor causado por esta advertencia, ni la conciencia de mi primer asombro ante la discriminación: tan grande me pareció, desde ese momento, el misterio del libro tabú, fuese cual fuese, y la pregunta que me hacía en mi fuero interno de por qué, siendo el libro tan bueno para los demás, era malo solamente para mí. Recuerdo el doloroso pensamiento de que era yo, más bien, el que era malo para el libro; lo que, de alguna manera, era humillante: un descrédito de tales dimensiones no podía dejar de afectarle a uno. Ni entonces ni después me fue aclarado el secreto de Maíz caliente, y la conciencia de esa privación duró más, me temo, que la popularidad del cuento; que, ya fuera como éxito o como escándalo, no debió de ser grande.

VII

Vagamente extravagantes y "patéticas" iban a seguir pareciéndome durante gran parte de mi vida la mayoría de estas tempranas modas indígenas y revuelos literarios: bien pocas de las que rozaron mi infancia fueron algo más que campanillas que de pronto dejan de sonar. Con lo que vengo a decir, me temo, que lo que resultaba conmovedor era el hecho de que el campanilleo pudiera calar, y no que se extinguiera: pues así de inclemente, si la compasión y el sentido de la proporción no la hubiesen disipado, podría haber sido la luz de la crítica en aquella fase estética en la que el principal reclamo no era otra cosa que las campanillas. *La letra escarlata* y *Las siete torres* tenían toda la hondura que pudiera desearse, pero, entre todos los alardes de la imaginación contemporánea, fueron los únicos que la tuvieron; hasta que, a finales de los cincuenta, surgió Walt Whitman, genio feliz del que yo no tendría noticia hasta mucho después. Una ojeada absorta a *El farolero* fue mi único logro en esa hora efímera a cuyo alrededor no dejo de dar vueltas. Aquella novela estaba en boca de todos, y la recuerdo como más o menos impuesta como paliativo a mi forzosa renuncia a una novedad más turbia: me refiero a la obra del indecente Robinson, que me obliga a plantearme una vez más la cuestión de qué podría ser lo que, en medio de aquella profusión de lugares comunes burgueses, se consideraba su indecencia. También Walt Whitman, en fin, iba a deparar una indecencia de primera magnitud; éxito que no hizo más que mostrarnos al lugar común revolviéndose contra sí mismo en un cordial acceso de rabia, y desmandándose por su propio exceso. No había rabia de ninguna clase en *El farolero*, libro al que me entregué devotamente y que habría sido mi primera novela "de mayores" (con ese consolador pretexto me fue ofrecida) si yo hubiera consentido en aceptarla como tal. No hubiera sabido decir qué le faltaba para serlo: me limitaba a tener mis reservas secretas; y cuando, una bendita tarde en el barco de New Brighton me sumergí en *Las iniciales* vi cuánta razón había tenido. *Las iniciales* sí era "de mayores", y la diferencia era exquisita; llegué a percibirla desde la primera página, a asimilarla dentro del pequeño y tembloroso camarote al que me había retirado con ella... Todo eso, a pesar de que mi atención estaba distraída por un par de niñas extraordinarias que se habían refugiado allí para no exponerse a la vista del público, de lo que cabía deducir que no se las podía ver sin previo pago.

Debió de ser una hora intensa, en la que se mezclan el prodigio de las Boon Children, extrañas flores pálidas del teatro, y mi gozo consciente de traerle a mi madre, de nuestra incursión neoyorquina, un regalo tan prometedor: la historia del patilargo señor Hamilton y sus dos bellezas bávaras, la mayor de las cuales, Hildegarde, iba a convertirse, para nuestra pequeña generación, en el prototipo de la arrogancia, en contraste con la descarada heroína (y no creo que nuestras categorías fuesen más allá). En tan escaso tiempo no debí avanzar mucho en la historia de Hildegarde, pero sí llegué a sentir que un aire de poesía se condensaba a mi alrededor: en aquel momento crítico, todo parecía contribuir a ello. Aquellas niñas prodigio, las Boon Children, que iban a New Brighton bajo el cuidado de una dama en cuya apariencia los rasgos de firmeza triunfaban sobre la nota de desaliño —a la vez que la ostentación sucumbía a la falta de elegancia—, estaban anunciadas para una actuación esa misma noche en el Pavilion, donde

nuestra asistencia, dolía reconocerlo, no podía darse por segura. Y al contemplar, gratis, a aquella pareja de pequeñas saltimbanquis somnolientas, se me reveló por vez primera la personalidad de los actores y la profesión dramática. Me infundieron fascinación y, al mismo tiempo, miedo; expresaban una gracia melancólica y una especie de refinamiento displicente, y a la vez parecían terriblemente indiferentes y distantes; indiferentes incluso a ser, quizás, pellizcadas y sacudidas en casa, por mor del arte. No me dedicaron la menor atención, y sin duda me tomaron por algo no mucho mejor que los gamberros que curioseaban el espectáculo por los agujeros de la carpa. En venganza, su apariencia me pareció depravada, a la vez que fascinante; y del recuerdo de su desprecio y de haberme perdido su actuación me consoló, con el tiempo, la evidencia de que los ecos de su fama parecieron extinguirse. No volví a verlas, ni a saber de ellas. Los pequeños Bateman contribuyeron seguramente a oscurecer aún más su relativa oscuridad. Coincideron con ellas en el tiempo, y tuvieron mayor presencia en los carteles y en otros primitivos símbolos de Broadway (¡esos carteles y símbolos de la época!)... Los pequeños Bateman, que iban a ser preservados, ya más maduros, para mi apreciación y disfrute posterior.

Esta reminiscencia ha obstruido, sin embargo, algo más a propósito: la impresión que conservo de nuestros vagabundeos más escogidos; que tuvieron como escenario, mucho más céntrico aún, La Librería, casa de delicias y emporio de la fantasía. Era la librería que habíamos visitado el día de *Las iniciales* y las Boon Children, y de ahí era de donde volvíamos con nuestro botín, del que la encantadora novela no era sino una parte. Mi impresión se componía de muchos retazos; para dar cuenta de ella, se precisaba estar versado en la práctica de hundir la nariz en el libro entreabierto para percibir el tufo del papel y la tinta, lo que llamábamos "el olor inglés". Aquello constituía para nosotros, para mi hermano y para mí, el ejercicio del sentido más refinado del que disponíamos; o, como mínimo, de uno apenas un poco menos refinado que aquél para cuya satisfacción acudíamos a los locales de Thompson y Taylor; y que me acompañaba al volver de todas nuestras incursiones y me dejaba convencido de que no tenía más que aspirar lo bastante fuerte, con el volumen intonso en la mano, para disfrutar la esencia misma de Londres. Todos nuestros libros de esa época eran ingleses; al menos, los de la ciudad (y yo, personalmente, apenas recuerdo alguno que no lo fuera). Y considero que la percepción de esa cualidad en ellos guarda relación con más sueños queridos e imágenes intensas que cualquier otro principio de crecimiento. Todo era el resultado de un profundo estado de infección: me habían envenenado prematuramente, tal como explicaré. La Librería, lugar predilecto de mi padre, era (aunque de su identidad pública no recuerdo más que su contribución a enriquecer las profundidades de Broadway) abrumadora e irresistiblemente inglesa, y no menos inglés era nuestro principal anfitrión allí, con quien además manteníamos, mi padre y yo, una relación tan personal y cordial que recuerdo haberle visto honrar nuestra mesa en compañía de su esposa, cuyos alardes vocales, cutis, peinado y volantes me parecían todo lo característicos y "raciales" que podía apreciar quien, como yo, no fuera versado en el lenguaje del análisis.

El verdadero valor interior de esta riqueza de significaciones —sobre todo, las que concernían a La Librería— era que de este modo se nutría una tradición, se creaban unas expectativas, se le daba contenido a una vaga visión... Toda expresión resulta torpe para un proceso de naturaleza tan mística. ¿Qué había ocurrido? Pues nada menos que, tras haber adquirido, bajo sugestión y con singular prontitud infantil, ciertos conocimientos palpitantes, había llegado a conocer la fuente en la que mejor podía refrescarlos. Tales conocimientos, adquiridos de ese modo, se referían sólo a ciertas impresiones (de nuevo, ciertas *fuentes* de impresiones), procedentes del otro lado del mar y ubicados en la otra orilla. O, mejor dicho, a las impresiones que tales cosas habían dejado en mis propios padres, fruto del tiempo feliz pasado en Londres y alrededores con sus dos pequeños, y reflejado en la parte de sus conversaciones a la que yo prestaba más atención. ¿Era ése el único tema que mis oídos infantiles captaban en todas sus conversaciones? ¿Trataban sólo de Londres, de Piccadilly y de aquel Green Park donde, justo frente a su domicilio, sus dos pequeños tomaban el aire bajo los cuidados de Fanny, su niñera de Albany, de

quien recibieron la estimación de hasta qué punto el Museo Británico parecía poca cosa a quien había tenido el privilegio de gozar del de Albany? ¿Nunca dejaban de mencionar Windsor, Richmond, Sudbrook y Ham Common, lugares cuya rica complejidad resonaba en su discurso, y entre los que habían repartido el verano? Perlas desparramadas, al parecer, que su segundo hijo, dejándose llevar por su habilidad y su instinto, podía recoger. Nuestra única tía por parte de madre, ya mencionada como presencia cariñosa y querida durante aquellos y otros muchos años posteriores, estaba en posición de compartir con ellos el tesoro de estos dulces recuerdos que, en su mayor parte, y como era costumbre de la casa, se vertían sobre la mesa del desayuno, a la que yo asistía con regularidad junto con W. J. En mi tía habían arraigado tempranamente, en Europa, las semillas de una larga nostalgia y, ante mis ingenuos requerimientos, siempre se mostraba pacientemente comunicativa al respecto. Sin duda resultaba anómalo que yo pudiera mostrar tanta curiosidad, siendo tan ignorante de los datos básicos. Era como si la luz de la naturaleza guiase mi adivinación infantil: adivinaba que en el futuro me importaría que la "vida inglesa" fuese de un modo u otro.

Mi padre me había suscrito a un pequeño periódico en cuarto, con cubierta amarilla, titulado *El Conjuero*, que arrojaba una levísima luz sobre aquella cuestión, pero cuyas apariciones, ay, eran intermitentes, o a mí me lo parecían entonces: muchas de nuestras visitas a La Librería eran para preguntar por el nuevo número, y la respuesta, con dolorosa frecuencia, era que el último envío de Londres no lo incluía. Vuelvo a sentir la punzada de esa desilusión, como si me faltase lo que más necesitaba para seguir adelante: ese "olor inglés" que *El Conjuero* exhalaba en grado sumo, y cuya falta me afectaba como la de un tónico vital. No es que mi salvación, digamos, dependiese de un Conjuero más o menos, ni que mi imaginación fuera a estar menos convencida por su falta: mi convicción dependía del aire mismo que se respiraba en casa, del grado de conciencia con que yo lo inhalase. Lo que significaba, qué duda cabe, un fracaso a la hora de leer en los asuntos inmediatos todo el interés que podían deparar. Pero yo ya me había maleado, había probado, ya digo, ese veneno, que a la larga iba a parecerme un trago de lo más saludable. Veía que mis padres añoraban el orden antiguo, y acusaban las molestias e inconveniencias de muchos de los rasgos más inmediatos del moderno, de su incidencia en nosotros; y como su teoría de una vida mejor para nosotros pasaba, desde siempre, por que reemprendiésemos la búsqueda del orden antiguo a la más mínima ocasión, eso no hizo más que afianzar en mí la fe en que lograrlo supondría triunfar en la vida. Nunca me he apartado de este sentir, implícito en cada pregunta que yo formulaba, en cada respuesta que me daban, en cada plan que hacía.

Grandes palabras éstas para ese soñar despierto de la ignorancia infantil. Pero si la mejor definición del éxito en la vida pudiera ser la realización, con la edad, de alguna intención arraigada en la juventud, con toda franqueza puedo alegar motivos para merecerlo. Meter la nariz en las fuentes del olor inglés, para los jóvenes bibliófilos tan distinto a cualquier olor americano, era adoptar ese dulzor como emblema de mi atmósfera. Tortuoso podía ser el camino que tenía por delante, pero uno había emprendido la marcha desde temprano y nunca perdió de vista la meta. Los nombres mismos de lugares y cosas de ese otro mundo marcadamente opuesto, en todos los sentidos, a aquel en el que Nueva York, Albany, Fort Hamilton y New Brighton constituían, tan falazmente, lo máximo, se convirtieron en cosas preciadas, en secretos y dogmas de fe. Es más que probable que los tuviese en la boca con frecuencia y los usase al arbitrio de mi ignorancia, aunque recuerdo bien que la vergüenza me impidió usarlos tanto como me hubiese gustado. Fue New Brighton, deduzco (y lo recuerdo con toda claridad), el que nos dio el "acabado" definitivo... Ese lugar y la sórdida escuela última que W. J. y yo tuvimos en Nueva York. No había más remedio que apelar al orden antiguo cuando "adelantos" como éstos eran lo mejor que había a nuestro alcance y al de nuestros bolsillos. Para evitar adelantarnos, diré que durante un tiempo no tuvimos el desenlace ante nuestros ojos más que de una manera borrosa, y la ilusión de felicidad continuó arrojándonos de estación a estación. No pretendo estar hablando más que de lo que yo tomaba por felicidad, a pesar de mis pocos años y de lo limitado del

escenario... Y habré exprimido la última gota de poesía de esta visión de nuestros veranos urbanos con el vivo recuerdo de la primera vez que posé para un daguerrotipo.

Un día de agosto me presenté, en compañía de mi padre, en el gran establecimiento del señor Brady, en Broadway, el mejor en ese hermoso arte de entonces; y tengo la impresión (y es lo único que me resulta borroso) de que, aunque habíamos venido en el barco de Staten Island con ese propósito, estaba previsto que mantuviésemos el asunto en secreto hasta que mi madre fuese sorprendida, ya en casa, por su encantador resultado. Grande es mi convicción de que nuestro misterio, dado el caso, sucumbió casi de inmediato a nuestra euforia, porque ninguna leyenda gozaba de tan buena salud en nuestra familia como la de la impaciencia irreflexiva de nuestro padre. Lo envolvía un halo (por no decir una llamarada) de precipitación y divulgación, rebelde declarado como era contra toda reserva. Las buenas noticias, en sus manos, se negaban bajo todos los conceptos a marchitarse, la idea de tener algo placentero que comunicar le estallaba en el pecho; y así, veíamos cómo esas "sorpresas" en las que había conspirado con nuestra madre en beneficio nuestro se convertían, caso por caso, por obra suya y ante nuestras conjeturas (que él no tenía ningún reparo en incitar) en conspiraciones contra ella; es decir, contra su conocimiento de que todos estábamos en el ajo. Ponía una sofistería especial y deliciosa al servicio de su incontinencia, y la estupenda pretensión de defenderla por razones "humanas". No era, exactamente, lo que se diría un padre blando; nunca fue la blandura más positiva y plausible, ni el gesto de perdonarte pudo tener jamás esa generosa (y, en ocasiones, incluso cómica) agresividad.

Volviendo a mi modesto asunto, en fin, el secreto de nuestro retrato conjunto no tardó probablemente en iniciar, por obra suya, una brillante andadura pública, que disfrutó hasta que recibimos la imagen; con respecto a la cual acude subrepticamente a mí otro recuerdo, que viene a probar que nuestra aventura fue improvisada. Intensa es mi sensación de no ir vestido tan adecuadamente como me hubiese propuesto ir si la sesión hubiese entrado en mis previsiones; por más que los recursos de mi guardarropa, en su composición de entonces, me habían dejado pocas alternativas. El recurso principal, a este respecto, de un muchachito neoyorquino de la época era aquella especie de chaquetilla entallada, ceñida al cuerpo, con el cuello cerrado y adornada por delante con una sola fila de botones de latón: con toda seguridad, una prenda sin gracia, tal como llegué a saber, sobre todo, por obra de una extraña luz irónica procedente de una fuente inolvidable. Hacía poco que el gran Thackeray había llegado a América para dar unas conferencias sobre "Los humoristas ingleses", y todavía oigo sonar, dentro de la biblioteca de mi padre, esa voz, a la que bastó la visión fugaz de mi paso por el corredor o la escalera, al abrirse la puerta, para hacerle pronunciar estas formidables palabras: "Ven aquí, muchacho, enséñame esa chaqueta extraordinaria". Desde ese momento me pesó la chaqueta; sensación que se ve reforzada por mi timidez ante el visitante sentado, que me pareció, en aquel animado salón bañado por la luz del día, enormemente grande, y que, mientras me ponía en el hombro una mano benévola, acercaba a mi vestimenta nativa unas antiparras llenas de asombro. Más adelante llegué a enterarme del motivo de su regocijo y de por qué, después de preguntarme si ése era el uniforme corriente entre los de mi edad y clase, comentó que en Inglaterra, en el caso de que yo fuera allí, me hubieran dado el tratamiento de "botones". Fue así como me vino la revelación de que éramos más bien raros, y aunque eso no llegó jamás a quitarnos el sueño, sí que tuve conciencia de sentirme así con la cabeza puesta en el torno de sujeción del señor Brady. Hermoso era, sin la menor duda, el perdido arte del daguerrotipo; recuerdo que la "exposición" fue, en aquella ocasión, interminable, pero tuvo como resultado una expresión de congoja reproducida con menos aspereza que en las instantáneas que padecí más tarde... Escasísimas fueron, permítaseme la interpolación, las impresiones que iban a quedarme del gran humorista, pero una de ellas (la única, prácticamente, además de la citada) tiene que ver, de nuevo, con su humor aplicado a las perversiones de nuestro vestuario. Pertenece a un momento posterior, ocasión en la que lo veo sentado con toda familiaridad en nuestra compañía, en París, durante la

primavera de 1857, en una de esas comidas a las que, por entonces, solíamos acudir también los más jóvenes de la familia, que sumábamos cinco. Estaba a su lado la más pequeña, nuestra hermanita, que no había cumplido aún los ocho años, aparentemente ataviada a la moda del momento y el lugar; y la leyenda quiso durante mucho tiempo que aquél impusiera de pronto su mano sobre aquella personita llena de volantes y exclamase, en tono de falso horror: "¿Miriñaque? ¡Lo sospechaba! ¡Tan joven y tan depravada!".

Se me escapa, por más que la persigo, una imagen más débil, perteneciente a uno de los momentos neoyorquinos; no recupero más que el escenario y la breve presencia en él de Thackeray; y nada de lo que se dijo o hizo, salvo que me quedé con mi padre para ver cómo el secretario de nuestro distinguido amigo, que era también un joven artista, armaba su caballete y se ponía a pintar. El escenario, tal como lo recuerdo, era un extraño "reservado" cuadrado y sin adornos del Hotel Clarendon, lo último entonces en hoteles, aunque su antigua esquina entre la Cuarta Avenida y ¿la calle Dieciocho? hace tiempo ya que lo vio desaparecer. El amable, amabilísimo retratista era Eyre Crowe, y el obsequioso modelo mi padre, que posaba en respuesta al deseo de Thackeray de que su protegido encontrara ocupación. Poco tiempo después se marchó el protector, y el negocio, con su bendición, tomó la forma de un pequeño retrato de cuerpo entero del modelo sentado, con el brazo extendido y la mano en el puño del bastón. La obra, puedo decirlo ya, quedaba por debajo de lo que, en general, cabía esperar; pero anoto la escena (en la que, según mi costumbre, debí quedarme boquiabierto y pasmado, pues hasta entonces no había visto a nadie —mucho menos, a un recién conocido, en un reservado de hotel— "pintar de verdad") como ejemplo feliz de cómo mi padre cultivaba claramente mi compañía y se preocupaba de mi educación social. A lo que se suman otras circunstancias relacionadas: recuerdo que era domingo por la mañana, y el lugar, un vacío sin rasgos distintivos, desolado y desnudo, con todas sus mejoras por hacer: el típico salón de hotel del Nueva York de antaño. Pero nítida me resulta todavía mi colaboración consciente, por vez primera, en labores que iban a tener gran importancia durante muchos de mis años venideros. Las del callado señor Crowe me tenían hechizado: grande iba a ser, desde esos comienzos, mi resignación al acercarme a la práctica de su arte, que, a pesar de estas esforzadas tentativas e intenciones, nunca iba a correspondernos; como tampoco iba a corresponder a las atenciones de aquel modesto aspirante, en el que llegué a distinguir mucho después, en Londres, al más conmovedoramente resignado de los hijos de la desilusión. Era un personaje de Thackeray, y no sólo por su relación con él: era como si la mano de su amo hubiese modelado su perfil, su valor, la vida, la dulzura y la paciencia; mostrándolo, al igual que después de aquel largo esfuerzo inútil, sentado apaciblemente a la espera, también larga, del final. Aquello, no podía dejar uno de sentirlo, era triste; pero era imposible considerarlo, de ninguna de las maneras, un fracaso. Estrictamente hablando, puede que lo fuera en términos de fortuna, pero ¿qué era eso, comparado con ser uno de los aciertos de Thackeray? En tono menor, pero con la gracia y la verdad de algún oscuro primo segundo del coronel Newcome.

VIII

El coronel Thomas Newcome es el protagonista de la novela de Thackeray *The Newcomes*, publicada en veinticuatro entregas entre octubre de 1853 y agosto de 1855. A las penalidades de éste se aludirá repetidas veces en el capítulo 29 de este libro.

A este paso, siento que se me desbordan los recuerdos; y, sin embargo, estas fantasmagorías benignas son sólo parte del proceso. Mirar atrás es enfrentarse a las apariciones y encontrar en sus rostros espectrales una muda llamada de atención. Cuando me fijo en una de esas sombras aéreas, ya sea de persona o lugar, a su vez ella se fija en mí y parece menos perdida, no ya con respecto a mi conciencia —lo que no tendría importancia—, sino con respecto a la suya, por haber reparado yo siquiera vanamente en ella. El día del daguerrotipo, esa tarde de agosto, ¿no

fue uno más de esos días en que íbamos a Union Square a merendar y a tomar helados y melocotones y a disfrutar de un ocio aderezado de estímulos para el asombro? Pudo suceder, incluso, que una visita a la señora Cannon nos ocupara en esa ocasión... La memoria selecciona un tanto confusamente entre tantas experiencias. Porque lo asombroso eran las experiencias, y éstas estaban en todas partes, por más que yo no me limitara a encontrármelas, sino que me las apropiaba, para asegurarme de no quedarme corto. La madriguera de la señora Cannon estaba cerca de la calle Cuarta; de eso sí tengo amplia constancia, aunque a lo más que llego es a situarla en lo que me parecía un laberinto de solemnes callejuelas a la espalda de Broadway, en dirección oeste, a no mucha distancia de la casa que ella ocupaba y que debía de estar en una esquina, ya que no accedíamos a ella por escalones que ascendieran hasta una puerta de entrada, sino que había que bajar por lo que era claramente un acceso lateral independiente, rasgo que me sorprendió por lo llamativo y extraño. Adonde conducían directamente los escalones era a una habitación espaciosa, alegre y acogedora (de lo que puede deducirse que no estaba encajada en un antepatio), que ofrecía la rara particularidad, entre otras rarezas, de ser a la vez salón y tienda, exactamente una tienda para caballeros que precisasen pañuelos, corbatas, cuellos, paraguas y botellas enfundadas en mimbre de ese perfume que en Nueva York se conocía como "Cullone", con una O muy grande y larga. La señora Cannon tenía siempre entre manos alguna delicada labor de costura blanca o de color, como si fuera ella en persona la que hacía los cuellos y las corbatas y los dobladillos de los pañuelos, impresión que no concuerda con esa idea de importación de remotos centros de moda en la que abundaban ciertos comentarios entusiastas cruzados en mi presencia, y que acentuaban la incongruencia del lugar... Incongruencia que se manifestaba en muchos detalles, el más destacado de los cuales puede que fuese el hecho de que el comercio de la señora Cannon no contase con mostrador, ni estanterías, ni una vulgar caja de caudales; el salón disimulaba claramente su condición de tienda, hasta tal punto que es posible que yo llegara a preguntarme, en mi asombro, qué disimulaba la tienda. Ésta representaba, con toda honradez —llegué a averiguarlo a lo largo de visitas que debieron de ser deliciosamente frecuentes—, el más informal de los accesos a la bravia parte trasera o interior del negocio de nuestra amiga, los dominios de su industria principal: el conjunto de apartamentos amueblados para caballeros... Caballeros que eran los principales destinatarios del agua de colonia y las corbatas que ella importaba, y entre los cuales se me ocurre que abundaban los siempre notables "tíos" que, en sus continuos regresos de Albany o de cualquier otra parte, deseaban unas comodidades caseras que el Hotel Nueva York no podía proporcionarles. Fascinantes, pues, las implicaciones del establecimiento de la señora Cannon, donde la charla versaba en particular sobre el señor John, el señor Edward y el señor Howard, y donde la señorita Maggie o la señorita Susie, también presentes en sus mecedoras y con sus agujas prestas, opinaban igual que los demás. El interés del lugar estribaba en que, por alguna razón, el tema de discusión era siempre los tíos: dónde podían hallarse en ese momento, o cuándo se les esperaba, o, sobre todo, cómo (el "cómo" era el gran tema y en el que se afinaba más) se habían presentado la última vez y qué podía pensarse de su comportamiento; y que su consumo de corbatas y agua de colonia resultaba a todas luces excesivo: en mi inocencia, es posible que aquélla llegara a parecerme su única consommation. Atribuyo a esas fuentes, como digo, el encanto de la escena, cuya salsa, con todo, era sin duda el hecho de que no todas las falsedades (ya que se incurría regularmente en ellas) eran aclaradas. Y si había cosas que yo no entendía, lo bueno era que la señora Cannon sí que las entendía (a eso se dedicaba en mayor medida, incluso, que a hacer dobladillos de pañuelos y cuellos), y las entendía mi padre, y cada cual entendía que el otro entendía, y en eso ni siquiera las señoritas Maggie y Susie se quedaban atrás. El único que no entendía nada era yo (eso sí que lo entendía)... Mientras tanto, seguían llegando noticias de esos tíos tan persistentemente, tan portentosamente, discutibles. La imagen, en cualquier caso, iba a quedar fijada en mí como por obra de su gracia de otro tiempo, su luz sobre los atractivos de la vida adulta; y, también, por el mayor refinamiento de los modales y, tanto en los artículos de importación como en las

preocupaciones de la buena señora, la nota personal de ternura: en el tejido hecho a mano y en el servicio selectivo. Dignos de estima, pues, en cualquier lugar (con lo que no me refería a otra cosa, me he dicho luego, que al lado bueno de cualquier sociedad), el refinamiento y el sosiego del establecimiento de la señora Cannon.

Union Square era otra cosa, aunque también incluía el ingrediente de que lo único que yo entendía era que no entendía nada (aunque en este caso, creo, mi percepción del drama había sido reprimida, en vez de alentada); inconveniente del que me consolaba a base de manzanas asadas y natillas, rasgo invariable de nuestro almuerzo dominical en aquel lugar (los de entre semana eran variados e improvisados), y con el estudio de una gran provisión, o eso me parecía, de volúmenes con grabados al acero dedicados principalmente a heroínas de la literatura, con uno en particular dedicado a las de Shakespeare, cuyas láminas estaban coloreadas y barnizadas con tal arte, y uno se quedaba de tal modo prendado de los semblantes y vestidos, que durante mucho tiempo después me sorprendió no ver comparecer en el teatro esas mismas imágenes brillantes y sus peculiares atuendos. Hace apenas unos días, en fin, pude reanudar casi en el mismo sitio el hilo de estas contemplaciones. Grandes excrecencias, precarias flores de un día, parecían haber echado de la plaza a todos menos a uno o dos de los monumentos menores de antaño, tan gratos y dignos de consideración; pero allí, junto a la Plaza de la Universidad, la vieja casa de los libros de grabados y las natillas y la escena familiar no había recibido todavía, a pesar de lo desfigurada y ahogada que estaba, el golpe de gracia. El mero reconocimiento de una ventana oscurecida y del pórtico profanado me permitió desgranar todo un capítulo de historia... Valga esto, en fin, como advertencia contra la profundización, como alegato a favor de lo superficial, por mostrar en qué medida cualquier mota de experiencia se multiplica y ramifica en infinidad de asociaciones desde el momento mismo en que la mente empieza a manejarla. En la ocasión de la que hablo, fui en pos de un enjambre de tales asociaciones por toda la calle Catorce oeste, hasta la Séptima Avenida... Casi todas ellas difíciles de encontrar, pero que, en media docena de puntos, se revelaron de una extraña y rancia perdurabilidad. La mota de experiencia, como digo, había sido extrañamente preservada en estos casos; la perdurabilidad, en dos o tres de ellos, había resistido con una especie de habilidad consciente. Son impresiones a las que me resultará imposible no volver pronto, cueste lo que cueste.

Me "percaté" de la calle Catorce por vez primera a edad bien temprana, y recuerdo perfectamente la emoción de aquella experiencia iniciática, que no consistió en otra cosa que en una visita con mi padre a una casa allí situada, perteneciente a una manzana un tanto envejecida del lado sur, muy cerca de la Sexta Avenida. Era mi aprobación a esta casa "nuestra", recién comprada, lo que mi padre requería de mí, colmando una vez más, en fin, la medida de mi pequeña adhesión. Di mi aprobación total, como si hubiera podido prever que el lugar iba a convertírseme, mucho tiempo después, en una especie de fondeadero del espíritu, por lo mismo que entonces llegó a fascinar mis ojos: pues fue allí donde por vez primera me quedé boquiabierto ante el proceso de "decorar". Vi a hombres simpáticos con gorrillos ingeniosamente hechos de papel plegado (¿qué habrá sido, en la ciudad rugiente, de esas extrañas insignias de los oficios manuales?), subidos en andamios y llenando moldes de escayola; en concreto, los vi pegar en la pared largas tiras de papel granulado amarillento, y recuerdo claramente que el grano y el dibujo (pues había un dibujo desde la altura de la cintura hasta el suelo, una complicación de dragones y esfinges y volutas y otras fiorituras) me parecieron algo asombroso y suntuoso. Daría cualquier cosa, insisto, por recuperar su perdido secreto, por ver en qué consistía realmente: tan interesante de rastrear (y, a veces, tan difícil de creer, en una comunidad que se conozca) resulta la aventura estética general, los peligros y engaños, los accidentes poco menos que fatales, los mortales achaques a los que el gusto ha sobrevivido sin perder la sonrisa, y después de los cuales es posible aún que la voluble criatura nos mire a la cara. En nuestro barrio debían de abundar, en aquellos años, los peores síntomas, aunque no fuese más que como groseros caprichos. La era de la "piedra rojiza" acababa de hacer su aparición, y ese material, en formas deplorables y

monstruosas, y extendido por todos los espacios libres y solares disponibles, abundantes entonces entre la Quinta y Sexta Avenidas, ofendía cada vez más la vista. Era como si nosotros viniésemos de un mundo de armonías más apacibles, el mundo de Washington Square y alrededores, tan decente en su dignidad, tan poco pretencioso por instinto. Incluso allí, que yo recuerde, había manchas de abandono, como el insulso vacío que se extendía en dirección oeste desde las dos casas que formaban la esquina con la Quinta Avenida hasta la de nuestro abuelo, la casa de nuestro abuelo de Nueva York, que él mismo había construido, con gran acierto, no hacía tanto tiempo, y a la que, en verdad, no le quedaba mucho para verse rodeada de elementos sólidos, pero mucho menos gratos. El espacio central conservaba todavía el antiguo nombre de Plaza de Armas, y las viejas empalizadas de madera, que eran tenidas entonces por lo más apropiado para los centros de las plazas (la imagen entera parece infinitamente lejana) resultaban, incluso para mis inocentes ojos infantiles, rústicas y groseras. Union Square, en la cresta de la avenida (o lo que entonces, en la práctica, pasaba por ser la cresta), estaba rodeada, con mejor gusto, por una verja de hierro y contaba con los adornos adicionales de una fuente y un guardia entrado en años y con aspecto de aficionado, terrorífico para los de mi edad en virtud de su estrella y su vara. Menor elegancia atribuyo a la Plaza de Armas, a la que acudíamos para solazarnos a la salida del parvulario cercano, y donde jamás arma alguna hizo acto de presencia para estorbar nuestras propias evoluciones; aunque la impronta del oficio se hacía sentir, porque lo que mejor recuerdo en relación al lugar es la sensación y el olor de un otoño perpetuo, con el suelo cubierto por una capa tan espesa de hojas y ramitas del ya hace tiempo difunto ailanto que la mayoría de nuestros movimientos se reducían a levantarla a patadas (el tufo dulzón de la planta impregnaba el aire), mientras los pequeños hacían cabriolas, como jinetes espoleando sus corceles. Había chicos mayores, y más audaces, a los que esta vegetación, u otra que se me escapa, proporcionaba largas vainas negras, como judías, que ellos encendían y fumaban, ante la mirada atónita de los más pequeños... Por lo que respecta al pequeño del que mejor puedo hablar, lo veo abrirse paso entre los desechos de todo un veranillo de San Martín, fascinado por el proceso de aventar las hojas a patadas y el gozo de sus incursiones solitarias por una ruta en la que estos lugares y otros situados un poco más al norte llegan a confundirse gratamente. Éstos eran los placeres domésticos del barrio elegante, que tenían su contrapartida, y más, ya cerca de la casa de la calle Catorce, en los chopos, los cerdos, los pollos y las dos o tres "casas irlandesas" (sin contar una estupenda casa holandesa que se alzaba entonces como escondida entre jardines y arboledas)... Una extensión de territorio todavía visible a simple vista por esa comfortable condición marginal y esa dispersión de poblamiento a cuya falta, en general, deben las vistas de Nueva York su falta de "estilo".

Pero había también vibraciones más sutiles... para un prudente merodeador infantil; aunque ninguna quizá tan sutil como cuando se paraba a beber de esos manantiales de fantasía que brotaban de los enormes carteles del teatro. Estos anuncios, en una época en que la publicidad se contentaba con ser información, tenían en gran medida la forma de programas ampliados. Consistían en grandes hojas cuadrangulares, amarillas o blancas, pegadas sobre altas panoplias de madera o en hornacinas en la pared, que informaban al posible espectador de todas las circunstancias que pudieran realmente interesarle. Estas panoplias descansaban amistosamente lo mismo sobre árboles y farolas que sobre paredes y vallas, y con todos ellos mantenían, supongo, una relación de familiaridad; pero la nota más dulce de su confianza era que, en renglones paralelos y al estilo antiguo, personajes frente a intérpretes, daban cuenta de todo el reparto, que en aquellos "días dorados" del teatro con frecuencia abarcaba infinidad de nombres. Heme aquí de nuevo en la Quinta Avenida, cerca de la esquina suroeste de la calle Novena, en una de esas paradas que debieron de ser innumerables, pues las obras, para beneficio del curioso, no duraban en cartel lo que ahora, y el anuncio era renovado constantemente... Atrapaba mi atención cada vez que pasaba, igual que el lienzo de un gran maestro en una galería importante atrae la del pío turista; y aunque ni siquiera hoy puedo estar seguro de su contenido concreto, me sentía con

precoz pasión a mis anchas entre los teatros, gracias a la devoción que mis padres sentían por ellos (tal como, desde esta distancia, la veo manifestarse entonces) y a aquella generosa ley y feliz opinión que permitía que tal adicción fuera compartida con nosotros, sin importarles mucho ciertas cosas que a nosotros no podían importarnos y sosteniendo, en general, que lo que era bueno para ellos era bueno también para sus hijos. Lo que tuvo el efecto de dejar en éstos, en la medida en que éramos propicios a cultivarlo, un singular fondo de reminiscencias teatrales, un pequeño tesoro de recuerdos que iban a durar, en mi caso, toda una vida, y me hacen preguntarme hoy, ante su abundancia, cuántas noches al mes, o incluso a la semana, éramos arrancados de las rutinas del hogar.

IX

Sin embargo, no cabe duda de que la verdad no está tanto en la riqueza de mi experiencia como en la tenacidad de mis impresiones, en el hecho de no haber perdido nada de lo visto y de que, aunque no me sea del todo posible ahora dividir la totalidad en ocasiones diferenciadas, los diversos componentes sorprendentemente acuden a mí en tropel. A algunos volveré, limitándome por ahora a desear dejar claro cuándo y cómo fueron sembradas las semillas que con tal profusión retoñaron y florecieron más tarde. Yo llegaría a sentir un gran amor por lo mejor del drama como "forma", fueran cuales fueran las variaciones que pudieran experimentar mi fe y mi curiosidad con respecto a la endeble e inadecuada realidad teatral. Por supuesto, antaño ni nos planteábamos qué pudiera ser "lo mejor del drama"; y cuando, recientemente, he vuelto a ojear, por casualidad, una abundante colección de retratos teatrales, comenzando por los primeros tiempos de la litografía y la fotografía aplicadas a tales menesteres, testimonios de primera magnitud de las "personalidades", como decimos hoy, de la antigua escena americana, se agudiza en mí la estupefacción y triunfa el escepticismo: tan vulgares, tan bárbaros me parecieron, en conjunto, los tipos, tan extraordinariamente provinciana la caracterización de cada figura, tan menos que escaso el mérito de tales fisonomías y reputaciones. Bastante patética, admito, la imagen histriónica una vez apagadas las candilejas, el rostro fatigado y descompuesto reducido a sí mismo, como una taberna cerrada y a oscuras, el cartel colgando todavía pero el lugar arruinado por falta de clientela... Esa consideración tiene su peso; pero, aun abandonados a sí mismos, ¡buenos eran, de todos modos, los artistas, tanto hombres como mujeres, de aquel mundo de extrañas apreciaciones! Quizá debiera ser benévolo con ellos, a la vista de lo que mejor recuerdo: la sensación de estremecimiento sagrado con la que empecé a mirar el telón verde que iba a dar paso a *La comedia de los errores*, en una ocasión que debió de ser, por lo que recuerdo de su casi insoportable intensidad, la primera en que me dispuse a ver una obra de teatro. Supongo que debo agradecerle aquella intensa velada a William Burton, a cuyo teatrillo en la calle Chambers, a la espalda de la gran tienda Stewart's y muy cerca del Parque (de lo que entonces se entendía por el Parque) debo mi iniciación de entonces. Pero permítanme que no lamente deberle la aventura, además, a otro William más grande, ni que no pueda dejar de pensar, con la misma intensidad más que justificada y la misma casi intolerable emoción, en el tormento del telón, en su manera de mezclar tan oscuro desafío y tan vasta promesa. En vano lo taladraban nuestros ojos, por más que supiéramos que se alzaría a la hora prevista: la duda estribaba en si uno sería capaz de sobrevivir hasta entonces. Nos habían leído la obra durante el día. Un célebre actor inglés, cuyo nombre incongruentemente he olvidado, había acudido para darle la réplica al señor Burton, en el papel del segundo de los Dromios.

Y la simpática señora Holman (que poseía, para mis despiadados ojos, una barbilla demasiado hundida) tuvo a bien representar a Adriana. En la señora Holman veía yo a una amiga, aunque no menos afectuosa era mi consideración de la señorita Mary Taylor... Con la salvedad, en fin, de que la señora Holman supo ganarse nuestra simpatía por el hecho de "salir" a cantar, vestida de raso blanco y sin que viniera a cuento, en los entreactos; favor que compartió con la más joven,

hermosa y atrevida: la danzarina Malvina, que irrumpía en escena para mover los pies, tocar el pandero y menear el chai, ella solita. Cuando no admirábamos al señor Burton en Shakespeare lo admirábamos haciendo de Paul Pry, de Toodles y de Aminadab Sleek en *La familia formal*, y grande debía de ser nuestra admiración: presentes tengo todavía, al detalle, su enorme persona, su carota enorme y sus vastas y un tanto descolgadas mejillas, coronadas por una especie de parpadeo de elefante, a las que yo atribuía una acusada maldad.

Con todo, hacíamos nuestras distinciones. El señor Blake nos parecía mucho mejor comediante, con más de caballero y de persona cultivada...; el meloso señor Blake, al que, junto a la brava y enfática señora Blake (habría que ver sus discusiones), relaciono en parte con el teatro de Burton y en parte con ese otro, de creación algo posterior, que, después de gozar de cierto éxito un poco más arriba de Broadway bajo el poco afortunado nombre comercial de Liceo Brougham (entonces casi no teníamos más que liceos, museos, salas de conferencias y academias de música, en lugar de teatros y auditorios), inició una larga carrera y una existencia itinerante bajo el nombre de Teatro Wallack... No es seguro que consiga aclarar la totalidad de estas relaciones. Lo importante, lo que yo deseo hacer pasar por tal, es que cuando más admirábamos a Blake volvimos a admirar a la Taylor; y fue precisamente en el teatro Brougham, y no en el de Burton, donde le tributamos ese reconocimiento, reservado a su interpretación de la afectuosa hija actriz en la versión inglesa de *Le Père de la Debutante*, en la que veo a la encantadora, sofocada y morena criatura, envuelta en blancos ropajes coronados al modo clásico por una tiara de oro y un pañuelo dorado, volver del supuesto escenario al falso camerino seguida de explosiones de aplausos, y arrojarle al cuello del anciano y desvencijado caballero, vestido con un abrigo azul con botones de latón, que no podía ser otro, después de darle muchas vueltas, que el señor Placide. Mayores vuelos o matices más delicados no alcanzaba entonces el arte de la comedia sentimental. Sólo me queda por desentrañar que los Blake, al igual que Mary Taylor (quien ocupa un lugar de favor ante mis ojos, en perjuicio incluso de Kate Horn en *Nan el inútil*, hasta ser ella misma desplazada por la brillante Laura Keene) acabaron por emigrar al Brougham, donde los encontramos en su salsa interpretando a la pareja Hardcastle, de Goldsmith, y otros asuntos similares. En especial, fuimos a dar nuestro apoyo a Blake en el papel de Dogberry, en la que entiendo que fue mi segunda noche shakespeariana, cuando Laura Keene y el señor Lester (el luego conocido Lester Wallack) hicieron de Beatrice y Benedick. Me remito a esta nueva prueba de que tuvimos nuestra ración de Shakespeare, puede que anterior incluso a esta visión arrebatada de *Mucho ruido...*, pues es posible que se le adelantara el deslumbramiento de haber presenciado *El sueño de una noche de verano* en el Broadway (allí sí que había un teatro declarado), esta última todavía viva para mí en cada brillante detalle. Nos proporcionó, debimos sentirlo, la aventura más grandiosa que pudiéramos concebir... No encuentro otra explicación a la claridad con que se me presenta. Todo lo suyo parece de ayer mismo: la identidad de los actores, los detalles de sus trajes, el encanto que derrochaban las hermanas Gousenheim: la mayor, tan elegante, haciendo de la enamorada Helena; la otra, la picara Joey, en el papel del malicioso Puck. Hermia era la señora Nagle, con un peplo corto de color salmón encima de unas enaguas blancas, todo protuberantemente ceñido por un resplandeciente cinturón dorado y haciendo contraste con los pañuelos sueltos de Helena; mientras el señor Nagle, con su rostro azuleado por la barba y su deje irlandés, hacía de Lisandro o Demetrio; el señor Davidge (también, sospecho, con deje irlandés) era Bottom, el tejedor, y *madame* Ponisi era Oberón... *Madame* Ponisi, cuyo repertorio debía de ser amplio, ya que también la veo como la heroína de blanco velo de *La catarata del Ganges*, donde, prefiriendo la muerte a la deshonra, se lanza a la más o menos perpendicular cascada a lomos de un fiero corcel negro, con un resultado apenas empañado por el revoloteo casual de una colgadura tras la que asoma una pernera y un pie grande de hombre; y en otra ocasión, presumiblemente más adelante —o, estrictamente, pasada ya la tierna infancia—, en el papel de tal o cual noble matrona o reina de tragedia... Sea como sea, la veo representando todos los personajes del mismo modo, con esa cara ancha y morena enmarcada en diademas,

coronas u otros pesados tocados de los que brota una hilera de diminutos tirabuzones negros. *La catarata del Ganges* tampoco se salva: una tragedia de templos e ídolos y rajas malvados y agua de verdad, aligerada una vez más por las intervenciones cómicas de Davidge y Joey Gougenheim; por más que el conjunto resulte de una mayor aspereza, por la ausencia de hadas, Amazonas y efectos mecánicos a la luz de la luna, verdadero encanto del juego escénico dentro de la obra; y, a ese respecto, la relaciono con *Bosques verdes*, a pesar de la celebridad que alcanzó en esta última *madame Celeste*, que llegó a nosotros directamente de Londres y cuyo admirado paseo por el escenario en el papel de Miami la cazadora, deslumbrante en su porte majestuoso a la vez que voluptuoso, realizado por una falda corta, polainas de terciopelo negro y una escopeta airoosamente llevada al hombro, cobra vida ante mí mientras escribo. La pieza en cuestión era obra, recuerdo, del señor Bourcicault, tal como escribía entonces su nombre; que fue uno de los primeros en el oficio, y debía de llevar en él muchísimo tiempo, pues tengo idea de que proveía a Brougham, el del Liceo antes mencionado, con lo más escogido de su producción. Asisto ahora a una representación de *La confianza de Londres*, con la Wallack —"Fanny" Wallack, creo, aunque no puedo asegurarlo— en el papel de Lady Gay Spanker, colorada y vociferante, primero en un traje de montar con cola de varios metros y luego de raso amarillo, sin apenas cola. Estoy presente también en *Amor en un laberinto*, cuyos decorados figuraban, me temo que con medios primitivos, un jardín laberíntico supuestamente intrincado, y en la que admiré por vez primera a la Russell (la que luego, durante mucho tiempo, compareció ante el público con el apellido Hoey), a pesar de opinar que requería, sobre todo en los trances escotados, una constitución menos huesuda. Hay obras de este tipo, admito, cuya clave se me escapa: como el drama de asunto contemporáneo y origen francés (¿qué no era entonces de origen francés?) en el que Julia Bennet, recientes todavía sus éxitos en Haymarket, hizo su debut, con una cofia blanca muy favorecedora, en el papel de aventurera o víctima inocente de un designio licencioso, he olvidado cuál, aunque tengo la impresión de que la cofia blanca, si era verdaderamente elegante, era el distintivo entonces de la aventurera... La misma Julia Bennet, a la que más tarde íbamos a conocer como la habilidosa y generosa señora Barrow, plena de estilo y presencia, y que a menudo le daba la réplica a Edwin Booth en los papeles de Porcia, Desdémona y Julia de Mortemer. Creo recordar que, en su etapa más oscura, fue la sucesora de Laura Keane en el Wallack, tras la ruptura con éste de aquella primitiva hechicera de nuestros padres, de la que aún recuerdo la conmoción que produjo su llegada, y nuestra expresa delicia ante la dulzura "inglesa" de su manera de hablar (yo ya me preguntaba si podía ser de otro modo), que no era la manera de hablar a la que estábamos más habituados. Los Tíos llegaron a imitar en mi presencia, poniéndolos como ejemplo, algunos de sus más escogidos sonidos, los que yo me esforcé por distinguir al verla, más tarde, en el papel de señora Chillington en la refinada comedia *Visita matinal*, donde deja deliciosamente en ridículo a Lester en el papel de Sir Edward Ardent, hasta el punto de hacerle ponerse a cuatro patas con el chai de ella por encima, al modo de una manta de caballo. Esa impresión deliciosa ignoraba aún la decepción inminente: la que me llevé al enterarme, años después, de que la brillante comedia era el tributo de nuestro gusto anglosajón a la elegante *Porte Ouverte ou Fermée* de Alfred de Musset, en la que nada podía encajar menos que la broma del caballo de la versión inglesa. Laura Keane, con la gracia natural de sus primeros años y una inspiración que supongo fresca y delicada, a juzgar por la clase de satisfacción que prodigaba en sus comienzos, viviría para desmentir la promesa y, al endurecerse y ajarse definitivamente, renunciar a toda pretensión de gloria. Lo que no sorprende, a la luz espeluznante que arroja, como muestra de aquella atmósfera de ineptitud, la perversa vulgarización, aceptada y permitida, de la obrata maestra de Musset. ¿Acaso podía ir la calidad del talento unida a tan horrenda falta de calidad en el material que se le ofrecía? ¿Adonde podían conducir semejantes errores, sino a la ruina y a la desolación? ¿Qué instinto feliz no se ahogaría en una atmósfera tan deprimente de desorientación? ¿Es una suposición falaz el que, en aquella época, pudiera hablarse en serio alguna vez de estos asuntos? ¿Es sólo una sospecha el

que todo resultara perfectamente barato y corriente, y todo el mundo perfectamente malo y bárbaro y que incluso los menos corruptibles de nuestros espectadores típicos fueran engañados con demasiada facilidad, y fueran de una benevolencia irremediable? Lo hermoso de la verdad con respecto a cualquier asunto recordado con el debido distanciamiento (o, en otras palabras, a través de la neblina del tiempo) es que la comprensión y la crítica han llegado a convertirse en una misma cosa, la misma cosa son la compasión (no es otro su nombre) y la perspicacia; y la totalidad de los inquietos de antaño, con sus alegrías y sus errores, sus sinceridades y sus engaños, vanidades y triunfos, nos llegan ungidos por el suave perfume de su sumisión colectiva al destino. No es necesario que seamos exigentes con ellos, a no ser que lo deseemos por alguna razón especial y nos alegre recordar al punto todo lo que esto implicaría como exigencia respecto a nuestros propios orígenes, nuestras borrosas iniciaciones. Si nada nos parece más cierto que el que muchas personas que recordamos no pudieran esquivar, hasta cierto punto, su falta de lucidez y su inconsciencia, del mismo modo nada resulta más conciliador que el que la percepción de semejante estado, llevada hasta ciertos extremos, no haga sino poner en entredicho, hasta el ridículo, nuestras escalas de juicio. Nuestra lucidez, nuestra conciencia superior, abarca muchas cosas; entre ellas, lo intensamente que vivían, en el peor de los casos, ellos, los pálidos reemplazados; y en qué medida lo debían a sus merecimientos.

Reflexiones, en fin, que, al hilo de recuerdos como los que acabamos de reunir, pueden parecer quizá un tanto forzadas; aunque son ellas las que, a mi juicio, hacen que las imágenes se multipliquen. Algunas más insisten en acudir a mí y se resisten a ser ignoradas; y ya que estoy reconstruyendo la historia de los estímulos de mi imaginación, por lo que pueda valer, no puedo permitirme ser desconsiderado con ninguna partícula que contribuya a mi propósito. Me había quedado, arriba, contemplando el cartel de la Quinta Avenida, y no puedo hacer otra cosa que seguir ahí mientras insistan en acudir a mí los tropes de imágenes que eso evoca. Era la época de las adaptaciones de Dickens, que menudearon en todos los teatros y debían de ser obra de los peores chapuceros de la escena, a pesar de lo cual asistimos a dos o tres de ellas. Las relaciono con el templo de las artes del señor Brougham, por más que no pueda quitarme de la cabeza, al mismo tiempo, al capitán Cuttle, el de *Dombey e hijo*, encarnado en aquel corpulento Burton del que me consta que jamás bendijo con su presencia ese altar, lo que añade cierta confusión a mis divagaciones. ¿No es él al que recuerdo en el papel del monstruoso Micawber, grosera parodia de una creación llena de encanto, completamente calvo como un huevo de Pascua y con cuellos en punta como velas de falucas mediterráneas? Fatal, por supuesto, para todo propósito de moderación era la necesidad de ajustarse a las ilustraciones de Phiz, ya de por sí un parodista improvisador, y acertado sólo en la medida en que no fuese imitado o literalmente reproducido. Bastante extraña la "estética" de esos artistas que no aspiraban a otra cosa que a reproducir literalmente... Cambio de tema, en fin, y me hundo yo también en la miseria ante la evidencia, para empezar, de haber languidecido en casa mientras mis mayores admiraban a la señorita Cushman (terriblemente fuera del cuadro, y hasta del marco, la juzgaríamos hoy, me temo) en el papel de Nancy en *Oliver Twist*: tan lejos me quedaba eso como la existencia de ese prehistórico "Parque" del que lo único que sabía era que mis mayores acudían allí a oír ópera y volvían a casa entonando sonoros nombres italianos: Bosio, Badiali, Ronconi, Steffanone (no estoy seguro de escribirlos bien)... Señales, de triste sonido para nosotros, de que en algún sitio estaba trazada la raya que limitaba nuestra participación infantil. No había sido trazada, me complace recordar, cuando, bajo tutela adecuada, en Castle Garden, escuché al más singular de los niños prodigio: a Adelina Patti, flotando en una butaca que habían acercado a las candilejas y haciendo ostentación de su incomparable talento. Tenía más o menos nuestra edad, era como nosotros sin dejar de ser, al mismo tiempo, la más prodigiosa de las hadas de cuento. Tampoco fue aplicado ese principio de selección cuando ocupé un asiento junto a mi madre en el Tripler Hall o en el Niblo (tengo dudas sobre la ocasión, pero ambos nombres alegan razones igualmente buenas y confusas para reclamar mi pluma) y rendí un homenaje —exento de toda crítica, debo decir— a la ya entonces

un tanto ajada Henrietta Sontag, condesa Rossi, que nos impresionó por la suprema elegancia de su atavío en seda rosa con volantes de encaje blanco, y con la que ciertos miembros de nuestro círculo habían tenido algún contacto o trato que yo asombrosamente he olvidado. En cualquier caso, fue ésa la hora en que aprendí el posible significado de "aclamación", y vuelvo a tener delante el vasto auditorio atestado deshaciéndose en aplausos ante los nítidos gorjeos de la hermosa dama color de rosa; estremecedora, tremenda experiencia y único recuerdo mío de haber asistido a conciertos a esa edad, exceptuando la impresión de una extraña hora de apreturas en un local más pequeño, alguna sala de segundo orden, bajo lámparas tenues y una vez más en compañía de mi madre; tan cerca de la improvisada tarima que mi nariz rozaba las enaguas de la distinguida *amateur* —una mujer rubia, finísima, con mucha palpitación de busto y juego de miriñaque— que cantaba *Casta Diva*, mientras el caballero italiano con bucles, terciopelo negro y voluminoso capote romántico, que hacía —o, más bien, lo era, por profesión y destino— de *Improvisatore* me producía el efecto, mientras yo permanecía embobado a sus pies, de soltar sus bramidos literalmente en mi garganta. Aquello, estoy seguro, era un concierto de caridad, con su actuación desinteresada y su patrocinadora, y se había hecho su hueco donde había podido... Y, al mismo tiempo, relaciono de alguna manera ese lugar (a la derecha, bajando Broadway, y diría que no mucho más allá de la calle Cuarta, si no fuera porque todo me parece que estaba justo más allá de la calle Cuarta, cuando no un poco más acá) con la escena de mi consagración pública un poco más tarde, en la asombrosa actuación del *signor* Blitz, el sin par mago; quien, habiendo asistido yo a su espectáculo en compañía de W. J. y de nuestro frecuente camarada de entonces "Hal" Coster, se aprovechó de mi inocencia para sacarme a escena y hacerme pasar la vergüenza de mi triste incapacidad para llevar la cuenta matemática de sus sorprendentes sumas, restas o divisiones de pañuelos y naipes... Parálisis mental que me hace sentir una vez más, y con la misma desesperación vana de entonces, la tímida telegrafía de apoyo de mis compañeros desde los bancos, sus risitas y gesticulaciones y números hechos con los dedos levantados.

El segundo dato concreto relacionado con Dickens es el SMIKE de la señorita Weston (cuyo *praenomen* tengo la frivolidad de olvidar, aunque me temo que era Lizzie, conocida luego como señora E. L. Davenport y, después, tras alguna riña pública o habladuría, como señora de Charles Mathews) en una versión desabrida de *Nicholas Nickleby* que no fue otra cosa que melodrama lacrimoso, expósitos perdidos y malvados como Ralph Nickleby, el ceñudo Arthur Gride y otros villanos contrariados, con muy poca presencia de Crummles y Kenwigs y nada de Squeers; aunque algo sí que tuvo que haber de Dotheboys Hall para la oportuna tragedia de SMIKE y el marcado acento de Yorkshire —apreciado valor teatral— de John Brodie. Imborrable fue la angustia, a mi tierno parecer, del hambriento, andrajoso, adulator y quejumbroso protegido de Nicholas. A la vista de mi nítida retención de ésta a través de los años, ¿quién negará la inmensa autoridad del teatro, o que la escena es la más poderosa de las máquinas modernas? Tal iba a ser la fuerza de la impronta dickensiana, fuera cual fuera su modo de aplicación, sobre la arcilla blanda de nuestra generación; pues resistió imperturbable la acción de las olas del tiempo. Precaverse contra el autor de ésta, o simplemente hablar de los albores primeros de nuestra conciencia de ella, y de la presencia y poder de su autor, es hollar terreno a la vez sagrado e ilimitado, cuyas implicaciones, vistas de cerca, aguantan con pie firme nuestros envites y hasta nos hacen retroceder. Hizo demasiado por nosotros como para devolvernos la libertad: la libertad de juzgar, o de reaccionar (en el caso de que, no lo quiera el cielo, deseáramos hacerlo). Al imponer su mano sobre nosotros socavó, como en ningún otro caso, nuestra capacidad de estimación desprejuiciada. Reaccionamos contra otras creaciones de todo tipo sin que por ello dejen de gustarnos, pero de algún modo Dickens nos gustaba más por haber puesto él mismo en entredicho la mitad de sus presuntos méritos. Ese proceso es atribuible al hecho de que toda crítica referida a él resulta inútil e insípida. Hasta su sabor es fácil de impugnar, pero se nos metió tan tempranamente bajo la piel de la inteligencia que siempre resultó más intenso que el sabor de su replanteamiento. Cuando acudo a él, hoy en día, y me veo en el trance de rechazarlo,

simplemente renuncio: no a rechazarlo, quiero decir, sino a defenderlo, por puro miedo a hacerlo; lo que suena, lo reconozco, a que lo hojeo y frecuento lo menos posible. No vuelvo a él, no lo haría por nada en el mundo; quiero decir que, teniendo tal tesoro a buen recaudo en la cámara polvorienta de la juventud, no permitiría que aires intelectuales vinieran a turbarlo. Feliz la casa de la vida en la que esas cámaras resisten, por más que los soplos del intelecto silben por los resquicios. Fuimos prácticamente contemporáneos, contemporáneos de las entregas, de los palpitantes números mensuales: he ahí la cuestión. Para nosotros supuso una bendición, era pura poesía, sobre la que nada podrá jamás poner sus manos.

La cuestión queda resumida, para mí, en un solo recuerdo (aunque hay otros): el de haber sido enviado a la cama una noche, en la calle Catorce, siendo yo muy pequeño, justo cuando en la biblioteca, a la luz de la lámpara, uno de los primos mayores de Albany, el menor de los cuatro huérfanos que mi abuela tuvo la extravagancia de adoptar, comenzaba a leerle en alto a mi madre la nueva entrega, que debía de ser la primera, de *David Copperfield*. Yo había fingido retirarme, pero me limité a retroceder hasta encontrar amparo tras la sombra amistosa de algún biombo o las faldas de una mesa, y, agazapado allí, pegado a la alfombra, contuve la respiración y escuché. Escuché largo y tendido, y me empapé de los progresos de la asombrosa historia, hasta que la tensa cuerda se rompió al fin bajo el empuje de los Murdstone y rompí en sollozos de simpatía que revelaron mi argucia. Esta vez sí fui realmente expulsado, pero el barniz recibido entonces resultó indeleble. Recuerdo, en fin, que poco tiempo después pude comprobar que lo que seguía (en especial, la vasta expulsión de los Micawber) excedía mis capacidades de entonces; que tardaron algunos años en adecuarse, años en los que la contagiosa opinión general (y, en la misma medida, el eco que ésta tenía en nuestra familia) se quedaba sin resuello ante *Tiempos difíciles*, *Casa desolada* y *La pequeña Dorrit*. Las semillas de la popularidad del Chuzzlewit y de *Dombey e hijo* (éstas, con una apretada cosecha), las encontré ya sembradas. Llegué a pensar que había nacido (nacido a una plenitud de conciencia) justo en el cénit; no hubo, en aquellos años, ninguna otra cosecha de referencias inmediatas comparable a la cosecha dorada del Copperfield. Pero si aún había de esperar para llegar a apreciar los mejores frutos, ya había hojeado *Oliver Twist*... y no sé decir qué relación guarda esa experiencia con el incidente evocado más arriba. Fuera como fuera, cuando Oliver era nuevo para mí ya era viejo para mis mayores; y la opinión de éstos sobre las aventuras y vicisitudes de aquél debía de guardar relación, pienso, con mi público y expresivo asombro ante ellas. Su exhibición era desaconsejada... para la inocencia infantil, supongo; a no ser, en fin, que mi recuerdo de haberla disfrutado nada más que a retazos y en otra casa (aunque de la familia) se deba, sobre todo, a la presencia en ésta de la espléndida versión ilustrada por George Cruikshank, no disponible en nuestro entorno inmediato. Es posible incluso que aquella me pareciera más de Cruikshank que de Dickens, tan vividamente terribles eran las imágenes que ofrecía, todas ellas marcadas por esa peculiaridad de Cruikshank de que las presuntas flores o bondades, las escenas y figuras cuya intención no era otra que proporcionar agrado o alegría, resultaban, en sus manos, más sutilmente siniestras, más sugestivamente extravagantes que las maldades y horrores declarados. La gente buena y los momentos felices de los grabados me asustaban tanto como los canallas y las desgracias; lo que, sin embargo, no disminuía la capacidad que los volúmenes tenían de atraerme hacia esa vieja estancia alta y cuadrada justo al oeste de la Sexta Avenida (como nuestra casa, situada en la misma calle), que constituía, románticamente, la mitad de nuestro territorio doméstico y ofrecía a la curiosidad de nuestros pequeños pasos un mayor campo de acción y privilegio. Si el Dickens de aquellos años era, tal como acabo de llamarlo, el gran logro de la imaginación contemporánea, igualmente me sale al paso, al mismo tiempo, como parte de unas circunstancias en las que sólo indirectamente estaba implicado.

Porque la otra casa, la casa que más frecuentábamos después de la nuestra, era la de nuestro primo Albert, otro más de los benditos huérfanos, al que entonces creíamos emparentado con nuestra madre. Y si, tal como he insinuado, yo solía atribuirles a los huérfanos un encanto

circunstancial, una situación necesariamente más placentera que la nuestra, la de los que teníamos padre y madre, de igual modo rodeaba a este camarada de mi elección (y el ejemplar más perfecto de su género, por ser el único que no tenía hermanos) un halo de posibilidades que no eran menos intensas por ser más bien indefinidas. Con el tiempo llegaría a encarnar, pobre muchacho, algunas de esas posibilidades: las que, originariamente, me habían resultado más borrosas. Pero reparar en su situación desde mi punto de vista actual no es tanto sentir asombro por lo que sugería de libertad sin freno, como ver en ella los elementos de un cuadro rico y acabado. El marco estaba allí desde no hacía mucho: cascado y vacío, roto y estupefacto, igual que algunos de los que, dentro del mismo escenario hipertrofiado, mis indagaciones posteriores han descifrado; y eso me ha ayudado, de alguna manera, a distinguir retrospectivamente en él las viejas figuras y la vieja y larga historia, contada con excelente maña. Conocimos bien a las figuras mientras duraron y tuvimos con ellas una felicísima relación, pero no hicimos justicia a la verdad de su trazado, a lo apropiado de su carácter y fuerza de expresión y función y, sobre todo, a la armonía compositiva en la que se movían. Todo eso vuelve a cobrar vida ante mi examen y me hace admirar más que nunca el talento artístico del destino. La tutela de mi primo, la natural y la legal, correspondió a su tía única; que era prima de mi madre y de nuestra propia tía, virtualmente la única que teníamos, por una cercanía de parentesco tan sentida como buscada. Las tres, hijas de dos hermanas únicas y muy unidas, se habían criado tan juntas que tenían todas las señas y acentos de una misma sangre y un mismo nido. La prima Helen de nuestra infancia, en fin, no era otra que la que mi madre llamó "hermana Helen" toda su vida, tal como vinieron las cosas, y una presencia tan resuelta y firme y un carácter tan señalado para la nueva generación como para la vieja. La traemos a colación, sobre todo, por lo admirable de su llaneza y franqueza de otra época. En la recia sencillez de esta mujer veo la de un mundo anterior más apacible, un Nueva York de mejores modales y mejores costumbres y creencias más simples, ingredientes para un retrato pintado por un grave holandés o algún otro maestro fiel a la verdad: se presenta con algunos de los rasgos característicos (el ansia por la honradez, el humor modesto, las manos recogidas, el atuendo oscuro, serio y elegante, la cofia serena y señorial, insignia casi de un gremio o una orden...) que coinciden en las efigies de las notabilidades del pasado, de uno u otro sexo, que han tenido, digamos, el valor de tener carácter, y que les aseguran un lugar en las grandes colecciones. Señalo, con admiración, que era buena de un modo esforzado y activo, y tengo la vivísima impresión de que nunca hubo nadie mejor, y de que su bondad de alguna manera responde del tono íntegro de una sociedad, que no es otra cosa que un considerable racimo de decencias privadas. Su valor para mi imaginación reside, quizá, antes que nada, en su coherencia con el lugar, en esa ignorancia y rigor típicos del viejo Nueva York. Sus tradiciones, escasas pero inflexibles, se habían desarrollado allí, junto a ella: eran cuanto necesitaba, y ellas daban a su vida sinceridad y firmeza. El que haya habido personas con tan pocas dudas con respecto al deber nos ayuda a ver cómo crecen las sociedades. Una cantidad proporcionalmente pequeña de convicciones absolutas al respecto soportará, comprendemos, un enorme peso muerto de convicciones puramente relativas. Ella se mostraba tan preocupada por las suyas, en fin, como si alguna vez hubiesen sido puestas en duda...; lo que quizá demuestra que estar desprovisto de imaginación, cuando se está completamente desprovisto de ella, apenas contribuye al bienestar en mayor medida que tener demasiada, lo que sólo contribuye, en cierto modo, a una libertad sin raíces o, lo que es peor, a una veracidad controvertida. Junto a una conciencia grande y asentada sí que tiene valor una pizca de la facultad figurativa: sirve para engrasar la rígida maquinaria.

Con todo, esta vida de insistencias rígidas y estrechas tan claramente plantadas ante nosotros no lo era todo en la otra casa, la casa del Oliver ilustrado e intermitente y, también, la que contaba con menos libros, en general, que la nuestra; la mejor proporcionada y la de espacios menos poblados (apenas había tres personas para llenarlos), y la de los numerosos retratos de familia con sombreros y rostros empolvados, el más antiguo de los cuales era un "pastel francés" —

encantador, sin duda— de un joven antepasado colateral que había muerto en viaje por Europa... Por el contrario, un vasto campo de acción rodeaba, en mi opinión, al sobrino adolescente, que me sobrepasaba unos tres años en edad, creo, y tenía horizontes y perspectivas distintos a los nuestros. Nada de Europa para él, sino una patriótica formación destinada a familiarizarlo con el Sur y el Oeste, o lo que entonces se llamaba el Oeste... Su intención era "conocer primero su país", y perdersen de vista mientras lo hacía; aunque, diferencias aparte, en su condición tan natural y cercana de hermano y vecino nuestro, las extensiones de su radio de acción y los atractivos de su posición se equiparaban, de alguna manera, a las limitaciones y rutinas de la nuestra. No iba ni a nuestras escuelas ni a nuestros hoteles, pero volaba, fuera de nuestra vista, en otros aires educativos que no puedo indicar ahora, y poseía en una parte remota del estado una vasta finca salvaje conocida como El Arroyo del Castor, a la que, ante lo improbable de que su tía y su tío lo llevaran a él allí, tuvo el detalle de llevarlos a ellos, y a la que también nos invitó, en vano, a W. J. y a mí; deparándonos con ello, sin embargo (aunque puede que de un modo bastante indirecto), los mejores argumentos infantiles que íbamos a conocer a favor de la conocida aceptación de lo inevitable. Al parecer, no cabía pensar que, en vez de lo inevitable, pudiéramos aceptar la invitación; el lugar estaba en plena naturaleza, a una incalculable distancia y a un día entero en coche desde la estación, atravesando toda clase de peligros acuáticos y terrestres, con osos merodeadores que se le cruzaban a uno y probables mutilaciones (de lo que había tristes ejemplos) a golpes de guadañas y hachas... Aunque nosotros, por supuesto, medíamos el alcance de nuestra privación justo por estas cosas, y crecimos (en la medida en que entonces crecíamos) en la creencia de que placeres que no tenían precio nos habían sido cruelmente negados. Fuera como fuera, llegué a crecer lo bastante para preguntarme si el tipo del pobre Albert, según éste fue desarrollándose desde un principio ante la preocupada mirada adulta, no habría contribuido a minar, de alguna manera, nuestro beneplácito: su simpática cara de tonto, su tímido y singular aire de ser sospechoso o culpable por motivos que él conocía mejor que nosotros, bien podían parecer síntomas del curso, del "mal rumbo" que estaba destinado a seguir. Yo no podía dejar de verlo sino como la encarnación ideal del *fils de famille*; no es que yo pudiera aplicarle entonces esa denominación, pero sí sentía que él debía de pertenecer a una clase especial e importante, de la que era el único componente. Verdaderamente, todo esto tenía una propiedad, unos rasgos afortunados, que debemos entender como valores meramente dramáticos o pictóricos; porque, igual que nosotros éramos testigos de un drama mayor aún de lo que suponíamos, también estaban allí, al menos, según yo creía adivinar, el escenario y las figuras, incluyendo el coro, y yo debí intuir que estas presencias eran todo lo apropiadas que cabía esperar. Veo a los actores moverse de nuevo por las habitaciones altas, oscurecidas (siempre es cosa de atardeceres de invierno, luz de chimenea, de lámparas...); cada uno en su papel, y perfecto en un cuadro que daba la impresión de estar completo, aunque sin ahogos.

Tal composición hubo de esperar lo suyo, a lo primero, para encontrar la figura central adecuada, pues, a mi libre parecer, del que no me aparto, sufría la un tanto gravosa carga de nuestra pariente de más edad, la persona más anciana que recuerdo haber tratado (si puede llamarse trato al hecho de haber rehuido con espanto tales extrañas evidencias del paso del tiempo): me refiero a nuestra tía abuela Wyckoff, hermana mayor —deduzco— de nuestra abuela materna y viva imagen de una ancianidad que, tal como me la represento aún hoy, nunca habría yo de ver sobrepasada. La revisto, en esta visión, con todos los atributos de ídolo correspondientes a su venerable condición: sólidamente sentada o incluso entronizada, cubierta, envuelta y forrada, en un sillón de grandes orejas salientes y protectoras que lo asemejaban a un altar, y con una cara amplia cuyas cejas, de insólita negrura, y un par de toques más hacían pensar en los rasgos convencionales de la imagen pintada. Manifestaba sus deseos como lo hacen los dioses, pues no tengo constancia de sonido o movimiento alguno emanado de su presencia, y lo único que recuerdo de ella es que, al decir de sus acompañantes, sus píos sacerdotes, había "dicho" esto o aquello, sin haber emitido palabra. ¿Era de verdad, como aparentaba, tan

tremendamente vieja, tan vieja que su hija, la prima Helen nuestra y de nuestra madre, tendría que haber nacido mediada ya su vida para justificar tal edad? ¿O era que la ancianidad, por aquel entonces, cuajaba antes y, en correspondencia al deterioro intrínseco, el descuido del aspecto físico y el vestido era más complaciente, más sumiso y, se diría, más deplorable? Tengo toda una gama de suposiciones, y cada una, a su manera, de un interés tan intenso que apenas sé con cuál quedarme, aunque puede que me decante por la idea del adelanto. Si la tía Wyckoff apenas tenía, en mi primer recuerdo, pongamos, unos setenta años, la idea me llena de una especie de alegría: alegría por la manera moderna, por lo general más generosa y noble, de acusar la duración... ¿Quién no se esforzaría por alcanzarla y, en virtud de ese esfuerzo inteligente, alcanzarla en mejores condiciones que aquellos que no se oponían al destino? La moraleja de estos ejemplos debe ser que, si ellos se rendían demasiado pronto y con demasiada facilidad, nosotros, testigos más lúcidos, podemos invertir el proceso y ofrecer plena resistencia. Pero que me disculpe la imponente sombra a la que vengo refiriéndome si era verdad que ella había apurado ya su posible copa; así quiero suponerlo: tan rico y extraño es el placer de hallar el pasado —el Pasado, con mayúsculas— testimoniado a nuestro requerimiento, pues no hay otra manera de estar seguros de él. Era el Pasado lo que uno tocaba en ella, la inconcebible y preponderante rareza del pasado americano; y grande habría de parecer la suerte de contribuir a su continuidad desde algún otro extremo lejano.

X

Fue la desaparición de la buena señora, en fin, lo que de un modo más señalado inició la desbandada, dio paso a ese proceso prolongado, lento y sostenido que deduzco que nada a partir de entonces iba a estorbar. Ella había estado allí, sentada al pie del retrato de su rígido y anciano padre, con el que hacía juego su propio retrato al otro lado de la chimenea; pero a partir de entonces estas presencias no iban a dejarse sentir más que con cautelosas reservas. Prendas como las señaladas confluyen en la imagen gallarda, acabada y franca del ya mencionado Alexander Robertson; con cuyo retrato, en una réplica reducida y poco fiel del mismo (del original, que recuerdo excelente, nuestros ojos habían sido privados hacía ya tiempo), he vuelto a tener contacto hace poco en una institución piadosa que él fundó y en la que, después de algún que otro empujoncito hacia el norte y unos sencillos arreglos, su recuerdo se mantiene vivo en un mundo que no lo conoce y cuyos avances apenas podría él haber soñado. Del mundo que él había conocido en persona quedaban uno o dos rasgos. La leyenda de sus acres y de sus intereses locales, junto con su recia presencia entre ellos, gozaba de gran predicamento entre nosotros, a pesar de que sólo conocimos las sobras del festín. Estas riquezas, por algún injusto giro del destino, fueron la herencia de nuestro joven pariente, aquel fils de famule huérfano y tutelado cuyo padre, Alexander Wyckoff, hijo de nuestra tía abuela y uno de los dos hermanos de la prima Helen, se me aparece de modo apenas perceptible a través de la ominosa neblina que precedió al peor brote de cólera que iba a conocer Nueva York. Al parecer, Alexander (al que, viudo joven y víctima de ese brote, evoco con algo de calvicie prematura, patillas cortas y negras, chaleco visto y ligero y modales pomposos e inofensivos) recibió la mejor parte de las propiedades en cuestión, que pronto transmitió a su hijo huérfano de madre, y que tan gran incremento estaban destinadas a experimentar. Hay claves que se me escapan, y aún hoy no tengo la menor idea de por qué los hijos de la tía Wyckoff hubieron de recibir tan feliz distinción. Para mí, nuestro tío abuelo del mismo apellido es menos que un borroso fantasma: había pasado a mejor vida antes de que yo llegara a tener constancia de su existencia; pero tengo razones para pensar que estas riquezas no le pertenecían. A nuestra abuela no debió de corresponder más que una pequeña parte; de lo contrario, hubiéramos tenido mayor constancia de ellas. Se me ocurre que, cuando tuvimos alguna constancia de ellas, ya la mayor parte se había desvanecido como el humo: en mis oídos todavía resuenan algunas dolorosas alusiones a ciertas

"tierras", al parecer del mismo país que el Arroyo del Castor, que mi madre y su hermana habían recibido del abuelo Robertson, junto con los legados adicionales que correspondieron a los cuatro hermanos varones, y que fueron sacrificadas poco después por la escasa cantidad en que fueron tasadas. Es propio de las "tierras" lejanas y en regiones imperfectamente puestas en cultivo que se aluda siempre a ellas como inmensas, y yo estaba convencido de que habríamos sido grandes propietarios con sólo tomarnos más interés. Nuestros intereses eran peculiarmente urbanos, lo que tampoco es decir mucho. Algo tiene que ver con el misterio de los acres que se esfumaron mi tío por parte de madre, John Walsh, el único que parecía tener datos de primera mano con respecto a aquellas vagas propiedades; pero fui lo bastante torpe como para dejar pasar mi ocasión de enterarme por él de lo que había sucedido con éstas.

Tampoco ellas tuvieron muchas más ocasiones de ver al pobre caballero, ni yo encontré la oportunidad. No alcanzo a atrapar más que dos o tres apariciones suyas, y sólo una en que lo veo sin nada que hacer: delante del fuego en la biblioteca de la calle Catorce, robusto y con el cabello lacio y negro, como si el Arroyo del Castor hubiese dejado su impronta en él, y bien afeitado, con cuello duro y levita negra... Más que verlo, lo oigo extenderse sobre la entonces candente cuestión de Jenny Lind: daba la impresión de haber salido de las tierras salvajes sólo para escucharla, y recuerdo que me parecía un rasgo de rusticidad (habría que verme en mi incipiente papel de crítico en miniatura) el que se refiriese siempre a ella como "señorita Lind"; por más que no se me ocurre, y menos se me debía ocurrir entonces, qué otro tratamiento podría haber usado. El resto de mi recuerdo de él está teñido del antiguo dolor, el que frecuentemente mostrábamos en aquellos años ante la desgracia general de tíos, tías y primos oscuramente afligidos (en especial, los tíos) y segados a deshora. Nítido recuerdo el que guardo de una visita, un oscuro anochecer de un domingo de invierno, a la casa del entonces cabeza de la familia de mi madre, mi tío Robertson Walsh, en Clinton Place, donde agonizaba el desventurado hermano menor; a cuya presencia, en la parte alta de la casa, fui conducido, y de cuyo final, de una seriedad siniestra y crepuscular, con él allí tumbado, entre olores de tabaco y medicinas (de alguna fuerte medicina especial), en una de las habitaciones de lo que recuerdo como un remoto y desabrido ático abovedado (probablemente el mejor lugar para el reposo prescrito), iba a quedarme una impresión imborrable. Todos aquellos tíos, fuere cual fuere su grado de parentesco, más tarde o más temprano y más o menos ante nuestros ojos fueron muriendo de males aparentemente relacionados con la melancolía; y sin embargo el conjunto de su historia, en la medida en que puede leerse, parecía la historia de la vida misma... El caso es que llegué a pensar que este John Walsh, soltero, solitario y con la bondad impresa en sus cejas negras, había sido sacrificado a los remotísimos acres de Robertson, que por su parte habían sido sacrificados a nunca supe qué.

Adonde voy a parar, sin embargo, es a que había otro festín de Tántalo servido ante nosotros: otro terreno del mismo origen, enfrente de la otra casa, desde donde se extendía, en dirección norte, hasta la Sexta Avenida; aunque ahí lo vimos pronto ceder espacio, en la esquina, a una construcción que luego resultó ser el más prosaico de nuestros colegios neoyorquinos. La edificación, dedicada hoy a otros usos igualmente insignificantes, permitía todavía la explotación agrícola de un solar urbano sin edificar sobre el que corría la leyenda de que nuestro bisabuelo, que vivía cerca de la Batería, había tenido allí su casa de campo o, hablando con propiedad, su granja, rodeada de amplios espacios libres. Aunque encogido, en fin, una parte del terreno existía aún; en concreto, un espacio que recuerdo, aunque de un modo *extremadamente* borroso, haber visto abierto al público como jardín de té o café al aire libre, local de baile y canciones y otras formas de júbilo inocente. De la subsiguiente conversión del lugar en solar del Teatro Francés sí que pude tomar buena nota; pues a lo largo del invierno de 1874-5 asistí allí, no sin cierto desinterés impropio, a una serie de representaciones más o menos exóticas, y admiré en especial el elevado y difícil virtuosismo de *madame Ristori*, el infalible instinto para el énfasis erróneo de la entonces aclamada señora Rousby (todavía oigo los convencidos "Gran mujer, gran mujer" de

un amigo entendido con el que me encontré al salir) y la firme fidelidad a una causa perdida, y a una verdad no del todo apreciada por nosotros, del difunto, lúgubrementemente gracioso y acabado John Toole.

Aunque, por radiantes que sean estos fantasmas, con mayor intensidad vuelve a mí el drama que ya he apuntado, y que tenía lugar en un escenario más cercano. Porque ese "proceso prolongado" al que aludí antes comenzó con la muerte de la tía Wyckoff y, aunque se tomó un respiro antes de continuar, mantuvo hasta el final (que no llegó a consumarse hasta hace apenas unos años) su coherencia y unidad. La prima Helen, desde su destacada posición, fue la heroína; el pálido y asendereado Albert, el héroe o galán joven, una especie de modesto Orestes neoyorquino arrebatado por las Furias; cuyos confidentes fueron, primero, el muy respetable aunque del todo insignificante marido de la heroína, y, segundo, la amiga íntima y casi hermana de ésta, nuestra admirable tía; a los que se suma, digamos que para dar juego, el hermano menor de Alexander, el raro, excéntrico y cariñoso Henry... He aquí la distribución de las figuras ante el espectador: en mitad del gran escenario, sobre el que se multiplicaban los motivos de interés, los tres protagonistas, bien visibles; en segundo plano, la pareja secundaria, toda celo y simpatía, comentarios oportunos y mucho ruido, atenta a cualquier llamada y prestos a la más mínima señal; lo que era especialmente cierto en el caso de nuestra tía, que era todo menos arisca, más parecida a un vaso que rebosa que a un mero recipiente pasivo, y destinada a convertirse en la agente principal, casi la dea ex machina, del último acto de la historia. A su colega de los primeros tiempos (aunque difícilmente ella le hubiese concedido el derecho a usar ese título) prefiero designarlo como marido de nuestra estricta prima antes que como pariente nuestro, siquiera por cortesía; pues de "señor" lo trataba hasta su propia esposa, cuyo horror a las libertades, en general, se extendía incluso a aquellas que ella misma pudiera haberse tomado. A diferencia de otros en su caso, su matrimonio no supuso el acceso a la condición de primo, lo que parece más culpa suya que nuestra. Su nombre de pila no sólo no era usado, sino que ni siquiera le servía de adorno; lo que concordaba con la acusada falta, en torno a su persona, de atractivos dignos de mención, y con el hecho de que jamás hombre alguno, en su tránsito por la vida, habrá sido nombrado o interpelado con menos entusiasmo. Si hay personas a las que el "señor" jamás les sienta bien del todo, también las hay a las que nunca se les cae; de éstas, algunas lo conservan por la grandeza, y otras por la insignificancia de sus personas. Éste que, a pesar de pertenecer al segundo grupo, es objeto aquí de mi atención, me es muy útil como prueba testifical: tan sobresaliente, tan coherente debía de ser su insignificancia. A ese valor, si es que lo es, casi siempre va aparejada alguna cuestión de grado y posición: con adjuntos, y en relación a algo, el cero puede figurar como número; y es sobre todo por eso por lo que al despreciado cero le falta poco para tener su conciencia y sus motivos de irritación. A este borroso caballerete —todo un caballero, eso sí— jamás, desde el principio hasta el final de su andadura, se le hizo, se le guardó o se le urdió ningún reproche o agravio; ninguna duda sobre cómo tratarle, o sobre cómo podría él acusar o sentir ese trato. Visto desde cualquier ángulo, no era más que un espacio en blanco, y seguía siéndolo aunque se le aplicara algún ácido o se le expusiera a la acción del calor. La única identidad que poseía era la de ser parte del consenso.

Resulta poco frecuente un caso como éste: un caso sin caso, carente incluso del interés derivado de semejante agravio. Por norma general, en los despreciados percibimos atisbos de resentimiento: al menos tienen, a veces, la importancia de sentir el peso de nuestro desprecio. El fenómeno era aquí de una naturaleza completamente distinta: la de una vulgaridad natural que jamás había alcanzado el nivel de sensibilidad. Donde ha habido agravio puede haber agravio; donde ha habido sufrimiento, puede haber consuelo; cuando se tiene cierto grado de dominio del "escenario", por humilde que éste sea, el drama de la vida de uno se representa hasta cierto punto por sí solo, con la consecuencia lógica de darle a uno la parte que le corresponde del papel de héroe y de hacer que te tengan por tal... Ni por asomo me atrevería a decir qué concepto tenía la prima Helen de su espectral marido, aunque creo que el rasgo más señalado del retrato de ésta

fue el de haber conseguido evitar que lo supiéramos. De ella sabíamos todo lo demás, pero en ese campo era cordialmente inescrutable y, sobre todo, no exigía compensaciones por los desprecios que se le hacían a él. De éstos no sabía absolutamente nada, por más que fuera perfectamente capaz de sentirse realmente ofendida o "dolida" —palabra, esta última, que hacía resonar a la asombrosa manera del viejo Nueva York, irreductible a la escritura—. Cubría el caso con un velo que tenía más probabilidades de ser el de su candidez que el de un desconocimiento fingido: dudo que ella supiese que los hombres podían ser atentos de un modo diferente a aquel con el que había de conformarse para creer atento a su marido. Cuando el molde, y los hombres fundidos en él, eran diferentes ella no lograba (o, por lo menos, temía) reconocer sus atenciones, por más que ciertas mujeres (tan distintas, ellas, como esos hombres extraños) pudieran tomarlas como tales. Directamente interrogada, apenas hubiese aprobado (tal era la inocencia de estos modales lejanamente extinguidos) la compañía masculina en dosis más fuertes o en tonos más intensos..., salvo donde la consanguinidad o el matrimonio, que ella acataba sin reservas, lo hubiesen impuesto honestamente. Lo singular del drama en el que insisto era que, en él, era justo la consanguinidad lo que hacía onerosa la carga, y extraña, y de una naturaleza que reclamaba grandes decisiones y planes pacientes, aun excluyendo las posibilidades más ominosas... No hago otra cosa que reinterpretar, por supuesto, pero no porque estos elementos tuvieran, ante mis ojos infantiles, ningún misterio: si alguna luz misteriosa puede apreciarse en ellos, no es sino efecto de información muy posterior. De lo que mi visión infantil era más dueña, pienso, era de la figura del esposo espectral, el borroso caballere, recorriendo en toda su extensión los dos grandes salones, en repetición prolongada, como si fueran éstos la cubierta de uno de esos barcos que antaño frecuentase en calidad de "sobrecargo" o algo así, en mares extraños y lejanos..., tal como reza la única leyenda relacionada con él, además de la de su juvenil atrevimiento al abordar, siendo como era, a aquella espléndida muchacha, con la suerte de haber tenido éxito en su tentativa; suerte que, sorprendentemente, le visitaba por segunda vez, pues era también parte de la leyenda el que con anterioridad había desposado y perdido a otra novia más allá de sus merecimientos.

XI

Llegados a este punto me hallo, estrictamente hablando, de visita a Albert, que de vez en cuando tenía tales condescendencias amistosas con mis pocos años (todavía aprecio la naturalidad de hombre de mundo que había en el gesto). Pero mi anfitrión, al parecer, me ha dejado solo un momento, y mi atención se centra en la abigarrada perspectiva dentro de la cual "el tío" (también para Albert no tenía éste otro nombre que "el tío") viene y va... Fuera del marrón comparativamente intenso del cuarto de atrás, dominando lo que yo consideraba bravias extensiones, había una galería cubierta que, en temporada, se cubría de accesibles racimos de uva lambrusca, y más allá de la cual se extendía un patio que, comparado con el de casa, era todo un amplio jardín... No pierdo de vista la espalda arqueada del tío, en cuya parte inferior, por detrás, sus brazos permanecen entrelazados. Noto cómo su cabeza, calva pero con cabellos erizados como cuernecillos a los lados, se proyecta hacia adelante en actitud inquisitiva, por no decir suplicante. Asisto a su salida —en la que intervienen buenas mamparas antiguas de caoba deslizándose hacia atrás sobre lo que a mí me parecían ruedas de plata— a la mitad más luminosa, aunque más fría, de la escena, y lo espero mientras permanece asomado a la calle Catorce, pendiente de cualquier cosa que pudiera estar pasando allí y fuera digna de noticia, objeción o misericordia. Y aguardo su previsible regreso, previo a una reanudación de su trato: pues, en mi inocencia, soy todo menos indiferente a sus descubrimientos y comentarios. Es la prima Helen, sin embargo, la que preferentemente los recoge, concediéndoles su verdadera importancia, que en ese momento es la mayor que pueda concedérsele a cosa alguna en el mundo. Mientras yo permanezco atento a las rasgos de carácter de nuestro andarín compañero: la

cara larga, un tanto equina, las cejas siempre levantadas, como atento a una posible alarma, y el limitadísimo movimiento de lado a lado de su cabeza *extremadamente* saliente, como por efecto de la tirantez de los pañuelos de cuello que solía usar y que, enrollados y vueltos a enrollar en sucesivas etapas, le hacían el cuello larguísimo sin hacérselo menos grueso, y alcanzaban su punto culminante en un nudo proporcionalmente muy pequeño y hecho con sumo arte. Yo entonces no podía saber que éste era un personaje del pasado tan acabado como cualquier otro del que pudiera haber constancia, cerca o lejos... Aunque, si no lo intuía entonces con mayor o menor sutileza, ¿de qué me viene esta convicción de haber tenido delante toda una obra maestra de, digamos, el gran Daumier, o de Henri Monnier, o de cualquier otro ilustrador contemporáneo de *Monsieur Prudhomme*, el filisteo timorato en un mundo de peligros? Dejo aquí la pregunta, por poca importancia que parezca tener; pero en la que hay una reflexión quizá más oportuna que cualquier respuesta que se le pueda dar. Heme aquí contemplando al pobrecito "Cariño" —tal como prima Helen se obstinó en llamarlo durante toda su vida— a la luz de una imagen captada por el genio francés, y esto sí que abre verdaderas perspectivas. Que yo sepa, poco le falta por sugerir, en lo que respecta a nitidez e intensidad de tipo; lo que, a su vez, pone mi imaginación en un brete, al plantearseme la cuestión de si una persona con tales señas no había de ser, en verdad, una figura bastante definida.

Ese grado de definición seguramente era raro entre nosotros; raro en una época en que el encanto de buena parte de primos y tíos y parientes en general había de buscarse en su simpática manera de prescindir de toda definición. Eran amables, sí, y encantadores; pues —creo que ya he planteado la pregunta— ¿qué hubiera sido de nosotros en caso contrario? Pregunta cuya mera insinuación jamás nos hubiese inquietado ante la presencia que nos ocupa. También él, en fin, era amable y blando; y todo ese mundo, en definitiva, me parece completamente hostil a la arrogancia, a la insolencia o a cualquier presunción de altivez y aspereza. Aunque, cuanto más pienso en él (arriesgándome, incluso, a pensar más de la cuenta), más distingo en él un tono y unos modales que desaprobaban las confianzas. Mucho de esto estaba en el aire, pero si él no hubiera mencionado un orden en el que las formas contaban todavía, difícilmente se le habría ocurrido a uno que alguna vez hubiera existido tal cosa. Él daba fe, y puede que no lo hiciera mal: me acuerdo de su voz y de su discurso, que no eran, en absoluto, los de aquel Nueva York; y con el eco, por débil que sea, llega la pregunta de dónde podría haber aprendido tales cosas. En cuanto formas, eran cosas ajustadas y definitivas: ¿de qué civilización superior le habían llegado? Cavilar sobre esto aunque sea una pizca supone, como he dicho, abrir perspectivas... Y en lo más hondo de una de ellas reluce la más extraña de las preguntas: ¿es posible que fuéramos nosotros, los demás, los equivocados, y que el borroso caballerete fuese el único que estaba en lo cierto? ¿Es posible que la autenticidad de su tipo fuera algo que nosotros, más bien sin tipo alguno, no podíamos ni percibir ni apreciar? De lo que resulta que sí, como puede pensarse, él constató y calibró la situación y simplemente decidió ser blando y tranquilo y guardarse sus opiniones, eso lo convierte en un héroe sin laureles y en un mártir anónimo. La luz de esta posibilidad es, sin embargo, demasiado cruda: la apago, aparto la vista del cuadro...; sin añadir más que un detalle de su historia que, por lo que pude entrever, elude toda ambigüedad. El joven Albert, como he dicho, logró resistir con éxito durante aquellos años a ese mismo reclamo de Europa al que nosotros invariablemente respondíamos con un lamento general —y particular— a coro; pero también aquella otra casa alimentaba proyectos tan serios que podían reclamar para sí la dignidad del relativo silencio y la paciencia. La otra casa no abrigaba aspiraciones con respecto a los idiomas, pero sí con respecto al gran viaje, aquel que, por más de una razón, estaba fuera del alcance de la nuestra. Sólo años después, y después de que hubieran sucedido infinidad de cosas (sobre todo, que Albert hubiese perdido su apuesta y se hubiese retirado ostensiblemente de la partida) la gran aventura pudo llevarse a cabo, y el resultado fue uno de los más claros ejemplos de la ironía del destino. Lo que más había nutrido aquel sueño era la leyenda, más que antediluviana, de los *Wanderjahre* del borroso caballerete, aquella experiencia

de tierras y mares distantes que no por haber tenido que esperar tanto dejaría de tener una aplicación más bien accidentada. Medio siglo había tenido que esperar. Pero la certeza de su cumplimiento no parecía haber sufrido merma alguna cuando llegó el día feliz en el que Nueva York empezó a perderse de vista. Europa, sin embargo, guardaba sorpresas; ¿quién iba a saber hasta qué punto, después de medio siglo, podía también guardar sobresaltos? El caso es que el cumplimiento del viejo sueño rompió la tensa cuerda, y el anciano personaje con el que mi imaginación, con la más tierna de las intenciones, había jugado tanto, nada más desembarcar en Inglaterra se permitió la última de sus miradas sobresaltadas, miró a su alrededor con vaga desaprobación y... expiró. Murió nada más pisar tierra. Pero el gran viaje siguió su curso... La misma prima Helen, asistida por recursos personales, sociales y financieros que no dejaban nada que desear, lo llevó a cabo triunfalmente, aunque no sin haber superado antes ciertos reparos al respecto.

Pero esto me ha alejado bastante de aquella casa, así que vuelvo a esbozar, de una pincelada, el temprano escenario donde ella ejerció aquella doble tutela de la que fui asombrado testigo infantil. Incluso entonces pude vislumbrar, creo, el hecho de que, del mismo modo que Albert, tan románticamente, estaba bajo el cuidado de su tía (lo que es una relación perfectamente inclasificable), también su tío Henry, el peculiar hermano de ella, se hallaba bajo la tutela más o menos legal de ésta, a pesar de ser mucho mayor que Albert. En estos hechos, y también en el carácter de cada una de las tres personas implicadas, residía el drama. Que debió comenzar, más o menos, tal como he apuntado, cuando este Henry de pocas luces, en fecha que creo poder precisar, emergió al fin de su rústico exilio (durante cierto periodo de tiempo el Arroyo del Castor había protegido, y promovido, su simpleza) y empezó, él también, a pasear el campo más que trillado que se extendía entre las ventanas de la calle Catorce y la galería de las uvas. Y si lo veo ahí con menos claridad que a su compañero de paseos, no es sino porque, con posterioridad, su figura llegaría a alcanzar grandes proporciones, mientras su acompañante, sin dejar de estar presente, iría empequeñeciéndose hasta esfumarse. A estas alturas sólo se me ocurre para ese acompañante una historia posible; mientras que los anales de Henry el simple fueron ganando en interés desde el momento mismo en que se hicieron acreedores del mismo: lo que sucedió en cuanto nos hicimos cargo de los motivos y de algunos de los rasgos de su custodia. El fundamento de todo aquello era que éste, por inofensivo que pudiera parecer, no era de fiar. Recuerdo el cariz ominoso que adquirió enseguida esta verdad, tanto a la luz de la inmensa amabilidad del hombre como de la absoluta certeza de su hermana Helen. No era de fiar: he ahí lo único indudable respecto a él, además de haber tenido la gentileza de venir del lejano Arroyo del Castor para deleitarnos con la demostración perfecta, obligándose, resignándose a establecerse entre nosotros para hacernos ver la moraleja. Desde el momento en que comprendimos esto, dio la impresión de no estar haciendo, al respecto, más que lo que debía. Se expuso a nuestra malévola mirada, por estos motivos, con una humildad, una tranquila cortesía y una dignidad instintiva que, vistas a esta distancia, me parecen sencillamente heroicas. Había aceptado, ante la fuerza de las insinuaciones, el espantoso panorama; y hoy, a la luz del gran desenlace aplazado durante años (aunque no por ello menos deslumbrante cuando llegó), lo veo sublime en su decisión de no hacer quedar mal a nadie por su causa mientras pudiera evitarlo. Pues en ese caso todo nuestro círculo, nuestra sabiduría y justicia, hubieran quedado en la más horrorosa evidencia, mientras él ganaba la consideración de noble y exquisito. No es que esto último tuviera gran importancia para él: el esclarecimiento de su propio carácter le traía sin cuidado; de modo que siguió actuando como si, durante todos esos años (y llegaron a sumar una bonita cantidad), el hecho de pasar por ser un idiota peligroso (o, por lo menos, un esclavo de sus pasiones, en cuanto se le concedieran los recursos mínimos imprescindibles para entregarse a ellas) fuese un mal menor para él, comparado con el de vernos groseramente desmentidos. En verdad era una situación extraordinaria, y hubiera constituido, decíamos, un tema espléndido para el pintor de caracteres, novelista o dramaturgo, capaz de aprovecharlo. Después de haber

leído David Copperfeld se me ocurrió una analogía, que me llamó bien pronto la atención: el primo Henry era más o menos otro señor Dick, igual que la prima Helen era, respecto a él, más o menos otra señorita Trotwood. Había también disparidades: el señor Dick era el lunático inofensivo de la casa de aquella dama, pero ella lo admiraba y se servía de él; los lunáticos, en su generosa opinión, podían ser oráculos, y nada hace sospechar, si la memoria no me engaña, que ella le escatimase el dinero. A nuestro propio señor Dick, en cambio, se le toleraban los vicios a razón de diez centavos al día, mientras su fortuna, bajo concienzudos y admirables cuidados (la prima Helen no era menos lista y sagaz mujer de negocios que devota hermana) aumentaba y alcanzaba grandes proporciones. Igualmente, el huésped de la señorita Trotwood no tenía en absoluto el ceño perplejo y pensativo, partido por aquella arruga de preocupación que representaba la única forma de crítica contra la adversidad de la que disponía el pobre Henry. Los dos tenían la cara grande, lisa y franca de aquellos a los que les han simplificado la vida, y si el señor Dick hubiera poseído fortuna habría permanecido durante todos los días de su vida tan modestamente impreciso con respecto a su cuantía como nuestro pariente. Los intereses de éste eran agrícolas, mientras que los de su precursor, recordamos, eran de carácter histórico. Cada cual, en fin, tenía más o menos su señorita Trotwood, por no decir su hermana Helen.

La señorita Trotwood de nuestro buen Henry vivió y murió sin que por un instante le asaltara la duda con respecto al ejercicio debido de su autoridad, con respecto a lo que sucedería si ésta vacilase; mientras su víctima, con toda elegancia, aguardaba la desaparición de ésta para mostrarnos a todos —a los que, después de tanto tiempo, vivimos lo bastante para hacerle justicia— que nada que no fuese encantador y conmovedor podía suceder en modo alguno. He aquí, en parte al menos, el desenlace deslumbrante al que me había referido: tan pronto como pudieron ponerse en efecto ciertas disposiciones afortunadas, él pasó a la custodia de nuestra admirable tía, con la que su hermana y él tenían, desde muy antiguo, una relación familiar más parecida a la de hermanos que a la de primos. Por entonces aquella otra casa hacía ya tiempo que era "otra" de verdad, una vez abandonado su antiguo solar y trasplantado su contenido mucho más al norte, bajo la invocación de nuevas tradiciones, aun manteniendo, por deferencia a nuestra madre, la de su hospitalidad con todos nosotros. Aquí resplandeció un instante, antes de nublarse definitivamente, el desenlace: pudimos comprobar, un tanto avergonzados, que el pobre Henry en libertad y con dinero era tan inofensivo e inocente como el pobre Henry privado de recursos y cautivo. Ante lo cual, nada contribuyó más a nuestra vergüenza y a su propia dignidad que su abstención suprema, la supresión de cualquier "¿No os lo dije?". Ni siquiera hizo el intento de recordárnoslo, a pesar de tener abundantes razones para ello, y nada podría aumentar la elegancia con la que aparentó no haberse enterado de nada. Manejó los dólares con la misma corrección y profusión con que había manejado la calderilla, y la única sombra sobre el caso (aparte de la que suponía su retraso, que sí que lo oscurecía hasta extremos patéticos) era la cuestión de hasta qué punto conocía la cuantía exacta de sus recursos. No fue su corazón, sino su imaginación la que durante tantos años había sufrido privaciones; y aunque ahora se le animaba, con prudencia y discreción, a sentirse rico, era tristemente evidente que, tras casi medio siglo de disciplina excesiva, era incapaz de estar a la altura de su fortuna. Se sentía rico, sí, y también generoso; la desgracia estribaba sólo en su escasa conciencia de los significados. En ese contexto, el tacto adquiría la mayor importancia. En realidad, lo que quizá resultaba más chocante en todo este asunto era el papel jugado desde el principio por el tacto. Aquello no había sido más que un drama de gente con tacto: la administración de sus recursos, llevada a cabo con consumado celo y eficacia, en beneficio de su virtud, y con vistas a que pudieran ser transmitidos sin merma en su día, ¿no fue acaso un triunfo del tacto? Con tacto se conspiraba, el tacto lo rodeaba; pues el planteamiento no había sido otro, desde el principio, que, con tal que se le pudiera considerar lo suficientemente responsable y se pudiera tener la certeza de que el grifo de su fortuna se abriría ante una ligera presión (no se pensaba sino en ligerísimas presiones) esa fortuna podría fluir felizmente. Tal había sido el ilustrado parecer de la mismísima señorita

Trotwood, aplicado esta vez en beneficio de uno de los más extraños y conmovedores ramilletes de solteras melancólicas y perplejas que una gran benevolencia calculadora tuvo alguna vez ante sí; la crema, todas ellas, de las primas en segundo o tercer grado, e interesadas testigos de unos hechos casi imposibles de expresar.

Me hubiese gustado expresarlos completamente, a pesar de su dificultad, o más bien por eso: por la dificultad de consistir más en "carácter" que en "incidente" (el cielo bendiga esta ingenua oposición), por más que este último elemento se hizo notar también lo suyo, gracias a algunas de las formas que tomó la insensata testarudez de nuestro joven Albert. Estaba tan débil (a la manera en boga entre los jóvenes enfermos con fortuna) que sus sucesivas demostraciones de ello tuvieron un efecto altamente positivo, de los que justifican sobradamente, al final de cada acto, la caída del telón. La cuestión (distinta, en esto, del juego teatral al uso) no era tanto quién debía morir, sino quién debía vivir. El más joven de los dos pupilos de la prima Helen (tomados, esta vez, en su aspecto de receptores de su pretendido rigor) se había ido por el mal camino, pero un remedio a esta contrariedad estribaba, por razones que sería largo enumerar, en la posible duración (que se hubiera deseado infinita) de otras dos vidas, la de nuestra propia prima y la del candoroso Henry. Aquellas solteronas, notablemente numerosas, que ella consideraba sobrinas y trataba como tales, no siendo más que hijas de primos, eran objeto de tan tiernos cuidados por su parte que, no teniendo hijos ni ella ni Henry ni Albert, tenía su gracia pensar, ante ciertas contingencias, en la fortuna que les estaba destinada. Hubo contingencias, por supuesto; y causaron, exactamente, pena y terror. La fortuna de nuestra prima pasaría, a su muerte, a sus parientes más cercanos, que eran su hermano y su sobrino; y sólo de sus ahorros (por suerte, con miras puestas en las solteronas, rigurosos y constantes) podría ella disponer en su testamento; y no dejaba de resultar hasta cierto punto tranquilizador el hecho de que, en el caso de estar vivo a la muerte de ella, el susceptible Henry no resultaría menos beneficiado que el inconstante Albert. A Henry había que mantenerlo con vida al precio que fuera para que pudiese salir beneficiado... La cuestión (penosa y delicada para mujer tan cariñosamente concienzuda) era cómo iban a beneficiarse otras personas, cómo podían, en fin, otras quince personas beneficiarse del beneficio de él. Como administradora de los bienes de su hermano ella había sido tan rigurosa que podía pensarse que ejercía una presión directa sobre él, en sentido favorable a sus intereses (es decir, a sus protegidos, que eran los únicos intereses de ella); y la verdad era que a ella, dada la simplicidad de su hermano, le hubiese parecido un crimen hacer el menor intento de guiar su mano. Si éste no sobrevivía a su sobrino (pues era mayor, aunque mucho más virtuoso, como se vería) su herencia, no estando su hermana, pasaría a manos de aquel individuo tan poco recomendable. He ahí la pena. Y en el problema del uso de los ahorros de Henry sin la iniciativa de su inteligencia, en eso, ay, estribaba el terror. Los ahorros de Henry (ella no había sentido ningún terror, naturalmente, al administrarle tan cuidadosamente sus recursos) pendían, naturalmente, con no poca nitidez, ante aquellas melancólicas damas a las que, si él hubiese tenido la más mínima iniciativa, les hubiese hecho regalos dignos de un verdadero príncipe. He aquí lo inusitado, por no decir lo trágicamente gracioso, de la situación: que la idea que Henry tenía de un regalo era diez centavos de palomitas u otra nadería similar; y que, después de haberle creado un mundo de tales proporciones, no había manera de hacer que se le ocurriera extender cheques con dos ceros, por más que éstos no hubieran contradicho la generosidad de su carácter, demostrada por la exuberancia de sus palomitas. La solución ideal sería un destello de inteligencia por su parte, lo suficientemente duradero para hacer que se percatara de la situación y, movido por su propia magnanimidad, extender lo que fuera; pero eso era una salida de cuento de hadas, y las hadas, en fin, se mantuvieron al margen de este asunto.

El caso es que, entre la valía de su seriedad y la penuria de su valor (es decir, su miedo a exponerse a un proceso legal por influencia indebida), nuestra buena señora no estaba tranquila; o, para ser exactos, no tenía otra tranquilidad que la que le procuraban sus generosas dádivas a cargo de sus propios ahorros, en vida y después de muerta. Murió antes que su hermano, con la

pena de saber que la mitad de su legado sería deplorablemente malgastada y la otra mitad imperfectamente empleada: pues el bueno de Henry quedó tan bien provisto como falto de guía. El penúltimo acto se cerraba en plena incertidumbre, y mi ya experimentada fantasía quedó desbordada ante la revelación de la escena final, que no pudo haber sido más feliz, en todos los respectos, salvo por una cosa: el traslado a la calle Cuarenta y cuatro de nuestra admirable tía, que con frecuencia había residido allí a lo largo de los últimos años, pero que ahora se instalaba definitivamente, con un cometido conmovedor y representando, ante él, el papel de la hermana común desaparecida. Los demasiado escasos años que siguieron fueron el veranillo del buen hombre, y una época maravillosa: tan evidente se hizo, para todos los implicados, que él era, como se dice, de los que saben adaptarse a todo. Nuestra admirable tía, no menos cariñosa ni desinteresada que su anterior protectora, tenía mucha más imaginación; tenía, en una palabra, la suficiente para confiar en él y, con esa confianza, lo que quedaba de la vida del pobre Henry floreció como un jardín recién regado. Lástima que lo que quedaba fuese una parcela tan pequeña. Bastó, sin embargo, y él tuvo el tiempo justo para ponerse a la altura de todas las expectativas. Parecía, como he señalado ya, que él lo hubiese sabido todo el tiempo, como si hubiese sido, en realidad, una víctima consciente de la superstición de su nulidad. Su compañera final reconoció, digamos, sus capacidades; y podemos especular si fue ella o no la que, cuando él manifestó claramente su intención de beneficiar a las damas, le pasó la bendita pluma. Había tardado un año o dos en mostrar con su comportamiento la perfección de su caballeridad, y con tales antecedentes hizo uso de la pluma. Su capacidad sería luego objeto de ataques, de los que salió triunfante, al igual que su caridad y su humildad, su amenidad y su soledad interior, que habían durado medio siglo. Durante ese periodo inmenso había aceptado el yugo y hasta hecho alguna que otra reverencia. En ocasiones, después de dar vueltas por el piso de abajo con la arruga de preocupación en la frente, en los labios la frase complicada y entrecortada (su vocabulario era escaso y rígido, el vocabulario de las explicaciones suplicantes, que los ingeniosos a menudo encuentran demasiado complicado), había tenido que retirarse de nuevo a su habitación, a veces durante horas, para pensar una vez más en todo aquello. Pero jamás se quedó corto en sobriedad o propiedad o puntualidad o regularidad, jamás se quedó corto en una sola de las virtudes con respecto a las cuales se le suponía una indiferencia que había sido el fundamento de su disciplina. Esto era del todo extraordinario, y la más hermosa, a mi entender, de todas las historias que conozco... Al menos, en lo que a él respecta. La mancha que he mencionado, la única quiebra de la armonía final, fue la muerte prematura de nuestra admirable tía, poco antes de la suya y mientras él, aquejado al mismo tiempo de alguna enfermedad, yacía privado de los cuidados de ésta. Recibió, en fin, los de las solteronas, que delegaron en las dos o tres más listas y cariñosas entre ellas; y a pesar de que sus propiedades de origen revertieron por ley, con todo ellas tuvieron pronto ocasión de bendecir su nombre.

XII

Vuelvo de nuevo a la última vez en que me quedé embozado ante el viejo cartelón tambaleante de la Quinta Avenida, y soy casi más nítidamente consciente que nunca de la fuente principal de su embrujo: el hecho de que, las más de las veces, resplandeciera en él el vistoso reclamo del señor Barnum, cuya "sala de conferencias", adjunta al Gran Museo Americano, rebosaba de carteles que proclamaban toda la pompa teatral que el nombre del local desmentía. Por aquel entonces tenía yo la triste teoría —aunque puedo llamarla también elegante, además de triste— de que, en todos los días de fiesta en que no éramos llevados a rastras al dentista, lo normal era que acudiésemos al local de Barnum si no había nada que lo impidiera; lo que, a mi particular entender, no era siempre el caso. Con demasiada frecuencia, en mi melancólico parecer, era W. J. el que regularmente asistía los sábados no dentales a este lugar de placer, en compañía del frívolo de Albert... Éste sí que se sentía allí a sus anchas y tenía un dominio de la situación que

ninguno de nosotros podía aspirar a alcanzar: en aquellos años de plasticidad, él se amoldaba del todo, en lo referente a inclinación estética y fijación de la curiosidad, a las novedades e influencias que llevaban el sello de Barnum. No es que yo, me apresuro a añadir, no bebiese también de la misma fuente cada vez que mis escasas oportunidades lo permitían. ¿De qué otro modo, si no, hubiese yo adquirido la impresión imborrable asociada a ella: la de la fatigosa espera, en aquellas polvorientas salas llenas de disparates, entre sirenas embotelladas, mujeres barbudas y gélidos dioramas, a que abrieran la sala de conferencias, verdadero centro de este templo de placer? Especialmente intenso me resulta mi casi enfermizo modo de preguntarme si la emoción no podría conmigo antes de que abrieran. La impresión, al parecer, era de naturaleza mixta; pues apurar la copa y resistir (resistir, sobre todo, la falta de comida y dinero para el viaje, el necesario para el transporte de un lado a otro) eran cuestiones de una misma intensidad. La atracción de la sala de conferencias, que ya de por sí suponía un gasto extraordinario, agotaba hasta tal punto nuestros recursos que hasta el nutritivo buñuelo del bar del teatro nos ponía los dientes largos, y la caminata de regreso, por todo Broadway y más lejos aún, invitaba a desechar la idea de repetirla otra vez. Con todo, esos días desesperados me producen ahora la sensación de rebosar de pura poesía. Las agujetas y desfallecimientos eran parte de la aventura; y el camino a casa, por interminable que pudiera parecer, deparaba en ocasiones visiones arrebatadoras. Por ejemplo, la del retrato a tamaño natural de la celebridad del momento, que entonces "bailaba" en el Teatro Broadway: Lola Montes, condesa de Lansfeldt, de una belleza cegadora e irreal, ataviada con un traje de montar pródigamente escotado.

Era, por tanto, completamente normal que yo devorase largo tiempo, allá en mi esquina preferida, los anuncios de Barnum... De la importancia que yo entonces les concedía da una idea mi incapacidad actual para tratarlos de pasada. Esos anuncios debían de ser, a su modo, verdaderos prodigios de composición, con el cartel ocupado en toda su extensión por la esquemática "sinopsis de escenario e incidentes"... El cuadro sinóptico se extendía como una red de fina malla, y la misma palabra "sinóptico" tenía un regusto a encantamiento. A la vez, resulta extraño que, cuando pregunto a la memoria por las horas empleadas en tales menesteres en aquel auditorio pequeño, atestado y oscuro que olía a menta y a cascara de naranja y cuyo telón se alzaba ante nuestra paciencia desgañifada y recompensada, sólo dos actuaciones comparecen ante mí, ambas con la mayor nitidez. *Amor o La condesa y el siervo*, de J. Sheridan Knowles... En estas palabras veo ondear todavía ante mí el nombre de una de ellas, igual que veo a la señorita Emily Mestayer, grande y colorada, tocada de una maraña de ricitos cortos, finos y lustrosos y ataviada con un vestido azul claro ribeteado de plumón de cisne, gritar con toda la fuerza de sus pulmones que una "boolsa de oro" habría de ser el hermoso galardón del paje que no dudara ni un instante en ponerse de su parte en cierta tesitura desesperada que no recuerdo. No recuerdo al siervo Huon, al que sí me consta haber admirado inmensamente por su nobleza; a nadie recuerdo, salvo a la señorita Mestayer, que encarnaba mi ideal de actriz trágica. Tenía la nariz ganchuda, con mucha expresividad en las aberturas, un busto muy protuberante y un macizo de rizos siempre húmedos y apretados... Digo "siempre" porque la vi muchas otras veces, durante un periodo posterior, en los años intermedios de aquel Museo de Boston que apuntaba muchísimo más alto de lo que, en verdad, había hecho la desacreditada "sala de conferencias", por más que éste, en una época en la que hasta las risas eran más bajas de lo normal, no se atreviera aún a darse a sí mismo el nombre de "teatro"... Debía de resultar difícil imaginársela haciendo comedia, género que también practicó, según creo, sin miedo y con lucimiento; pero en la época de Boston no había quien la superara a la hora de echar maldiciones y lucir la nariz aguileña en papeles de reina y de madre. Sin ella, no habría sido posible poner en escena el Shakespeare de los Booth y de otros como ellos. Tenía una "autoridad" malhumorada, áspera, palpitante e inquieta, cuya acritud resuena todavía en mis oídos. Me vuelve a la memoria su imagen entrevista en la calle, en aquella época tardía en la que, comparativamente hablando, había dado ya lo mejor de sí misma: su estampa, sorprendida en medio de una noche

tremendamente cálida de verano, mientras recorría despacio, viniendo de su domicilio o de otro lugar, la calle Bowdoin en dirección al teatro no lejano, y del que no le habían librado ni siquiera la altas temperaturas. Y recuerdo bien cómo, al caer sobre ella una vez más la extraña luz de mi impresión juvenil, me pareció la imagen misma, dolorosa y desnuda, de la vida y costumbres del histrión: un objeto teatral ajado y fatigado, maltrecho y, a la vez, desgastado hasta extremos sórdidos, como podía estarlo el violoncelo viejo de una orquesta, infinitamente manoseado y sucio. Sin duda, no era más que un simple efecto del calor el hecho de que apenas pareciera vestida. En zapatillas, arrastrando los pies y envuelta en lo que no era más que un vaporoso esbozo de bata (aunque cubierta, eso sí, con una especie de sombrero y algo parecido a un velo o penacho), ella hizo que mi atención dispersa reparara en la moraleja de la ingrata entrega personal, del reverso del cuadro, del precio de "divertir al público" cuando había que divertirlo, digamos, hora tras hora. Y yo me había estremecido ante ella cuando hacía de condesa en Amor... ¡Qué combinaciones tan opuestas! Pero ella llevaba la cabeza bien alta, como quien está acostumbrada a las coronas, los séquitos y las diatribas. Tenía, de hecho, el aire de una soberana depuesta y venida a menos que vive de una pensión modesta. Así que, invisible y lleno de compasión, me descubrí ante ella.

A todo esto debo añadir el segundo de mis dos recuerdos escénicos del Barnum: mi ya lejana admiración por ella cuando la vi hacer el papel de Eliza en *La cabaña del Tío Tom*, con su busto palpitante encerrado en un vestido ceñido de algodón y su huida entre los peligrosos hielos del Ohio (si no me equivoco de río) resuelta con intrepidez y gracia. En aquella época vivíamos y sentíamos intensamente la novela de la señora Stowe. A la que, por lo inmediato de la fascinación que me causó, quizá debiera poner en lugar de la ya mencionada *Las iniciales* como primer acercamiento mío a la narrativa para adultos. Con todo, no creo que hubiese clasificación posible para esa obra triunfante; no iba dirigida a un determinado tipo de lector, excluyendo a otros (salvo a los del Norte, claro, en oposición a los del Sur). Conoció la gran felicidad de gustar tanto a los pequeños e ignorantes como a los mayores y sabios y tuvo, sobre todo, la extraordinaria fortuna de ser, para un inmenso número de personas, no tanto un libro como un estado de opinión, de sentimiento y de conciencia, que influía no sólo cuando se sentaban a leerla, a elogiarla y a pasar el rato, sino también cuando paseaban, hablaban, reían y lloraban y, de un modo del que sólo la señora Stowe podía ser la causa, lo tomaban como guía. El reconocimiento y la acogida, la impresión global, no fueron resultado, pues, de un proceso previo, de un proceso como el que hubiera resultado decisivo en otros casos: ningún otro libro escrito, ningún libro impreso, publicado, vendido, comprado y "entendido" igualó jamás, probablemente, su mérito, el mérito de despertar interés sin haberlo buscado como libro o mediante la exhibición de algún aspecto literario. Aquí las letras languidecían sin saberlo, y el *Tío Tom*, en vez de tomar uno sólo de los atajos baratos que atraviesan el medio en el que respiran los libros, como los peces en el agua, lo rodeó por entero, como un maravilloso pez que, de un salto, hubiese emprendido el vuelo. Cumplida la hazaña, la sorprendente criatura podía por supuesto volar a donde quisiera, y una de las primeras cosas que hizo fue aterrizar en, literalmente, todos los escenarios, sin excepción, de América y Europa. Si la cantidad de vida representada en una obra como ésta pudiera medirse por la facilidad con que la representación se levanta y se traslada a otra parte, se la lleva casi a rastras y a la fuerza a los sitios más lejanos, el destino del cuadro de la señora Stowe fue concluyente: se acomodaba allí donde llegaba y acababa sintiéndose, por así decirlo, como en casa; y a ella acudían nuevas multitudes, y en cada sitio daba lo mejor de sí y superaba, con toda su viveza y buena fe, todas sus variantes.

Fueron estas últimas, sin embargo, las que me dejarían una impresión más honda incluso que la versión comparativamente insípida de la "sala de conferencias"; pues la primera en destacar de todas estas representaciones fue la magnífica versión libre efectuada en una sala hasta entonces ignorada por la moda y la cultura: el Teatro Nacional, en pleno corazón del lado Este, del que no habían llegado a los oídos educados más que débilísimos ecos, pero que ahora, al parecer,

recompensaba a los curiosos con una sinceridad vivida, aunque grosera. Nuestra nutrida asistencia a ese lugar, acudiendo al reclamo, fue mi primera experiencia de lo que ahora conocemos como "velada teatral", y todas las emociones e impresiones relacionadas con ella las tengo tan frescas como las más recientes de la misma especie. Especial valor adquiere, quizá, entre todas estas cosas la conciencia, que sólo ulteriores refinamientos hacen extraña, de mi condición, alentada, de pequeño espectador libre; condición que resulta doblemente asombrosa al evocar el contingente entero que venía de Union Square, donde supongo que debían de haberse hecho planes para toda una noche de fiesta. Me conmueve, una vez más, aquella benevolencia que permitía que los niños, en las noches de juerga, pudieran unirse a los mayores sin ser reprendidos..., y el hecho de no ser reprendidos es casi lo que recuerdo con más claridad. Pues, sin esa tranquilidad de conciencia, ¿cómo iban a revivir de este modo todas y cada una de las impresiones sentidas? Ciertamente que en mis recuerdos presentes todavía resuenan regañinas y sopapos, y cada uno cuenta por dos; y es precisamente por esto, sin embargo, por lo que me veo reflejado en estas honduras del decoro. El orden social, tal como lo conocíamos, era, en su caridad descuidada, digno de la edad de oro...; aunque no me canso de repetir que lo conocimos en su lado más sencillo y seguro: los frutos caían justo en la mesa en la que nos congregábamos todos, pequeños y grandes, cada cual, qué duda cabe, con distinto apetito y alcance de brazos, pero todos en el mismo sitio y con su parte proporcional. Mi apetito y el alcance de mi brazo con respecto a la versión más completa del *Tío Tom* podría ciertamente haber resistido cualquier comparación; debí comer de todo en el festín para que los diversos sabores no se hayan mezclado ni perdido fuerza. Buena cosa fue contar con un canon por el que juzgar: favoreció la crítica consciente, la que iba a poner alas (que iban a ser usadas a partir de entonces) en las espaldas del criterio. A la luz de esa ventaja pude tener la completa seguridad de que mi segunda Eliza fue menos dramática que la primera, y de que mi primera "Cassy", la que interpretó la grande y espeluznante señora Bellamy en la sala de conferencias, alcanzó profundidades que hacían que la dama del Nacional resultara prosaica e impávida a su lado (yo ya era capaz de sentir inquina hacia una Cassy impávida); y también, por otra parte, de que el balanceo de los tímpanos del Ohio, con aquella Eliza desesperada con el niño en brazos intentando no caer y saltar de uno a otro, tenía aquí menos crujidos audibles de carpintería e imitaba un poco mejor, a mi entender, las aguas reales de la bomba del señor Crummles. Incluso así, la imitación no podía ser demasiado buena, y uno casi envidia (sin el menor propósito de dejar en evidencia) la buena fe de una edad que se dejaba engañar por artes tan rudimentarias.

Sin embargo, el caso era que asistíamos a este espectáculo justo para no dejarnos engañar, para disfrutarlo con distanciamiento irónico y, a lo sumo, reírnos de nuestra sensibilidad si resultaba atrapada y sorprendida. Haber llegado a tener tal grado de conciencia de nuestra actitud colectiva suponía para el pequeño espectador, como mínimo, una magnífica iniciación: vislumbraba por vez primera la posibilidad de afrontar una cuestión con esa "libertad de criterio" que, en un estadio posterior de cultura en el que las cuestiones se habían multiplicado considerablemente, llegaría a arrojarlo a los brazos críticos de Matthew Arnold. Así, al menos, le interesa a ese espectador ver la cuestión: como un progreso cuyo primer paso, anterior a aquella cruda llamada de la escena, fue dado al preguntarse, en medio de sus acompañantes, dónde acababa lo absurdo (lo que ellos juzgaban absurdo) y dónde podría legítimamente, y con gusto, considerarse que empezaba la diversión, la verdadera diversión: la gravedad, la tragedia, la belleza, lo pintoresco..., lo bueno, en suma. Por extraña que parezca la afirmación, no estoy seguro de que no me interesara más el pulso de nuestro grupo, registrado por mi pequeño pulgar, que el latido del drama y el choque de sus fuerzas opuestas: pues intenso y conmovedor se juzgaba entonces el contraste, por ejemplo, entre la tragicómica Topsy, la joven esclava vestida con un mandil de arpillera y destinada a convertirse, para millones de anglosajones, en el prototipo absoluto de lo ingenuo, y su pequeña ama, la rubia Eva, una figura con trenzas y calzones en la tradición de las Kenwigs, y a la que recuerdo encaramada de un modo suicida, previo chillido y con los codos

fuera, en el mamparo del vapor del Mississippi que iba a facilitar su casi fatal inmersión en la corriente. ¿Cómo podía ser yo tan consciente de que ni uno sólo de sus gestos contribuía en absoluto a remedar o simular un accidente y, sin embargo, sentir ante su reaparición, rescatada del río y totalmente seca, en brazos del fiel Tom, que se había tirado al agua para salvarla sin mojarse siquiera los zapatos, una emoción semejante a la que hubiera sentido de haber sido yo el que hubiera bregado con ella en un rápido implacable? Podía ver las puntadas que había entre esos retales descosidos y, a la vez, considerar el conjunto como una historia rica y armoniosa. Sabía que habíamos ejercido con ella la más pura condescendencia intelectual, sin dejar de sentir, por ello, el estremecimiento de una aventura estética: tal fue el arduo comienzo de una sensibilidad más heteróclita que otra cosa, y de una curiosidad insaciable.

El fundamento de esta larga digresión, que aún pretendo alargar un poco más, reside sin duda en mi tendencia a indagar en nuestras semillas estéticas más tempranas. Negligentes y generosas fueron las manos que las sembraron, pero en la práctica no hicieron más que hacer saltar aquella liebre particularmente nerviosa (nerviosa por pisar un suelo tan poco favorable), mientras tantos otros se quedaban atrás. ¿Es ese aire de poesía el que embellece mis recuerdos del Barnum (tomándolo como símbolo), el que me hace desechar, moviéndome a una especie de apasionada lealtad adversa, cualquier impulso de traducir en términos ásperos viejas sordideces y miserias? ¿Aquel Gran Museo Americano, aquel ambiente de ciudad, con sus aspectos generales e incluso con las mejoras venidas de las afueras, en su esplendor de entonces? Todo aquello debía de resultar, en su mayor parte, de una mezquindad extrema: sobre todo, la imagen del Barnum, innoble y espantosa, con su chillona mole o fachada erizada de innumerables banderas que ondeaban, pobres enseññas vulgares, sobre reliquias espurias y efigies de monstruos tragaperras, por no mencionar la promesa de otros vivos, todavía más monstruosos y anormales, en el interior... De todo lo cual, de la impresión de conjunto, tomábamos nosotros, de algún modo, la flor del ideal. Que encontraba, justo es decirlo, un medio mucho más dulce y natural para crecer en Niblo's, que en nuestro esquema representaba la noche ideal, mientras que el día ideal lo representaba Barnum. Lo que me lleva a preguntarme, con la certeza de haber acudido allí bajo el rico manto de la noche (lo que constituía el encanto supremo), a qué se deberá el que este recuerdo mayor no haya engullido todos los demás. Porque ahí sí que estaba la flor en su plenitud, y crecía como en ninguna otra parte. Crecía en el gran jardín de la familia Ravel, y nos invitaba una y otra vez a inhalar su perfume. Veo en los Ravel, en esos franceses acróbatas, bailarines y mimos, a quienes aportaron a nuestra cultura la pura gracia, el encanto y la urbanidad; y dudo que jamás una comunidad ingenua haya llegado a tener tal deuda con una estirpe de comediantes, o a mantener con ellos una relación tan prolongada, tan íntima y agradecida. Debían de abarcar, con sus vastagos Martinetti y otros, tres o cuatro generaciones, además de pertenecer casi todos a un rancio linaje teatral, y teníamos nuestras particulares amistades y favoritos entre ellos. Era como si los hubiésemos seguido en todas las fases de su carrera: asistido a sus pasos vacilantes sobre la cuerda floja cuando no eran más que niños pequeños que mantenían el equilibrio con pértigas larguísimas (mientras debajo, en previsión de caídas, iban los cuidadores); aclamado en la persona de *madame* Axel, de robusta madurez y vestida a la española, que saltaba en el mismo alambre con todo su peso y con más aplomo; y, finalmente, tocado las más altas cumbres del arte con ellos en *Raoul el Buho* o en *Jocko el Mono Brasileño*... Todo esto, en el curso de nuestra corta infancia. La impresión que guardo de ellos abunda tanto en recuerdos, que tengo la impresión de que acudíamos a sus distintas producciones con prácticamente la misma regularidad con la que establecíamos nuevas relaciones escolares; y hasta tal punto eran nuestra propiedad y orgullo, que su generoso concurso era imprescindible a la hora de agasajar a los ocasionales primos de Albany. Y cuando uno de estos visitantes, transido, en honor de Nueva York, por una verdadera fiebre de sensaciones, exclamó una noche, mientras esperábamos que se levantara el telón: "Oh, ¿no oís los gritos? Les están pegando, estoy seguro; ¿nadie va a detenerlos?", recuerdo cómo nos dolió la acusación como una mancha en

nuestro propio honor. Porque lo que nuestro pariente, en su acaloramiento, había imaginado que nos llegaba, ahogado, del otro lado, eran los sonidos que acompañaban la aplicación de golpes a algún niño acróbata en pleno ataque de "mieditis" ante su trabajo. Imposibles tales horrores en el mundo de pura poesía que nos abría el Niblo's, un templo de ilusión, de tragedia, comedia y emoción que, a pesar de la vulgar e inhóspita vecindad, por su lado "malo", del terroso hotel Metropolitan, vertía su encanto en Broadway. ¿Qué podía despertar mayor emoción, en fin, que el destino del asombroso Martinetti Jocko, que, después de amparar a una desventurada familia francesa que había naufragado en las costas de Brasil y devolver a la vida a un niño rescatado de las olas (todavía veo, al detalle, a la víctima inconsciente echada en la playa), encontraba la muerte a causa de una bala cruel cuya causa determinante he olvidado, así como recuerdo que apenas podíamos soportar la agonía final, lo que hacía que nuestros padres se plantearan repetidamente la conveniencia de exponer nuestra sensibilidad a semejante trance.

Estos artistas y estas cosas no eran, con toda probabilidad, más que de una habilidad y lucimiento medianos... Estábamos en la era anterior al trapecio, y nos cautivaban prodigios modestos, por más que una cierta buena fe hacia ellos (algo a medio camino entre la bondad y la condescendencia) fuese un mérito, bien de la humanidad que tenían, de las cualidades que les eran propias, o sólo de nuestra inocencia, que no íbamos a recuperar nunca. Con todo, enciendo esta vela a favor de aquellos iniciadores —llamémosles así— a los que luego recordé, cuando ya los habíamos dejado atrás, como si hubiesen dejado a nuestro alcance una llave de plata con la que volver a abastecernos, después de largos años, de dulces nombres en los que no habíamos pensado desde entonces. ¿Quién era el *signor* León Javelli, en el que parecían darse cita el encanto de Francia y el de Italia? ¿En qué destacaba, y por qué de pronto vuelvo a acordarme de él y a admirarlo? Me temo que no hacía otra cosa que bailar en la cuerda floja, el más doméstico de los recursos de nuestros amigos, el que los trajo, por toda la amplitud de la cuerda extendida, al corazón de la casa y al lado mismo de nuestros corazones, donde saltaron y brincaron y perdieron pie y volvieron a recuperarlo prácticamente en nuestras narices; aunque juraría que el valiente *signor* León era el que más alto saltaba de todos ellos. Sea, en fin, esta vaga agilidad lo que lo asocie al descubrimiento de la danza de otros años, la sentimental-pastoral, la que, por ejemplo, en Los cuatro amantes —una lección de pantomima dictada como en monosílabos, aunque todos rápidos, vistosos y divertidos— habría logrado, estoy seguro, deslumhrarnos como un clásico si ese término de apreciación hubiese estado entonces a nuestro alcance. Cuando leíamos en las revistas inglesas sobre las pantomimas de Londres (que, por alguna razón, aparecían en ellas con bastante frecuencia), eran éstas lo único que no añorábamos: hasta tal punto sentíamos que dominábamos el género, lo que casi bastaba como sustituto de ese Londres constantemente aplazado. No teníamos la escena de transformismo, cierto, aunque al parecer aquello no venía a parar en otra cosa que en un payaso o arlequín tomándose libertades con los guardias...; estos últimos, evidentemente, una nota aguda en un pintoresquismo del que carecíamos, pues nuestros desgarrados "agentes" no nos inspiraban esa clase de cosas; aunque sí que teníamos arlequín y colombina en Niblo's, aunque de una tradición menos pura, y sabíamos todo lo que hay que saber de payasos porque también íbamos a los circos, y con tal frecuencia que, si añadiésemos a nuestra lista de distracciones aquellos viejos circos ortodoxos de lona, instalados en esos descampados de los que el Nueva York de entonces parecía andar más que sobrado, el tiempo y el espacio destinado a otros propósitos —incluyendo el del aprendizaje en serio— parecerían encogerse. Y la cosa se agrava al acordarme de Franconi's, al que acudíamos con cierta frecuencia y que, inclinándose por el estilo grandioso y el efecto monumental, resplandecía recién pintado y hacía que resonasen las carreras romanas de carruajes en aquellos desiertos de la calle Veintinueve o dondequiera que estuviese; bastante más al sur, quizá, pero sólo un poco más al este de las soledades más vastas aún que hacían resaltar el Palacio de Cristal, el segundo de ese nombre desde que, siguiendo el modelo —no *passibus aequis*, ay— de la construcción londinense de 1851, una iniciativa de esta clase se adelantara en un año o dos al

Palais de l'Industrie parisiense de 1855. Tal como era, vuelvo a sentir su majestuosidad en aquellas ocasiones en las que yo (si se me permite, una vez más, hablar sólo por mí) seguía a duras penas a los primos de Albany por sus instructivas salas. Me veo allí muy cansado, aterido y hambriento, vistiendo un pequeño tabardo ligero y una capa muy lustrosa o brillante con los ojales delanteros adornados con bordados más bien engorrosos; con la idea, al mismo tiempo, de hallarme, de alguna manera, en Europa, pues todo a mi alrededor venía "del otro lado", lo que debería haber sido un consuelo, y parece que lo fue hasta cierto punto, en la medida en que mis propios padecimientos y la evidencia del dolor de cabeza de los primos de Albany se borran del todo ante la presencia recuperada del gran arte europeo personificado por el enorme *Cristo y los discípulos* de Thorwaldsen, resplandeciente conjunto en mármol dispuesto en un semicírculo de paredes de color marrón oscuro. Si esto era Europa, Europa era bella y el asombro nos prestaba alas para ponernos a su altura. Jamás volveríamos a ver escultura espectacular, en la abundancia que fuera o de la escuela o periodo que fuera, sin sentir de nuevo parte del hechizo de esa hora de Thorwaldsen, ese dulzor como de azúcar o repostería que las grandiosas figuras blancas habían dejado en nosotros bajo su luz de lámpara de gas de sobremesa. El Palacio de Cristal era enorme, variado y denso, como lo iba a ser Europa; era una profunda jungla de impresiones que tenían algo de desafíos, pero en la que, a la vez que éramos irremediabilmente retados, teníamos la posibilidad de encontrar palabras y prácticas foráneas; y sobre ella reinaba la formidable amazona montada de Kiss, atacada por un leopardo o algo así, obra juzgada entonces sublime y gloria del lugar; por lo que el viaje de vuelta a través del crepúsculo otoñal y los coches de la Sexta Avenida (establecidos justo entonces) me pareció una recaída en la monotonía adormecedora, la vuelta al horizonte de la calle Catorce después de un largo viaje y de un sinfín de preguntas que insistían (tremendo pensamiento) en salir a buscar todas las respuestas personales cuyas semillas cultivaba uno.



XIII

Permítanme que me apresure a retomar el hilo que dejé pendiente al abordar nuestros pequeños y vagos "ataques" de colegio...; tan pequeños y vagos, en fin, como la impresión que guardo de ellos, en contraste con la copa más llena y fuerte servida a los primos de Albany, siempre más favorecidos que yo —o eso creía— por los golpes de la fortuna; o, al menos, más interesantes —aunque sería malvado llamarlos más felices— en virtud de todas aquellas innumerables aflicciones que habían concurrido en sus existencias. Ya he mencionado, en particular, la

envidiable lucidez de nuestro pequeño pariente el pelirrojo Gus Barker, quien, por una especie de aguzada previsión, apuró todos los placeres que pudo de una vida que iba a ser segada en una carga de caballería por una de las balas confederadas de 1863. Él era el que traía a nuestros domingos neoyorquinos, como he dicho, las penetrantes ráfagas de la Institución Charlier, que a nosotros nos parecían fuertes, comparadas con las débiles atmósferas de nuestras propias instituciones. Pero fue sobre todo en el curso de una visita gregaria que le hicimos, en un escenario todavía más animado, cuando me supe un triste ser con madre y hermanos. Había sido su sino ser siempre él último, nunca el primero: nuestra tía Janet no había sobrevivido a su nacimiento. Pero en este día de nuestra peregrinación colectiva a Sing-Sing, donde él estaba internado en una escuela "militar" y vestido con lo que para mí era la máxima parafernalia guerrera, irradiaba un raro resplandor de privación. Candoroso y entusiasta, de un natural sociable y de una sincera alegría que casaba bien con su fuerza física (no había pequeño atleta más hermosamente construido que él, ni más simpático y atractivo), no sólo nos hizo los honores de su deslumbrante academia (deslumbrante, al menos, en mi opinión), sino que tuvo la ocurrencia de llevarnos a la gran prisión estatal que ya entonces se alzaba en las inmediaciones, y a la que nos acompañó: un grupo cuya composición todavía me resulta asombrosa, por la convergencia y encuentro, en aquella feliz ocasión, de la familia de Nueva York y la de Albany, sexos y generaciones fundidos en una banda armoniosa y fluida. El grupo debía de haber sido menos numeroso de lo que aseguran la leyenda y el confuso testimonio de mi juventud, y lo que mejor recuerdo de él (aparte de nuestra doble condición de séquito de nuestra vieja, gentil y, en general, desventurada abuela, y coro de curiosidad y diversión alrededor del pintoresco Gussy) es nuestra impresión colectiva de que las prisiones estatales eran, por regla general, lugares deliciosos, vastos, luminosos y ventilados, con un tránsito alegre y libre por corredores y escaleras, una agradable abundancia de sopa caliente y bollos frescos y crujientes en recipientes de hojalata, que los admirados visitantes compartían, y, de interés especial para estos últimos, en ciertas esquinas y rellanos soleados, interesantísimas escaramuzas inofensivas con caballeros que sólo destacaban por delitos de caballeros, es decir, malversaciones y desfalcos de impresionantes sumas.

Recuerdo nuestro encuentro con uno de estos personajes al pie de una escalera, encuentro cuya posibilidad nos había sido previamente anunciada por nuestro guía o encargado; y qué encanto encontré en su uniforme fresco y amplio, de un blanco deslumbrante (tal como había de imaginármelo luego), así como en su aspecto refinado y distinguido, y en el hecho de que, mientras fue objeto de nuestra atención, estuviese ocupado en la plausible tarea de cortarse las uñas con una navaja y no permitiese que le interrumpiéramos. Uno de mis acompañantes, he olvidado cuál, me había prevenido de que en estos contactos con la desgracia ilustre debía tener cuidado de no mirar de un modo descarado; y me ha quedado la duda de si aquél consideraría fruto de ese descaro mi constatación de que él sí que miraba, y de que sus manos eran finas y hermosas, y una de ellas estaba adornada por un anillo de sello. He tenido luego ocasión de ver dos o tres penitenciarías tétricas, lugares que me han dejado una impresión de sordidez, oscuridad y horror; pero si aquel descubrimiento de Sing-Sing encubría el propósito de una advertencia a tiempo al alma infantil, mi sensibilidad de niño no acusó la lección. Envidié a aquel personaje de mirada descarada, vestido como el dueño de una plantación (nosotros podríamos haber sido sus esclavos), tanto como envidiaba a Gussy; con relación a lo cual debo decir que, aunque a esa edad temprana tengo la impresión de haber sentido siempre un intenso deseo de cambiar mi suerte por la de cualquier otra persona, seguro de salir ganando con el cambio, no recuerdo haber sentido celos de estos seres felices... en la medida en que son propensos a ello los niños con carácter. Ignoraba, más bien, ese sentimiento, lo que implicaba, supongo, que carecía de carácter; pues si los celos, a mi entender, responden a lo que uno ve que son capaces de hacer sus compañeros, mientras uno se queda corto, la envidia, tal como yo la conocía, se refería a lo que eran; o, en otras palabras, a esa especie de conciencia enriquecida que

uno les atribuía, sin duda demasiado gratuitamente. Eran otros, he ahí lo que yo sentía; y ser "otros", en cualquier caso, parecía tan bueno como el sabor probable del brillante producto contemplado en el escaparate del confitero: inalcanzable e imposible, por supuesto, por más que fuese precisamente esa imposibilidad y esa privación las que mantuviesen activos aquellos mecanismos con los que la envidia busca un alivio del todo imposible. Aceptación rutinaria del exiguo presente, ausencia de la más mínima idea de cómo cambiarlo en alguna medida, y ambas cosas sumadas a la complacencia y a una nítida percepción de las alternativas, aunque fuera vistas como al otro lado del duro escaparate del confitero...: he aquí lo más parecido que encuentro, en lo más hondo de mi carácter, a una disculpa por estos pujantes brotes de emulación. Nunca soñé con competir, idea que, en el mejor de los casos, revestía para mi temperamento (o para mi completa falta de temperamento) una desagradable ferocidad. Y si competir era malo, robar era aún peor, y la envidia era una especie de robo espiritual. Gracias al cual, no obstante, uno tenía la posibilidad de ser "como" Fulano, ante el que se abrían tales horizontes... Algo de incurable amor a los horizontes había en mí, y a veces hasta podía llegar a interesarme por los míos. Que siempre se encogían, en fin, a la menor sugerencia de una nueva gama o de un matiz más fino en el ribete púrpura al alcance de otros ojos: he ahí lo que considero el sinvivir de la envidia. No era tanto que yo quisiera cambiarme por todos o por cualquiera al azar, sino que veía "dones" en todas partes menos en mí, y apenas sé si calificar el efecto de esto como penoso o monstruoso. Era efecto del abandono de uno mismo... a las visiones.

La jornada en Sing-Sing debió de incluir, para algunos de nosotros, una especie de sensación de continuidad con las hospitalidades de Rhinebeck, la residencia de los tíos de Albany más viejos: me refiero a los tres que más frecuentábamos, porque había otros dos, el mayor de los cuales era medio tío solamente, y todo un caso aparte, mientras que el más joven, que iba a a lo suyo, nos hacía menos caso aún que sus otros tres hermanos. La casa de Rhinebeck y todos sus alicientes (a nuestro infantil entender, innumerables), y sobre todo el gran ribazo del Hudson sobre el que se alzaba, me surten de imágenes apenas empañadas, aunque no sean más que el efecto de visitas esporádicas. El caso es que la abuela de Albany, con sus dulces achaques y en compañía de los primos de Albany (entre los que distingo ahora a las dos hijas adoptivas, las más maduras y pacíficas de la tribu), debió de hacer allí una parada, uno de cuyos rasgos sería quizá la unión de ésta al contingente neoyorquino, afablemente efectuada en algún lugar, para agasajar al joven Gussy. Circunstancia que irradia no sé qué halo de caridad y familiaridad inocentes, tan endeble (y, a la vez, tan importante) era el pretexto de la reunión, que no era otro que Gussy; tan conmovedores y edificantes parecen hoy la sencillez de aquellos intereses y actos, suposiciones y concesiones. Seguro que éramos todos amables y generosos, y navegábamos en un orden social limpio y claro, dulcemente a prueba del ennui (a no ser que, como es concebible, haya algo de malo en no aburrirse jamás), y agradecidos hasta por la menor limosna de belleza o poesía. Lo que me lleva a perderme en otros recuerdos relacionados, más amplios aún... Sobre todo, mi conmoción ante la entonces grandiosa novedad del ferrocarril del río Hudson, que, al menos en lo referente a su llegada a Albany, fue una bendición moderna que hasta los más jóvenes fuimos capaces de apreciar. Hubo un tiempo en el que tuvimos que conformarnos con el barco de vapor; y siento el verdadero alcance de este hecho al recordar la emoción de atracar con la primera luz del día, la hora entera en la ribera de Albany, al final de una noche de extraños e intensos crujidos, chirridos, paletadas y golpes; con los que contrastan ciertas largas sesiones en tren a una edad y en unas condiciones en las que ni el tren ni el pasajero estaban todavía escarmentados; sesiones que recuerdo de gran animación, pero al mismo tiempo de mortales desfallecimientos... Aquí los elementos se confunden y se mezclan. Estos rigores del interés febril y del esfuerzo desorbitado los debí experimentar nada más que con respecto a Rhinebeck: para los parientes de Albany, nada más que una etapa en el camino a Nueva York; pero para nuestra paciencia infantil el límite norte de cualquier viaje por tierra. Y sin embargo, lo que mejor recuerdo, repito, no es tanto el cansancio como el estado de fácil asombro: las paradas

demasiado frecuentes, pero perversamente fascinantes; el calor y la luz excesivas, en contraste con los atisbos y tramos enteros del río junto a la ventanilla. Pues eran el gran flujo de imágenes y la fuerza de la luz y el color los que por sí mismos constituían una aventura constante, mientras que los tíos se hacían tan visibles y recurrentes que llegaban a producir una irritación de la simpatía y la curiosidad, por más que de su presencia derivasen la mitad de las expansiones del momento. Porque, de algún modo, es la presencia de los tíos, de estos incoherentes tíos de Albany, lo que más contribuye a acuñar estas horas para el recuerdo. No sé muy bien porqué, ni apenas distingo, confieso, ocasiones concretas; pero veo lo que veo: el coche largo y traqueteante y expuesto, según el diseño nativo de entonces, a la también dura intemperie de entonces; la sensación de llegada siempre aplazada, pero realzada con la de tener yo en mis manos un tomo de Arsène Houssaye, *Philosophes et Comédiennes*, curiosamente sometido a mi consideración por uno de mis parientes... A los parientes los veo siempre en lento tránsito, con aire inquieto, nervioso y casual y una más que notable simpatía, pero con vaguedades, lapsos y eclipses que impedían que su compañía se hiciera indiscretamente onerosa. A su manera, nos divertían. Optimistas natos (aunque sin razones para ello), siempre estaban animando y apoyando, aunque con un brillante laconismo que, pienso, daba por supuestas las grandes distancias. Llevaban los sombreros inclinados hacia adelante, paseaban, rondaban, informaban del avance y de la concurrencia, dejaban caer consejos, revistas nuevas, paquetes de comestibles desaconsejados para los niños... En resumen, para un sobrino pequeño pasaban por ser los hombres más importantes de su tiempo y, en lo que respecta a los dos más jóvenes y próximos, los de apariencia y atavío más espléndidos. Sin embargo, fue al menos llamativo (aunque no esencialmente el menos reconfortante) de este simpático trío al que, si no recuerdo mal, le debí mi iniciación a la *chronique galante* del siglo dieciocho.

A esta impresión va unida, en fin, una emoción parecida a una especie de borroso y revivido gesto de asombro ante otro de los buenos oficios de éste (y que, de algún modo, asocio a la cubierta de un vapor): la exhibición, en beneficio nuestro, de un clásico literario, las *Confesiones*, señaló, del celebrado "Rosó". Percibo de nuevo el eco de la alegría provocada, para asombro mío, por esta comunicación, a la vez que revivo mi interés inicial hacia una obra que parecía prometer tanto. Pero lo que tengo bien presente es que, la mayoría de las veces, lo único que cosechaban los comentarios más ambiciosos de este interlocutor era, en casi todos los círculos, un despliegue de críticas amables. Por todo eso, y a pesar de sus rarezas de aspecto y tipo, era Augustus James el que más campo ofrecía (aunque no más altura) a mi anhelo de perspectivas más amplias, y el que ocupaba un lugar definido y accesible. Este lugar —la casa y dependencias de Linwood, en Rhinebeck— no acogió nuestros tiernos años, sospecho, más que en contadas y breves ocasiones. Pero no han hecho falta muchas para convertirlo en la imagen misma de una hospitalidad generosa, tan generosa como yo suponía que eran las grandes situaciones sociales, por más que esta clase de suposiciones infantiles —las mías, al menos— no tengan mucho que ver con la áspera realidad. Lo cierto es que Linwood abundaba en vistas grandiosas y otros esplendores, en jardines, invernaderos y ponies negros, por no mencionar a jardineros y criados cuyas notorias gracias corrían de boca en boca; y por no mencionar, tampoco, a nuestra tía Elizabeth, la que en Albany había sido la señorita Bay, y madre de aquellas muchachas bellas y libres que bailaban el vals en Nueva York; y quien aporta a los recuerdos de Rhinebeck un aire de hermosa desenvoltura (a pesar de su nariz aguileña y sus cejas pronunciadas) y un revuelo de vestidos y chales flotantes (ese chai ramplón y delicioso de la época), y una hoz de acero brillante y benévolo que, para delicia nuestra, no paraba de cortar: rosas, uvas, melocotones y racimos de pasas, entre salidas y comentarios que caían como a golpes de tijera... Cosas que se lleva el viento, sí; pero lo cierto es que mi sentir debe a esta mujer un temblor que, por diminuto que pueda ser, no iba a dejar en todos esos años de caracterizar, con su presencia, una mezcla de cuadro y drama cuyas notas más destacadas fueron la inquietud y el dolor: una crisis que se representó en amplios pórticos, a lo largo de cálidas veladas de agosto y al tenue resplandor de

ventanas abiertas, bajo el zumbido de los insectos domésticos. Poco menos que inefable el papel interpretado en aquella obra (a la que la mente del niño proporcionaba un escenario natural, aunque perverso y desmesurado, para el desfile y exhibición de apariencias) por asuntos todos ellos de corte normal, por contactos e impresiones que no llegaban a la dignidad de conmociones, pero que casualmente eran del gusto, digamos, de la inteligencia infantil, y de la clase que la fantasía podía asimilar. El testimonio de uno se convierte, bajo recuerdos de este orden —he aquí la única dificultad— en una relación de asimilaciones menudas, desechos que sólo interesan directamente al sujeto-víctima, y de los que puede pensarse que han brotado las más frondosas vegetaciones. Tales son los absurdos de la vida interior, pobrecita, cuando es traducida (mal traducida, quizá) a los términos de la exterior, cuando se esfuerza por florecer siguiendo las líneas de la exterior; reflexión que debería obligarme a no pasar de aquí, si no fuera porque, de algún modo, me siento moralmente unido y como atado con fuertes nudos a los elementos en cuestión.

Uno de éstos fue, con toda seguridad, el que mi padre, como era propio de él, había condescendido una vez más a llevarme consigo. Lo reclamaban en Linwood las contrariedades de su hermana, la señora Temple, y partimos de Staten Island —todo esto debió de suceder, creo, en el verano del 54—, aunque no recuerdo qué hacíamos allí, ni el viaje que siguió: no recuerdo más que mi sensación, al llegar, de estar por vez primera en presencia de una tragedia, a la que el luminoso escenario contribuía a hacer más siniestra aún; sensación aguzada hasta el punto de hacerme sentir avergonzado e irrelevante, y preguntarme para qué había ido allí. Mi tía, que vivía bajo el techo de su hermano, había dejado en Albany a su marido a punto de morir, consumido por la tisis. Gravemente enferma ella misma (había sido contagiada por él, como era frecuente en esos días, e iba a sobrevivirle por muy poco), le habían ordenado que se marchara por su propio bien, que era lo que menos le importaba. Y mi padre, la persona de mi familia cuya opinión era, merecidamente, la más tenida en cuenta, y cuyas palabras eran las más impacientemente esperadas, había sido requerido para que le proporcionase consuelo en una separación a la que ella se oponía con denuedo. Todavía recuerdo vivamente, como flotando en la calma cálida de la tarde después de atravesar los pórticos, su llanto de protesta y dolor; recuerdo mi miedo y mi silencio ante aquel llanto, y cómo me escondía para esquivarlo. Y recuerdo con no menos intensidad los recursos de control de los que el caso hizo acreedor, en mi imaginación, a mi padre; y cómo, cuando me escabullí hasta el borde del ribazo sobre el Hudson, de alguna manera sentí la unidad entre aquellas grandes y brillantes armonías del aire y el espacio y mi propia seguridad y confianza, en las que tanto había de orgullo: las que sentía con respecto a mi parentesco, por vida y por afinidad, con aquellas fuentes de luz. La gran impresión, sin embargo, la que me ha traído tan lejos, fue otra: la de la noche cerrada que antes mencioné, a la intemperie y atemperada por las luces del interior; de nuevo con mi padre, que estaba en alguna parte de la casa (aunque no tan lejos como para preocuparnos) oponiéndose tiernamente a los propósitos de huida de su hermana; y la presencia a mi lado de mi primita Marie, la más joven de la casa, de mi misma edad, llamada así por haber nacido en París, hecho de cuyo influjo daban fe, por extraño y extravagante que parezca, sus ojos de un negro brillante, su viveza y lo oscuro de su piel, que la diferenciaban de sus hermanas. Un pajarito me había dicho que era una "malcriada", lo que la hacía sumamente interesante... En casa nos habían tildado de lo mismo, sin que estuviésemos en absoluto malcriados (más bien creo que lo echábamos en falta), de modo que mi conocimiento de estos individuos de nefasto influjo procedía de la literatura (sobre todo, no cabe duda, de la del parvulario), en la que formaban, ellos solos, un romántico grupo; y, siendo la fantasía quien mandaba siempre, yo apreciaba —y, a la vez, temía— la ocasión de ver tal condición en acción. La oportunidad me la deparó claramente (aunque comprometo, al contarlo, el anticlímax final) un comentario que mi tío Augustus dirigió a su hija. Sentado en la penumbra, en medio de nuestro grupo, que incluía dos o tres borrosas formas secundarias, expresó el firme parecer de que Marie debería ir a la cama... Lo expresó, quiero decir, con ese humor casual y como de

pasada que a la larga llegaría yo a identificar como el principal recurso expresivo de los miembros destacados de la familia, y que quizá tuviera, al ser analizado, el defecto de dejar bien sentadas las opiniones sin hacer lo mismo con la autoridad. Autoridad, realmente, no tenía ninguno de estos figurones tan humanos; se las arreglaban con apenas dejar caer una observación ligera, una sugerencia inopinada, una variedad particular del comentario feliz. Y no había sido más que sugerido, estoy seguro, el que Marie hubiese debido ir pensando en acostarse (verdad cuya ala oscura sentí que me rozaba a mí también), con palabras que parecían dotadas de un cierto peso irónico... Lo qué recuerdo de su efecto, en fin, es la vaga conciencia de alguna objeción por parte de mi prima, y alguna puntualización afilada por parte de su padre... De inmediato se originó una conmoción visible: el vuelo de mi compañera a lo largo del pórtico para refugiarse en los brazos maternos, con una protesta y súplica que arrancaron de mi tía la frasecita que tan absurdamente, desde ese momento, iba a quedárseme grabada:

—Venga, cariño, no hagas una escena... Insisto en que no hagas una escena.

He ahí toda la brujería que requirió la ocasión, pero la observación era de las que hacían época. Aquella expresión tan vivida, tan portentosa, jamás había sido oída por mí, jamás nos la habían dirigido en casa. ¿Cómo decir ahora qué mundo podía uno entrever de inmediato en ella? Parecía aparejada para largas travesías, me decía muchas cosas de la vida. La vida, en estas intensidades, se convertía claramente en "escenas"; pero lo grandioso, la inmensa revelación, era que podíamos "hacerlas" o no, a nuestro arbitrio. Pasó mucho tiempo, por supuesto, antes de que yo empezase a distinguir entre las que estaban a nuestro alcance como presuntos niños malcriados y las de distinto fundamento, las que exigían distancia y presencia de ánimo: justo las cualidades de las que parecía carecer la posible reacción de Marie. No tuvo, por tanto, la menor importancia el que a continuación hubiera escena o no... y he perdido la cuenta de lo que ocurrió. El hito me había sido revelado, la puerta se había abierto de par en par; y el instante que reunió todos los elementos de esa época atribulada había sido, por sí solo, una escena en la que nada faltó, y por la que fui consciente de la amplia gama de posibilidades que se abría ante mí.

XIV

Debió de ser después del episodio de Sing-Sing cuando Gussy empezó a pasar los domingos y vacaciones con nosotros en Nueva York. Lo teníamos casi a la vuelta de la esquina (su Institución extranjera florecía, creo recordar, en la calle Diez oeste o en las inmediaciones) y, sin embargo, llegaba como envuelto en aires exóticos y con el aroma de las islas de las especias flotando a su alrededor. La mayor parte de sus condiscípulos eran cubanos y mejicanos: en el Nueva York de entonces, más de la mitad del pequeño rebaño que acudía a las instituciones extranjeras. Sus fáciles triunfos sobre éstos, a los que dedicaba los meneos de su cabecita pelirroja, eran más que creíbles, reforzada como estaba la idea particular que me hacía de éstos por la situación similar de su hermana, mayor que él, pero también bañada en exotismo y portadora, a veces, de extraños ecos de idiomas extranjeros. Recuerdo que mi madre me encargó que fuera a hablar con ella, con motivo de una posible visita suya, al establecimiento de *madame Reichhardt* (pronunciado Réchard, *a la française*), donde tuve la sensación de haber cruzado, por una hora, el umbral mismo de "Europa", habiéndome inculcado mi prima (que era alta, hermosa y feliz, con una risa de sonido más bello que cualquier otra risa que nos fuera deparado oír) que en aquella casa sólo se hablaba francés. Aspiré el aroma de aquel idioma superior en el pasillo y la sala... Era el de una sopa fuerte y sabrosa, un educativo potage Réchard cuya contribución a la formación del gusto debía de rozar la excelencia... Al salir sentí que aquello era, una vez más, parte de la rica experiencia de ser arrojado al mundo en forma juvenil. Esta simpática chica, al igual que su hermano, se encontraba en la magnífica situación de no tener hogar y pasarse la vida —una vida de lo más espléndida— en visitas sucesivas a parientes; aunque ni ella ni Gussy llegaban a la altura del hermano mayor, el "Bob" de aquella rama, un guapo muchacho y una

atractiva presencia, aunque un tanto difusa e ilusoria, que habitaba esferas más bien fuera de nuestro alcance y, al parecer, era el que en más alto grado ostentaba la condición extrahogareña. Parecía expuesto, por su gusto (si es que aquello podía ser del gusto de alguien) y para asombro mío, a todos los avatares de la experiencia. Su nombre mismo adquirió, por estas imputaciones, un tinte más oscuro; y era previsible que, unos años después, tras "mostrar algún talento para la escultura", siguiera el desdichado camino de la mayor parte de los jóvenes de Albany y se convirtiera en motivo de tristes movimientos de cabeza (amables y muy compasivos en su caso) y muriese prematura e inútilmente; o, en otras palabras, de un modo que a mí me pareció pintoresco.

Más fuertes fueron los movimientos de cabeza y más hondos los suspiros por otra sombra delgada, uno de los más jóvenes y, a mi parecer, el más desdichado de los que he llamado "los destacados": un tormento que aparecía y desaparecía, algo mayor que nosotros, también con hermanas (nada más que hermanas) demasiado encantadoras, y víctima, también él, de monstruosas y tempranas vicisitudes después de haber "mostrado algún talento" para la música... Aludo a manifestaciones estéticas tan etéreas como la más fina lasca de mármol que pueda imaginarse, o el más inaudible tañido lejano de viejas cuerdas. Y me pregunto, ante esta extraña oscuridad, bajo qué inspiración podían haberse presentado al oído y a la vista de Albany (a lo que nosotros entendíamos por tales sentidos) el sonido y el brillo de la música y la escultura, y con qué débiles y extraños engaños habrán jugado estos infortunados. Qué inefablemente raro, qué *falot*, que se afrontase la batalla de la vida, tal como ésta se presentaba entonces, con esta clase de recursos; y, sobre todo, cómo sugiere esto nuestra (por la totalidad de la familia) brusca desconexión colectiva con respecto al gran recurso americano de entonces, en Albany o en cualquier otra parte. Aquella luz tan preciada no era sino la del "negocio"; y nosotros, por instinto, nos cogíamos de la mano y nos adentrábamos en la selva sin contar siquiera con una temblorosa vela.

Nuestra unanimidad, a este respecto, era asombrosa. No conocía excepción. Nos habíamos pasado la consigna de que no entendíamos, no podíamos ni debíamos entender, de cosas así, de cuestiones de cálculo y aritmética, de cuestiones de contaduría y mercado. Y, al parecer, nos atuvimos a nuestro compromiso con tal lealtad que aceptamos nuestro destino tan serenamente como si hubiésemos empeñado en ello mutuamente nuestra palabra. La ruptura con la tradición y talante de nuestro abuelo fue completa. En dos generaciones, creo, no cedimos ni una sola vez a la tentación del negocio. Lo más que podría decirse de nosotros era que, aunque carecíamos, sin excepción, de cualquier clase de talento para la ganancia, el azar quiso que pagáramos por esta entrañable debilidad un precio más bajo con respecto a ciertas cosas que con respecto a otras. Quiero decir que tuvimos la peculiaridad de pastar asiduamente en nuestros predios (y he aquí la única asiduidad de la que fuimos capaces) sin alejarnos jamás a pacer en lugares extraños o abruptos. Qué nos jugábamos bajo este hechizo, y cuál podría haber sido la moraleja de nuestro caso, son cuestiones, en fin, de poco calado, a la vista de lo poco que vinimos a durar la mayoría. A muy pocos nos fue concedido aprender de los hechos, llegar a asombrarnos, con la debida intensidad, ante lo que nos habíamos jugado. Despejar esta preocupación tendría su interés, si hubiera tiempo para ello; porque para contar la historia no bastaría, pienso, una simple mirada melancólica a otras avideces: el gusto por el bienestar, el juego de las pasiones, el apetito por el placer. Estas cosas han ido con frecuencia unidas a la imaginación comercial, del mismo modo que el amor a la vida y el amor a otras personas y a otras muchas cosas del mundo, junto con la viveza de alma y sentido, jamás la han excluido. Con todo, eso nos lleva, como ya he insinuado, al modo en que aquellas "cosas del mundo" daban en presentarse: no había suficientes, no eran lo bastante buenas ni hermosas como para atrapar tanta atención desperdiciada, difusa y sin desbatar. Sin la menor duda, el radio de acción de nuestra inteligencia (la de ellos, diría, si pudiera afinar hasta ese extremo) era limitado; de lo contrario, no merecería la pena hablar tanto de nuestra carencia de instinto mercantil. Otras curiosidades, otras simpatías podrían haber

reequilibrado la balanza. Deduzco que nuestro joven primo J. J. sí era vagamente consciente de todo esto mientras componía las melodías ligeras que preludiaron su muerte y que, en virtud de esa misma catástrofe, tan prometedoras nos parecieron. Pero más fuerza aún tiene su imagen como estímulo, en los años precedentes, de nuestro constante sueño de redención "educativa", de perspectivas sociales más refinadas, por mediación de Europa.

A Europa era a donde habían mandado a J. J.; por allí anduvo, amañando los presuntos y exigüos blasones que de tan poco iban a valerle... A nosotros nos bastó que alumbrase el camino hacia el Pensionado Sillig, en Vevey, que, allá a lo lejos, se nos presentaba como nuestra propia y más específica solución. Ciertamente el Pensionado Sillig ofrecía soluciones, sobre todo, para los casos realmente difíciles. De antiguo venía el que los padres neoyorquinos que tenían una opinión ponderada sobre estos recursos confiaban la solución de esa clase de males a dicha institución; y un acto de confianza fue el que, al fallar otros remedios, nuestro joven tío viudo, consciente de su incapacidad para controlar o dar ejemplo, hubiese colocado allí a su hijo difícil. Volvió encantado de esta decisión juiciosa, y hubo un momento en que reclamamos intensamente una similar para nosotros, y en el que la atmósfera de nuestro hogar no hacía más que reflejar el resplandor lejano de los azules lagos de Suiza, el tintineo de los cencerros en los pastizales alpinos y la bonhomie que el señor Sillig, que impartía una educación toda de leche y miel, de *edelweiss* y *ranz-des-vaches*, combinaba con su celebrada firmeza con los casos difíciles. El pobre J. J. volvió, me temo, igual que se fue; pero había llegado a cumplir su misión en la tierra: acercarnos un poco más nuestras expectativas de entonces, nuestras aparentes posibilidades. El suyo, al parecer, había sido un caso cuya dificultad colmaba incluso la medida del señor Sillig, lo que no dejaba de ser desalentador. Por lo demás, aunque a nosotros pudiera reprochárseles el que quedásemos muy por debajo de aquélla, había establecimientos adaptados a toda la variedad de las necesidades americanas; de modo que nuestra orientación general no podía sino salir ganando en nitidez. Y me apenas pensar en la oscuridad relativa a la que nuestro eventual éxito al recoger los frutos, por escasos y exigüos que éstos fueran, relega a aquellos que hubieron de conformarse con disfrutar brevemente de las flores. Forman un trío trágico: J. J. el mayor, el más querido, hermoso y sacrificado de los tíos de Albany; J. J. el joven (fueron jóvenes juntos, fueron desgraciados juntos, en una combinación tan extraña como incontenible fue el desastre); y la hija y hermana, la más capacitada de los "simples", la más tratable de los ociosos, que vivió para revestir la memoria de ambos con las hebras y retazos de su propio buen carácter, para cumplir luego la tradición mediante un final demasiado temprano y doloroso.

Si, al hilo de tantos recuerdos multiplicados, se me ocurre que podríamos haber reclamado esa "salvación" educativa de la que acabo de hablar, a renglón seguido debo añadir que, sin duda, el mío hubo de ser intrínsecamente un caso perdido; y dejar bien sentado de una vez que debe entenderse que presencié y sentí buena parte de estas rarezas como veladas por extrañas incapacidades. Incapaz hay que ser para tener de todas estas cosas una impresión tan triste, para no ser consciente, ahora, más que de una vaga confusión, de una ansiedad perpleja. Interés hubo siempre, claro, pero lo que me sorprende es que ese interés se aplicase a todo lo que se suponía que no venía al caso, y a nada que fuese respetablemente pertinente y acreditado. Sin un mínimo de interés por mi parte no tendría ahora estos recuerdos; pero éstos no se adhieren a mí con ese pegamento duro de los ánimos recuperados, las vivezas, seguridades y éxitos recuperados. No creo que hubiese en mí, en medio de todo esto, ni pizca de seguridad o éxito; sin los cuales, no obstante, por absurdo e indescriptible que parezca, viví y coleé, vacilé y fracasé, y perdí la clave de todo menos de una conciencia general lúcida (lúcida, entiéndaseme, para mis tiernos años), a la que me agarré sabiendo lo que valía. Lo que pasaba mientras tanto, pienso, era que yo, casi por sistema, imaginaba las cosas de un modo completamente distinto a como eran, y de este modo llevaba, entre las cosas "reales", una existencia que, digamos, me mantenía a flote y a salvo, incluso cuando renunciaba al menor grado de actuación o a cualquier grado de participación. En eso estribaba el interés: en la intensidad y plausibilidad y variedad de la irrelevancia; irrelevancia

que, por ejemplo, convertía a pastores y maestros y, sobre todo, a todos los que compartían conmigo bancas y pupitres, a todos los que daban codazos y patadas dentro del radio de acción de mi vista y mi tacto, en otros tantos monstruos y horrores, otras tantas maravillas y esplendores y misterios; pero nunca, que yo recuerde, en realidades de trato, dispensadores de conocimientos o agentes del destino, compañeros de juegos, camaradas, simples coetáneos e iguales. Eran algo mejor; mejor, sobre todo, que los coetáneos e iguales: eran figuras y personajes, divinidades o demonios, a los que esa luz dotaba de una viveza que la mera realidad de las relaciones, un nivel más normal de franqueza en el trato, hubiese empobrecido, en comparación.

Ese matiz superior del interés no llegó a ser, sin embargo, tan seductor como para hacerme olvidar el absoluto horror, o algo muy parecido, del invierno que pasé con mi hermano en la Institución Vergnes; nuestro triste sometimiento a la cual presta argumentos a la idea que tengo de la absoluta aridez circundante. A un "colegio francés", al parecer, se le atribuía seriamente la virtud de armarnos de paciencia hasta que llegaran días mejores. Infinitamente conmovedora la opinión de nuestros padres con respecto al fetiche neoyorquino de nuestra juventud: la "adquisición de lenguas"; adquisición que reforzaba las oportunidades de las que gozábamos en casa, en lo que éstas daban de sí, y a las que ya he tenido ocasión de referirme. Encantadores y divertidos me resultan, en fin, ciertos ecos débiles e imágenes temblorosas de esta superstición según nos fue saliendo al paso: esas damas y caballeros, vagamente extranjeros, y de los que apenas recupero las sílabas rotas de sus nombres, que acudían allí para conversar en lenguas foráneas y luego, ante la falta de perseverancia, no sé si por parte de los alumnos o de los preceptores, cedían su puesto a otros... Veo destacarse incluso a aquel conde Adam Gurowski, polaco, patriota, exiliado, temporalmente famoso, al que asocio la idea de que se le reclamaba por fácil y luego se le despedía por difícil... Aunque ignoro en cuál de sus frentes de batalla: era tan políglota que incluso tenía un amplio dominio del neoyorquino.

XV

Es a la Institución Vergnes a la que va unido mi primer recuerdo de haber sido en alguna medida "educado" en compañía de W. J. Ocupaba, a principio de los cincuenta, un solar justo a la mitad del bajo Broadway, del verdadero Broadway, donde podía palpar con el mismísimo pulso de aquel tráfico que a todos nos deparaba una inocente alegría, pues lo creíamos, calculo, el más animado que pudiera concebirse: lo que, a la luz presente, constituye una nota casi dieciochesca... El bajo Broadway —me refiero a toda la calle Cuarta y a la calle Bond (¿qué se hizo de aquella calle Bond de antaño?)— era entonces un emporio educativo, pues, como se verá, no nos libramos de él ni siquiera cuando conseguimos librarnos de la Institución, que fue una decepción inmediata; y todavía recuerdo con tristeza un periodo que me llama la atención por lo largo, y durante el cual mis horas personales de actividad fueron, más que nada, horas de acera y escaparate, horas de tanta actividad contemplativa como pudiera albergar la distancia (para unas piernas pequeñas, considerable) que mediaba entre aquellas regiones y la calle Catorce oeste. Si mi comportamiento infantil más característico era, como ya he señalado, el de pasear embobado, parece ser que el destino hacía lo posible por facilitármelo en no pequeña medida; hasta el punto, incluso, de que aquél debía de ser mi solo y único deporte. Las vagas competiciones y acaloramientos en la entonces cerrada Union Square parecían apuntar a modalidades más nobles de ejercicio; pero en lo referente a zonas de recreo o a cualquier cosa parecida a un campo de juegos o expansiones, la Institución estaba libre de culpa. Lo que, una vez más, me parece una nota extraordinariamente medieval.

Ocupaba, si no recuerdo mal, la primera y segunda plantas de una amplia fachada que dominaba la interminable vía pública y abría sus ventanas a los botes y traqueteos de las diligencias, a los carros penosamente arrastrados y al promiscuo callejeo humano; a lo que habrá que añadir la violencia con que repercutían los sonidos en el firme de las calles del Nueva York de esos años.

Y de todas partes recobro, a pesar de estos aspectos de vistosa exhibición pública, la impresión de un escenario oscuro y temible y, más que nada, absurdo. Veo otros lugares de esa época, incluso lugares de confinamiento, envueltos en una luz dorada apenas empañada por recuerdos particulares de pequeñas miserias; y esto vale incluso para nuestro próximo y casi colindante refugio... Sólo el establecimiento del señor Vergnes se me oscurece y empequeñece: un interior de una negrura sórdida es la imagen predominante que tengo de él, sólo atenuada por haber pasado pronto, como una mala experiencia, y cesado. Débilmente, en la tiniebla, distingo al propio señor Vergnes: viejísimo —tan viejo como yo lo veía entonces—, irritadísimo y a punto de estallar; aunque no guardo ni el más mínimo recuerdo de nada que me sucediese en sus manos o en las de cualquier otro. De hecho, lo más notable que sucedió, no cabe duda, fue que mi hermano y yo saliéramos con la mente preparada para una perfecta asimilación de la crónica de Jack de Alphonse Daudet, muchos años después. Encontrar en esa obra a aquellos *petits pays chauds* entre los que Jack aprendió sus primeras lecciones de la vida fue ver revivir de inmediato la Institución Vergnes, rebosante de pequeños cubanos y mejicanos nostálgicos. La total ausencia de tonalidades rubias que caracteriza estos recuerdos es, sin duda, el efecto acumulativo de tantos *petits pays chauds* neoyorquinos, predominantemente morenos y negros e inductores de una penumbra grasienta. Es esta penumbra, me temo, la que hace que todo pierda nitidez, con la excepción de cierta nota destacada: el que la totalidad del personal pareciera estar siempre en cólera; a lo que, lógicamente, se debía el acento estridente (único acento que se nos pegó, aunque se suponía que estábamos aprendiendo, por su extremada importancia, cantidades ingentes de francés) y el sonido del elevado vocerío. Me acuerdo de aquellos profesores enfurecidos, de habla extranjera y rostro rubicundo, de los desventurados "ejercicios" y *dictées* rasgados en dos, de los libros arrojados por los aires y esquivados... Con todo, nunca llegaron al extremo de pegarnos. Es posible que fuese norma de la Institución no propinar ninguna clase de golpes. Ni siquiera en nuestras horas de ocio encuentro el menor indicio de esta clase de cosas. Se comprende que los pequeños cubanos y mejicanos no habían de recibir vulgares sopapos, en deferencia, supongo, a alguna reliquia latente o supuesto resto del orgullo castellano, que impondría recomendables consideraciones de prudencia. Lo que podría dar pie a toda clase de reflexiones y comparaciones. Interesa, al menos, el matiz de contraste entre estas dos concepciones opuestas de tono, temperamento y maneras: la pasión sin golpes (o con golpes aplicados nada más que a objetos inanimados) que imperaba en el escenario que he descrito, y los golpes sin pasión, las inflexibles, impersonales y estrictamente penales aplicaciones de la caña que entonces representaban lo que todavía permanecía vigente en nuestra tradición inglesa. Eran dos teorías de la sensibilidad y de la dignidad personal las que así divergían; aunque ahora son tales las divergencias de otro cuño que se han acumulado sobre ellas que la antigua comparación se derrumba. Ya no recibimos golpes, aunque ello se deba a un orgullo distinto del castellano: difícil es, por tanto, decir siquiera cuál de los dos ideales ha triunfado. En cualquier caso, en la atmósfera de Vergnes yo ocupaba mi sitio, al parecer, libre de rapapolvos y terrores, no alarmado siquiera por una sola llamada a la pizarra, protegido sólo por mi insignificancia, que sin embargo incluía la conciencia de nuestra oscura sordidez. Extraña situación la nuestra, sin duda; pero mucho más extraña la de los pobres *petits pays chauds* que habían venido hasta tan lejos como privilegiados. Nosotros, en comparación, veníamos de la vuelta de la esquina... lo que dejaba la condición de alumno y la amplitud de la oferta a nuestro alrededor en una posición curiosa. ¿Cómo serían estas cosas en los diversos climas nativos de los *petits pays chauds*?

Fue claramente una fuerte onda de rechazo la que nos empujó, a continuación, al puerto más tranquilo del señor Richard Pulling Jenks, donde aguas más limpias, cuyo frescor todavía siento, llenaban un cauce más cuidado, sí, aunque un tanto más reducido. Aunque ni siquiera este nivel superior valía como claro ejemplo de la amplitud de la oferta. Nuestro salto tuvo escaso alcance: seguíamos husmeando con buena conciencia por Broadway y vagabundeando por la calle Cuarta. Pero pienso que fue aquí donde la educación superior, por diversos motivos, empezó a irradiar

sobre nosotros. Un resplandor difuso, una especie de contraluz intenso procedente de ventanas opuestas es lo que, pase lo que pase, me quedará siempre del pequeño dominio del señor Pulling Jenks, como bañándolo en limitaciones que no dejaban de ser dulces. Limitado debía de ser, supongo, con nuestro par de habitaciones medianas, anterior y posterior, nuestras apreturas, nuestra estufa, tan grande como poco acogedora, nuestro hule gris y áspero y, una vez más, nuestro pertinaz Broadway; elementos cuya suma destila, aunque yo no sepa explicarlo, una cierta perversidad romántica. Hablo sobre todo por mí; y admito que, en tales condiciones, grande debía de ser mi predisposición romántica, humor que había llegado a cuajar incluso en un páramo recreativo tan absoluto como el que representaba la Institución Vergnes. Una vez más, era Broadway lo que dejábamos atrás cada vez que subíamos las escaleras (me parece estar oliendo aquella escalera de madera, empinada, fresca y polvorienta); y a Broadway volvíamos a caer (vuelvo a sentir la luz de la liberación bañándolo todo); y no sabría decir qué pobreza de espíritu denota el hecho de no haber disfrutado ni echado de menos (hablo, una vez más, por mí) un espacio más amplio, para desahogarme y pasear, que la superficie del aula. Mi conclusión literal es que nos paseábamos por Broadway, y nada más que por Broadway, como perfectos hombrecitos de mundo. Era allí donde nos soltaban para que estirásemos las piernas y tomásemos el aire, sin prejuicio de nuestra libertad para ir y venir antes y después de clase. Por lo mismo, infiero que aquel Broadway debía de ser entonces, en lo referente a toda clase de encuentros o consecuencias funestas que pudieran afectarnos, una de las calles del Edén; circunstancia que no interfería en absoluto, como ya he señalado, con el interés arrebatador que inspiraba. Seguro que ese interés no era algo previsto por el señor Jenks o, menos aún, por nuestros queridos padres. Quede constancia, por tanto, de que más extraño aún era el que todos nosotros nos mostráramos conformes con esa carencia de paisaje y esa escasez de ejercicio. Pienso que la verdadera explicación de aquello estribaba en que disponíamos de tan pocas horas (por largas que parecieran entonces) que, en el peor de los casos, el día aún daba margen para invenciones privadas. Pienso que éramos capaces de encontrar paisajes (y donde encontraba un paisaje, encontraba yo todo el ejercicio del que era capaz) incluso entre las habitaciones anterior y posterior y las ventanas opuestas; incluso junto a aquella estufa que quemaba sin calentar, y alrededor de la cual, pese a todo, los señores Coe y Dolmidge, profesores de dibujo y caligrafía, a su llegada en los días de invierno, solían (lo que era notorio y, en el caso del señor Coe, lamentado) prolongar sus retrasos. ¿Es la luz dorada del recuerdo, a este respecto, una emanación de los señores Dolmidge y Coe, cuyo magisterio veo como el único directamente deseado o reclamado que yo iba a conocer en todos mis años de escuela?

Los veo, en fin, como imágenes del pasado, figuras de cuño antiguo; productos, qué si no, de un orden en el que todavía operaba cierta relatividad social o ajuste rutinario, ciertas formas y apremios heredados. Dolmidge, desmesuradamente flaco, completamente afeitado (lo que era poco frecuente entonces), con frac y cuello duro de raso negro, sin duda resultaba perfecto en su estilo absolutamente funcional: un hombre-portaplumas, melancólico y apacible, que enseñaba las más complicadas fiorituras (que se nos presentaban como grandes volutas en forma de oleajes y caligráficas águilas picudas con ojos como cuentas) cuando lo suyo hubiera sido enseñar resignación. No tenía nada de gracioso (fuera de nuestro inmediato círculo familiar, nadie —nadie, en fin, que no fuera W. J., flor del desierto— me parecía gracioso en aquellos años), pero iba a quedárseme grabado como la imagen misma de un personaje de Dickens, uno de los dibujados por Phiz o tal vez por Cruikshank... Coe era harina de otro costal, con su máscara de dureza, que incluía sin embargo algo así como una revelación de blandura, e incluso de honda afectividad: un hombre digno, de gran estatura y presencia, coronado por lo que podríamos llamar las canas del genio, cubierto por un capote plisado o fruncido, con un enorme cuello de terciopelo y, pienso ahora, un gran parecido con el general Winfield Scott, tan en el candelero entonces. Lo que ya incluso en aquel momento resultaba raro, en fin, era que hiciera falta una persona tan imponente para producir unas "tarjetas" tan pequeñas. Era como si un inmenso

pájaro hubiera dado en poner huevos diminutos. El señor Coe, en verdad, ponía los suyos por todas partes, y aunque apenas superaban el tamaño mínimo (niños muy pequeños podían lucirlos en exhibición en pupitres también muy pequeños), poseían sin duda una gama amplia en número y efecto. Gozaban de gran difusión, y sospecho que gustaban. Representaban casitas tortuosas, árboles volátiles, animales pastando o en actitud de ataque y otros objetos rurales; todos dibujados, si no recuerdo mal, con pequeños trazos separados que eran como historias contadas en monosílabos, o, mejor dicho, en cortos jadeos de placer. Como arte, se quedaba en balbuceo, pero yo admiraba su fluidez, que, además, me llegaba envuelta en asociaciones más ricas, aunque un tanto más borrosas. El señor Coe trabajaba también a una escala mayor, en colores al óleo, y producía asombrosas tablitas que aún hoy recuerdo (y, sobre todo, huelo) cada vez que oigo hablar de "pintura sobre tabla". Un aire de grandeza las rodea por el hecho de haber sido traídas a casa por W. J. desde el propio lugar donde el maestro impartía sus enseñanzas: aquel viejo edificio universitario que cubría parte del lado este de Washington Square y alberga, en la memoria y en la imaginación, más oficios y funciones, un más denso claroscuro, que cualquiera de las enormidades arquitectónicas de hoy día, en las que la cantidad ahoga el carácter. ¿Existe alguna estructura actual que juegue un papel semejante en proporción a su tamaño? Aunque todavía no he acabado de formular la pregunta cuando se me ocurre que en la tierra no hay nada proporcionado a los tamaños de hoy en día. Éstos sólo guardan proporción con el cielo que tapan y las meras cantidades, cantidades de acero y de piedra. Lo que no tiene demasiado interés. Quizá nuestras necesidades y nuestros elementos fueran entonces de una escasez provinciana y absurda, y los retazos de carácter de ese pequeño compendio de granito fueran todo lo que, en general, podíamos exhibir. Permítaseme añadir, de todos modos, que algunos de esos retazos estaban destinados precisamente a la exhibición... incluso ante mis tiernos años: todavía acuso el privilegio de haber asistido a cierta Inauguración o Conmemoración de las que podrían considerarse normales en cualquier "universidad"; en la que, bajo un noble techo, ante un rector togado y entre filas apretadas de admiradores e impresionantes aplausos, hubo "charla" de la mejor clase; y en la que, sobre todo, tomé buena nota, como brillante ejemplo, de la singular presencia de ánimo del joven Winthrop Noséqué o Noséqué Winthrop, que, sin quitarse la chaqueta, nos hechizó a todos con su interpretación del Sargento Buzfuz desenmascarando al señor Pickwick. Mucho iba a durarme el asombro ante la desenvoltura del joven Winthrop Noséqué o Noséqué Winthrop, y es quizá esta poética impresión (por lo demás, mezclada con la consagración de una o dos novelas del otrora admirado Theodore del mismo recurrente apellido) la que preserva la idea que tengo del lugar.

No debo olvidar que en la mezcla incluyo también al señor Coe, aunque con mano menos firme, y a modo de apunte de los talentos y dotes de altos vuelos que, por esta época, empecé a ver definitivamente afirmados en mi hermano. Al recuperar la imagen remota de W. J. en toda su salsa, lo veo sentado y dibujando sin parar, siempre dibujando, especialmente a la luz de la salita interior de la calle Catorce; y no laboriosamente, lo que me hubiera impresionado menos, sino de un modo suelto, libre y, digámoslo así, infalible: siempre a punto de acabar, moviendo la cabeza de un lado a otro y pasándose la lengua por el labio inferior. Recuerdo que hubo una época en que verlo equivalía a verlo ocupado en estos quehaceres: sus otros vuelos y facultades lo apartaban de mi vista. Eran su rutina: regresaba o pasaba cerca nada más que en sus ratos libres, y yo aceptaba estas desapariciones como algo normal. ¿Acaso no arrojaba él suficiente luz sobre ellas, cuando se dejaba ver, y las justificaba con intensidad renovada y ampliada? De modo que la impresión que tenía yo de él, formada por asimilaciones apenas concebibles, hacía que nuestros intervalos de separación me parecieran demasiado naturales para constituir lecciones de humildad. La humildad no tenía nada que ver con aquello, casi tan poco como la envidia; yo estaba por debajo de la humildad, por lo mismo que, juntos, estábamos fuera de toda competición, mutuamente hors concours. Sus competiciones eran con otros, ¿y cómo no iba a tener éxito? Mientras que las mías no eran con nadie, o nadie las tenía conmigo, lo que venía a

ser lo mismo, pues sólo el cielo sabe que yo ni las buscaba ni las eludía. Aquel invierno, tal como lo recuerdo, lo hace lo bastante visible como para que su posición o sus incursiones en círculos superiores me resulten definidos. Era algo que yo había dado por supuesto hasta entonces, pero ahora podía, en cierto modo, medirlo; y la novedad de esta sensación, esta conformidad serena, tenía que ver, adivino, con el efecto de trasladarnos, con el resto del grupo (que no era numeroso, pero sí apreciablemente "selecto") a un plano más alto y bello que cualquier otro que hubiésemos conocido. Beneficio que debíamos, en primer lugar, al mismísimo señor Richard Pulling; del que mi hermano me dijo, mucho después y con una autoridad que no admitía dudas, que había sido, de todos nuestros maestros, el más auténticamente genial; el único, de hecho, al que podía imputársele en algún grado el arte de despertar el interés o inspirar simpatía. Lo que interpreto como que éste no hubiera desentonado en una esfera superior. Y es posible (y eso explica lo pronto que lo perdimos de vista) que se trasladara rápidamente a una esfera superior. Al menos, puedo dar fe de que nosotros salimos de la suya al año siguiente, y descendimos de nuevo a asuntos más bajos y a una civilización inferior ante la sola perspectiva de su inmediato alejamiento, que lo llevó a una estribación remota de la ciudad. Pasaron unos años, y una cierta distinción debía de adornarlo cuando W. J. y yo, que coincidíamos por poco tiempo en Nueva York, fuimos a visitarlo un domingo por la tarde y comprobamos (cosa de la que yo no estaba en absoluto seguro) que todavía sabía quiénes éramos, o tuvo la elegancia de fingirlo; elegancia que no contradecía su más que acusado parecido con *Punch*, el marido de Judy, el de los periódicos cómicos y el espectáculo callejero: calvo, regordete, de rostro rubicundo, con la misma nariz, la barbilla, las cejas pronunciadas, la panza y la perilla (por no mencionar la vara que mecía entre sus brazos, y de la que tan buen uso se hace en el espectáculo). Con todo, el señor Jenks me dio la impresión de haber conservado la dignidad, aparte de proyectar una imagen y haber hecho otras cosas. A veces pegaba; debió de ser uno de los últimos en hacerlo.

Pero no recuerdo aquello como algo feo, o terrible, o extraño... Quiero decir que no recuerdo ni haberlo experimentado directamente ni haberlo disfrutado como testigo. Es algo, de todas formas, que no llega a romper el hechizo de aquella civilización nuestra, en la que no recuerdo haber jugado más que un papel contemplativo. Lo más extraño de todo, sin duda, es que todo lo que asocio a mis "estudios", ya fueran infantiles o adolescentes, tiene que ver casi con cualquier cosa menos con el hecho de aprender; de aprender, quiero decir, lo que se suponía que debía aprender. Otros debieron de ser los propósitos que me mantuvieron ocupado por aquel entonces, y alguna semejanza superficial tendrían con la adquisición de conocimientos de una modalidad más bien libre e irresponsable, pues apenas recuerdo los remordimientos o las aflicciones de un estado de pura torpeza. Al mismo tiempo, reconozco que quizá fuera una pena estar tan interesado en no se sabía qué. Tales son, en lo peor y en lo mejor, algunos de los aspectos de la temporada que preside la imagen del señor Jenks; a la luz de los cuales, quizá, deba extrañarme una vez más por atribuir tanta amenidad al cuadro. Claramente, el buen hombre era, a pesar de los azotes, un civilizador; y por medio de un arte imposible de detectar hoy en día. Era un clásico complaciente: a eso aludía más que nada, me atrevo a decir, la vindicación que mi hermano hacía de él; aunque todo esto resbalaba sobre mis diez años. Cuenta a su favor, a este efecto, el que deplorase el trillado libro de texto del Doctor Anthon, de la Universidad de Columbia, en el que había más traducción interlineal que texto, y se atuviera a la disciplina más estricta de Andrews y Stoddard y de ese otro comentarista más conservador (y al que también, seguro, le habían dado el relevo hacía tiempo) cuyo nombre me sonroja de haber olvidado. En definitiva, la modesta pero sincera academia de Richard Pulling me parece una pequeña y firme protesta contra su muy aventajado y poderoso y rutinario rival, la escuela de la Universidad de Columbia, que en aquellos días parecía la favorita de la fortuna.

En alguna medida debí considerar uno de los encantos del lugar el que no fuéramos, bajo la férula de este hombre, desmedidamente preparados para "los negocios"; y que, por el contrario, nos quedara el recuerdo de que el aroma a Cornelio Nepote que allí se respiraba, por rancio que pudiera ser, carecía de la negra amargura que marcó nuestra siguiente prueba, y que procedía, creo, de cierto insano predominio de la teoría y práctica de la contabilidad. A esto se unió el que, por no sé qué inconsecuencia, nos vimos convertidos en dos de los "activos" de cierta firma: la de los señores Forest y Quackenboss, que tenían su local en la esquina noroeste entre la calle Catorce y la Sexta Avenida, y que en el invierno de 1854-55 se hicieron cargo de nuestra educación. Ya entonces me di cuenta de que, al igual que el estilo, el local de éstos tenía el sello característico y el cariz de una tienda; de una tienda abierta de antiguo, de numerosa clientela, de mucho trasiego y animación. Cuando volví a verla no hace mucho, la estructura seguía siendo, más que nunca, la de una tienda, con mejoras y extensiones, aunque dedicada a mercancías distintas al entonces fresco género que antaño despachara... Si es que podía hablarse de frescura con relación al socio más antiguo de la empresa, que había llegado a nuestra generación procedente de un pasado legendario y trayendo consigo un notable parecido, en la cabeza y en los aires, con Benjamín Franklin. El señor Forest, bajo cuyos particularísimos cuidados languidecía yo, era un superviviente de una edad más sencilla y, habiendo educado, según la leyenda, el gusto juvenil de dos o tres de nuestros tíos neoyorquinos (aunque sólo Dios sabe con qué resultados), tenía todavía cierta propensión a azotar al viejo estilo a los sobrinos e hijos de éstos. Lo veo ahí arriba, benévolo y duro, de una sencilla solidez, con casaca y pantalones negros y un pañuelo de cuello que podría haber pasado por ser, si es que no lo era, una lechuguilla; subido a la más alta tarima que hubiésemos conocido, de donde me llega convertido en la más árida de todas nuestras fuentes de saber; y también, una vez más, como eslabón con formas y modales lejanos, y como la figura más "histórica" con la que nos habíamos relacionado jamás. W. J., creo apreciar, apenas tuvo trato con él... W. J. andaba, una vez más, perdido por los pisos de arriba, en cursos superiores, en empeños reales... Y poniéndome en contacto, de un modo indirecto y casi lamentado, con un extraño, rizado, lustroso, aceitoso y barbado señor Quackenboss, el socio más joven, que dirigía el departamento de lenguas clásicas y nunca azotaba: se limitaba a mandar a sus pupilos al piso de abajo, confiándolos a su amigo. No me cabe duda de lo horrible y árido que era aquel señor Forest; y, sin embargo, no llegamos a sentirnos aterrorizados bajo su férula: a lo más, sentíamos una enorme carencia, aunque, por lo que a mí respecta, apenas sé de qué; pues es más que posible que, en un ambiente donde resonaban los golpes, yo me conformara con escapar sin otro daño que la ausencia de toda emoción. Y si yo no sentía interés, seguro que tampoco lo inspiraba, y vuelvo a maravillarme, en presencia de estos recuerdos, ante los pocos puntos de contacto que, al parecer, tenía yo con la realidad constituida. Aunque esto nos lleva a salirnos del tema, y en el que nos ocupa ahora descifro, retrospectivamente, la frialdad, o al menos la indiferencia, de una separación prevista y predestinada: pues fue durante ese invierno cuando empecé a vivir por anticipado en otro mundo, y a sentir que nuestra insegura conexión con Nueva York se aflojaba hasta extremos irrecuperables. Recuerdo cuántos meses llevábamos virtualmente en movimiento, a mi entender, cuando tuvo lugar la ruptura; y, al mismo tiempo, recuerdo la impresión de una acumulación de experiencia mayor que la que había caracterizado nuestra breve historia anterior. He aquí, sin embargo, un aspecto del tema que, de momento, debo dejar a un lado. Porque lo que, en tal coyuntura, habría resultado bastante extraño hubiera sido prolongar la espera un solo instante: ese aspecto de nuestra situación que hacía posible que elementos como los que he examinado ocupasen en grado tan considerable el lugar de una educación entendida de un modo más normal y convencional y, por ser así entendida, planeada con más seriedad; deficiencia que, en su conjunto, no logro lamentar del todo, sorprendido como estoy por la extraña manera en que la perversidad interior puede actuar en cualquier pequeña víctima de la vida.

Actúa sirviéndose a su conveniencia de cosas en principio vanas y no pretendidas, en gran perjuicio de los contrarios de éstas, a los que con frecuencia reduce, de una sola tacada, a la insignificancia; con el resultado de que uno puede llegar a verla (así únicamente, al menos, la he visto yo, en mi condición de pequeña vida en busca de su oportunidad) actuar siguiendo un invariable proceso de conversión. Cuando tomo en consideración tanto mi propio comienzo como el de mi hermano (también el suyo sujeto a impulsos incluso más fuertes), tengo la impresión de que los autores de nuestros días y guardianes de nuestra juventud no nos habían dicho realmente más que una sola cosa, no nos habían indicado el rumbo más que con una palabra, aunque constantemente repetida: convertios, convertios, convertios. Con lo cual no tengo ni siquiera conciencia de que se echara en falta, en nosotros, ninguna incitación a la ulterior aprensión del peculiar metal precioso al que debía tender nuestra química. Y, una vez más, no logro distinguir en aquel aire puro ni la más mínima insinuación de que ese metal precioso fuese, por ejemplo, el oro acrisolado del "éxito": sobre semejante recompensa al esfuerzo no recuerdo haber oído susurrar en casa ni una sola palabra, buena o de otra clase. Se daba por supuesto que oíamos palabras más que suficientes en otros lugares; de modo que cualquier dignidad que la idea pudiera reclamar para sí había sido ya suficientemente defendida y hasta puede que exagerada. Nuestro objetivo era convertirnos y convertirnos, con éxito (en el sentido entonces en boga) o sin él; y simplemente todo lo que nos sucediera, todo contacto, toda impresión y experiencia que conociéramos, estaban destinados a formar nuestra materia soluble; y sólo a nosotros mismos podíamos culparnos si seguíamos sin conocer, una vez nuestras percepciones hubiesen alcanzado un desarrollo decente, la sustancia finalmente decantada y objeto de nuestros anhelos. Es posible que esa sustancia no fuera otra que la Virtud, como adorno y valor social... y como asunto, además, sobre el cual se fomentaban lo menos posible los pretextos para las ambigüedades de opinión y medida. Carecimos, por tanto, de este último lujo, y no dejamos de entender lo que se insinuaba y se esperaba por el modo altamente liberal en el que, digámoslo así, nos doraron la pildora: tan brillante era la atmósfera de humanidad y alegría, caridad y humor en la que ésta, por agotar la comparación, había sido confeccionada. Hablo, por supuesto, del medio al que fuimos lanzados sin la menor remisión; no aludo ahora a ningún matiz particular de nuestra actitud juvenil una vez dentro, y temo no ser capaz de expresar con bastante claridad en qué escasa medida podía haber conducido éste a la formación de mojigatos. Que eran lo que más horror inspiraba a mi padre, al que sólo le importaba la virtud que más o menos se avergonzaba de su nombre. Nada más caprichoso que esa mezcla que había en él, en su condición y en sus palabras, del más fuerte instinto para lo humano y el más vivo rechazo hacia lo literal. Lo literal tuvo en nuestra educación un papel tan pequeño como el que posiblemente desempeñe en cualquier otra, pues respirábamos una saludable incoherencia y comíamos y bebíamos contradicciones. Esta paradoja estaba tan intensamente presente entre nosotros (aunque su vuelo contara con alas tan ligeras y fuera tan corto como es de suponer) que casi nos acostumbramos a prever, desde bien pronto, muchas de las declaraciones que oíamos lanzar, hasta el extremo de "rebajarlas" felizmente. Y la moraleja de todo esto es que nunca tuvimos que temer no ser lo bastante buenos, con tal de ser lo bastante sociables: término éste al que iba unido un espléndido significado.

De modo que nos dimos el gustazo, no tengo más remedio que llamarlo así, de oír cómo la moralidad, o el moralismo (tal como se le designaba, con palabra más odiosa aún) eran convertidos en humo de pajas, en beneficio del carácter y la conducta; cosas que sufrían mucho, al parecer, por su relación con la conciencia (es decir, la conciencia-conciencia), sede de lo literal, guarida de tantas pedanterías. Las pedanterías, en todo este asunto, eran anatema; y si a nuestro querido progenitor le hubiese importado lo más mínimo no ser coherente, y hubiese abrigado con respecto a nosotros un optimismo menos apasionado (estado, en él, más arduo que fácil), podría haberle resultado más difícil aplicar a la promoción de nuestros estudios una sospecha tan infundada sobre la inhumanidad del Método. El Método, ciertamente, nunca gozó

de nuestra predilección; pero tuvimos la suerte, no obstante, de que cada cosa tuvo su momento, y tales indiferencias no fueron más pedantes de lo que podrían haber llegado a ser ciertos rigores. Peculiaridades de nuestra situación sobre las que habría —y habrá— más que decir... Mi propósito actual no es otro que dar testimonio de lo más destacado entre esos extraños aires educativos que he intentado volver a respirar. Esa reflexión concreta es que, si no hubiésemos tenido en nosotros en alguna medida las raíces, ningún método, por agresivo o confesadamente pedante que hubiera podido ser, nos habría servido de mucho; y que, puesto que, al parecer, las teníamos, bien enterradas e inertes en nuestras parcelas de tierra virgen, el modo en el que se abrieron paso fue una experiencia tan intensa como la que más, y testimonio de una dignidad equivalente. Se me puede preguntar, lo reconozco, de la raíz de qué cosa hablo con tanta complacencia, y si digo: "Bueno, la de la cuestión de habernos revelado tan educables o, si lo prefieren, tan enseñables, es decir, tan abiertos a la experiencia", podrían replicarme: "Eso no basta para dar una explicación aceptable de una conciencia joven; piense en todas las cosas que la falta de método, que usted se toma tan a la ligera, no puso en la suya; piense en la espléndida economía de una auténtica educación (o, al menos, de una educación planeada y llevada a cabo), de un "curso regular de instrucción"... Y piense luego en el desperdicio que implicaba el sustituto tan inferior del que ustedes dos fueron víctimas". Reprimenda ésta que me deja pensativo, aunque no tanto como la otra sensación que emana de toda esta retrospectiva: la de estar ahora seguro de haber salido triunfante de la historia concreta de ese desperdicio, hasta el punto de que llega a parecerme rebosante de interés, y hace preguntarme, incluso, cómo demonios, si de lo que se trata es, al parecer, de inyectar más cosas en la conciencia, en la mía habrían "cabido" más; lo que se debe a su pequeña artimaña, admito que quizá viciada, de sentirse desde los primeros tiempos casi insoportablemente ahita. Veo a mi crítico (es decir, al representante del método a toda costa) admitir este alegato para, acto seguido, aplastarlo con su confianza en que, sin los señalados efectos del método, uno, por una ley inexorable, no habrá tenido más remedio que recurrir a bandazos y simplezas, sin pasar de ser, por tanto, más que un hábil veleta, venteando con más o menos éxito. Tomo buena nota de la respetabilidad del prejuicio contra uno o dos de los usos a los que puede verse abocada la inteligencia en apuros: sobre todo, el uso criminal de falsificar su propia historia, de amañar incluso sus propios testimonios y aparecer más grande de lo que autorizan las premisas rastreables. Sin embargo, uno siempre puede alegar la imposibilidad de rastrear los fundamentos... si es que de eso se trata: pues abundan los casos en los que, con los fundamentos delante, no hay modo de identificar la inteligencia. Además, no me mueve otra cosa que el animado interés del estudio (y, sobre todo, de la medida) de casi cualquier historia mental a posteriori. De menor interés resulta, en comparación, el panorama de la mente antes...; antes, quiero decir, de la manifestación de los hechos, y mientras aparece todavía envuelta en teorías y presunciones (por bien que le sienten estos finos velos purpúreos) de qué resultará a la postre lo mejor.

Demasiado numerosos, sin duda, estos comentarios, determinados por mi sentido de la tenuidad de algunas de mis claves: desde tan atrás había empezado yo a contar nuestros vacilantes pasos, y con una viva disposición, confieso, a no saltarme ni el más vago de ellos. Difícilmente puedo exagerar, además, con respecto a la vaguedad que por fuerza había de acompañar a un buen número de ellos, dado que nuestro padre, que se preocupaba de nuestra decencia espiritual indeciblemente más que de cualquier otra cosa (de cualquier otra cosa que pudiera ser o llegar a ser nuestra), habría dado muestras de considerar este cultivo como suficiente profesión o carrera para nosotros, si realmente hubiera mostrado más interés en nuestro dominio de cualquier arte u oficio. No es que dicha profesión de virtud le hubiera resultado poco menos que aborrecible, sino que, por singular que sea la circunstancia, hubo ocasiones en que es posible que nos sorprendiera por tener, después de todo, más paciencia con eso que con tal o cual designio más técnico y rentable. De lo hermoso de su disimulada preocupación y ternura con respecto a estas y otras varias cuestiones similares, en fin, otros ejemplos surgirán; pues lo veo ahora como bastante

asustado de reconocer ciertas preocupaciones, bastante reacio a meterse en la aspereza de las precauciones o imposiciones prácticas. El efecto de esta actitud, en tan escasa medida considerada sagaz o lo que se dice providencial pero, con todo, tan fundamentada en motivos sociales y afectivos, sólo podía ser el hacernos la vida, en el peor de los casos, interesante, ya que no extraordinariamente provechosa. Tenía él la teoría de que, de un modo u otro, provechosa lo sería siempre...; no tanto por una concepción mezquina de nuestras necesidades (pues le encantaban nuestras necesidades, a las que superficial, sumaria y comprensivamente añadía otras de su cosecha) como por una concepción feliz y amable, aunque un tanto nebulosa, de nuestros recursos. Siempre amigo de la verdad, a la vez que generosamente desdeñoso con los hechos (en la medida en que podíamos distinguir lo uno de lo otro, pues los hechos se empeñaban en ser muchos, mientras que la verdad seguía siendo una), sostenía que ésta nunca nos faltaría; pues la verdad, la verdad verdadera, nunca era fea y horrible, y no nos apartábamos ni nos apartaríamos de ella por ninguna crueldad o estupidez (no nos hubiera consentido la estupidez); y, por tanto, podríamos contar con ella para la debida abundancia incluso de comida, bebida y vestido, y también de sabiduría, ingenio y honor. Es mucho decir que nuestra adolescencia, tan preponderantemente humanizada y socializada, iba a hacernos añorar estas cosas de un modo sutilmente tortuoso; pero vuelvo a mi afirmación de que puede haber cierto encanto en experimentar tales riesgos en determinados casos, aunque se salgan de la norma. Mis casos vienen, por supuesto, determinados, de modo que lo que he llamado "economía de la observación *a posteriori*" resulta tan sugerente como divertida la cuestión de qué podría suceder, de qué sucedió efectivamente, a un puñado de jovencitos, muy urbanos y caseros, que se vieron confirmados en su condición urbana y enriquecidos en su sensibilidad, en vez de ser arrojados a la rebatiña o expuestos, en páramos ventosos, a la loba de la competición y la disciplina. Y puede que cualquier éxito que quepa atribuir al experimento (que, como ya he insinuado, no obedecía a ningún plan, y no era más que un accidente entre accidentes) procediese del hecho de que los pequeños sujetos, un Rómulo derrotado, un Remo prematuramente sacrificado, tenían entre sus haberes, como hemos dicho, su propia sensibilidad, que era un principio de vida y hasta de "diversión". Quizá, por otra parte, el éxito hubiera sido mayor con algo menos de esa complicación o facilidad particulares y un poco más de alguna otra cosa que me costaría identificar. Lo que me sale al paso no es sino la sensibilidad como hecho, a cuya luz las cosas curiosas, y también las corrientes, que de cuando en cuando se mezclaban con ella parecen tomar, una a una, un brillo separado y vivificador.

Al igual que en la Institución Vergnes y en la del señor Pulling Jenks, como quiera que fuera, también en la de Forest (o, en otras palabras, en el más populoso establecimiento de los señores Forest y Quackenboss, donde pasamos el invierno de 1854) la realidad, en forma de multitudinarios compañeros, llegaría a concentrarse a mi alrededor de modo creciente: en el de Forest, el prolongado pase de lista matinal, mientras estoy sentado en la vasta habitación atestada, luminosa, olorosa y sofocante, en la que el más cercano atisbo de arquitectura eran los negros tubos herrumbrosos de la estufa, abunda en nombres (Hoe y Havemeyer, Stokes y Phelps, Colgate y tantos otros) de una consecuentemente grande resonancia neoyorquina. Aquello era sociable y alegre, era sórdidamente espectacular; y uno era entonces, por centímetros, más grande (aunque rodeado de aplastantes superioridades por todas partes) ... Y cuando me pregunto porqué la escena resultaba estéril (que era la consideración que me merecía, en el peor de los casos), vuelve a destacarse como causa el nubarrón de la aritmética, que en esa época me parecía que estaba en todas partes. La cantidad sufrida puede que no fuese realmente grande, pero es lo que con más claridad recuerdo: y no porque haya retenido la menor noción de esa ciencia, sino por la horrenda imagen de ser supuestamente remitidos, de un modo u otro, a ella. Recuerdo extraños vecinos y compañeros de banca que, sin ser del todo reprobables por otros motivos, resultaban horribles y monstruosos por su posesión, cultivo e imitación de libros mayores, registros, partidas dobles, altas páginas de cifras y espacios rayados con trazos oblicuos que

extrañamente "cuadraban" (fuese esto lo que fuese) y otros horrores similares. Nada en verdad me resulta más nítido que la soltura con que, sin excepciones, bailaban a ese son; salvo mi deslumbrada, humillada constatación, a lo largo de esos años, del dominio extendido e incomprensible, a mi alrededor, de cien artes y habilidades de orden práctico. Todos hacían cosas y tenían cosas; todos sabían el cómo, incluso cuando se refería a animalillos, lirones y saltamontes, o a los tesoros de comida y papelería que guardaban en sus pupitres, igual que guardaban en sus cabezas secretos como el de hacer sumas... Secretos que, incluso entonces, yo debía de haber previsto que, ni siquiera a estas alturas de mi vida, lograría desvelar. Puede que supiese cosas, que hubiese aprendido ya unas cuantas; pero lo que no sabía era eso: qué sabía; mientras que los que me rodeaban estaban todos atentos, creo, a los beneficios de sus conocimientos. Los veo, a esta luz, a través de los años, sonreír y gesticular por esta causa; y la presumible vulgaridad de algunos de ellos, en la que todavía discierno ciertas sombras dispersas de bajeza, se me presenta simplemente como una de las manifestaciones de un generoso despliegue de genio. ¿Hubo alguno al que creyera estúpido? A pesar de saber, o sentir al menos, que ciertas expresiones de vida o fuerza para las que todavía no tenía nombre, de alguna manera representaban el arte sin don, o (lo que, en cierto modo, venía a parar a lo mismo) la presencia sin tipo... Cosa que, debería añadir, no impidió en lo más mínimo que me moviera en el plano de lo llamativo; de modo que si, como he señalado, el vacío general de conciencia, dadas las condiciones de aquel invierno, tendía más bien a extenderse, ello podía deberse, más que nada, al hecho de estar yo ahito de prodigios. Y todo venía a ser lo mismo: el resultado, en fin, de que todo el mundo pareciera saberlo todo; de modo que todo se resentía un poco por ello.

Había un chico llamado Simpson cuya proximidad a mí recuerdo como ininterrumpidamente estrecha, y cuyo origen no podía haber sido otro, creo, que irlandés... Y este Simpson, estoy seguro, era un personaje amable y servicial. Pero incluso él olía a raras hazañas..., ninguna manifestación de las cuales dejaba de venir acompañada, en él, de un gracioso mohín del labio inferior, una cruda complacencia en su poder que casi me aplastaba de tristeza. Y me parece haber estado sumido en esa tristeza la mayor parte de esos meses tan ostensiblemente animados; lo que en parte, sin duda, de cara a una posterior apreciación, se debe a una cercanía temporal más accesible al entendimiento: pues todo esto me lleva al final de mi duodécimo año, lo que resulta de no pequeña ayuda a la hora de convertirlo en prosa.

Cómo conseguí darle a ese estado, en fin, un aire de ocupación que engañara no solamente a mí mismo, sino también a mis instructores (por su evidente modo de dejarme en paz, infiero que lo logré), no sabría explicarlo. Cierto que guardo, sobre todo, el recuerdo de ser, consecuentemente, o bien ignorado o bien tomado en exquisita consideración, no sé cómo llamarlo, aunque esto no incluye la idea —que lo explicaría todo— de que pasara por "deficiente" o por naturalmente odioso. Era raro, de todos modos (no tenía más remedio que serlo) ser tan estúpido sin ser más bruto, ser tan perceptivo sin ser más despierto. Había aquí un caso y un problema al que ningún maestro honrado, con otros y mejores casos ante sí, podía encontrar motivos para conceder su tiempo; para lo que tendría que haber tenido, por lo menos, una curiosidad morbosa, y no guardo de esa esfera de dominio ni un solo ejemplo de semejante refinamiento del interés. Es probable, incluso, que yo hubiera echado de menos alguno de estos matices de atención más halagadores si hubiera sido capaz de acusar la falta de atención en general; pero creo que nunca fui del todo consciente de lo poco que tuve o de lo mucho de lo que hube de prescindir. Percibo, al hilo de todo esto, la frialdad, o al menos la indiferencia, de una separación prevista y predestinada: ya he señalado cómo, en esta coyuntura desesperada, las tenues fuerzas que pugnaban por nuestra salvación consciente, abriéndonos definitivamente las puertas de Europa, empezaban por fin a resultar efectivas. Nada parecía importar, salvo el increíble hecho de llegar a conocer en persona Piccadilly y el parque Richmond y Ham Common. Recuerdo, al mismo tiempo, la impresión de una acumulación de experiencia mayor que la que había caracterizado nuestra breve historia anterior.

Por penoso que parezca, visto desde estos días mejor surtidos, el simple hecho de que nuestra academia contase con un pequeño patio de recreo nos alegraba un poco la vida. Bajábamos por tandas, para el "descanso", a un diminuto patio empedrado y vallado, única instalación prevista para tal privilegio (sin contar la calle, a la que, en los casos más extremos, debíamos de tener libre acceso) que recuerdo de esos años. El solar ha sido edificado, a pesar de lo cual recientemente pude adivinar en él aún nuestro espacio de desahogo... y la resignación que entonces me lo hacía parecer más que suficiente; o dotado, en fin, de una poesía que no podía hallarse en ninguna otra parte. Porque, dentro de nuestros límites, conversábamos en libertad, y a nada asistía yo con más interés que a la conversación libre. Ciertos chicos, los más grandes, los más hermosos, los más dignos de libertad, se me aparecen como los dueños de la escena, derramando sobre cincuenta subditos las más sorprendentes luces. Uno de estos héroes, cuya estatura y semblante son todavía objeto de mi admiración, hacía juegos de manos sin otro aparato que un pañuelo, una llave, una navaja... Parece que fue ayer cuando, ingenuamente, le invité a enseñarme a hacerlo y, ante su desprecio, repetí sin dignidad mi sentido ruego. Más cercano aún, inmarchitadamente cercano, me resulta ahora el comentario cortante que al respecto hizo otro chico, que no era Simpson y cuya identidad se me borra ante su inspirada autoridad: "¡Vaya, vaya, vaya, con lo orgulloso que parecías...!". Ni yo era tan orgulloso ni imaginaba siquiera la posibilidad de serlo, pero bien que recuerdo cómo vi claramente que me faltaba un preciado lujo o privilegio... que el futuro entero, sin embargo, podría ayudarme a suplir. En qué medida me ha ayudado es otro cantar, pero tan exacta era la fuerza de la sugerencia que creo que jamás, en todos mis años, he logrado ajustar cuentas con mi espíritu sin volver a sentir la punzada de esa vocéenla del patio de la calle Catorce. Tal era la clase de ejercicio moral que su espacio, al menos, nos permitía. También, justo es reconocerlo, nos dejaba espacio para un inmoderado consumo de "gofres", despachados por una benévola "mamita" negra al frente (con ayuda de su marido, creo recordar) de un horno portátil instalado en un pasadizo o escondrijo que daba al patio. Al que acudíamos a bandadas, a empujones, estrujándonos sin piedad, con nuestras monedas; y cuyos productos, ese compuesto harinoso y rectangular, de un débil cuan intenso marrón, aplastado y humeante, ni tieso ni quebradizo, sino suavemente impregnado del jarabe que le daba el toque final, me revelaron lo que por mucho, mucho tiempo tuve por el más alto placer de los sentidos. Correteábamos, conversábamos libremente, comíamos centenares de pegajosos "gofres" ...: he aquí los más graves actos de violencia que puedo recordar. A menos que considere como tales nuestras incursiones intermitentes a Pynsent's, en la Avenida, a unos cuantos portales de distancia, por el interés particular de una chuchería que, como suele decirse, le venía pisando los talones al "gofre" en lo que a popularidad se refiere, y hasta le ganaba a pegajoso. Pynsent's estaba más arriba, en la acera a la que daba la fachada del colegio de Forest... Otros y más queridos nombres se me han olvidado, pero el de Pynsent's se me adhiere con todo el poder del fuerte principio azucarado. Este principio, pensábamos, alcanzaba su mejor expresión cuando se encarnaba en pequeños montículos ambarinos de coco triturado u otra sustancia mejor, si es que la hay; abundantes, apetitosos y distribuidos en pequeñas bandejas de latón, como montones de heno en el campo. Los comprábamos, pasaban a ser de nuestra propiedad, los transportábamos, los gozábamos. Eran quizá, después de todo, nuestro mayor placer, lo que tenía consecuencias para nuestros bolsillos, y no me refiero a las financieras: una intimidad, una reciprocidad de contacto personal, total o parcial, ante la que me pierdo.

XVII

Me pierdo, en verdad, ante el empuje del manantial de memoria surgido de regresos y reconocimientos recientes; resultado del hecho de que el tiempo hasta no hace mucho había respetado por estos pagos (y puede que lo siga haciendo, muy excepcionalmente, por una anomalía o merced muy poco común en Nueva York) todo un cúmulo de lugares señalados,

permitiéndome "situar" y verificar, a uno y a otro lado, los más mínimos detalles preservados. Con ese empuje, estas cosas vuelven a fluir juntas, entretejen sus trazas y literalmente me las echan encima, absurda y pequeña mezcla de imágenes fundidas, en demanda de una historia o un cuadro de la época; al fondo del cual, en fin, lo que veo no es tanto la áspera esquina de la Sexta Avenida, sino otros muchos y diversos asuntos. Esas sombras escasas no nos reclamaron más que por poco tiempo, y de un modo superficial; y caigo ahora en la cuenta de que, por raro que parezca, a la luz de aquellas tardes de otoño, nuestros acompañantes, las figuras más vivaces (o, en todo caso, las que mejor encajaban en nuestro paisaje) no eran nuestros comparativamente oscuros compañeros de escuela, la mayor parte de los cuales parecen haberse escurrido de nuestra esfera de un día para otro. Nuestros otros compañeros, aquellos a los que sólo conocíamos "de casa", no sabían nada de nuestra escuela y, mejores o peores, tenían las suyas; pero eran ellos quienes, de alguna manera, poblaban nuestro escenario social, que se me presenta con nitidez documental en toda su profusión de Van Burén, Van Winkle, De Peyster, Coster, Senter, Norcom, Robinson (estos últimos, reunidos en torno a un tal Eugene, que tiraba piedras), Ward, Hunt y tutti quanti..., a cuyas filas debo añadir a nuestro invariable Albert, ya mencionado; y que acuden en tropel de aquí y de allá, del este y del oeste, con todas las trazas de haber formado lo que yo tomaba por una sociedad rica y variada. Cierto que nuestro "salón" era, sobre todo, la calle, por aquel entonces disoluta, grosera y cruda en el mejor de los casos, aunque con un rápido incremento de rasgos redentores... Si es que podía considerarse redentora la generalización de la piedra micácea; especialmente, tal como ésta se mostraba en la amplia fachada de la Iglesia Presbiteriana Escocesa, a punto de ser levantada justo enfrente de nuestra propia acera, la que ahora me sirve de testigo de que hubo un lapso de vida que la vio alzarse, florecer un tiempo y desaparecer por completo. Mientras se construía, sólo fue superada en interés por la academia de baile de Edward Ferrero, que estaba un poco más al oeste de ésta y formaba con ella, en la fase embrionaria de ambas, una extensa y deliciosamente peligrosa extensión de nuestro patio de recreo que, en su fase final, llegó a distinguirse por superar ampliamente en interés a éste. Mientras trepábamos por las escaleras y jugábamos con el peligro de aquellos abismos insondables, mientras hacíamos de intrusos, entrometidos e invasores, sacándole algún partido a aquel material más que pobre, claramente el edificio sagrado gozó de un crédito mucho mayor que el del profano. Pero cuando ambos estuvieron terminados y abrieron sus puertas, acudimos más gustosamente al reclamo del violín que al de los salmos. "Gustosamente", en fin, apenas expresa, en nuestro caso, nuestra postura con respecto a esta última cuestión; pues, de jóvenes, nuestra libertad de ir a la iglesia era absoluta, y podíamos recorrer libremente la ciudad entera de culto en culto, de creencia en creencia; o, si se terciaba, podíamos ignorarlas todas, que era lo que mayormente hacíamos... Pero adonde no dejábamos de acudir era a los salones de Ferrero, que todavía despliegan ante mí su abigarrado panorama de paredes pintadas con acechantes y supongo que deslumbrantes frescos, su economía interna, su refinada amenidad y atractivo estético y social. También el doctor McElroy resulta lo bastante discernible, con sus edificantes caídas de párpados, su extraño acento arrastrado y su mejilla severa y descarnada; revolviéndose y balanceándose y tronando en aquel templo suyo sólo una pizca más castamente adornado... Y disfrutábamos aún más, desde mi personal punto de vista, esa pálida intensidad por la vaga leyenda (ninguna leyenda era lo bastante vaga para no merecer mi interés) que lo convertía en el pastor que vino a suceder a aquel al que nuestra madre (llevada allí por el bueno de nuestro bisabuelo, el ya nombrado Alexander Robertson, que no podía negar ser escocés, presbiteriano y autoritario, tal como atestigua su viejo retrato, obra de Jarves el mayor) había sido encomendada antes de su matrimonio; matrimonio que la alejó de esta tradición hasta el lamentado extremo de que, para marcar la triste ruptura, no hizo sino acogerse, una noche, con la ayuda de muselinas y una asombrosa diadema de oro, en los salones maternos de Washington Square, a la consagración nupcial secular del entonces alcalde de la ciudad, el señor Varick, creo.

Sus descendientes, por supuesto, después de esta modesta convulsión, no estábamos del todo dentro del redil; pero lo que me sorprende, como nota feliz de una edad simple, es que pudiéramos estar, al menos los domingos, prácticamente donde eligiéramos entrar; pues, mientras paseábamos de la mano bajo el sol (en esto me uno al hermano que me seguía en edad, no al mayor, cuya órbita era más amplia y distinta), "catábamos", como se dice ahora, en calidad de pequeños curiosos desprejuiciados que siguen su inspiración, las sedes de todas las congregaciones que detectábamos; y lo hacíamos, creo adivinar, con la intención de estar preparados para cualquier desafío contemporáneo. "¿Y tú a qué iglesia vas?"... Tal era la forma indagatoria que tomaba el desafío en círculos infantiles. De la forma que adoptaba entre nuestros mayores mi impresión es más vaga. A lo que debo añadir que esa manera nuestra de "defendernos" no nos ponía a salvo de las invectivas (invectivas, quiero decir, respecto a nuestra carencia de banco donde rezar; lo que implicaba, en mi imaginación, el mismo descrédito que no tener casa o cocinero), ni acallaba en mi pecho la exigencia a nuestros padres, no de instrucción religiosa (de la que teníamos bastante, y de la más encantadora y familiar), sino simplemente de instrucciones sobre a dónde debíamos decir que "íbamos", en nuestro círculo, sometidos a frío escrutinio o comentario burlón. Más helados que ante cualquier crítica, recuerdo, nos quedamos al oír a nuestro padre replicar que teníamos el privilegio de acogernos a la Cristiandad entera, sin que hubiera confesión, ya fuera la de los católicos, la de los judíos o la de los swedenborgianos, de la que hubiéramos de sentirnos excluidos. Vista la libertad de la que gozábamos, nuestro dilema claramente le divertía. Hubiera sido imposible, afirmaba, estar teológicamente más en regla. Cómo, en nuestra condición de niños solos y sin acompañante, disfrutábamos de esa impunidad de elección y esa confianza en ser bien recibidos, escapa a toda comprensión, salvo a la luz de los modales y condiciones de antaño, la antigua afabilidad local, la inocencia comparativamente primigenia, la ausencia de complicaciones; felicidad, esta última, que ilumina seguramente mi recuerdo en más de una ocasión. Estaba en boga, allí y entonces, la teoría de que los jóvenes, siempre que lo fueran lo bastante, no podían sufrir ningún daño en público; a lo que se añade, en fin —y no deja de resultar conmovedor—, la diferencia de las escalas de importancia de antaño. No es que la posición social o simplemente humana del niño fuera más alta que hoy, circunstancia inconcebible; era, simplemente, que otras dignidades y valores y pretensiones, otras posiciones sociales y humanas, estaban menos definidas y asentadas, eran menos prescriptivas y absolutas. La artificiosidad, al fin y al cabo, supone un crecimiento gradual, y hubiera resultado artificioso temer por nosotros, ante panoramas tan luminosos y despejados, las asechanzas del camino, o vernos tratados en algún sitio con ironía condescendiente. No es que gozáramos de asientos de honor; pero que se nos hacía justicia (es decir, nos colocaban en posición ventajosa), lo deduzco de que me gustase tanto "ir", por más que mis razones pudiesen no ser otras que el amor al "espectáculo" en general, gracias al cual las figuras, caras, muebles, sonidos, olores y colores se me convertían, dondequiera que fuesen disfrutados (y eran más disfrutados allá donde en mayor cantidad se presentaban), en una verdadera pequeña orgía de los sentidos y tumulto mental. Permítaseme, al mismo tiempo, señalar (a esto puede llegar el esnobismo de la extrema juventud) que no sólo no lograba ponerme a la altura del razonamiento paterno, sino que distinguía en él cierto grado de sofistería; prevaricación equivalente, por ejemplo, a la de haber presumido del coche que ostensiblemente no teníamos; o que sólo teníamos porque, siempre que lo necesitábamos, mandábamos a buscarlo a la Plaza de la Universidad, donde el señor Hathorn tenía su caballeriza de alquiler. Dato, este último, que sale a colación por la frecuente necesidad que mi padre tenía de este recurso para circular (sus paseos estaban limitados por una lesión sufrida en su juventud); y que, a su vez, trae a mi conciencia, de golpe, un rebullir de pequeños, pequeñísimos recuerdos. Recuerdo la odisea, no infrecuente, de ser enviado al señor Hathorn con el recado de apalabrar un vehículo, y el aire mismo, el olor, el calor afable —y humeante, hasta extremos genuinamente irlandeses— de los establos y las bestias reculando y piafando, la resonancia peculiar de las construcciones de tablas,

las sillas inclinadas en determinado ángulo para descansar los talones... Dos de los cuales, a mi ruego, buscan de nuevo el suelo y resultan ser los del grande y barbado señor Hathorn en persona. Impresión enriquecida por el viaje de vuelta, en traqueteante e indolente posesión del grandioso vehículo, y que asocio con las tardes primaverales de domingo, con la cuestión del distante Harlem y el más remoto aún Bloomingdale; con haber conocido, en una de estas coyunturas, el lejanísimo Hoboken, si es que no era Williamsburg, que también tiene su sitio en la imaginación...; cuando al paseo en coche se le unía un transbordador, y al transbordador algo más, algo que mis ojos de ahora ven borroso, polvoriento y arcaico; algo bastante ajado y destartado, en forma de merendero público y helados. Sin embargo, lo que más relación guarda con todo esto es, por alguna razón, el Hotel Nueva York; y, por tanto, los tíos de Albany; y, por lo mismo, de nuevo el costoso señor Hathorn en persona esperando y esperando en su pescante delante de la casa donde, de alguna manera, nos parecía tan en armonía con los tíos de Albany como ya me había sutilmente sorprendido por estarlo la señora Cannon.

Más intensa que estas sombras borrosas resulta, al mismo tiempo, mi visión de los salones de Ferrero, donde la orgía de los sentidos e incluso el tumulto mental recién mencionados debieron de hacerme, literalmente, bailar a su son más que en ninguna parte. Quede pues constancia, en este esbozo de un orden perdido, de que, ante las escasas oportunidades disponibles para el ejercicio infantil (que no ha de confundirse con el ocio infantil), nuestros saltitos y resbalones al son de la música habían de juzgarse urgentes. Lo que era claramente general era el gusto por esta forma de desahogo, que reemplazó, como demuestra la mayor amplitud del local de Ferrero, las limitadas exhibiciones previas...; incluyendo en éstas, en fin, las que vuelven a mí personificadas en la antiquísima figura de *monsieur* Charriau (supongo que así se escribía su nombre), al que traigo a colación un tanto confusamente en calidad de profesor ocasional, sujeto ante el que me quedaba embobado desde el otro lado de un mar de temores, en una de nuestras populosas escuelas; y más aún porque lo recuerdo perfectamente por su parecido, diferencia más o menos, con los retratos del Voltaire anciano; y porque, violín en mano y jarret tendu, había animado la agilidad juvenil de nuestra madre y nuestra tía.

Edward Ferrero era harina de otro costal. En la flor de la edad, guapo, romántico y bigotudo, al estallar la Guerra Civil se vio de pronto en el papel de general de milicias, casi como uno de aquellos jóvenes mariscales improvisados de Napoleón; aunque no recuerdo que, en previsión de esto, se mostrara fiero o autoritario con la desmañada juventud, sino amabilísimo, con un encantador estilo de hombre de mundo y como si a nosotros no nos faltara más que un toque para ser hombres de mundo también. Llamativamente guapo, como digo, para lo que entonces se estilaba, y extraordinariamente ágil (trotaba y saltaba con tanto garbo que su salto a la montura militar, cuando se daba la ocasión, tenía la gracia de los del circo, y no le faltaba más que vestir mallas color carne), era más admirado por las madres, con las que tenía lo que a mí me parecía un trato elegantísimo, que por los alumnos; entre los cuales, en aquellas *soirées* frecuentes y deliciosas, hacía que circularan insistentemente bandejas cargadas de brillantes refrescos. La escala de estas distracciones, tal como yo la imaginaba, las floridas pinturas al fresco, húmedas todavía por lo recientes, la limonada gratis y la libertad de palabra, también grande, que se tomaba con las madres, constituían su nota de prodigalidad; igual que el hecho de no tocar nunca él mismo el violín, sino ser seguido, sobre el parquet brillante, por violinistas a su servicio, venía a ser sin duda una sombra menos en su posterior dignidad, en la medida en que esa dignidad llegó a ser alcanzada. Dignidad sin paliativos era la que, ya entonces, rodeaba la presencia de su hermana, *madame* Dubreuil, tan hermosa como autoritaria, que también (en realidad, las más de las veces) nos enseñaba y que, aunque no resultaba tan simpática, hasta tal punto atrajo su fisonomía mi maravillado interés que todavía la oigo decir, con su chillón acento francoamericano: "No me mires a mí, pequeño. Mira mis pies". Aún los veo, gordezuelos, bajo la falda levantada, embutidos en zapatillas bronceas sin talón y sujetas a sus tobillos macizos (enfático distintivo de la época) por graciosas cintas cruzadas sobre sus medias blancas. Siento

de nuevo mi asombro ante el hecho de que éstos la aguantasen, robusta como era, sin pérdida del equilibrio en la "primera posición"; de la que tenía tal dominio, con los tobillos pegados y el cuerpo muy derecho, que, incluso cuando hacía un giro hacia atrás de puntillas sobre ambos pies, jamás cayó de bruces al suelo.

De alguna manera, concordaba con esta abundancia suya de recursos el que apareciera en las *soirées* (o, al menos, en la gran fiesta de disfraces a la que se circunscribe la verdad histórica de mi experiencia, limonada gratis incluida) disfrazada de "genio de California", fulgurante visión de raso blanco y volantes dorados; mientras su hermano, con un disfraz de mosquetero de Luis XV muy apropiado a su tipo, daba esa nota de color más propiamente europeo a la que mi joven criterio atribuía lo convincente de la escena. Al fondo, colorado, ancho y con una barbita de color tostado, rondaba un tal *monsieur* Dubreuil que, como cantante "de carácter" en la ópera, nos condujo a cosas más grandiosas aún... Justo cuando la ópera, por fin, después de haber ocupado durante años sospechosas carpas y barracones en el centro de la ciudad, plantó sus espaciosos reales y levantó cabeza como Academia de Música, al final (o a lo que entonces se consideraba el final) de nuestra calle, y donde, a pesar de que no estaba lo que se dice cerca y de interponerse Union Square, yo podía quedarme embobado de vez en cuando ante los grandes anuncios de la entrada, en los que *monsieur* Dubreuil tenía siempre la modestia de figurar a la cola del reparto. Artista subalterno o, a lo sumo —creo— buen actor de reparto que pronto se convertiría, en aquel escenario un tanto ajado ya incluso en sus inicios, en eterno director de escena o, como decimos hoy, "productor", poseía en grado sumo lo que yo suponía la riqueza añadida de lo "europeo"; de manera especial, por ejemplo, cuando nuestro entorno se estremeció (y nuestros atentos padres se hicieron eco de ello) con la visita de la gran Grisi y el gran Mario y yo creí ver, a pesar de lo joven y sobrio que era entonces en comparación el arte de la publicidad, a aquel al que casi podíamos llamar amigo de la familia emparedado entre ellos. Tal era la extraña conciencia que teníamos de las conexiones entre las cosas, que éstas acabaron contagiando los salones de Ferrero, hasta que éstos también vibraron con *Norma* y *Lucrezia Borgia*, como si dieran directamente al escenario y Europa, por lo mismo, nos hubiese llegado con tanta fuerza que no teníamos más que disfrutarla. No hay mejor ejemplo de ello que la ocasión en que lucí, en el famoso baile de disfraces (no en la Academia de ópera, sino en la escuela de danza, lo que para el caso viene a ser lo mismo), un traje de *déhardeur*, fuese lo que fuese, que llevaba en sus pliegues fruncidos en verde oscuro con adornos escarlatas y plateados una fragancia tan exótica como la leyenda por la que me atrajo. Leyenda que nos llegaba, era cierto, de Albany, de donde supimos, al hilo de nuestra necesidad, que una de las aventuras —una de las menos lamentables— de nuestro primo Johnny había sido aparecer vestido de *déhardeur* en una fiesta parisina; de lo que constituía elegante testimonio el pulcro envoltorio que, con instrucciones de uso más que confusas, nos había sido puntualmente enviado. Tan confusas eran aquellas instrucciones que no fue hasta más tarde cuando caí tristemente en la cuenta de que había deshonrado, o al menos abreviado, mi modelo. Me quedé corto en nada menos que media pierna: pues la esencia del *déhardeur*, al parecer, está en las medias blancas de seda y las esbeltas pantorrillas que deja ver por debajo de las rodillas, asomando de aquellos calzones adornados con cintas que yo dejé que me cubrieran desmañadamente los tobillos. Aquel descubrimiento tardío resultó desconcertante; pero mejor que llegara con tanto retraso: porque antes hubiéramos intentado, creo, alargar mis piernas que cometer la monstruosidad de acortar el *culotte* de Johnny. El problema estaba en que no sabíamos qué era un *débardeur*, y aún hoy no estoy muy seguro de saberlo. Peor fue que ni siquiera nuestro querido Albany pudiera decírnoslo.

XVIII

Guardo, sin embargo, el recuerdo de un disfrute inquieto de toda esa época ... Me refiero a aquellos últimos meses neoyorquinos, por escasos que puedan ser los testimonios de otros logros

positivos que me consuelen. No tuve más que un logro, siempre: el de suponer, asombrarme, admirar infinitamente. Nadaba en ese lujo, que nunca había sido tan grande, y aquello bien podría suplir cualquier cosa. Suplió a la perfección (y, muy especialmente, en ese papel de sustituto en el que acabo de definirlo) la pobreza del periodo en el que andábamos inmersos. Porque ¿cómo iba yo a quererlo más abundante, cuando los límites de la realidad, conforme yo me acercaba a ellos, parecían alejarse cada vez más? Ciertamente que hace unos días, sin ir más lejos, de regreso a aquel lugar, lo que me sorprendió fue más bien su insólita inmovilidad: allí, en el lado norte, todavía desocupado sesenta años después (lo que, en la vida de Nueva York, supone un tremendo lapso), se hallaba, intacto, aquel solar en el que solía ramonear alguna que otra simpática cabra a la que perversamente dábamos de comer pedazos de papel, que eran también perversamente saboreados, a través de la valla descuidada. Creo recordar vagamente la montera de cristal de una florista, intrusa tolerada por un tiempo. Pero tanto floristas como cabras han desaparecido, y la esterilidad del lugar tiene esa sordidez característica de los espacios vacíos de las ciudades. Uno de sus límites, sin embargo, todavía exhala recuerdos: la casa de los Ward, entonces la más orientada al este de las dos casas que había, y aislada aún, ha permanecido igual a través de todas las vicisitudes, sólo que un tanto decaída y, como todo lo demás, mucho más pequeña que como la recordaba uno. Lo que no va en detrimento del grande y brillante papel que esa interesante familia jugó en nuestras vidas. Un tanto subjetivamente, quizá, les hago cargar con el peso de ese atributo, aclarando que eran interesantes a pesar de sí mismos, y tan inconscientemente como *monsieur* Jourdain se expresaba en prosa; pues debían su sabor rústico, en fin, a esa fuerte impronta de Nueva Inglaterra que nosotros creíamos indudable en ellos, y de la que no conocíamos ningún ejemplo anterior. Los hacía diferentes, los dotaba, en su gracia hogareña, de una especie de árido romanticismo. En esos días, yo andaba sumergido en el frescor de las *Historias de Franconia* de los hermanos Abbott, que habían venido a continuar la dulce serie de Rollo y gozaban incluso de mayor estima. Había, pensaba yo, alrededor de los Ward esa atmósfera de manzanas, nueces y quesos, de tartas, navajas y ardillas, de lecturas domésticas de la Biblia y asistencia al sermón vespertino, de temor a la disciplina paterna y cultivo del arte de burlarla; combinado todo ello con una gran dureza y vigor personales, una casi envidiada propensión a las verrugas en las duras manos morenas, una familiaridad con la ropa hecha en casa: una brava rusticidad, en suma, que no había impedido que se apropiaran de parcelas enteras de la vida de la ciudad no exploradas por nosotros, y alcanzadas por los hermanos desde su relativamente reciente migración desde Connecticut; estado que, en general, y con la ciudad de Hartford en particular, se alzaba, como un telón brumoso, frutal y fluvial, esencia misma del veranillo de San Martín, al fondo de sus conversaciones.

Eran tres: Johnny, Charley y Freddy, a los que había que unir hasta dos y tres generaciones de mayores con poder de reprimenda, entrevistados al otro lado de las ventanas cerradas. Y no frecuentaban los salones de Ferrero: era parte de su encanto familiar y de su tono social (o de su falta de este último) el que esto ni se les pasara por la cabeza. Sí acudían, por otra parte, al menos Charley y Freddy, a la Escuela Libre, que estaba en la calle Trece; mientras que el mayor, Johnny, había ingresado en la Academia Libre, institución que nos parecía muy importante y a la que veo rodeada de torres y almenas y otros adornos impresionantes en vagas viñetas y representaciones sueltas, como las que ilustran, quizá, los grisáceos manuales escolares, y que asocio con esas otras entrañables imágenes de hermosas damas "pintadas a mano" que decoraban los dos extremos interiores de los antiguos omnibuses. Eran los únicos, creo, entre nuestros conocidos, que bebían de las fuentes públicas del saber. Es la única explicación que encuentro, en fin, a ese envidiado halo de privilegio y singulares experiencias que rodeaba a los Ward. Se mezclaban, lo que contribuía a aguzar el filo de su ingenio, en la vida abigarrada del pueblo, al lado de la cual la del colegio de Pulling Jenks o incluso la de la Institución Vergnes resultaba descolorida y vulgar. De algún modo, eran del pueblo, y andaban más que sobrados de parentescos, lo que parecía constituir —eso intuía uno, ante la perspectiva engañosa de

tantísimos parientes— el rasgo más señalado y claro de Nueva Inglaterra, rasgo que ya nos había deparado una tímida añoranza tras la lectura de las crónicas de Rollo y de Franconia.

Sin embargo, la nota característica de estos amigos puede que fuera la de ser jóvenes en comportamiento social y viejos en años. El pequeño Freddy, sobre todo, menudo, curtido y muy popular, aunque con las comisuras de ojos y boca no tan curiosamente arrugadas como las de Charley, confesaba cumplir edades monstruosas a la vez que se agachaba o saltaba, corría o gritaba tal como exigía su amplia superioridad en los prescritos juegos callejeros. Más adelante, al leer o saber que muchachos americanos de esas regiones se habían vuelto "duros" o alocados como reacción a un exceso de rigor teológico o económico, y daban en embarcarse o emigrar a California o "echarse a perder", vine a caer en que Charley y Freddy eran típicos ejemplares de esa raza, por más que su suerte hubiese seguido, tal como yo les deseaba, un curso más feliz. Eso —me decía yo al pensar en ello— eso, esa casta de los Ward, esa gracia familiar, eso era Nueva Inglaterra... Al menos, en la medida en que Nueva Inglaterra no era Emerson ni Margaret Fuller ni el señor Channing ni las "mejores familias de Boston". A eso llega, en las muy plásticas mentes infantiles, la intensidad y el valor de las impresiones primeras.

Pero ¿acaso no palidecían estas imágenes ante el brillo sureño de los Norcom, que habían llegado no hacía mucho de Louisville e improvisado un estupendo hogar al estilo del viejo Kentucky en la última casa de nuestra acera? La que luego, después de lo que vagamente recuerdo como la extraña y precipitada huida de éstos, sería ocupada de modo bien distinto por las Damas del Sagrado Corazón; quienes, poco después, sino me equivoco, se mudaron a Bloomington, si es que no estaban ya medio instaladas allí. Junto a nosotros, en dirección oeste, estaban las Ogden, tres hermanas delgadas y rubias que nos quedaban bastante lejos en edad y maneras. Venían luego los Van Winkle, dos hermanas, creo, y un hermano que era, con diferencia, el más serio y juicioso, amén del más educado, de nuestros amigos; y, por último, los Norcom, en lo que fue su breve pero concentrado, vivido e intenso reinado; que duró, si no recuerdo mal, un par de extenuantes inviernos.

Su presencia nos proporcionó un contraste, tan feliz como pudiéramos desear, con la sencillez y sequedad de los Ward. Poseían un encanto familiar característico, encarnado también en tres hermanos, Eugene, Reginald y Albert, cuyas edades sospecho que habrían cuadrado con las de Johnny, Charley y Freddy si éstos, a su modo y tal como ya he insinuado, no se resistiesen a cualquier cálculo exacto. Había también hijos mayores (en mi recuerdo no figuran hijas), que se comportaban como si no tuvieran los pies en este mundo; especialmente el mayor, "el presumido", todo un prodigio que nos resultaba sublime e inalcanzable y al que aplicábamos, por tanto, el término que gozó de nuestra predilección antes de que fuéramos capaces de distinguir, al referirnos a tales tipos, entre los matices de "dandy", petimetre o conquistador (yo estaba dividido, recuerdo, entre el miedo y la gloria de que pudieran interpelarme de este modo: "Oye, presumido...", en castigo al menor intento de adorno personal). La intensidad de nuestra percepción de los Norcom se debía, más que a cualquier otra cosa, a la profusión y abundancia de su hospitalidad; mientras que nuestro trato con los Ward tenía lugar sobre todo en la calle o, a lo sumo, en el "patio" (y era cosa de asombro el que la intimidad pudiera ir hasta tal punto unida a la publicidad). Mis otros recuerdos los cobija una galería acristalada al estilo sureño, a la que sus ocupantes llamaban "porche" y a cuyo trazado parecían estar siempre abiertas las más profundas interioridades de la casa. Todo sucedía en el "porche", incluido el consumo libre y profuso de pastelillos calientes y melazas, incluida también la fabricación doméstica de salchichas, de la que daban testimonio una extraña máquina que se manejaba como un organillo, y las mitades o piezas enteras de cerdos tiesos y duros recién traídos de los almacenes de Kentucky. Hubo un tiempo en que nos relacionábamos constantemente con este grupo encantador, que nunca cesaba de agasajarnos y cebarnos y del que, sin embargo, no guardo ninguna imagen que atestigüe la presencia de sus miembros bajo otro techo distinto al suyo, en devolución de la hospitalidad dispensada. Pero ellos ni guardaban la cuenta ni escatimaban: la

fábrica de salchichas seguía funcionando y las melazas fluyendo para todo el que venía; tal era la expresión de su gracia sureña, personificada sobre todo en Albert, mi exacto coetáneo y amigo de mi elección (Reggie se limitó a aplastarme los dedos con el gozne de una puerta, descuido del que habría de llevar la marca toda mi vida), que tenía cabellos abundantes e hirsutos y unos extraños dientecillos pardos y triangulares que casi llegaban a ensombrecer el afecto que yo le tenía, y de los que se desprendía como moraleja (y no fue él quien me la señaló) lo equivocado de la dieta de Kentucky.

La gran equivocación de Kentucky, sin embargo, fue introducir en un estado libre dos preciadas propiedades que nuestros amigos no pudieron conservar: aquella pareja de afectuosos sirvientes negros cuya presencia tanto contribuyó al exotismo de éstos. Nos entusiasmaba el hecho de que Davy y Mamá Silvia (pronunciado "Masilvy"), un muchacho de color tostado y ojos extraordinariamente brillantes, y su madre, decente, seria y de piel más oscura, y en la que no había otro elemento de color que no fuera su vivido turbante, hubiesen nacido esclavos y vivido como tales con el general consentimiento, condición que alcanzaba una intensidad tal que los convertía en un verdadero festín para las mentes curiosas. Davy se mezclaba en nuestros juegos y conversaciones, los enriquecía y adornaba con un lustre personal y pictórico que ninguno de nosotros podía emular, y la servidumbre en grado absoluto enriqueció su trato social en mayor medida que lo que habíamos podido apreciar, entre criados de toda condición, que lo hiciera con las víctimas de sus formas más leves. ¿Cuál no sería nuestra consternación cuando supimos (el rumor debió de extenderse por toda la calle) que madre e hijo habían huido de la servidumbre al amparo de la noche? Aprovecharon la visita al Norte para dejar la casa y no volver, ocultando sus huellas hasta desaparecer por completo. Nunca nos pareció más hermosa su condición de esclavos que ante este logro de su libertad. Porque fue un logro brillante; huyeron, en suelo norteno, a donde no podían ser localizados o capturados. Creo que fuimos entonces conscientes, sobre el terreno, de cierto grado de presencia en el devenir de la historia. La cuestión de lo que podría ocurrir con las personas de color y su condición podía palparse en el aire. Fue justo aquella temporada la de la novedad de la gran novela de la señora Stowe. Debió de aparecer justo en el periodo en que el trato con nuestros vecinos era más estrecho, aunque no recuerdo ningún comentario de éstos al respecto (y cualquier comentario que hubiesen hecho es seguro que hubiera sido contundente). Sospecho que no la habían leído, y tengo por seguro que no la hubiesen tolerado en su casa; como tampoco habían leído o era probable que leyeran ninguna otra obra de ficción... Dudo de que la casa guardase un solo libro impreso, a no ser que el cabeza de familia tuviese a mano algún libro de leyes o similar, pues tengo cierta idea de que el señor Norcom era abogado y había venido al norte por algún asunto importante y complicado, de fundamentos tan controvertidos como precarios...

Era un hombre corpulento, calvo, con aspecto de político, desceñido y suelto, mientras que su mujer era una señora reseca y deprimida que me dejaba perplejo por llevar siempre puesto su inconfundible gorro de dormir, bien atado pero con los volantes caídos. La oronda figura maternal de ésta, bajo una gran capa o manto sin cuello, definía, de un modo aún imperfecto para mí, el papel que jugaba en el incremento de hermanitos y hermanitas de Albert, que venían a sumarse a los dos o tres que, a mi juicio, ya existían.

¿Habían leído *Tío Tom* al menos Davy y Masilvy? No estaría de más plantearse la cuestión, con la certeza, en cualquier caso, de que ellos lo ignoraban menos de lo que lo venían haciendo sus amos. Los cuales, buenas personas que les tenían cariño a sus humildes subordinados y suponían que este afecto era correspondido, quedaron dolidos por semejante ingratitud, aunque recuerdo haber sentido cierta satisfacción interior de norteno ante su impotencia y ante su discreta decisión de no armar un escándalo. ¿Llegamos a percibir el espeso silencio que, en la galería acristalada, entre las salchichas y los bollos de maíz, siguió a aquel primer brote de resentimiento? Pienso que los honrados Norcom se quedaron, en todo caso, atónitos, además de bastante fastidiados; igual que nos quedamos nosotros, en fin, cuando la simpática familia, instalada tan a sus anchas,

nos abandonó del modo más abrupto: dejó simplemente, tan numerosa como era, de estar allí. No recuerdo su marcha, ni la pena de la partida; sólo recuerdo mi asombro al enterarme de que se habían ido, de que la oscuridad de alguna manera se los había tragado; y cómo más tarde, a la luz de acontecimientos posteriores, la memoria y la imaginación volvieron a ellos y reconstruyeron su historia mientras el conflicto público se agravaba y se hacía más densa la conjura decisiva; sintiendo, incluso, de un modo absurdo y desproporcionado, que ellos nos habían ayudado a "conocer a los sureños". Mi imaginación llegó a obsesionarse en especial con el delgado y cetrino Eugene, con su pelo lacio y sus ojos negros. Apenas habíamos tenido trato, por ser éste mucho mayor que yo, pero me recreaba en la idea del tremendo esclavista en que se habría convertido y, cuando estalló la Guerra, en no sé qué oscura pero penosa imagen suya, tendido y rígido después de una batalla.

Todo lo cual dibuja un panorama ciertamente pobre..., y Dios sabe que lo era; del que merece la pena salvar los ya mencionados desvanes, que fueron varios, y el auténtico caudal estético que debíamos a estos oscuros rincones. Estaban dispersos y constituían, para los amigos que tenían permiso para subirnos a ellos, motivo de autoridad y gloria en proporción directa al tamaño del lugar. Dimensión que, en casa de la prima Helen, grande y con pocos habitantes, era enorme y libre, por lo que ningún techo podría haber ofrecido una hospitalidad comparable a la del joven Albert... si éste heredero por antonomasia hubiese tenido más imaginación. Tenía, creo, la mínima posible; lo que habría supuesto una pérdida irrecuperable si nuestro W. J., allí y en otros lugares, no hubiera proporcionado esta fuerza impulsora en la cantidad que se requiriese. A su imaginación —a eso voy— se deben las generosas comedias que íbamos a preparar y a representar; generosas por el hecho de que cada uno de nosotros, incluidos los beatos pero subrepticamente transgresores Ward, tendría, en justicia, la posibilidad de figurar. Ni uno sólo sin su papel, aunque recuerdo que mi hermano era siempre la estrella cómica. Los desvanes eran, en una palabra, nuestros correspondientes templos dramáticos; templos en los que, sin embargo, escenario, camerinos y vestuario ocupaban sorprendentemente la mayor parte. Quiero decir que recuerdo, calle arriba y calle abajo —y el dato se refiere principalmente al extremo oeste— mucha más preparación que representación, mucha más conversación y vestido que verdadero ensayo; y, con respecto a algunos (yo mismo, sin ir más lejos), mucha más desnudez, tanto de cuerpo como de mente, que logro o inspiración. Temblábamos desnudos, impacientes tanto en lo referente a nuestras personas como a nuestros propósitos, a la espera de ideas y de calzones; se suponía que debíamos hacernos nuestros trajes, igual que debíamos crear nuestros personajes, y en ambos casos nuestra materia prima tendía a escasear. Y cuánta ventaja parecía llevarnos nuestro hermano, que lo mismo anunciaba un "motivo" que se sacaba de la manga una figura o lanzaba al aire ideas que podían dejarme embobado en el momento, pero que no conseguía hacer más; por lo que la imagen que tengo de él en estos menesteres no es tanto la de su proximidad a mí o a cualquiera de nosotros, sino la de su rápido alejamiento, envuelto en fantásticos ropajes y dándonos la espalda, como en busca de un público diferente y más sereno. Había otros públicos, los públicos de abajo, que resplandecen ante mí sentados junto a las puertas vidrieras de salones antiguos; tal como podía verlos, en fin, un figurante absoluto, más o menos agazapado entre bastidores pero sin llegar a asomarse jamás.

¿Quiénes eran los copiosos Hunt? Cuya amplia casa, al norte, hacia la Sexta Avenida, sigue en pie, al lado o cerca de la de los De Peyster, lo que quizá me lleva a confundir algunos atributos de una y otra, aunque no haya confusión posible en el caso del rubio Beekman, o "Beek", de esta última estirpe, ni tampoco en el del robusto George y el muy, muy gordo Henry de la primera, al que veo dando saltitos frente a un público congregado ante la ejecución de un pas seul, envuelto en un vestido de damasco rojo hecho con sus propias manos y cuyas costuras, bajo la presión de una figura demasiado generosa, se abrían hasta revelar una total ausencia de dessous; lo que sucedía a pesar de que aprecio, sobre este particular (es decir, a la luz crepuscular de las

buhardillas de los Hunt y los De Peyster), una relativa abundancia de telas a nuestra disposición; lo que me induce a sospechar que los de Henry eran algo más que contornos.

También recupero algunas impresiones de los pisos altos de los Van Winkle, pero los veo como rodeados, desde nuestra perspectiva, de una atmósfera enrarecida de convenciones (de convenciones tanto más numerosas desde que uno alcanzaba a atisbarlas), más que de los toscos frutos de la improvisación juvenil. Asombroso debió de ser sin duda sentir, entre descuidos y vaguedades, tal diferencia de milieux y, como ellos decían, de "ambientes"... He aquí una palabra de aquel entonces. Los ambientes eran cosa digna de reconocimiento y cultivo, pues la gente realmente los deseaba, se afanaba por ellos; de ahí que, en general, los aceptaran con naturalidad y no los expusieran nunca, en un acaloramiento aparente, a un análisis exhaustivo.

¿Bailábamos, en definitiva, al son de una música social tras otra? ¿O no son estas aventuras, para mí, más que gratas fantasías? No: bailábamos. Que me ahorquen, en fin, si al menos yo no lo hacía; aunque apenas pudiera notarlo o llegara siquiera a saberlo, aunque los demás tampoco lo supieran. Nuestro orden democrático, al fin y al cabo, tenía matices. De hecho, cuando me paro a meditar sobre esto, reconozco las más acusadas oposiciones, los más intensos contrastes. A nosotros nos fue negado tener tono social, pero los Coster indudablemente lo tenían y hacían uso constante de él, mientras que los Ward, puerta con puerta, no poseían ni asomo del mismo y, si hubiese sido otro el caso, si hubiesen poseído esa conciencia, nunca la habrían empleado: la hubieran puesto a buen recaudo en un estante alto, igual que ponían el último pastel que habían cocinado fuera del alcance de Freddy y Charley (sabe Dios lo que éstos dos hubieran hecho con aquello). Los Van Winkle, por otra parte, sí que estaban claramente dotados a este respecto, aunque con la particularidad de que la parte que les tocaba era, digámoslo así, indistinguible de la que les correspondía por educación, conocimientos e incluso profesión: el señor Van Winkle era, si no me equivoco, un abogado eminente, mientras que la peculiaridad de mi propia casa era la ausencia de toda profesión, lo que redundaba en un avivamiento de nuestra sensibilidad general, en oposición a la especializada. No había damasco rojo, en fin, entre estos vecinos y, de haberlo, no se hubiera abierto por las costuras. Sin saberlo yo entonces, bebía de un manantial de cultura; quiero decir que Edgar, el que era nuestro contacto con aquella casa, sabía cosas... hasta la desmesura, como pude apreciar. Lo mismo podía decirse del pequeño y conocido Freddy Ward. Pero las cosas que sabía el uno diferían completamente de las que sabía el otro, lo que resultaba espléndido para proporcionarle a uno un sentido exacto de las cosas. Era un indicador de cuántas podría haber en total. Y parte del interés estribaba en que, mientras Freddy hacía su acopio en los baldíos, Edward avanzaba por un ordenado laberinto cultural. De cultura no sabía yo nada entonces, pero Edgar sí que debió de aprender pronto. Impresión a la que contribuía el que se moviera en una esfera de estudios lejana y superior, en escenarios que me resultaban borrosos. Vagamente distingo su aparición en la escuela de Jenks y su inmediata desaparición, como si ni siquiera aquello fuera lo bastante digno de él... Aunque puede que el fallo aquí sea mío; de hecho, apenas sé decir en qué arduas alturas suponía que tenía lugar su existencia de escolar externo. Yo siempre confundía fácilmente lo desconocido con lo magnífico, y sólo estaba seguro de los límites de lo que tenía delante. No es que el enjambre de chicos que nos rodeaba en la escuela no careciera con frecuencia, en mi opinión, de límites, sino que los que poblaban nuestras horas de ocio, como ya he señalado, casi siempre sin excepción no los tenían: siempre daban la impresión de moverse, cuando no los veíamos, en círculos mucho más amplios. Y si me demoro en Edgar es porque él tenía acceso (¿en la casa del doctor Anthon?) a los más amplios de todos. Si hubiera habido casa mayor que la del doctor Anthon, ahí hubiera ido él. Me faltan fuerzas, en cuanto a los detalles, para cualquier incursión hacia suposiciones más vastas. Pero permítanme que deje de remover este polvo imponderable.

Hago lo que puedo, sin embargo, por recuperar aquí algún apunte más exacto de las facetas de W. J.... Con el extraño resultado de, o bien escapárseme por completo, o no captarlo más que sentado una vez más a la luz de la lámpara, lápiz en mano. Cuando lo veo, su atención está puesta en los trazos rápidos y económicos de su dibujo, la cabeza sostenida a una distancia crítica y las cejas en acción; y cuando no lo veo, es porque me he resignado a dejarlo en paz. No creo que mi curiosidad fuera objeto de queja o, mucho menos, de rechazo activo por su parte; porque, como vuelvo a decir, nunca fui objeto de esa clase de agresiones. Pero sí recuerdo que una vez, al ofrecerle mi compañía en circunstancias (las de una excursión organizada) en las que ésta no era deseada, dejó zanjada en pocas palabras la cuestión de nuestra diferencia con esta oportuna respuesta: "Sólo juego con niños que dicen palabrotas". No tuve más remedio que reconocer que yo no hacía tal cosa, que no podía aspirar todavía a esa condición...Y lo cierto es que, tal como lo veo ahora, o bien la desinformación e inexperiencia de mis jóvenes coetáneos en estas cuestiones debía de ser total (lo que, después de todo, dice mucho sobre nuestros modales) o bien debía de serlo mi incapacidad personal para tomar buena nota. Dicho lo cual, sigo casi tan intrigado como entonces con respecto a la clase de compañía a la que aplicaba mi hermano sus privilegios; por más que, si lo que pretendía era desanimarme, lo consiguió por completo. No es que a mí no pudieran atraerme esa clase de niños; simplemente, yo no estaba cualificado. Mi experiencia me decía que con ningún niño era fácil jugar (a no ser que fuera yo, en fin, el difícil); pero ¿había quiénes ganasen en dificultad a éstos? No creo, sin embargo, que ellos tengan mucho que ver con los eclipses de W. J.; de modo que no hay mayor inconveniente en que me refugie en el recuerdo de mis propias tentativas, lo bastante absorbentes, en ocasiones, para excluir otros panoramas. También yo manejaba el lápiz o, para mayor exactitud, la pluma, aunque ninguno de estos instrumentos con rapidez, economía o apreciación crítica. En esa época me dedicaba con tal asiduidad a la composición literaria (o, para ser más preciso, dramática, acompañada por ilustraciones), que más de una vez debí de perder deliciosamente la noción de la realidad. En todo ese trajín teatral nuestro, nada mío llegó a rozar el telón. Pero, a pesar de todo, ¿cómo podía haber dudado, con nuestra enorme experiencia teatral, del carácter y de mi comprensión de la forma dramática? A ella me dediqué con plena devoción, con ayuda de ciertas cuartillas de papel rayado comprado al efecto en la Sexta Avenida (las reservas de mi padre, a pesar de que yo lo tenía por un gran adepto a ese artículo, no proveían más que de papel sin rayar); agradecido, en particular, por la feliz providencia de que la cuarta página de cada pliego viniese en blanco. Cuando el drama había cubierto tres páginas, la última, a la que dedicaba mis mayores esfuerzos, servía como ilustración de lo ya presentado verbalmente. Cada escena contaba así con su propio dibujo explicativo, igual que cada acto (aunque no estoy muy seguro de haber llegado a esa fase) había de tener su intenso climax. Adicto, pues, hasta ese punto a la evocación ficticia, sin embargo no recuerdo la menor tentativa, por mi parte, de prosa narrativa o de cualquier clase de verso. Yo cultivaba la "escena", con la misma idea que me había hecho vibrar en la velada de Linwood; pensaba, balbuceaba y, de un modo u otro, componía en escenas; otra cosa es que éstas "salieran" en mayor o menor medida. Entradas, salidas, la indicación de "acción" la animación del diálogo, la multiplicación de nombres de personajes, eran cosas deliciosas en sí mismas..., mientras echaba el resuello por llegar al lienzo en el que había de proyectar mis figuras; lo que me llevaba más tiempo que el empleado en escribir lo que lo acompañaba, pero, por otra parte, tenía algo de ese interés con el que el dramaturgo concibe sus personae, y me ayudaba a creer en la validez de mi empeño.

A partir de qué momento me abandonó ese empeño, no lo sé decir; tengo también el convencimiento de que nunca llegué a saber del todo sobre qué escribía: de lo contrario, no habría escrito tanto. Habiendo escenas, ahora que lo pienso, ¿qué otra certeza necesitaba? Las escenas eran el fundamento de la cuestión, sobre todo cuando se llenaban de nombres propios y acotaciones; sobre todo, en especial, cuando florecían, bajo cualquier pretexto, en la óptica y perspectiva del escenario, cuyas tablas, vistas desde un punto central, divergían correctamente,

como las pestañas del párpado, derechas hacia las candilejas... Sírname este dato para dejar constancia de lo raro que resultaba entonces ver un escenario tapizado. La dificultad de composición era lo de menos; la única dificultad era situar mis figuras en la cuarta página para que estas imágenes irradiadas pudieran trazarse sin que las líneas se cruzaran. Lo curioso es que, mientras mi cultivo del dibujo sobrevivió, mi práctica del teatro, mi adicción a las escenas, decayó muy pronto. Era capaz de aprender, aunque con ilimitada lentitud, a expresar ideas mediante escenas, y no era capaz, por paciente que fuese, de hacer buenos dibujos; y sin embargo, aspiraba a esta forma de representación en perjuicio de cualquier otra, y mucho después de estas primitivas horas seguía perdiendo mi tiempo en tentativas. Nada me importaba tanto, y eso hasta cierto punto me compensaba de mi falta general de precisión. Abrigaba la convicción, o lo intentaba al menos, de que si mi dominio del lápiz o del pincel alcanzaba el nivel suficiente, eso compensaría otras carencias de percepción, por complicado que esto pudiera resultar. Aquello no era más que un señuelo, al que le asistía la excusa de que el ejemplo de mi hermano no tenía más remedio que influir en mí (aparentemente, el sí seguía la pista verdadera) desde el momento en que mi infantil "interés por el arte" —es decir, el quedarme embozado ante las ilustraciones y exposiciones— fue absorbente y genuino. Había elementos en el caso que lo hacían natural: el cuadro, la representación pictórica, ejercían sobre mí una atracción fuerte y directa, y estaban llamados a ejercerla toda mi vida, y lo único que yo tardé en reconocer al respecto fue qué *modalidad* me atraía más. Desde el principio me sentí llamado a la idea de la representación: es decir, a la adquisición de encanto, interés, misterio, dignidad, distinción...; a la adquisición de importancia, en suma, por parte del objeto representado, frente al mero objeto accidental, actual, no captado aún. Pero en la casa de la representación había muchas habitaciones, cada una con su propia cerradura, y largo había de ser el proceso de elegir y probar las llaves. Cuando, al fin, encontré en lo más hondo de mi bolsillo aquella de la que más o menos podía valerme, sentí, con alivio, que mi designio seguía siendo, después de todo, esencialmente pictórico. Así que, de alguna manera, había habido continuidad, y no tanto despilfarro como uno se había figurado a veces. Muchos son los despilfarros que se presentan dulcificados en el recuerdo, como por obra del sabor de la economía que han inducido o impuesto, que viene a ser una ventaja desde la cual éstos presentan un aspecto más favorable que si hubieran sido beneficio contante y sonante. ¿Acaso no era la misma desnudez del terreno la que, hasta cierto punto, incitaba a dibujar? No me refiero a que, desde un punto de vista infantil, hubiera poco que pintar: lo había en abundancia; sino a que había más de lo que todos veían, y eso engendraba un apetito que uno se afanaba en satisfacer. La satisfacción más inmediata estribaba en la imitación, en la emulación. Eso, en mi caso: W. J. no precisaba otras razones o evidencias que su propia facilidad. De modo que dibujaba porque sabía, mientras que yo dibujaba, sobre todo, porque lo hacía él; aunque pienso que los dos buscábamos lo mismo: sacar el máximo partido de lo que veíamos. Dudo que, incluso entonces, sacara él más que yo, aunque me llevara ventaja en cuanto a la capacidad de dar cuenta de ello. Más tarde, en otro suelo y en una atmósfera —lo admito— más densa, el reto lo suponía la plenitud, y no la carencia de aspectos, y el resultado natural era la saciedad. Londres y París abundaban en exposiciones e ilustraciones... La imagen pictórica estaba en todas partes; de modo que el hecho de continuar allí con nuestros garabatos, con más confianza aún, no se debía a que nadie lo hiciera, sino a que lo hacía todo el mundo. De hecho, cuando digo "saciedad", no me refiero tanto a nuestra voraz visión, bien sujeta e insaciable, como a la constatación de que nuestro proceder era normal. Sabíamos que en Europa había Arte, igual que había soldados y pensiones y porteros y niños por la calle que se quedaban mirándonos (sobre todo, nuestros sombreros y botas) como cosa de risa; igual que, en el lado negativo, no había apenas bollos calientes ni granizada. Es posible, además, que nuestro disfrute de las obras del señor Benjamín Haydon, apiñadas entonces en el Panteón de la calle Oxford, que llegó a convertirse en nuestro paradero favorito, no fuera infinitamente mayor, en fin, que el que habíamos experimentado ante las expuestas en la colección Dusseldorf, en Broadway; de la que

guardo el recuerdo del *Martirio de John Huss*, que supuso una revelación de brillantez representativa y encanto que afinó para siempre en estas cuestiones mi sentido juvenil de lo correcto.

Inefables, insuperables estas horas de iniciación que el Broadway de los cincuenta, a fin de cuentas, supo tan adecuadamente depararnos. Si uno quería cuadros, allí había cuadros tan grandes, creo recordar, como una pared, y de colores tan bravos y superficies tan brillantes como no he visto superados. Sin duda nos mostraban, también aquí bajo nuestra generosa ley, todo lo que había, y mientras enumero las piezas me pregunto, lo confieso, si hubiésemos podido digerir un menú más abundante. La escuela de Dusseldorf dominaba el mercado, y creo recordar que su exposición estaba firmemente instalada y duró años y años... Nueva York, juzgada ahora desde este punto de vista tan distinto, debió de ser un buen mecenas de esa mercancía. Creo que ni siquiera se soslayó, en ocasiones, el escándalo: más bien, se buscó, aunque la historia no conserve testimonios de en qué concretos sacrificios a la pureza plástica o en qué desnudeces que atentasen contra los prejuicios burgueses se había atrevido a incurrir el acomodaticio genio alemán de la época. Novedades, en fin, y recentísimas, en las que la frescura y brillantez de la pintura, particularmente intensa bajo nuestra abundante luz, reforzaban de cuando en cuando un espectáculo del que éramos visitantes asiduos y entusiastas, y al que un tanto vagamente recuerdo instalado en una iglesia desafecta, cuyas excrecencias góticas y eclesiástico techo de estilo humilde contribuían a realzarlo.

Ninguna de estas impresiones, sin embargo, fueron ni la mitad de decisivas que la causada por la trascendental obra maestra del señor Leutze, la que mostraba a Washington cruzando el Delaware bajo el extraño resplandor de un haz de luz de gas, y que tuvo el efecto de revelarme la capacidad que los accesorios tienen de "sobresalir". Vuelvo a vivir la emoción de aquella velada: mayor, por supuesto, por haberla experimentado, acompañado por mis padres, cuando debería haber estado acostado. Salimos (era la época de la calle Catorce) después de cenar, como si fuéramos al teatro. La sede de la exposición estaba cerca del Instituto Stuyvesant (circunstancia que despierta todo un enjambre de recuerdos, probablemente ecos de conferencias discutidas en casa y a las que yo, apropiadamente, no asistí), pero ante el drama del señor Leutze palidecía cualquier proscenio. Nos quedamos boquiabiertos ante cada elemento, arrebatados por la maravilla de la luz invernal, lo cortante de los bloques de hielo, lo enfermizo del soldado enfermo, la prominencia de los objetos menores, el trenzado de la cuerda y los clavos de las botas, el propósito declarado de destacar que había en todo; y, sobre todo, el propósito que aquel perfil del héroe nacional mostraba, se diría, de erguirse tanto como fuera posible; y de hacerlo, entre tales dificultades, casi sobre una sola pierna, manteniendo el equilibrio. Tan memorable se me iba a hacer esa velada que nada puede resultar más extraño, con relación a ella, que el ejemplo que la admirada obra me depara, al comparecer ante mí en años posteriores, de la fría crueldad con que el tiempo se revuelve y devora a sus hijos. El cuadro, casi enterrado en su postergación, estaba lívidamente muerto... Y, por si fuera poco, la mitad de la sustancia de la juventud de uno parecía enterrada con él.

Hubo otras veladas pictóricas, añadido, y no todas causaron esa emoción. Honda fue mi desilusión, recuerdo, en la Galería de Arte Cristiano Bryan, en dirección a la cual también tomamos, en busca de emociones, el ómnibus después de cenar. Se quedaba uno helado ante esta colección de dípticos y trípticos carcomidos, de santos y serafines angulosos, de *madonnas* negras y *bambinos* oscurecidos, obras de los más destacados y reconocidos primitivos que habían alcanzado nuestras costas. La mercancía del señor Bryan, creo, iba a quedar pronto bajo grave sospecha, iba a ser fatalmente desenmascarada. Pero, en su momento, despertó un interés aparentemente legítimo, y no he olvidado cómo, al enterarme de que acababa de llegar de Europa —la palabra "acababa", a ese respecto, resultaba hermosa—, sentí que todas mis ansias deberían haberse visto satisfechas. Con ese dato incoherente en mi haber, dudo que me atreviera a proclamar que me aburrí...; por lo mismo que desde entonces siempre he dicho que aquello fue

un mal comienzo para mi interés por el arte cristiano. Quiero pensar que la colección consistía en fraudes y copias sin paliativos, y que si las piezas hubiesen sido auténticas mi percepción no se habría adormecido. Pero el interés, como principio, había quedado en entredicho, y creo que desde entonces no he vuelto a pararme ante un primitivo auténtico, un primitivo-primitivo, sin tener que sacudirme primero la grisura de esa noche. El principal motivo de mi desconcierto había sido el ramalazo de fealdad infligido al nombre de Italia, que ya me resultaba dulce a pesar de toda su oscuridad...; si es que podía decirse que era la oscuridad lo que destacaba en mi rendida estimación de un testimonio pictórico que teníamos en casa: el que derramaba sobre nosotros el amplio lienzo del señor Cole, "el Turner americano", que cubría media pared de nuestro salón principal, y en el que, a pesar de que ni un solo objeto de los representados en él sobresalía al modo de los del señor Leutze, yo podía ensimismarme con sólo mirar. Representaba Florencia desde una de las colinas próximas (con frecuencia me he preguntado cuál, pues ha pasado mucho tiempo desde que perdimos de vista el cuadro)... Florencia con sus cúpulas, torres y viejas murallas, las viejas murallas en las que se había esmerado el señor Colé, pero a las que yo iba a echar tristemente de menos cuando llegué a conocer y amar el lugar, años después. Fue entonces cuando sentí cuánto tiempo había pasado desde que mi cariño empezara su andadura... Aquella contemplación directa no era el principio, sino la reanudación de la historia; por lo mismo que hoy, al final del tiempo, vuelvo a constatar que ese monje contemplativo sentado en un atrio en primer término, amigo constante de mi niñez, debía de pertenecer al convento de San Miniato, lo que me da el sitio desde el que trabajó el pintor.

Volvíamos a encontrar a Italia en el salón de la parte de atrás: una gran abundancia de Italia, o lo que yo era libre de tomar por tal, mientras sometía a mi consideración otro gran paisaje encima del sofá y el clásico busto de mármol sobre pedestal entre las dos ventanas traseras: la figura, o parte de la figura, de una dama con la cabeza coronada de hojas de parra y el cabello dispuesto con un descuido que emulaba el de la delantera de su "vestido", tal como el hermano que me seguía en edad llamó, exponiéndose a mis burlas, el trozo de brocado, simulado por el cincel, que pendía de un solo tirante y que tan imperfectamente la cubría. Esta imagen era conocida y admirada por nosotros como La bacante. Nos había llegado directamente de un estudio americano en Roma, y veo que mi horizonte vuelve a iluminarse con un primer asomo de apreciación consciente o, en otras palabras, de espíritu crítico, mientras dos o tres amigos de la familia algo más restrictivos juzgan que nuestra dama de mármol es demasiado "fría" para ser una bacante. Sí que debía de ser fría: como una lápida; pero esa objeción caería si dijéramos que era una ninfa, pues las ninfas eran modestas y morigeradas, y en esos días la discusión sobre las obras de arte se ceñía, más que nada, a la cuestión de qué nombre aplicarles. Igualmente, guardo el grato recuerdo de que, en cierta ocasión, una crítica restrictiva, referida al paisaje de encima del sofá y emitida en mi mimado oído, me ofreció la que probablemente había de ser mi primera oportunidad de participación activa en tales cuestiones. El cuadro, obra de un pintor francés, *monsieur* Lefèvre, y apenas un poco menos extenso que la obra del señor Colé, presentaba como "paisaje toscano" de abigarrado colorido una escena rural de cierta exuberancia, un lugar abrupto y escarpado, entre bosques y montañas, donde dos o tres campesinos o leñadores de piernas desnudas se afanaban, con mucho énfasis de postura, en derribar un roble a medio descuajar y muy frondoso mediante una cuerda sujeta a una rama superior, de la que tiraban al unísono. "¿Toscano? ¿Está seguro de que esto es la Toscana?", dijo la voz de la crítica restrictiva, la de aquel amigo de la familia que, en la edad dorada de los precursores (aunque nosotros también tuvimos bastante de precursores), era el que más tiempo había vivido en Italia. Y luego, al desechar mi padre este reparo: "En Toscana, vea usted, los colores son mucho más suaves... Tendría que haber algo de bruma en la atmósfera". "Claro" —me oigo todavía aducir, ruborizándome pero triunfal— "la suavidad y la bruma del cuadro de Florencia que tenemos ahí: ¿no está Florencia en Toscana?". Tuvo que haber una admisión paterna de que Florencia estaba ahí... Que se venía a añadir a que nuestro amigo había estado allí y lo sabía. Así que, a partir de

entonces, cierto malestar reinó entre nuestras paredes; porque si nuestra Florencia "se parecía", no podría decirse lo mismo del Lefèvre, y si el Lefèvre "se parecía", entonces era Florencia lo que no casaba: una pérdida de recursos, porque, en el momento en que no pudiéramos darle un nombre al Lefèvre, ¿qué iba a ser de nosotros? De todo lo cual es posible que pudiera darme alguna cuenta de que yo había sido misteriosamente el inductor.

XX

Mi propia idea, entre tanto, de la gran cuestión (es decir, la de nuestras posibilidades —más que la de nuestras realidades— con respecto a Italia, en general, y Florencia en particular) se redujo al conocimiento (perfectamente recuperable, por lo que veo) de ciertos modestos, suaves e irregulares soplos por parte de una pareja ausente hacia la que nuestros padres mostraban un profundo interés, y cuyas comunicaciones, cuyas cartas romanas, sorrentinas, florentinas... (y cartas, sobre todo, desde los Baños de Lucca) mantenían abierta, en nuestro entorno, más que cualquier otro estímulo, esa "cuestión de Europa" que, después de todo, iba a tener, en los años inmediatos, una solución tan limitada y breve. La mayor de las dos Mary Temple se había casado, muy al inicio del periodo de la calle Catorce, con Edmund Tweedy, asiduo de ese barrio y de nuestra casa desde el primer momento, y muy especialmente durante el invierno que pasó con nosotros esa pariente que, con interés y admiración añadidos (en esos años, destacaba ella por su gran belleza), igualaba en nuestra estima a las tías de Albany, lo que venía a reforzar, digamos, nuestros lazos con los primos Temple, parientes cercanos de ella.

Quitando a nuestros verdaderos parientes, éstos fueron sin duda los mejores amigos de mis padres en Europa, los que con más fuerza tensaron el fino y fuerte hilo que unía nuestro unánime deseo, en un extremo, con su supuesta felicidad, en el otro. Los parientes de verdad, los asentados en esos mismos países, merecen capítulo aparte, y me gustaría seguir el rastro del efecto que tuvieron sobre nosotros y del lugar que ocupan en nuestra perspectiva: el de los King, por ejemplo, parientes de mi madre; el de los Mason, de mi padre... Los King, que cultivaron durante años las más altas posibilidades educativas, sociales y morales de Ginebra; y, sobre todo, los Mason, menos tenaces pero más comprensivos, que durante un periodo considerable nos tuvieron envidiablemente informados de que no se perdían ni una de las diversiones de Tours y de la todavía subdesarrollada Trouville (incluso de la Trouville invernal) al precio más bajo posible. De entre los primeros, de buena gana, y por el mero placer de hacerlo, cediendo a la tentación del dibujo, incluiría en mi amplia red la imagen singularmente nítida y redondeada de la prima Charlotte, a la que veíamos —a dondequiera que mirásemos en Europa, y en cualquier otra ocasión— como carácter de caracteres y milagro de plácida coherencia. De ella guardaba yo el vago recuerdo de su regreso de China y de una carrera comercial allá, interrumpida por la muerte de su marido en el Mar Rojo (lo que sonaba a una horrorosa forma de morir), y otro recuerdo no menos vago de cierta comida navideña de nuestra infancia bajo su techo en Gramercy Park, entre borrosas *chinoiseries* y una descendencia que, en la oscuridad de entonces, se me antoja más borrosa aún: Vernon, Anne, Arthur, a los que, en años más nítidos, siempre tuvimos por los mejor educados y más acusadamente correctos de todos nuestros parientes jóvenes... A lo que siguió el alejamiento permanente y resentido de ésta de su propio país. Pude verla a lo largo del periodo genovés y hasta la crisis de la Guerra Civil; en la que Vernon, a quien el rígido conservadurismo de ella no pudo perdonar su lealtad nordista, entregó, ante Petersburg, una vida de sabiduría y dolor; gallardo final (insistió en volver al frente, con la maldición materna, tras recuperarse de las primeras heridas) al que no hace justicia la losa bajo la que yace en el viejo cementerio de Newport, cuna de la familia de su padre... Mi historia podría extenderse a otros periodos y lugares, a otras apariciones tan firmemente apacibles como intensas, hasta llegar al final: que para mí viene dado, en primer lugar, por la impresión causada, en un jardín vulgar de Surrey una tarde de verano, por una implacable y solitaria señora menuda, gentil y

dulce en el hablar, casi ciega y totalmente dependiente de la dame de *compagnie* que le leía en voz alta ese *Saturday Review* que había sido siempre sostén y espejo de sus opiniones, y al que permaneció fiel, con los hijos ya enemistados y cansados, muertos e ignorados; y, en segundo lugar y a modo de climax, por la visión de un piso bajo continental en Versalles, meta de mi última peregrinación, muy cerca ya de su final (el final, me refiero, de su personalísima andadura, no de la perfecta firmeza de su espíritu o de su encantador y delicado trato).

Confieso mi azoramiento ante la facilidad con la que recupero mis sensaciones juveniles; por más que me esfuerzo por favorecer los paréntesis y contener mis efusiones. El lugar del paréntesis, sin embargo, difícilmente consiente en concretarse en cualquier punto del pasado en el que yo me sorprenda (y soy fácil de sorprender) mirando a mi alrededor... Nada de eso hay, por supuesto, en la posición ventajosa que disfruté una tarde de junio de 1855, consistente en la pequeña parte que me correspondió del pescante del coche que nos conducía, por vez primera desde nuestra tierna infancia, la de W. J. y la mía, a través del vasto y portentoso Londres. Yo era uno de los objetos que rebosaban de un vehículo completamente ocupado, y me estremecía ante el espectáculo que con tal amplitud dominaba mi asiento junto al cochero... Sin que sepa aún hoy porqué, entre otras peticiones, me había sido concedido precisamente ese honor. Privilegio que encuentro más que justificado, en la medida en que aún siento, al menos, que esa impresión primigenia de extrema intensidad sigue siendo el hondo fundamento de toda la masa de observaciones posteriores. Hay aspectos de Londres que, si aún logran conmoverme después de tantos años, lo hacen precisamente por ser recordatorios sensibles de esa hora de temprana percepción, tan maleable en mi caso que ha sabido conservar su sello imborrable. Porque al fin estábamos en Europa. Hacía apenas dos días que habíamos desembarcado, en Liverpool, del *Atlantic*, vapor de la línea Collins entonces en activo, al que aguardaba un desastre inminente, y del que yo guardaba un romántico recuerdo desde cierta noche de uno o dos inviernos antes. Asistía yo en aquella ocasión con mis padres a un espectáculo de variedades —recuerdo que fue en el teatro de Brougham—, uno de cuyos números era la entonces aplaudida farsa de Betsy Baker que representaba algún aprieto, supuestamente gracioso, del héroe, el señor Mouser; cuya esposa, si no me equivoco, regenta una lavandería y controla como puede a todo un séquito de empleadas jóvenes. Recuerdo que uno de los lances de la pieza era la persecución que toda la tropa de lavanderas hacía del señor Mouser por toda la tienda, coreando a gritos el nombre de éste, para quien la captura supondría una humillación, ya no me acuerdo si por miedo a las ternezas o a los arranques violentos de éstas, más peligrosos aún... El retraso del *Atlantic*, que ya alcanzaba varios días, había puesto los ánimos del público en un estado de máxima ansiedad; así que cuando, a la caída del telón, el señor Mouser, alterado y todavía sin aliento, reapareció en escena y, sin que el trance en el que se veía (me parece estar viéndolo aún) supusiera el menor menoscabo de la seriedad de su anuncio —"Señoras y caballeros, me complace poder comunicarles que el *Atlantic* está a salvo"—, el teatro rompió en tales aplausos, en un clamor de alivio tan grande y prolongado como no los he vuelto a oír jamás, y que me depararon mi primera experiencia de una gran emoción pública... Por más que el incidente me recuerda la pequeñez familiar del viejo Nueva York, esas felices limitaciones que podían hacer que una sola cosa llegara a preocuparnos a todos, preocuparnos hasta hacernos gritar de emoción. Fue un instante de la edad dorada... y no supuso más que un alivio pasajero, pues el infortunado *Aretic* ya se había hundido en un trance mortal, y de su otro compañero, el *Pacific*, que zarpó de Inglaterra unos meses después en presencia de nuestra familia en pleno, que entonces pasaba una temporada en Londres, no se volvió a tener noticia... Sirva todo esto como un ejemplo más de los peligros que acechan a mis recuerdos desprevénidos.

Me asalta uno más, a pesar de que intento evitarlo, en la forma de un día que pasé en una cama grande con cortinas y olor a viejo, una cama medieval de columnas, la primera de su clase que yo veía, del hotel de la estación Londres-Noroeste, donde se puso de manifiesto, para nuestro fastidio, que durante los meses anteriores yo había contraído en algún lugar (probablemente en

Staten Island, hacía más de un año) los pesados gérmenes de la malaria, que ahora estallaba de repente en forma de escalofríos y fiebre. Esta condición, de carácter intermitente, dificultó nuestros movimientos, pero nos permitió viajar en días alternos; y no he podido olvidar el sentido interés inherente a la importancia y relevancia de mi estado y de nuestro complicado panorama mientras yo permanecía en cama, a mis anchas (recuerdo en especial ciertos breves intervalos en los que se me podía dejar solo), entre las densas y pesadas sugerencias del cuarto londinense que me rodeaba (y cuyo mismo olor era antiguo, extraño e impresionante, toda una revelación) y la ventana abierta al junio inglés y al lejano zumbido de mil posibilidades. Yo las absorbía conscientemente, y debió de ser entonces, creo, cuando saboreé por vez primera el placer mayor que probablemente iba a experimentar jamás: el de contener la respiración ante ciertas presencias, con objeto de absorberlas. Era como si en esas horas me hubiese sido revelado este preciado arte, por poco apropiados que pudieran parecer, a tal fin, el pobre lugar y la modesta ocasión. El instinto, en su avidez, nos hace apoderarnos de lo que nos corresponde allí donde lo encontramos; y eso, en mi caso, debió de suceder con una lentitud absurda, y mediante ese proceso profundamente elusivo de "absorber", a lo largo de todos aquellos días de verano.

El siguiente ejemplo de esto mismo que se me presenta (o el siguiente al que le hago sitio aquí, ya que anoto muchas menos cosas de las que recuerdo) es la intensidad de mi sentida contemplación de París unos días después, desde el balcón de un hotel que daba, con la suave noche veraniega de por medio, a la Rue de la Paix. En el balcón estaba yo, y estaban sin duda mis hermanos y mi hermana, aunque recuerdo que lo que sentí estaba relacionado y motivado por el estímulo principal, el más importante de todos: el de ese perfecto espíritu parisino que siempre he creído poseer (¡incluso recién cumplidos los doce!) y que ahora alimentaba su carcasa o marco con cada una de las ventanas encendidas, acá y allá, como si cada una hubiera sido una palabra destinada a intensificar el sentido de alguna frase inmortal, pronunciada por unos labios civilizados. Cómo había llegado yo a acumular de antiguo tales reservas de ideas preconcebidas es más de lo que me comprometo a explicar; aunque creo que algo podré rebañar de aquí y de allá. Lo que sí es cierto, por ejemplo, es que la mitad de la belleza al descubierto de todo el segundo piso de una modiste, justo enfrente —con aquellos revuelos, apariciones y meditadas inmovilidades de muchachas atareadas, entrevistas a través de aberturas tan francas como benévolas, y hechas de una materia tan luminosa que no pedían sino ser bien visibles en la noche— procedía precisamente de la impresión que todas estas cosas daban de coronar y dar alas a no sabría decir qué decisivo sueño juvenil. Quizá no me había equivocado (como si hubiera peligro de equivocarse); y si hubiera puesto voz a lo que todo esto me sugería, mi comentario hubiera sido: "Qué te dije, qué te dije..." Lo que había dicho, por supuesto, era que la impresión estaría entre las más intensas y, al mismo tiempo, entre las más insinuantes; lo que, a fin de cuentas, estaba dentro de lo razonable. Pero desde muy atrás yo había tenido delante un cuadro (que podría haber estado colgado en el mismísimo cielo), y ahí estaba cada una de sus pinceladas, repetidas con un encanto añadido. ¿Tenía yo experiencia previa de esta clase de encantos, del encanto grande, del encanto local o social, por no mencionar el de unos cuantos individuos? Este misterio era, a todos los efectos, exclusivo de uno, de la mente de uno; así que, de una vez por todas, me serví a mi antojo del festín que me ofrecía mi balcón y me lo zampé. Lo que supuso una inmensa oportunidad de practicar el arte de absorber.

De la que me beneficié, qué duda cabe, unos días más tarde, en una hora que a lo largo de toda mi vida he considerado crucial, supremamente decisiva. El coche se había detenido en un pueblo entre Lyons y Ginebra, lugares entre los que no había entonces ferrocarril; un pueblo cuyo nombre he olvidado y que no era todavía Nantua, en el Jura, donde íbamos a pasar la noche. Yo iba cómodamente tumbado en un lecho formado por una plancha tendida entre los asientos y cubierta por un pequeño colchón y otros ropajes, privilegio justificado por mis ataques febriles, que, aunque ahora no estorbaban nuestro avance, me aseguraban, dentro de nuestro pequeño grupo, estos lujos no deseados. Es posible que, ante los mimos que recibía mi cuerpo, sintiera yo

el impulso de mimar igualmente mi espíritu, pues mi instinto de apropiación no se había saltado ni un detalle de nuestras circunstancias desde el primer momento: es decir, desde que emprendimos la marcha esa mañana, con mucho aparato, en el patio del viejo Hotel de l'Univers de Lyons, adonde habíamos llegado dos días antes y nos habíamos demorado, por mi causa, cuarenta y ocho horas que nos parecieron correr quizá un poco más despacio que cualquier otro par de días, pero con respecto a las cuales he abrigado luego la complaciente teoría de que mi reposo contemplativo en esa posada antigua, con todas las voces y gracias del pasado, de aquel patio, de las costumbres francesas en general y de las posadas antiguas, como aquella, en particular, me había preparado no poco para entender, en su momento, lo que quería decir *deprovince*... Expresión que más tarde llegaría a resultar de lo más "distinguida", en el sentido en que lo son los nobles colores de antaño y las opiniones de antaño. Era la poesía del viaje, y era también la poesía sugerida, plena de suposiciones y ecos, de implicaciones y recuerdos, recuerdos de las "lecturas" de uno, ¡vaya por Dios!, tanto más cuanto nuestro acomodo exigía dos coches, en los que habíamos de "viajar en posta", pensamiento inefable, que incluía toda clase de contradicciones al proceder normal. El postillón, con un traje que recordaba a los salones de Ferrero y al mío de *débardeur*, se levantaba y agachaba; el guía italiano contratado en Londres, Jean Nadali, con sus patillas negras, compartía el asiento descubierto con Annette Godefroi de Metz, lozana, ancha de cara y con trenzas rubias, tan *bonne Lorraine* como la que más, a pesar de haber sido contratada en Nueva York... Paladeo estos nombres, no por lo extraños o irreproducibles, sino porque vienen a fundirse con todo lo demás para añadirle intensidad; sobre todo, con el momento recordado de nuestra parada en la puerta de la posada, bajo un sol fresco (habíamos cabalgado y cabalgado); durante la cual, desde mi asiento absurdamente almohadillado, bebí, como ya he insinuado, de un trago largo y lento que daba fe de mis tragaderas, un sorbo de licor perceptivo mayor que el que pudiera deber a cualquier otra manifestación anterior de esa facultad. La calle del pueblo, que no era como las calles de pueblo que yo conocía, desembocaba, tras un trecho, en una elevación sobre la que se levantaba un objeto que era también una novedad, y en el que reconocí con honda alegría (con una alegría que, sin duda, se debía en parte a mi sensación de fabuloso bienestar, a mi alivio en la enfermedad y al fiambre de pollo) una ruina y un castillo al mismo tiempo. El único castillo que conocía era, a mi entender, el caserón almenado que había presidido nuestro verano anterior en New Brighton; y, al igual que no había visto construcción alguna que ganara a aquella en majestuosidad, tampoco había visto ninguna reducida a la dignidad de ruina. Las tablas sueltas no valían como ejemplo de este último estado, y de algún modo yo era ya capaz de apreciar un punto de hondura mayor en el castillo derruido que en el entero, aunque tampoco mi experiencia de la entereza fuese grande. En un punto del camino, en fin, al pie de la cuesta en la que se alzaba esta reliquia, había una mujer vestida con corpiño negro, camisa blanca y falda roja, y ocupada en alguna labor del campo: interposición cuyo efecto entonces apenas soy capaz de expresar por escrito. Reconocí en ella a una campesina con zuecos, la primera campesina que había visto en mi vida, o que había visto a una luz tan favorable. Tenía, dentro de aquella escena, un enorme valor, por realzar con la fuerza tonificante de su falda la verdad que se afirmaba en mi presencia: la verdad de que uno abrazaba allí, en aquella exhibición de carácter, una cantidad del mismo que yo no había sentido ante ninguna otra, ni siquiera ante la que había cosechado desde la ventana del Hotel Westminster. Era la clase de cosa que, aunque no sea más que por su mera plenitud y peso, tiende a encontrar la más cálida acogida en la mente. De un modo supremo, en esa arrebatada visión estaba "Europa", síntesis sublime, expresa y garantizada por una especie de prenda mística que proclamaba en todo el aire del verano que ahora, sólo ahora, no iba yo a perderla jamás, iba a retener toda su consistencia: pues hasta entonces era posible que sólo me la hubiesen puesto delante a modo de señuelo. La verdad es que no resultaba precisamente halagador para Europa el que yo encontrara su máxima expresión en una vieja sórdida ganándose miserablemente el jornal y en una torre inhabitable abandonada a los buhos. Pero aquello no era

más que la estimación momentánea de un niño enfermo, y su valor era proporcional a mi capacidad. Supuso un puente hacia más cosas de las que entonces sabía.

XXI

¿Cómo plasmar otras impresiones procedentes de ese verano, y que sin duda tenían que ver con el hecho de que, durante un tiempo, en los días alternos en que mi mal se manifestaba, hube de guardar cama en diversos lechos, sin otro consuelo que el estudio de la situación? Donde mejor lo hice, creo, haciendo acopio de los frutos de una sensibilidad aguzada al respecto, fue en ciertas habitaciones sombrías en las que mis padres se instalaron cerca de Ginebra; un caserón con amplios jardines, entre árboles frondosos que acariciaban nuestras ventanas en los calores del verano, y al que llamaban, si no me equivoco, la Campagne Gerebsoff, que la propietaria, una dama rusa enferma, había puesto parcialmente a nuestra disposición mientras ella permanecía en su trozo de jardín, echada en una tumbona y tocada por una pamelita con velo verde, y yo, en el transcurso de las modestas excursiones que me eran permitidas, la estudiaba desde lejos a la luz de las leyendas que, con respecto a su identidad, historia, usos y costumbres, me proporcionaba mi hermano pequeño Wilky, que, por su carácter (o su genio, podríamos decir) había hecho grandes avances en su trato con ella, confirmando de paso mi idea de su superior talento para la vida. Wilky no me andaba muy a la zaga en edad, y fue a partir de entonces cuando empezamos a conversar y a reunimos, aunque con interrupciones y disparidades; con lo que, en resumen, en esos años me vi en la grata y verdaderamente afortunada posición de estar expuesto por un lado —el norte, digamos— a la presencia de W. J., y por el otro —quizá el más soleado— a la cálida simpatía del pequeño. De esto tendré ocasión de hablar; pero acoger en el recuerdo, mientras tanto, aunque no sea más que un primer atisbo suyo es volver a constatar algo del sentido que yo di, a lo largo de toda nuestra niñez, a su sociabilidad triunfante, a su instinto para el trato y a su genio —en el sentido que di antes a esta palabra— para hacer amistades. Fue el único genio que tuvo, manifiesto desde sus más tiernos años, nunca derrotado, y el que, sobre todo, me dio, desde tan atrás y por la pura irradiación del hecho, infinitamente que pensar. Porque, en cierto modo, y gracias a esa irradiación, recibí buena parte de los beneficios. Tan absolutamente inmensa era su afabilidad que los amigos que hacía los hacía menos en su beneficio que en el de otros amigos (entre los que nosotros, sus adjuntos, estábamos los primeros), si es que podían aplicársele estas distinciones. De noche todos los gatos son pardos, y en el cómodo parecer de mi hermano todos sus conocidos eran familia suya. La huella de su sociabilidad estaba en todos nosotros por igual; aunque aquí me ataño sólo por su impronta, tal como lo recuerdo, en mi capacidad, tan indirecta en comparación, de lo que llamamos "vivir la vida". Ya en la Campagne Gerebsoff debí de empezar a ver cómo él la vivía en toda su inmediatez. .. Empezaba, de hecho, a sentirse un tanto atormentado por la evidencia de que, aunque haya muchas maneras de hacerlo, en la práctica estamos condenados a elegir, y no a valemnos de todas; limitados al uso de, a lo más, una sola, de la que por nuestro bien debemos sacar el máximo partido posible, que a veces es mucho. Había un cierto encanto triste, no tengo más remedio que añadir, en el contraste que ofrecía el caso que tenía delante con el mío propio. Era como si el de Wilky proporcionara de vez en cuando al mío datos de primerísima mano. Lo que resultó particularmente evidente después de que lo inscribieran, junto a mi hermano mayor, en un colegio, el Pensionado Roediger, en Châtelaine, que entonces gozaba de gran predicamento, y donde se suponía que yo me uniría a ellos una vez repuesto del todo. Recuerdo lo pronto que la pareja empezó a prodigarse en *sorties* de una irreprimible amabilidad, igual que recuerdo las amables visitas vespertinas al establecimiento por parte del resto de la familia. Fue el primer pensionado de mis hermanos; pero, al igual que en las circunstancias de Nueva York no habíamos dejado de reunimos puntualmente con la familia, en las de Ginebra nuestra familia nos devolvió el cumplido. De esto se hablará también más adelante. Lo que me interesa ahora es la riqueza de la contribución de Wilky a mi conciencia

presente; conciencia enriquecida, como he dicho, por mi absorción, en horas reflexivas, en horas en las que puede decirse que no tenía otra compañía, de nuestra espaciosa y sombría y casi encantada estancia.

Admirable era, en general, la escala y solidez de los caserones que se alzaban en las inmediaciones de Ginebra, y nuestra casa me parecía tan imponente y espaciosa que incluso nuestra mitad resultaba enorme. Nunca antes había vivido tanto tiempo en algo tan viejo ni, por así decirlo, tan profundo. Profundidad, más y más profundidad, era lo que yo percibía en ciertos momentos de mi espera en el piso de arriba, en mi inmenso cuarto de gruesos alféizares y oscuridad más bien repentina, mientras la tarde de verano se desvanecía y mis compañeros, que casi siempre cenaban abajo, se demoraban y llegaban, quizá, a abrumarme un tanto. Ésa era la sensación: el carácter, en todo el lugar, se me imponía con una fuerza que me era desconocida, y que se resistía a mi análisis... Lo que es otra manera de decir cómo llegué a sentir, sin ambages, que era muy posible que las condiciones materiales que yo sí había conocido carecieran de toda profundidad. Mi noción de profundidad, sin duda, era vaga, pero bastaba para acoger, en la penumbra, el sonido ocasional de una voz o unos pasos en el jardín o en las habitaciones cuyos grandes y acogedores postigos de un verde apagado se abrían a los suaves ecos procedentes de aquél; mezclados con reverberaciones más finas y significativas, personales, experimentales, si es que se las puede llamar así; que yo mimaba por el tono que les prestaba nuestro nuevo entorno, y que, en la mitad de los casos, podían reducirse a los chismorreos de Wilky y las experiencias de Wilky: las cuales, irrefrenablemente comunicadas, venían siempre a parar, de un modo envidiable, aunque también un tanto abrumador e incluso formidable, en chismorreos. He ahí la diferencia y el contraste, de los que realmente creo que ya entonces era yo consciente: un modo de vivir la vida era interesarse por todo y por todos, lo que lo mantenía a uno sobradamente ocupado, y el otro modo era estar igual de ocupado, exactamente igual de ocupado, sólo con la percepción y la imagen de todo eso, sin sumergir en ella más que una quinta parte. Circunstancia extremadamente extraña. La cantidad de vida vivida era prácticamente igual en los dos casos: he ahí lo raro, pues la mera cantidad y número eran mucho menores en un caso que en otro. Estos últimos eran los que yo hubiese querido cultivar, si hubiese tenido las cualidades intrínsecas; de lo que me daba cuenta más que nunca en las ocasiones en que, cuando pude recorrer distancias más largas y permanecer más tiempo fuera de casa, acompañé a mis padres en sus visitas vespertinas a Châtelaine y a la Campagne Roediger, lugares que sigo recordando en su noble placidez pastoral. Los grandes árboles proyectaban sus sombras vespertinas; el caserón de gruesas paredes y postigos verdes y sus dependencias tenían el aspecto del más feliz de los hogares; la bondad del barbado *monsieur* Roediger en medio de sus jóvenes pupilos políglotas —que no tenían nada de *petits pays chauds*— parecía justificar, y reforzar, la consideración de la que gozaba en Nueva York la educación suiza —al menos, la que estaba *à la portée* de los jóvenes neoyorquinos— como algo maravillosamente humanizado, civilizado, cordial y hasta romántico, y en la que, entre laderas cubiertas de hierba, los "idiomas" manaban en chorros de leche y miel para llenar tantísimos recipientes brillantes, y el "trato", el trato del maestro hacia el alumno y viceversa, era de una amabilidad tal que, de no haber sido por la existencia providencial de una Suiza pedagógicamente perfecta, no tendría cabida en este mundo. "¿Has visto qué trato tan encantador?", solían decirse nuestros padres después de las visitas, refiriéndose a alguna muestra de camaradería observada entre instructor e instruido (a mí, en cambio, me asombraban por igual todos los tipos de trato, visto el enjambre de ellos en el que felizmente parecía habitar, por su propio e ingenuo gusto, mi hermano menor). Había motivos para que los idiomas prosperasen, al estar tan abundantemente representados: el inglés se codeaba con el americano, el ruso con el alemán, y hasta llegaban a filtrarse unas graciosas gotas de francés.

Un gran colegio ginebrino de esos días era la Institución Haccius, al que habían sido consagradas generaciones de jóvenes compatriotas nuestros, y el primero al que se dirigieron

nuestras miradas... equivocadamente, ante la evidencia de que, si lo que estaba en juego eran los idiomas, el que reinaba allí casi sin oposición era el americano. El establecimiento elegido para nuestro experimento debió de atraernos por algún aspecto íntimo e insinuante, y por gozar de menor predicamento entre los ricos y refinados (porque, incluso en aquellos días, había algunos americanos ricos, e incluso unos cuantos refinados); aunque poco iba a importar a la larga todo eso, tan breve iba a ser entonces la andadura del experimento. Que me hace pensar, más que nada, en la candidez y rareza del sentir neoyorquino, en no escasa medida motivado, creo (al menos en nuestro caso) por el mero hojear de los *Voyages en zigzag* de Rodolphe Toepffer, adorable y deliciosa obra cuyos dos hermosos volúmenes, con sus ilustraciones, habían aparecido al comienzo de los cincuenta y habían merecido nuestro devoto estudio. Es la crónica prolija, por parte de un profesor de humor y simpatía infinitas (y por cuyo rango y clase de "autoridad" a nadie se le ocurrió siquiera preguntar), de sus excursiones festivas con sus alumnos, casi siempre a pie y con bordón y mochila, a través de la incomparable Suiza anterior al ferrocarril y a la fiebre presente, anterior a los hoteles monstruosos, a las cimas profanadas y los valles vulgarizados, a las giras organizadas, a los túneles excavados, los funiculares, las hordas, los horrores. Volver hoy a las páginas de Toepffer es dar con la idea de un paraíso perdido, y el efecto que incluso ahora me produce haberlas hojeado en la infancia es el de empapar en dulzura y singularidad algunas de las imágenes: sus propias ilustraciones son *extremadamente* agradables y graciosas, y por contagio hacen del desvaído paisajista suizo Caíame (el de las denominadas "calamidades") todo un Ruysdael. Debía de pensarse que nosotros habríamos de llevar, en estas condiciones, y siempre en pos de una educación, una vida no demasiado distinta de la de los legendarios exiliados del bosque de Arden... Aunque de buena gana pasaría uno por alto ideales de cultura tan poco organizados, tan poco conscientes, hasta ese momento, de la ferocidad de nuestras comparaciones y rivalidades, de la preparación impuesta. Este particular ideal relajado venía del desierto...; o de lo que, desengañados, podríamos tomar por tal. Apelaba a la luz, pero una simplicidad de visión que venía a confundirse con la belleza de otras convicciones acompañaba sus esfuerzos. Y aunque una mirada a la "psicología" social de algunas de sus gozosas apreciaciones y valores relativos, como creencias y como motivos de la acción, pudiera parecer indicada aquí, hay honduras de la antigua serenidad que nada me induciría a sondear.

Menos aún he de demorarme; ya que, por extraño que parezca, lo cierto es que aquello duró bien poco: tan poco —por motivos de los que sin duda entonces éramos muy conscientes, pero que ahora no consigo recordar— que lo próximo que se me aparece nítidamente es nuestra segunda escala en París de regreso a Londres, para pasar el invierno; un cambio en nuestra situación que no revestía entonces nada de asombroso, pero que podría inducirme una vez más a entrar en honduras si no reconociera en ello esa marca de lo variable, ese acento de improvisación, ese aire general de impaciencia obstinada y fundada, a la vez que apasionada, que iba a consagrarnos por algún tiempo a intereses tan variados como incoherentes. Habíamos cruzado el mar bajo el hechizo abstracto del colegio suizo, y el colegio suizo, al concretarse, se nos había marchitado entre las manos; lo que no despertó en mí otra reacción crítica que la de sentir, no sin entusiasmo, que, siendo uno todo ojos y el mundo, a ese ritmo, decididamente todo imágenes, aquello enriqueció el panorama. Lo enriqueció, para empezar, con una nueva partida hacia Lyons, muy temprano, en un amanecer de octubre, esta vez sin Nadali ni los coches, sino haciendo uso del furgón correo, enorme, amarillo y ensordecedor, que logramos ocupar por entero y tuvo la arrogancia de no parar, ni siquiera un instante, más que en lugares señalados y muy distantes entre sí; hasta el punto, recuerdo, de que hubo un vano intento de detención por parte de nuestra ya mencionada prima Charlotte King, a la que veo surgir de repente, fresca, segura y hermosa, de algún retiro rural junto a la carretera, un escenario de sencilla *villeggiatura*, "*rien que pour saluer ces dames*", como dijo al conductor; al que prácticamente, a pesar de la resistencia de éste, logró imponerse, dejándome asombrado, hasta hoy, de la feliz fusión de contrarios que había en ella. El coche no se detuvo, pero ella tampoco lo hizo, y si aquél ignoró

el sofoco y el nerviosismo igual que desafiaba el retraso, ella estuvo a su altura a estos respectos y suavemente consiguió visitarnos con el vehículo en marcha, lo que logró llevar a cabo con éxito completo y completa gracia. Saltó de él con la misma elegancia con la que, gimnásticamente, había aterrizado dentro, y "ees dames" debieron de sentir deseos de emular su arte.

Con esta excepción, mis recuerdos de ese viaje se desvanecen, hasta iluminarse de nuevo con la impresión de nuestra llegada, por la mañana temprano, a París, dos días después, y nuestra búsqueda, vana al principio, de un hotel que nos alojase a todos. Vana hasta que nos plantamos, en la Rue du Helder, ante el de un tío de Albany, por suerte presente, al que en último extremo recurrimos y que, tras algún retraso, descendió a donde estábamos dándonoslas de extranjero y lamentándose de no tener ninguna posibilidad de acogernos bajo su techo; como si, recuerdo que deduje, siendo quienes éramos, pudiera desearse que compartiésemos sus intereses extranjeros, siendo éstos los que eran. Apadrinó nuestra causa, sin embargo, con buen ánimo... Mientras yo me preguntaba, con la admiración y curiosidad que sentía por él, hasta qué punto le agradábamos, y (con dudas) si a mí, de estar en su lugar, me hubiese agradado el grupo que formábamos. Después de alguna otra aventura nos instaló en el Hotel de la Ville de Paris, en la Rue de la Ville-l'Evéque, establecimiento desaparecido hace ya tiempo, pero al que entonces le quedaban aún algunos años de vida; al que recuerdo un tanto encogido y decepcionantemente recatado, hasta llegar a la supresión de todo espectáculo, y que se alzaba oblicuamente tras un muro, una cancela alta y un patio más o menos adoquinado.

XXII

Poco más me queda de esa estancia en París, que debió de ser brevísima; sólo recuerdo una visita con mi padre al Palais de l'Industrie, donde todavía permanecía abierta —lo que explica lo lleno de las posadas— la primera de las grandes exposiciones francesas, según el modelo, a escala reducida, del Palacio de Cristal inglés de 1851; y de esa visita sólo alcanzo a recuperar la sección de pintura inglesa y nuestra larga parada ante *La orden de libertad*, de un joven pintor inglés, J. E. Millais, que acababa de saltar a la fama y del que guardo todavía, con la misma intensidad que si hubiera sido ayer, la impresión que me produjo el singular tratamiento de las piernas desnudas del pequeño en brazos de su madre... La intensidad se convierte una vez más, no sé por qué tan completamente, en vaguedad, hasta que la conciencia vuelve a despertar y a reponerse, en toda su riqueza, en Londres, ya avanzada la noche, en el hotel (o "cafetería", como creo que se llamaba aún) Gloucester, que ocupaba cierta esquina entre Piccadilly y la calle Berkeley donde otros locales más modernos han venido a sucederle, y donde una familia americana fatigada y desfallecida descubrió en esa ocasión que entre los viejos méritos ingleses figuraban el estofado frío de ternera, el pan, el queso y la cerveza, todos ellos recibidos con una experta ovación cuyo eco resuena todavía en mi memoria. Donde hace compañía a otros asuntos igualmente británicos y, como se dice ahora, "Victorianos": la penumbra espesa de los cuartos de posada, el resplandor tenue de las velas, la bendita inagotabilidad de un buen cuarto de ternera, sobrepasada sólo por la de la reserva del grave camarero... Todo ello moneda corriente, inmutablemente corriente, pero capaz de despertar en nuestros mayores un deje de alivio y placer, un tono como de "Al fin y al cabo, no hay nada como esto", que volvía a animar las expectativas, que parecía volver a proclamar que había fundadas razones para la fe y la alegría.

Esas razones de inmediato se redujeron a la escala de una casita muy cerca del hotel, a la entrada de Berkeley Square, encontrada, al parecer, enseguida y que, una vez más, ha cedido su puesto a otras cosas, aunque todavía vuelvo con cariño a las viejas anécdotas que le conciernen, y a las que debo lo que pienso que fue, en el pasado remoto, la primera manifestación tenue, la modesta expresión incompleta, del Londres que iba a conocer más tarde. A primera vista, el lugar no presenta, aún hoy, un rostro muy distinto. La casa que se ha levantado en el solar de la nuestra

cuenta todavía con la inmediata vecindad de aquel librero, bibliotecario ambulante y vendedor de periódicos, que modestamente prosperaba ya en nuestra época con el mismo nombre; el gran establecimiento del señor Gunter, un poco más allá, se asienta con la misma sobriedad y solidez; las casuchas de atrás, que comenzaban al pie de la Cuesta del Heno, hacia la derecha, todavía se extienden hasta la calle Bruton con esa gracia irregular tan cara a mi fantasía juvenil. La misma Cuesta del Heno parece algo menos pronunciada, aparte de no estar ya enlosada, como recuerdo que lo estuvo, con grandes cantos rodados, y he estado a punto de decir que sobrevive algo de su viejo encanto... Nada, sin embargo, podría estar más lejos de la verdad: su viejo encanto sucumbió del todo hace años, tras la construcción de desgarradas "mansiones", una vez demolida la antigua "finca urbana" —como dicen los agentes inmobiliarios— que se alzaba en el lado sur, entre un patio y lo que supongo que era un jardín, donde la calle Dover desemboca en Grafton. Casa de muchos pisos, de vagas ínfulas y frías reservas y hondas sugerencias, pensaba yo después de ascender la cuesta con el solo propósito de examinarla. Todo un capítulo de nuestras vidas quedó condensado, para nuestras jóvenes sensibilidades, en el par de meses —no pudieron ser más— que pasamos en esa vivienda, que debió de acabar por parecernos demasiado estrecha y demasiado urbana... Pero seguro que ninguna de sus páginas superó en animación a los acontecimientos que siguieron al momento en que mi padre, con toda la candidez del mundo, anunció en algún periódico, probablemente *The Times*, que un caballero americano, con tales señas, deseaba contratar a un joven competente como profesor particular de sus tres hijos. Su olvido de sugerir que la solicitud se hiciera por carta tuvo como efecto el asalto de un ejército de visitantes, que nos sumieron en la consternación... Rondaban la puerta, atestaban el vestíbulo, bloqueaban la escalera y permanecían sentados, obstinadamente solos, en rincones impensables. Qué trato recibieron, dada la caridad general y alocada de mi padre, puedo vagamente suponerlo. Nuestro interés, al respecto, se centró en una sola presencia escogida: la del señor Robert Thompson, escocés, que nos prodigó sus cuidados, desde el desayuno al almuerzo, todas las mañanas de ese invierno, y dirigió luego un colegio en Edimburgo; personaje en el que, muchos años después, R. L. Stevenson reconocería, gracias a mi casual ayuda, a su propio pedagogo infantil. Éste era tan profundamente solícito, y además tan blando, amable y tímido (su mandato más áspero era: "Venga, adelante") que uno no podía más que pensar bien de un mundo en el que podía florecer un espíritu tan gentil; y sin duda dice mucho a favor de su carácter el hecho de que la memoria permanezca en blanco en lo que se refiere a sus servicios más inmediatos. Recuerdo nítidamente la lozanía de su tez, sus ojos claros y muy redondos, su tendencia a tropezar con sus propias piernas o sus pies mientras daba vueltas, pensativo, a nuestro alrededor, y su eterno chaqué, que combinaba con pantalones de color más claro, en lo que puede que fuera el uniforme oficial de un profesor particular de entonces. Y lo que no hago más que preguntarme es qué pude "estudiar" con él, pues no he conservado, como testimonio (esto, sin mencionar cualquier clase de apunte), ni un solo libro de texto, salvo los *Cuentos de Shakespeare* de Lamb, que recibí como premio, como si no hubiera cosa mejor en el mundo. Tampoco sé decir cuál fue el motivo de ese premio: seguro que no fue por haber marchado "adelante" al ritmo de su casi siempre quejumbrosa cantinela. Reminiscencia que me resulta tan curiosa como sabrosa y redonda, aunque recuerdo que, al volver a tomarla en consideración posteriormente, W. J. la denunció (y con ella, el año largo que pasamos luego en París) como un periodo pobre, árido y lamentable, en el que perdimos las oportunidades y relaciones a las que podríamos haber tenido acceso y no hicimos otra cosa, él y yo, que pasear juntos, vestidos del modo más horrorosamente decoroso (pequeños sombreros de copa negros e inevitables guantes, el atuendo infantil del lugar y la época), contemplar el grisáceo panorama callejero (neutras eran las tonalidades de aquel Londres del comienzo de la era victoriana), perder el tiempo ante los escaparates y comprar acuarelas y pinceles con los que embadurnar eternos blocs de dibujo. Podríamos, me atrevo a decir, haber sentido impulsos más elevados y haber llevado a cabo planes más ambiciosos... Aunque tengo bien presente, al respecto, mi rápido reconocimiento, al escuchar a mi hermano expresarse en

esos términos, de las turbulencias más hondas y las necesidades más intensas que él debió de experimentar, y mi perfecta aunque triste conciencia de no haber sostenido tales luchas con nuestras circunstancias: pues incluso ante esa menos morosa rememoración suya, se me presentaban como embalsamadas en una especie de fatalismo paciente, por supuesto carente de espíritu, pero con su lado internamente activo, productivo e ingenioso.

Era precisamente el hecho de que hubiésemos paseado, holgazaneado e ido de acá para allá lo que prestaba encanto a los recuerdos; y ¿qué más se podía pedir, cuando se estaba inmerso en un medio tan denso que elementos completos del mismo, formas de diversión, interés y asombro, bastaban para impregnar alguna facultad de apreciación y hacían que uno, a lo más, no desperdiciara más que sus horas de clase? Mi hermano tenía razón, en la medida en que la pregunta que acabo de enunciar sólo podía haber sido formulada por una persona empeñada en entregarse a sustitutos de causas perdidas, sustitutos que temporalmente podrían parecer extraños y pequeños; por una persona tan absorta, desde tan pronto, en el espectáculo de la vida, que las materias áridas tenían para ella tanto de terror como de imposibilidad, y que los sustitutos mencionados, esas rebajas e ingenuidades que, de un modo vago y mudo, protestaban contra la debilidad de la situación o del talento directo y aplicado, constituían por sí mismos una auténtica fiesta para el espíritu y el pensamiento. Tuvo, pues, una vez más un efecto de incoherencia casi patética el que nuestra ardua persecución de "los idiomas", que había sufrido un revés tan rápido y, al menos por entonces, tan aceptado y ahora tan inescrutablemente irrecuperable, hubiera de conformarse con dejarnos, al llegar la Navidad, en una casa, más propicia a nuestro desarrollo, en St. John's Wood, donde disfrutamos de un jardín considerable y una melancólica vista (aunque debida sólo a sus privilegiadas ventanas) de una gran extensión verde en la que damas y caballeros practicaban el tiro con arco. Sólo eso —no ya ese arte, sino el mero espectáculo— podría pasar por uno de los sustitutos a los que me he referido: si no de los idiomas, al menos de alguna de esas románticas derivaciones que, al parecer, nos habíamos perdido. Aquello era una bocanada del viejo mundo de Robin Hood, que nos traía confidencias a las que no podríamos haber accedido —al menos, en la calle Catorce— por el mero manoseo de los libros de historia. En mayor medida de lo que puedo sugerir —es decir, a través de un sinfín de extraños y pequeños canales— el mundo que nos rodeaba, continuación del viejo mundo de Robin Hood, llegó a infiltrarse en mi conciencia: y un estado constante de sometimiento a esta realidad no es mal ejemplo de esos refinamientos del abandono a los que acabo de referirme como mi práctica preferida. Me parece ver hoy que el Londres del medio siglo era, incluso para la débil percepción infantil, un lugar caracterizado por un grado de excentricidad y variedad más acusado que el de la gran ciudad rica y enriquecedora de ahora. Tenía menos recursos pero muchos más rasgos, ninguno de los cuales dejaba de contribuir a prestar al conjunto lo que un pequeño americano embobado podía tomar por intensísimas diferencias con respecto a su supuesto orden nativo. Era, en extraordinario grado, el cuadro y el escenario de Dickens, ahora tan cambiado y postergado; ofrecía, a mi presuntuoso parecer, un reflejo aún más acusado de Thackeray (¿dónde está hoy el detalle de ese reflejo de Thackeray?), de modo que, mientras recorría la vasta extensión de la calle Baker, escenario thackerayano de otros días, me embargaba el orgullo de una familiaridad enormemente ampliada.

Me atrevería a decir que esos recorridos nuestros por la calle Baker, con nuestros sombreritos de copa y otras lindezas, eran probablemente lo que W. J. llamaba "la pobreza de nuestras vidas"; mientras que, para mí, aquello era una de las cosas más expresivas del encanto y el color de la historia y, desde el punto de vista de lo pintoresco, de la sociedad. Fueron muchas las veces que llegamos a la calle Baker en nuestros estirados paseos, cuya frecuencia y aliento sostenido todavía hoy me sorprenden; al igual que recuerdo, en fin, que éstos ocupaban el lugar de todos los demás juegos de agilidad, con la excepción de los partidos de pelota que jugábamos con Robert Thompson en el jardín... No puedo evitar la impresión de que también a éstos los caracterizaban, a su vez, una curiosidad y energía singulares. El bueno del señor Thompson nos

había seguido en nuestro traslado y había asentado sus reales cerca de nosotros, encima de una panadería, en una manzana (un grupo de objetos todavía intocados por el tiempo) a la que ocasionalmente, y para variar, acudíamos a recibir nuestras clases, y donde no era la menor de nuestras motivaciones la seguridad, una y otra vez recompensada, de que nuestro "recreo" de media mañana determinaría la aparición de un tímido pastelillo revenido procedente del piso de abajo y recibido siempre por nosotros como si hubiera sido una feliz ocurrencia repentina; servido, además, por una niña que podría haber figurado entre los incluseros y "huerfanitos" de Dickens. El vernos reducidos a engullir pastelillos en una habitación suburbial como compensación de los esfuerzos del estudio podría parecer, quizá, una escena patética; pero también teníamos días de campo, en los que acompañábamos a nuestro buen amigo a la Torre, al Túnel del Támesis, a San Pablo y a la Abadía, por no mencionar el Jardín Zoológico, que estaba ahí al lado y con el que no nos permitíamos, en esa edad de insistencias, la menor cicatería; sin olvidar, tampoco, el local de *Madame Tussaud*, que estaba entonces en nuestra interminable y gentil calle Baker, cuya gentileza sólo se veía manchada, precisamente, por su horripilante relación con dicho Bazar; pues *Madame Tussaud*, entre sus muchos tesoros, me había dado a conocer nítidamente a la señora Manning y a los Burke y Hare de la Cámara de los Horrores que albergaba su establecimiento; a quienes, días después de haberlos visto (cosa que no se prolongó más de lo que juzgó prudente nuestro concienzudo amigo), casi esperaba toparme, horrorizado, cuando me quedaba a solas, al abrir una puerta o en la escalera. Todas estas experiencias son valiosas, pero nada tenían que ver con los idiomas —salvo con el inglés, que no era nuestro objetivo previsto, pero que, más o menos y para nuestro bien, aprendimos. De alguna manera, vino a paliar nuestra caída el hecho de que algo de francés siguiera acompañándonos en la persona notablemente tiesa de *mademoiselle* Cusin, la institutriz suiza que nos había seguido desde Ginebra, cuya presencia, marcadamente estirada pero estimulante en su conjunto, relaciono con este invierno, y que fue la primera en esa larga procesión de presencias más o menos similares y domésticas que iba a mantener el fuego —es decir, el acento— encendido entre nosotros. La variedad y frecuencia de las llegadas y partidas de estas señoras —cuyos espectrales nombres, en la medida en que los recuerdo, quiero piadosamente preservar: Augustine Danse, Amélie Fortin, Marie Guyard, Marie Bonningue, Félicie Bonningue, Clarisse Bader...— me dejan tan perplejo como nuestras vicisitudes académicas en Nueva York. La razón por la que, sociables y caritativos como éramos, cambiábamos con tanta frecuencia de institutriz me resulta tan difícil de imaginar como me era entonces captar la causa de nuestros cambios de colegio. Deduzco que estos fenómenos, en su conjunto, obedecían más a la rapidez del optimismo paterno que a cualquier hábito desproporcionado de impaciencia. El optimismo engendraba precipitación, y la precipitación quedaba en evidencia las más de las veces. Lo que resulta instructivo, y fiel a la historia, es la probabilidad de que aquellas personas jóvenes que se ofrecían entonces como guías e instructores —las necesidades de nuestra hermanita fueron, por mucho tiempo, muy modestas— muy posiblemente carecieran de preparación, y dependiesen de su capacidad de improvisación, que también era limitada. Una de estas figuras, la de *mademoiselle* Danse —la más parisiense, con ventaja— iba luego a destacar, del modo más fantástico, por la nube de revelaciones que siguió a su marcha; nube que, por espesa que fuera, nunca oscureció la impresión que nos causaron su genio y su encanto. Hija de un proscrito por motivos políticos que, según la leyenda, había escapado por los pelos de ser capturado en su cama en la terrible noche del Deux-Décembre, y que le escribía cartas dignas de un Micawber desde Gallipolis, Ohio, quedó en mi imaginación (a la luz, en fin, de lo meramente adivinado, demasiado horrible para nuestros tiernos oídos) como la más brillante y genial de los personajes anómalos, exponente de la mentalidad parisiense en su grado más alto (o más hondo, quizá) y destacada, sobre todo, por el arte consumado y la gracia con la que durante todo un año supo esconderse tras el manto de nuestra inocencia. Fue emocionante, fue verdaderamente valioso,

haberse codeado hasta esos extremos con una "aventurera"; le enseñaba a uno que, en lo referente a aventureras, habría mucho que decir.

Éstos fueron, sin embargo, acontecimientos posteriores, miradas de más alcance ante las que se interponen, como he señalado, nuestro puro callejeo londinense, que tantas cosas había de depararnos. Veo una vez más que no hacíamos otra cosa que pasear y pintarrajear, y que nuestros paseos, con una obsesión que les es característica, eran un constante acicate para nuestros pintarrájeos. No conocíamos más niños (y creo recordar que ni siquiera veíamos a niños de otra clase) que los esencialmente rudos, con una especie de rudeza medieval de la que no teníamos precedentes en nuestra clara experiencia neoyorquina, y cuya principal y constante manifestación era el ingenuo e injusto asombro que les causaba, cuando nos dejábamos ver en público, aquel aspecto foráneo que había en nosotros y que, por comodidad, nos esforzábamos vanamente en disimular. En la medida de lo posible, nos ajustábamos al detalle, a la moda y norma dominantes, cuya gama en aquel entonces era reducida; pero en nuestro plumaje —por no hablar de nuestros gorjeos— debía de haber alguna nota discordante, a juzgar por el modo en que llamábamos, en la calle, la atención de los nativos de nuestra misma edad e incluso, a veces, de sus mayores, que al vernos se detenían para echarnos una mirada de arriba a abajo, con una curiosidad desprovista de simpatía y dirigida, por alguna razón, en especial a nuestros pies, que no eran anormalmente grandes. El Londres de entonces se caracterizaba por la exuberancia de sus tipos. Nos parecía, sobre todo, un mundo de disfraces (con frecuencia, de disfraces muy raros), cuyas notas más íntimas eran los carteros con sus casacas de rojo militar y sus sombreros de castor; las lecheras, con gorros que a menudo emulaban a aquellos, y exiguos chales y extraños vestidos cortos de una pieza que dejaban ver botas enormes, y con aquellos recipientes que llevaban al hombro, pendientes de pértigas de madera; los inevitables lacayos subidos a la trasera de los coches de los ricos, casi siempre de dos en dos y portando bastones, junto a los palafreneros fajados sin cuya compañía los jinetes de uno y otro sexo —y los jinetes eran entonces mucho más numerosos— casi nunca salían. La gama de caracteres, por otra parte, descendía hasta alcanzar extremos horribles; en las calles había ejemplos y personificaciones de "horrores" que harían palidecer cualquier exhibición presente, y bien que recuerdo el terror que casi llegué a experimentar ante la destacada presencia de éstos, un par de años después, en el curso de una breve visita desde el continente en compañía de mi padre, a lo largo de un interminable trayecto en coche desde la estación de ferrocarril del Puente de Londres. Era un apacible anochecer de junio, en el que la luz se demoraba y la gente parecía reunirse en lo que a mí me parecían entonces enjambres de figuras que me recordaban al Truhán, de George Cruikshank, y a sus Bill Sikes y Nancy, sólo que con la brutalidad aumentada de la vida real, y que se arremolinaban alrededor del coche, un típico cuatro-ruedas Victoriano, mientras trotábamos por el Puente, y afloraban en las cada vez más numerosas manchas luminosas que las farolas de gas ponían a lo largo de nuestro trayecto; y que, en algún punto lejano más al oeste, alcanzaban su máxima expresión en la nítida imagen, enmarcada por la ventanilla del coche, de una mujer cayendo hacia atrás mientras un hombre la derribaba al suelo de un puñetazo en la cara. El panorama londinense, en general, tenía algo más que ese "lado Cruikshank": sobrevivía todavía en él su "lado Hogarth", al que, por supuesto, no le daba yo entonces ese nombre, pero que, años después, me resultaría tan reconocible como para no dejarme lugar a dudas con respecto a la veracidad del gran cronista pictórico. Aún hoy la marca de Hogarth no ha sido borrada por completo; por más que el tiempo, per contra, haya puesto fin a ese rancio servilismo en el trato que era, para nuestras mentes juveniles, la máxima expresión del rico peso del Pasado, la consecuencia de un exceso de historia. No es que a mí no me gustara la abundancia de historia, pero sí que sentía, ante ciertas extrañas pleitesías y tratamientos, gimoteos y cautelas y palmaditas y reverencias, ante el despliegue general de disculpas y humildades tras el que parecía concentrarse la oscura y amplia complejidad social, que verdaderamente no se necesitaba una cantidad tan enorme. Esas particulares sombras y luces, en fin, han sido barridas de la escena por la gran escoba del cambio; lo que, al fin y al

cabo, sólo requirió un poco más de historia. A ese respecto, me llama la atención que hoy domine un orden completamente distinto; en el que, no obstante, se tiene bien presente que las relaciones en las que la educación, como hecho generalizado —lo que llamaríamos el "tono"—, es algo positivamente grato, seguro y sólido, claro y digno de interés, sólo son abundantes y definidas cuando han conocido en el pasado fases extrañas y mucho infortunio.

XXIII

Seguíamos recibiendo todavía una "formación" indefinida, de una indefinición que nuestros padres, al parecer, preferían a la única concreción en alguna medida abierta a nosotros: la del colegio inglés lejos de casa (de la escuela londinense que teníamos cerca no querían ni oír hablar), que ellos veían como una forma temible y extraña, pero también aparentemente eficaz, de preparar a los jóvenes para la vida inglesa y para una profesión inglesa, pero sólo para esos casos, y con tan poca relación con cualquier otro como para terminar siendo, en circunstancias diferentes, un callejón sin salida educativo, la peor de las previsiones. Sin duda habían oído el argumento a favor de que ningún otro método para chicos abarcaba tanto; pero entiendo que ellos tenían su propio parecer, que podría reducirse a que todo dependía de lo que se entendiera por esto último. La verdad era, más que nada, que para ellos las fuerzas formativas que más de cerca nos tocaban no eran, en absoluto, indefinidas, sino muy concretas en alcance e intención; había "ventajas", generalmente muy alabadas, que a ellos les resultaban escasamente atractivas, y otras materias, opiniones sobre el carácter y la oportunidad, ideales, valores y prioridades que no gozaban de mucho crédito, pero de los que ellos más o menos nos surtían, cualesquiera que fuesen las dificultades. Con respecto a esto, no debo olvidar el bendito corto número de nuestros años; e insisto en mi percepción, por oscura que sea, de una vida de lo más pintoresca y notablemente activa. Reconozco esa ebullición inmediata y práctica en nuestros decorosos paseos, en nuestras discusiones —de W. J. y más— sobre si era mejor dirigirse, a la hora de renovar nuestros "materiales artísticos", a los señores Rowney o a los señores Windsor y Newton, y en nuestro devoto recurso, con este fin, a la plaza Rathbone, más fatigada por nuestros pasos, probablemente, que cualquier otra esquina de la ciudad, y cuyo breve pero cargado panorama vuelve a cobrar vida ante mí a la luz templada de aquellas tardes de invierno. No menos importancia tenían nuestras frecuentes visitas, de la misma época, al viejo Panteón de la calle Oxford, ahora caído de su posición encumbrada, pero entonces lugar de elegantes tradiciones desfasadas, bazar, exposición y ocasión, al final de aquellas largas caminatas, de consumir bollos y cerveza de jengibre; y, por encima de todo, monumento al genio del asombroso pintor B. R. Haydon. Hubo un tiempo en que fuimos visitantes asiduos del Panteón, sin duda el mejor sitio posible para entregarse al reposo contemplativo y meditabundo. Los enormes lienzos de Haydon cubrían las paredes... Me pregunto qué habrá sido de *El destierro de Arístides*, en el que éste es acompañado a las puertas de la ciudad por su esposa y su hijo pequeño, y cuyos ademanes y figuras, en su totalidad —especialmente la del niño en escorzo que coge piedras para tirárselas a los biempensantes— parecen tener todavía sus ojos puestos en mí. Hallábamos en estas obras indudable interés y belleza, lo que en parte se debía, sin duda, a que en casa nos quedábamos absortos ante los tres tomos de la Autobiografía del desventurado artista, libro reciente entonces, que nuestro padre, indulgente ante nuestras preocupaciones, nos había procurado. Pero me sonrojo al arriesgar la conjetura de que la grandilocuencia, lo que de heroico y clásico había en Haydon, nos llegaba de un modo más cálido y humano que en los maestros recomendados como "antiguos" y que, en la National Gallery, parecían resistirse a ponerse a nuestra altura, a extender la mano en gesto de camaradería o a sugerir algo que pudiéramos hacer o, al menos, desear. La belleza de Haydon residía justamente en su novedad, en su flamante novedad, que era casi una insinuación de que en algún futuro feliz quizá podríamos emular su grandeza, que no había nada imposible en ello. Si nos encantaba el dibujo,

lo preferíamos "fresco", y fresco era el genio del Panteón, mientras que —resulta extraño decirlo— Rubens y Tiziano no lo eran.

Pero hasta el encanto del Panteón se rendía, con todo, ante el de aquella colección de pintura inglesa, el legado Vernon, que se exponía entonces en el palacio Marlborough, y de la que constituía un atractivo complemento la gran carroza funeral, emplumada, empavesada y polvorienta, del Duque de Wellington. Las estancias de la planta baja, ninguna de ellas habitada entonces por la realeza, las recuerdo completamente inhóspitas y desnudas, dignificadas sólo por Maclise, Mulready y Landseer, por David Wilkie y Charles Leslie. Ellos sí que eran, por algún insondable misterio inglés, verdaderamente inalcanzables, además de ser nuestra inspiración directa y fuente inagotable de placer. Nunca me hartaba de la *Escena de la representación en Hamlet*, obra de Maclise, que yo tenía por la mejor composición del mundo, aunque la figura de Ofelia parecía haber sido recortada en papel blanco y pegada; y mientras contemplaba una y otra vez el *Sancho Panza y la Duquesa*, de Leslie, me adentraba en aquel gran salón encantado hasta llegar a las estancias centrales o privadas. Trafalgar Square sólo tenía interés para nosotros en la exposición de mayo, cuando la Royal Academy de aquellos días, sin sede propia, había de utilizar el espacio de la National Gallery; espacio parcialmente ocupado, en el verano de 1856, por los primeros frutos maduros del florecimiento prerrafaelista, entre los que distingo el *Valle de la Tranquilidad* de Millais, sus *Hojas de Otoño* y, si no me equivoco, su prodigiosa *Muchacha ciega*. La misma palabra "prerrafaelista" tenía para nosotros esa intensidad de significado, y también de misterio, que nos emociona, en su grado sumo, sólo una temporada, en la hora propicia de las primeras iniciaciones; y puede que yo mezcle de alguna manera el orden de las pequeñas grandes etapas de nuestra percepción. De nuevo iba a ser decisiva, para nosotros, la exposición de la Academia de 1858, donde aquella misma escuela había de depararnos nuevos desafíos para el asombro: en especial el *Chivo expiatorio* de Holman Hunt, que me pareció tan sobrado de horror, recuerdo, que me alegré de verlo en compañía —en compañía de otros cuadros y de otras personas: estaba seguro, o creía estar seguro, de que me hubiera dado miedo ver a ese cuadro a solas en una habitación. Por entonces, en fin —quiero decir, hacia 1858—, ya habíamos recibido una formación más completa, o al menos tal era el caso de W. J., al que se le había proporcionado expresamente, durante el invierno de 1857, en París, en el taller de *monsieur* Léon Coigniet, una instrucción limitada, adaptada a sus años... Aquel Léon Coigniet cuyo *Mario meditando entre las ruinas de Cartago* llegó a impresionarnos tanto, en el Luxembourg (que, con el tiempo, íbamos a frecuentar más todavía que el Panteón), precisamente por la relación de su autor con nuestra familia.

No he de cortar, sin embargo, el hilo presente de nuestra evolución estética sin una mirada a nuestra relativamente superflua, pero hondamente apreciada experiencia de las posibilidades teatrales de Londres, que, en la medida en que lo permitió la ocasión, también rozaron la tecla adecuada. Las familiaridades neoyorquinas hubieron de cesar: ir al teatro en Londres resultaba un asunto serio y arduo: dos coches vibrantes y bamboleantes que recorrían enormes extensiones neblinosas de la ciudad, después de muchas gestiones previas; peregrinación que, incluso después de cruzar el umbral mágico, se prolongaba a lo largo de vericuetos y catacumbas. Nos sentábamos en extraños lugares, con vecinos más extraños aún a nuestro lado o detrás, y sentíamos que las paredes y separaciones a nuestras espaldas se calentaban tanto que llegábamos a preguntarnos si el edificio iba a estallar en llamas. Recuerdo, sobre todo, la circunstancia de alinearnos hasta nueve personas, todas de nuestro grupo, en una especie de balcón rústico o pérgola que simulaba la galería exterior de una casa de campo suiza cubierta de enredaderas, y que era un elemento más de la entonces famosa representación de *La excursión al Mont Blanc*, a cargo de Albert Smith. El recuerdo del grande y barbudo Albert Smith, con su estrépito, su charla y sus mímicas, todavía me causa entusiasmo, a pesar de la reflexión de que su tipo y su presencia, de apariencia tan imponente, y de tal amplitud, estaban en cierta medida reñidos con las zalamerías y la atrevida ligereza de su actuación; actuación que lograba uno de sus grandes

golpes de efecto, si no recuerdo mal, en la brevísima parada y partida del tren en Epernay, con el sonar de las campanas, las voces de los guardias, los gritos de los viajeros, los portazos y un colosal taponazo de champán, todo ello simultaneado y animado sólo con las gracias y recursos personales del señor Smith... Pero lo que mejor recuerdo es nuestra exhibición pública en el papel de familia feliz, y cómo, para vergüenza nuestra, parecía que nos presentaban, en nuestro chalet fingido, como parte del ruidoso espectáculo y de lo que había sido pagado por la empresa. Otras dos grandes veladas se destacan por haber sido disfrutadas también de un modo no menos colectivo: una en el Teatro de la Princesa, dirigido entonces por Charles Kean, al que entonces se tenía por responsable del inaudito renacimiento shakespeariano; la otra en el Olympic, donde las grandes atracciones eran Alfred Wigan, el extraordinario y efímero Robson y la señora Stirling, tan sagaz como hermosa. Nuestro disfrute de la interpretación de *Enrique VIII* a cargo de Charles Kean representa un hito en nuestras vidas: durante semanas no hicimos otra cosa que intentar reproducir al acuarela la visión que la reina Catalina tuvo de los consoladores ángeles que la llamaban, grupo radiante venido de los cielos por obra de una maquinaria juzgada entonces asombrosa; cuando no, desfilábamos a lo largo de la tarima del aula al modo del portentoso Cardenal, alternando, con mucho efecto, su último parlamento a Cromwell con las palabras de Buckingham —es decir, del señor Ryder— camino del cadalso. El espectáculo nos había parecido prodigioso, sin duda por ser, en su día, la última palabra en escenografía costosa; aunque, considerado desde las alturas de una época que ha dominado el tono y la fusión, me resulta, por comparación, un tanto chillón y violento, como aquellas vidrieras de cristales de colores que gozaban del gusto complaciente de ese mismo periodo. La impresión causada por Charles Kean volvió a repetirse más tarde —diez años después, en América— sin necesidad del menor refuerzo escénico; y fue entonces cuando caí en la cuenta de que ningún actor tan poco agraciado por la naturaleza había llegado probablemente tan lejos al compensar ese hecho con una especie de fría determinación en el empeño. ¿Realmente estuvieron él y su mujer interesantes, coercitivamente interesantes, en el *Macbeth* de aquella particular noche de Boston? ¿Había en el arte de ambos una distinción que triunfaba sobre las penalidades y los estragos de la edad? ¿O era yo el que me dejaba embaucar con demasiada facilidad por impresiones previas? Como espectador, he disfrutado y olvidado innumerables y profusas horas, pero de algún modo todavía conservo, clavada en la pared de la memoria, la imagen de esta pareja susurrante en el patio del castillo, los golpes en la cancela, la penosa mirada de horror de *Macbeth* a sus dagas sin usar, y lo sublime, en el momento cumbre de la discusión, del portentoso gesto con el que la señora Kean fríamente las agarra. De un modo muy especial, debo a esta señora, en su calidad de figura curiosa, con su cancán y su nariz ganchuda, su amplia circunferencia y su atavío arcaico, compuesto de extrañas prendas de escaso gusto, mi apreciación de lo que tenía en común con aquellos intérpretes del pasado que han llegado a nosotros en los lienzos pequeños de Hogarth y Zoffany. En esa época de su vida, nos ayudó a recuperar la imagen lejana de actrices como la Cibbers y la Pritchards... Tan conmovedores pueden llegar a ser, con frecuencia, estos lazos recobrados.

Veo que la velada del Olympic verdaderamente participaba de ese carácter antiguo, a pesar de que *No te fíes de agua mansa*, pujante entonces (y con respecto a la cual recuerdo que mi buena amiga Fanny Kemble mencionó, muchísimo después, que fue ella quien sugirió a Tom Taylor la novela de Bernard *Un Gendre* como asunto de la obra), pasaba por ser, en aquel entonces, un modernísimo "estudio social". Quizá el tétrico trayecto hasta el teatro, la paupérrima Wych Street, entonces increíblemente brutal y bárbara para ser el paso de los que iban a divertirse (incluso, en ocasiones, el paso del coche embozado de la familia real) sea la causa de que el episodio me parezca anterior a ciertos rasgos de los años centrales de la edad victoriana; cuyo crédito, debo añadir, quedó más que restablecido ante nosotros por el arte consumadamente sereno y natural, a nuestro experto parecer, del John Mildmay de Alfred Wigan, y la desenvoltura y sinceridad de la típica suegra imprudente a la que, imperturbable, éste pone en su

sitio. Era éste un espectáculo que, en su día, se suponía que no tenía mucho que envidiar de la suma perfección del teatro francés... Una perfección notable, aunque en otro sentido, alcanzaba el extraño y vivaz genio de Robson, maestro de la intensidad fantástica, al que no podremos olvidar, tal como ya sentimos esa noche, en el capricho de Planché *La princesa discreta*, producción navideña que preludiaba la inmemorial pantomima. Me parece estar viendo a Robson deslizándose por el escenario, de medio lado, en el papel del siniestro, menudo y negro príncipe Richcraft del cuento, todos sus actos a la vez muy horribles y graciosos, tan verdaderos como macabros, y cuyo momento cumbre era aquel en el que parodiaba a Charles Kean en *Los hermanos corsos*; visión completada dos años más tarde por su Papá Hardacre en una grosera y barata versión en dos actos de una pieza parisiense extraída del *Eugénie Grandet* de Balzac. Debió de ser ésta la ocasión que dio la medida real y mejor de su originalísimo talento, pues, a pesar del tiempo transcurrido, recuerdo muy bien la caracterización de aquel pequeño y concentrado avaro rústico cuya hija recurre a la caja de caudales paterna para que su primo y enamorado salve a su desesperado padre, tío paterno de ésta, de la bancarrota; y el prodigioso efecto que causaba un abrumado Robson al bajar del piso de arriba por una escalera empinada que ocupaba el centro del escenario, su caída literal de cabeza y sus estertores de horror al descubrir el expolio de su cofre. Largo tiempo perduraron en mis oídos sus repetidos alaridos de alarma, seguidos por un parloteo jadeante de asombro y rabia mientras su arrebato lo empujaba, un guiñapo presa de la desesperación —era pequeño, pero hasta tal punto "llenaba el escenario" que, a su lado, no se veía a nadie más—, por media habitación. Con esa misma noche relaciono, no sin dudas, la imagen de Charles Matthews en *El crítico* de Sheridan y en una comedia parcheada del francés (como todo lo que no era, en aquel entonces, de Sheridan o Shakespeare) titulada *Matrimonio de interés*... Lo que vale como ejemplo, más que nada, del carácter acumulativo de los viejos programas, que no eran más que enormes y profusas enumeraciones, casi del tamaño de un cartel, y con un extraño y delicioso tacto grasiento y un tufo a tinta de imprenta —tinta de alguna manera muy teatral— en sus grandes caracteres negros. Charles Matthews debía de andar entonces por la mitad de su carrera, y a él también volví a verlo mucho después, envejecido y consumido, infinitamente "marcado", en América: lo que me recuerda, al hilo de esta impresión, que el talento de éste se daba hasta tal punto por descontado que, de algún modo, sus méritos parecían quedarse luego a medias; lo que sucedía prácticamente en todo menos en las partes de pura farsa y jerigonza, que se sostenían por sus propios méritos (que tampoco eran muchos). El otro efecto, el de una naturalidad tan sencilla e inmediata, tan amable e íntima, que la relación de uno con el artista desaparecía en la relación de uno con el personaje —lo que de alguna manera iba en detrimento del artista y en beneficio del personaje (o del espectador, al menos)—, lo recuerdo como algo que ya formaba parte de mis primeras experiencias, y que daba fe de un notable genio por parte del actor; pues no hay otros ejemplos de seducción artística que los sinceros, siempre que lo sean lo bastante, y los que disimulan el proceso, siempre que el disimulo sea lo bastante profundo. Desprenderse, o aparentar desprenderse, del aparato teatral y mantener —o, por lo menos, ganar— la intensidad, esa interesante intensidad que un abismo separa de la mera coincidencia gratuita de circunstancias o medios, eso sí es lograr algo. A pesar de lo cual, en fin, lo que quizá mejor conservo, a la luz presente, de las sensaciones de esa algo oscura gran noche de Drury Lane no es tanto la constatada medida del talento de alguien, sino el hecho de que la personalidad y el arte, con la intensidad que les es propia, pueden obrar su hechizo en un desierto material como aquél, en condiciones intrínsecamente tan desabridas, tan inhóspitas y desnudas. Las condiciones no deparaban nada de lo que hoy consideramos indispensable, no siendo nuestro designio actual otro que el de reducir y rellenar el desierto material, poblarlo, alfombrarlo, tapizarlo... Puede que tengamos razón, al respecto. Pero nuestros predecesores, con el ojo puesto en lo esencial, no estaban equivocados. Gracias a lo cual ciñen hoy la corona de haber sido, a su modo, cuando

pensamos en ellos —si es que pensamos en ellos— gigantes y héroes. Otra cuestión es en qué iban a convertirse sus sucesores; eso sí, muchísimo mejor vestidos.

XXIV

Al bueno de Robert Thompson le siguió el fino *monsieur* Lerambert —que seguramente también era bueno, a su modo... Bueno, al menos, para fingir un entusiasmo que difícilmente podría haber sentido, aunque sí supo dar la debida impresión de que lo hacía: artificio que, como debimos de adivinar vagamente por entonces (de hecho, me atrevo a decir que fui yo quien lo adivinó), no era sino una muestra de su finura. De semejante misterioso mecanismo no tuvo necesidad, por suerte, el señor Thompson... Digo "por suerte" porque ¿a qué arsenal podía haber recurrido, en caso de necesitarlo? Ninguno capaz de proporcionárselo se le puso jamás por delante, y nosotros mismos, en caso de apuro, hubiéramos tenido que ayudarle a encontrarlo. Se interesaba con facilidad; o, al menos, ante el panorama que le ofrecíamos, se hacía una idea favorable de lo que no podía ser de otro modo; mientras que su sucesor concedía a su condición un valor distinto, que no admitía sucedáneos. Quizá fue ésa la razón de que nuestra relación con *monsieur* Lerambert no durase más de cuatro o cinco meses: lo suficiente incluso para que su hábil subterfugio dejase de servirle; aunque, a la vez que digo esto, recuerdo vagamente que nuestra separación vino acompañada de fricciones, que le cogió de improviso y que él estaba preparado (o lo parecía) para nuevos sacrificios. No pudo ser grande, seguro, el de tener que bregar con una mente juvenil tan intensamente viva como la de mi hermano mayor, no pudo ser otra cosa que una impresión feliz constantemente renovada. Pero los dos pequeños, Wilky y yo, éramos una remora... Los poderes de Wilky se manifestaban por entonces, antes que nada, en una preferencia por la charla ingenua, y yo no manifestaba otra aptitud, según el informe del pobre señor al cabo de dos meses, que la de haber vertido las fábulas de La Fontaine al inglés con una cierta felicidad de expresión. Recuerdo perfectamente la comunicación paterna de este cruel veredicto, recuerdo también el interés que despertó en mí lo tajante de éste: no dejaba de tener su belleza y claridad. Con todo, es extraño, no guardo ninguna sensación de haber sido humillado, a pesar incluso de haber quedado completamente despojado de todo mérito; lo que me deja perplejo, ya que también recuerdo que yo tampoco tenía un gran concepto, al respecto, de mi facultad traductora. "¡Vaya", creo que dije para mis adentros, "si no fuera más, si todo se redujera, de verdad, a traducir...!". Y en eso, sin más confusión, aunque sí con una vaga, muy vaga mistificación, creo que quedó el asunto: como si tantas cosas, intrínsecas y extrínsecas, hubieran de cambiar y actuar, tantas hubieran de suceder, tanta agua hubiera de fluir bajo el puente, antes de que yo supiera darle una aplicación directa a semejante ocurrencia, mucho menos acabar una frase como aquélla.

Lo que no es más que un modo de decir que desde los comienzos del verano nos habíamos instalado en París, y que *monsieur* Lerambert —no recuerdo por qué poderes invocado, por qué señales anunciado— nos atendía por entonces en lo que se llamaba un "pabellón" mediano, situado entre el Rond-Point y la Rue du Colisée, y que dominaba, desde una altura modesta, la Avenida de los Campos Elíseos; los "dominaba", quiero decir, desde el mirador de su considerable azotea, cuyo pretil estaba coronado con rejas de hierro que alcanzaban una altura suficiente para proteger el lugar para el uso familiar y la contemplación resguardada (usos a los que nos aplicamos gustosamente), sin llegar al extremo de cerrarle el paso a la vida de fuera. Debíó de parecernos un bendito y modesto refugio de otros tiempos, con su pequeño patio irregularmente enlosado y de una peculiar resonancia y sus inútiles *communs* al lado, accesibles desde un ventanal enrejado desde donde el tañido de la campana y el estruendo de la respuesta a través de las piedras podrían haber compendiado en su eco a todo el viejo París.

Incluso desde allí podía percibirse, en grado considerable, el viejo París. Vuelvo a encontrar su presencia, a este respecto, en el interior de la curiosa reliquia que teníamos por casa, propiedad

de un americano sureño al que nuestros padres la habían alquilado por poco tiempo, y que parecía repartir su tiempo, pobre caballero consentido de las vísperas de la Revolución, entre Luisiana y Francia. ¿Qué otra conexión podría deberles tanto a aquellos extraños encantos e igualmente extrañas incomodidades, al difuso brillo cristalino del suelo y de la traicionera escalera, al exceso de espejos y relojes y jarrones de bronce dorado, a la inevitabilidad de los paneles de blanco y oro y, sobre todo, a la elegancia despiadada del tenso damasco rojo que hacía que los respaldos de borde dorado de los sofás y sillas fueran tan suntuosos, sin duda, y tan suntuosamente duros, como las paredes tapizadas? Fue entre estos refinamientos donde de inmediato reanudamos nuestros estudios... Que distaron mucho de ser arduos al comienzo, ya que los Campos Elíseos fueron el único lugar de veraneo que tuvimos ese año, y alguna deferencia se les debía al lugar y a la estación, lo que dejaba las clases reducidas a meras infracciones de esta norma explícita. Del enjuto *monsieur* Lerambert, enfundado en una ceñida casaca negra, con anteojos, pálido y prominentemente intelectual, que vivía en la Rue Jacob con su madre y su hermana, justo como hubiera convenido para acentuar proféticamente su parecido —salvo por los anteojos— con algún héroe de Victor Cherbuliez; y que, en definitiva, estaba muy pagado, lo que no era moco de pavo, de su autoría de un libro de versos meditativos amablemente mencionado en las *Causeries* de Sainte-Beuve en un panorama de jóvenes poetas del momento (con frases del tipo: "¡También *monsieur* Lerambert ha amado, también *monsieur* Lerambert ha sufrido, también *monsieur* Lerambert ha cantado!"); de esta sutil personalidad, en definitiva, a la que sinceramente atribuyo una sensibilidad superior, y tan cualificada como cualquier personaje de Cherbuliez para relaciones distintas e intensas, no cabía esperar que nos hiciera trotar sin resuello, como había hecho el bueno del señor Thompson; por lo que mis recuerdos de las templadas mañanas somnolientas junto a las ventanas que daban al patio ruidoso y enfangado no conocen, si la memoria no me engaña, la menor variación perturbadora.

Las tardes, sin embargo, vuelven a mí con una luz desvergonzadamente distinta, pues a nuestro círculo pronto se unió la omnisciente y omnipotente *mademoiselle* Danse antes mencionada, la del talle flexible y los ojos vivaces y sonrientes, de un verde que no les iba a la zaga siquiera a los de esa otra institutriz épica, la señorita Rebecca Sharp. Cubría con gran eficacia nuestras más imprecisas necesidades inmediatas; por lo menos, las mías, las de Wilky y las de nuestro hermanito Bob (*l'ingenieux petit Robertson*, como ella le decía), más las de nuestra hermanita, todavía más pequeña que éste: nuestras primeras fláneries de curiosidad. A su valerosa predecesora, la nativa del Vaud, la habíamos dejado en Londres en una posición más alta que la que podía significar el servicio a unos simples nómadas empedernidos; pero nos dejó entre abrazos y lloros, y durante mucho tiempo nos escribió fielmente, con su más hermosa caligrafía, desde las alturas a las que había ascendido; con detalles que nos hicieron ver, como nunca antes las habíamos visto, las diferencias materiales e institucionales entre la vida nómada y la asentada sobre fundamentos sólidos y prósperos. Un par de años después, con ocasión de una nueva y breve estancia nuestra en Londres, se apresuró a visitarnos y, al partir, amablemente me invitó a acompañarla, para charlar —era un animado día de junio— mientras cruzábamos buena parte de la ciudad; hasta despedirme de ella en un portal reluciente, con la impresión, por mi parte, de haber visto en nuestro paseo buena parte de la Sociedad (la vieja "temporada" londinense daba la talla, tenía longitud, anchura y espesor en un grado ya perdido) y, más particularmente, efectuado un pequeño estudio psicológico, observado la acción de la potente maquinaria inglesa aplicada a su fin, que en este caso no era otro que bajarle los humos al presuntuoso y "sacudirle" a lo vulgar. Recuerdo que en esa ocasión volví sobre mis pasos desde Eaton Square hasta la calle Devonshire con plena conciencia de la observación efectuada por el camino, como el que hace acopio de espigas maduras...

Nuestra guía y filósofa de aquellos días veraniegos en París no era un personaje de esa clase. Había llegado a nosotros definitivamente formada, lo que, dado el caso, era una suerte, pues poco estímulo práctico, en ese sentido, había de encontrar en nuestra sencilla y franca

humanidad. La novela de Thackeray contiene un expresivo grabado, obra del propio autor, que representa a la señorita Sharp cínicamente absorta en sus fantasías mientras sus descuidados pupilos andan trabados en una pelea en el suelo. Pero lo asombroso de nuestro propio ejemplar de esta especie era justo que, a pesar de que sus intereses, más amplios, más concretos y elaborados, cubrían una gama que ella no solamente nos permitía adivinar, sino que de buena gana nos invitaba a explorar hasta sus límites extremos; a pesar de eso, decía, ni por un minuto echamos jamás de menos sus atenciones. Es más que posible, es seguro que la aburríamos tremendamente, pero ningún artista de la ironía hubiera sido capaz de sorprenderla, dado el caso, en un gesto de fastidio: entre otras cosas, imagino, porque sus propias ironías le hubieran resultado al observador demasiado sutiles, demasiado numerosas y demasiado complejas. Y esta singular criatura nos proporcionaba toda la información necesaria para el disfrute sin trabas — dentro de los límites apropiados a nuestros tiernos años— de la hermosa ciudad.

Que no era, a los ojos del observador, tan hermosa como ahora. El Segundo Imperio, establecido muy recientemente, daba sus primeros pasos a tientas, y las manos generosamente libres de las que pronto iba a gozar el barón Haussmann no eran perceptibles más que en sus amagos preliminares. Persistían todavía, sin embargo, los restos de su pasado; sus majestuosidades y simetrías, comparativamente borrosas y generales, estaban sujetas a la casualidad feliz, al desliz encantador y a la excrecencias singulares, a una gracia casual de composición y colorido de la que ahora han sido completamente expurgadas. Toda la región de los Campos Elíseos —que, al fin y al cabo, era por donde rondábamos al principio— era un mundo bien diferente al centro de irradiación continua que es ahora. La avenida, que ya nos merecía el calificativo de espléndida, conducía la mirada desde las Tullerías hasta el Arco, pero en el trayecto iban confluyendo gratos rincones antiguos, jardines y terrazas y casas de otros tiempos, pabellones todavía más rústicos que el nuestro, cabarés y cafés de aspecto familiar y casi rural, de un ruralismo relativo y más bien polvoriento, que se extendían hasta el río y el Bosque. ¿Qué era el Jardín de Invierno, lugar de ocio que teníamos justo al lado y que, de noche, se engalanaba con lamparillas de aceite de colores, gesto risueño en la cara del placer? Tengo la vaga impresión de haber sido admitido —o, más bien, llevado, aunque en compañía también borrosa ahora— para verlo a la incolora luz del día, cuando debía de tener el aspecto de una sala de subastas donde no quedase ya ni un lote. Más nítida resulta, por otro lado, la imagen de la animada *barrière* al final de la avenida, de este lado del Arco, donde daba comienzo el viejo y desceñido banlieue y las dos garitas gemelas del fielato, tan expresamente arquitectónicas a pesar de su humildad, guardaban la entrada a uno y otro lado y evocaban las generaciones, dinastías y ejércitos, las revoluciones y restauraciones que habían visto ir y venir. Pero la Avenida de la Emperatriz —que ahora, mucho más modestamente, se ha quedado en Avenida del Bosque— ya había sido trazada, mientras la joven emperatriz —más que joven, visible y gratamente "nueva", y bella y reluciente— se exhibía constantemente de un lado a otro; emoción que vimos sobrepasada, sin embargo, por el, a nuestro juicio, incomparable paso del pequeño Príncipe Imperial, al que llevaban a tomar el aire o a fortalecerse a Saint-Cloud, en una espléndida carroza que dejaba entrever los pechos y regazos ricamente vestidos destinados a su crianza, y junto a la cual los cent-gardes, todos de azul claro y plata y a un trote intensamente rígido, corrían con las pistolas alzadas y amartilladas. ¿Hubo alguna vez celebración pública más espléndida que la del bautismo del Príncipe en Notre Dame, en la festividad de San Napoleón, o mejor inmortalizada, como decimos, que lo fue ésta en la descripción asombrosamente amplia y vivaz efectuada por el Eugène Rougon de Emile Zola, quien debió de ser testigo de los hechos cuando era un niño de aproximadamente mis mismos años, aunque con una capacidad de evocación mucho más asentada y predestinada? Las sensaciones de ese día interminable y caluroso, día de esperar y esperar y llenarse los pies de polvo, en compañía de la multitud, cansado, entre quioscos y vendedores y artistas callejeros, falsas alarmas y expectativas y continuas reacciones y avalanchas, todo ello finalmente transfigurado por la mayor y más intensa iluminación ofrecida jamás incluso a los parisienses,

destello cegador que simbolizaba eficazmente el nuevo Imperio...; la visión completa, decía, vuelve a mí tal como la expone el capítulo de *Los Rougon-Macquart*, con su efecto de algo largo, denso y pesado, sin sombras o medios tonos, sino atesorado y ejecutado en toda su inmensidad.

Yo diría que durante aquellos meses nuestras contemplaciones y, en general, nuestro ejercicio diario, no iban mucho más allá de los Campos Elíseos, aunque también recuerdo confusamente determinadas excursiones a Passy y Auteuil, donde nos reuníamos con pequeños compatriotas residentes cuya facilidad para los sonidos guturales del francés, arte espontáneo en ellos, constituyó una revelación y una iniciación, y desde donde nos adentrábamos, con idea de hacer una comida campestre, en el Bois de Boulogne; que, curiosamente, representaba para nosotros la selva virgen en mayor medida que cualquier cosa que pudiéramos haber tenido en nuestra misma puerta en América.

Era el aspecto social de nuestra situación lo que, sin embargo, más me atraía: pues me veo, al cortejar estos recuerdos, volviendo a separar —y más que nunca— un aspecto social de los fenómenos que se revelaban ante mi embotamiento reflexivo o ante paseos de motivación distinta; tránsitos perceptivos que ni siquiera eran del todo independientes de la ocupación de sillas de dos céntimos dentro del círculo encantado de Guiñol y Gringalet. Supongo que debería avergonzarme al confesarlo, pero Polichinela y sus marionetas, por las tardes, bajo sombras dispersas hasta que caía la noche, todavía tenían la capacidad de hechizar..., como parte esencial, quiero decir, de la intensidad generalizada de la animación y la variedad de rasgos. La "diversión", el atractivo estético y humano de París, no tenía por entonces ese aire de gran conspiración brillante para agradar; la maquinaria en acción no delataba tanto su grandioso propósito; pero los modos, tipos y tradiciones, el detalle de la escena, sus acentuadas particularidades, resultaban efectivos de un modo más directo, y también con frecuencia con una gracia más sencilla: el carácter, el humor y el tono conservaban aún buena parte de su intensidad. Estos acentos dispersos nutrían nuestros ojos y oídos, y también, en no escasa medida, nuestras respectivas imaginaciones. Aunque no fue hasta que la estación cambió y volvimos a encender nuestra chimenea una vez más, de cara al invierno, cuando mi pequeña revolución vuelve a relacionarse con un campo más amplio y con la compañía de W. J., que una vez más, en lo que duró el verano, había estado eclipsado para mí. Guiñol y Gringalet no lograron captar su atención, y *mademoiselle* Danse, creo, desaprobaba su teoría del conocimiento exacto, además de tenerle una cierta antipatía personal —lo que venía a ser lo mismo—. Ese otoño nos trasladamos a una vivienda no muy lejana, un apartamento de amplia fachada en la calle valerosamente conocida entonces como Rue d'Angoulême-St.-Honoré y ahora, tras diversas mutaciones, como Rue La Boétie; que cambiamos un año después por una residencia en la Rue Montaigne, esta última después de haber estado todo un verano fuera, en Boulogne-sur-Mer; siendo la mudanza primera la que fijó en mí el marco de un cuadro considerablemente animado: animado, en extremo, por el espíritu y las modestas circunstancias de nuestra vida familiar, entre los que cuento la fría resolución de *monsieur* Lerambert, que aún había de reflejarse en otros testimonios, hasta la fecha de nuestra definitiva, aunque respetuosa, ruptura con él; seguida, al llegar la primavera, por nuestra ineluctable etapa en la Institución Fezandí de la Rue Balzac; de la cual habrá mucho que decir, más incluso de lo que me permitiré. Con la Rue d'Angoulême venían sus aledaños, que incluyen el mero panorama frontero e inmediato de intimidades e industrias, múltiples facetas y sencillas habilidades del genio práctico parisense. Las muchas ventanas de nuestro premier, sobre un entresuelo no muy alto, daban a un estrecho y, en los meses de invierno, bastante oscuro cauce de infinito movimiento e interés por la animada exhibición que deparaba. Lo que teníamos delante era una serie de cuadros, el primero de los cuales venía dado por el panadero de la esquina, impecable proveedor de aquellos *croissants* suavemente crujientes que eran objeto de nuestro renovado apetito al despertar cada mañana, junto con nuestro flojo café con leche, por ser la única forma de pan de desayuno "europeo" digna de figurar siquiera entre las más flojas de los americanos. Luego venía la pequeña

crémérie, de un blanco punteado de azul, la cual, por un misterio intransferible, proporcionaba, en un espacio de pocos metros, largas y sabrosas comidas a trabajadores de bata blanca o azul, a cocheros de uniforme, gordos o flacos pero todos más o menos audiblemente bavards y sin pelos en la lengua; y, a continuación, el sólido reducto de la *écaillère* o vendedora de ostras, ella y su tinglado encajados en su intersticio igual que el molusco en su concha; flanqueada, a su vez, por el *marchand-de-bois*, asomado a su jaula igual de estrecha, los limpios haces de leña y troncos cortados apilados a su lado y por encima, como los nichos de los santos en los cuadros italianos primitivos, enmarcados con frutas y flores muy apretadas... El espacio y la memoria me impiden agotar la serie, cuya nota relevante, vista hoy, no es otra que la de la sociabilidad difusa y la inventiva doméstica y más o menos estética, con la calle como salón perpetuo o cuarto principal donde la menuda burguesa o trabajadora que pasa o se detiene a charlar luce, bajo cualquier pretexto o recado, la cofia, la cabeza arreglada, los finos tobillos y el presto ingenio. Lo que equivale a decir que vida y costumbres tenían allí una expresión más acusada y armoniosa, en nuestras mismas narices, que lo que habíamos visto en cualquier otro lugar, salvo en los fragmentos más destacados de las "crónicas"; a pesar de lo cual, no debo escribir como si estas minucias fueran todo nuestro alimento.

XXV

Deduzco que ese otoño vino a renovar nuestros largos y crédulos paseos; en particular, los míos en compañía de W. J.; y, al mismo tiempo, tengo una cierta sensación de que, cuanto más se debilitaba la novedad de París, en general, menores eran la confianza y seguridad que nos inspiraba, y sus sugerencias, puede que más numerosas y complejas, se hacían más oscuras y desconcertantes. No es que faltasen —contra la insipidez general que mi hermano atribuyera posteriormente a todo aquello— alegrías y conocimientos... ¿Por qué, si no, estábamos siempre —como creo que estábamos— midiendo el gran espacio que nos separaba de la galería del Luxemburgo, cada paso del cual, en uno u otro sentido, nos deparaba alguna imagen interesante y admirable, nos ponía en relación con algo noblemente concebido? A pesar de que nadie nos había recomendado ese paseo en particular, insistíamos en él (de los Campos Elíseos al río, para continuar, tras pasar el primer puente que encontrábamos, por los muelles de la orilla izquierda, hasta la Rue de Seine) como si éste encerrara, de alguna manera, el secreto de nuestro futuro; hasta el punto de que alguna vez llegué más o menos a escabullirme para hacerlo por mi cuenta, para saborearlo con la debida intensidad, sin distracciones, y con una emoción digna de la mejor aventura —y "mejor" equivale aquí a "la más parisienne"—. Los muelles más apartados, con sus innumerables librerías de viejo y tiendas de grabados, ambas mercancías a la vista en expositores alargados pegados a los barandales, debían de conocernos casi tan bien como nosotros a ellos. Pero cuando más densa se hacía la intriga y más honda y firme la emoción era cuando subíamos la larga y negra Rue de Seine, con toda la extensión e intensidad de tono que tenía en aquellos días, donde nos salían al paso un sinfín de vitrinas ceñudas, y nos movíamos en un mundo cuyo oscuro mensaje, expresado en no sabíamos qué siniestro lenguaje, podría haber sido: "Arte, arte, arte... ¿no lo veis? ¡Enteraos, pequeños peregrinos embobados, de lo que es eso!". Y sí que nos enterábamos; o lo intentábamos con todas nuestras fuerzas, y siempre pensé que no hacíamos tan mal papel, incluso cuando entrábamos en la comparativamente más corta, pero más amplia y elegante, Rue de Tournon, que en esos días coronaba abruptamente el camino más corto y constituía una especie de gran vestíbulo exterior del Palacio. Estilo, apenas entrevisto, era lo que, a modo de estímulo consciente, emanaba de aquellas viejas casas de remate gris, rostro claro y porte altivo, casi como si quisieran decirnos: "Sí, pequeño jeune homme curioso, somos dignidad, memoria y medida, somos conciencia y proporción y gusto, además de sensatez: he aquí los méritos por los que has de aceptarnos... No los encontrarás cuando encuentres —cosa que empezarás a hacer pronto, a gran escala— la vulgaridad". Lo que no deja de ser, lo admito,

un discurso excesivo para oídos tan jóvenes. Pero todo esto, insisto, flotaba en el aire, junto a la sensación de que la Rue de Tournon, adoquinada y con algo de hierba, podría pasar más o menos por una buena calle antigua de province. Yo adoraba, en definitiva, hasta su nombre, y creo que no me adelanto a los acontecimientos si digo que ya prefería el entonces confiado e inviolado Café Foyot, en la esquina izquierda, el querido y frecuentadísimo Café Foyot del viejo París, a su... bueno, a su ruidoso sucesor. La ancha boca del actual Boulevard Saint-Michel, casi a la vuelta de la esquina, no había sido forzada todavía a abrirse y mostrar sus más o menos brillantes colmillos. El viejo París se apretujaba todavía alrededor del Palacio y sus jardines, que constituían la verdadera y sobria antítesis social de las elegantes Tullerías y reforzaban, tras cada nuevo acto de fe juvenil por nuestra parte, tanto en general como en detalle, uno de nuestros más preciados descubrimientos literarios de entonces, el concienzudo estudio *Les Français Peints par Eux-Mêmes*, con abundantes xilografías de Gavarni, de Grandville, de Henri Monnier, que considerábamos casi nuestro deber admirar, y W. J. incluso como su oportunidad de copiarlos a pluma. Este volumen en octavo, de bordes dorados y a dos columnas, fue el que primero me reveló, anunciando más intensos tratos, el gran nombre de Balzac, quien, junto con otros escritores "ligeros" de su día, había colaborado en sus páginas. ¿No había yo leído una y otra vez la disertación en la que contrastaba los tipos de *L'Habituée des Tuileries* y *L'Habituée du Luxembourg*? Que encontré muy serré —es decir, lo que entonces no hubiera sabido llamar, por falta de conocimientos, "indigesta"— aunque endulzada y una pizca lubricada por los dos dibujos de Gavarni, tan expresivos a su modo.

Permítanme, no obstante, que no me distraiga por el camino; sobre todo, porque nada, en esas horas, nos decía tanto como los animados salones pintados de dentro del palacio, sobre todo los del Senado Imperial, que ya entonces constituían (al igual que, con ampliaciones y con muchísima más riqueza, sucede hoy) el gran museo de arte contemporáneo de París. Esta disposición era, en esa fase, cosa relativamente (sólo relativamente) modesta; a pesar de lo cual la suponíamos vasta y definitiva...; por lo que nos hubiera extrañado adivinar cómo, en muchos casos —entre ellos, algunos de los que gozaban de mayor estima— ese carácter definitivo iba a quebrarse. La mayoría de las obras de las escuelas modernas que más admirábamos, me temo, andan mendigando su sustento de puerta en puerta: es decir, de un museo de provincias a otro, de un rincón oscuro a otro; aunque, en muchas visitas posteriores, pudimos respirar aliviados al ver que conservaban su lugar algunas de las grandes obras a las que les habíamos otorgado nuestra más manifiesta confianza. A nadie se la concedimos en mayor grado que a Couture y a su *Romains de la Décadence*, recién aclamado entonces como la última palabra en gran estilo, en gran estilo modernizado, humanizado, impregnado de filosofía, redimido de la muerte académica; por lo que era directamente a la escuela de este maestro adonde las inquietudes juveniles americanas de entonces dirigían sus vuelos, y jamás fui capaz, durante muchísimo tiempo después, de contemplar esta obra maestra y todos sus antiguos significados y maravillas sin un aluvión de recuerdos y un revuelo de fantasmas. William Hunt, el genio de Nueva Inglaterra, el "pintor de Boston" que gozó de mayor autoridad durante unos treinta años a partir de 1857, y con quien, durante un tiempo, en sus inicios, W. J. iba a trabajar con total dedicación, había prolongado sus estudios en París bajo la inspiración de Couture y Edouard Frère; maestros de un grupo que completaban tres o cuatro de los interesantísimos paisajistas de aquel periodo y del inmediatamente anterior: Troyon, Rousseau, Daubigny, e incluso Lambinet y otros que se correspondían con la idea de la excelencia moderna que tenían el coleccionista americano y los mercados de Nueva York y Boston. Era una época cómoda, en la que la estima podía mantenerse y subir cada vez más sin deformaciones críticas; en la que podíamos, quiero decir, presumir a un mismo tiempo de inteligencia y de "serenidad". En nuestro círculo inmediato, llegamos a conocer a Couture hacia el final de su vida, y entonces hube de preguntarme de dónde le había venido la inspiración estética para su hermoso *Paje con halcón*, si no confundo el título, su otra gran apuesta por el estilo y logro del mismo, y al que durante mucho tiempo consideramos quizá el

más singular de todos los cuadros modernos. La concepción de los romanos del convite era, digamos, previsible como tal; no los envolvía ninguna clase de misterio, del que hacía que uno se preguntase de dónde habían venido, después de hacer no se sabía qué romántico o tortuoso o noblemente peligroso viaje...; tal es el aire de poesía que parecen mover unas alas poderosas cuando grandes presencias, en cualquiera de las artes, parecen haberse posado sobre la tierra. Lo que recuerdo, por otra parte, del espléndido muchacho rubio vestido de terciopelo y raso, o lo que fuera, negros, y que, mientras sube la escalinata de mármol, exhibe, con una gracia que acapara la atención, un gran pájaro posado sobre su dedo índice, era que no conseguía ayudarnos a adivinar, en esa época de la que hablo, posterior a la de su gloria, por qué rara casualidad los cielos se habían abierto una vez para aquella vieja ex-celebridad oscurecida que visitábamos. La poesía se había abatido sobre él, le había insuflado su aliento durante una hora y volado. Tales son, en fin, los altibajos de la fama —y haberlos sorprendido tantas veces en sus caprichosos movimientos contribuye al interés de cualquier persistencia observacional en este planeta; pues la cuestión de lo que pueda suceder ante nuestros propios ojos en ciertos casos, antes de que ese movimiento se detenga, ya en su punto álgido, ya en el más bajo, viene a ser un verdadero acicate para que uno no se vaya. Especialmente grande resulta el interés de haber percibido todas las subidas y caídas y de ser capaz de comparar el punto final —en la medida en que éste pueda determinarse con alguna certeza— con las mayores o menores altitudes previas; pues sólo cuando ha habido ascensiones (que no es lo más corriente) nuestra atención recibe las máximas recompensas.

Si tales altibajos hubieron de afectar a Eugène Delacroix, nuestro siguiente objeto de admiración —aunque mucho más inteligentemente por parte de mi hermano que por la mía—, éstos pertenecían al pasado y habían cesado ya, pues pudimos verlo, hasta el final, en posesión de su corona, e incluso sentir, creo, el placer inofensivo de haber estado seguros de ello desde tan pronto. Mi certeza, debo añadir, no era más que un efecto de la de mi hermano; pues, por lo que recuerdo, la misma seguridad tenía yo con respecto a Paul Delaroche, para el que el péndulo había de detenerse para siempre en un punto muy diferente. Y creo que consigo entrever, a pesar de toda su rareza, la belleza y, sobre todo, el palpitante interés que W. J. apreciaba en *La Barque du Dante*, a los que, según él, contribuía más que nada esa misma rareza; y lo veo, sobre todo, cuando reprodujo la obra en casa, de memoria y con ayuda de una litografía. Pero *Les Enfants d'Edouard* me produjeron una emoción de orden distinto, y no dudaba de que el extraño rostro alargado del príncipe de más edad, triste, dolorido y enfermo, con sus grandes mechones rizados de pelo rubio y sus piernas moradas, con el distintivo de la Orden de la Jarretera, que colgaban de la cama, era, como reconstrucción de historia remota, la "última palabra" en sutileza y en psicología modernas. Yo no había oído hablar jamás de psicología, en arte o en cualquier otro campo; como casi todo el mundo entonces. Pero sí que sentí la fuerza innombrada que estaba en juego. Y si yo también ejercía, a mi modo, mi admiración de un modo tan "sutil", parece que, con tales estímulos, la práctica de esa virtud (considerada generalmente un vicio, según creo) habría de asentarse de una vez por todas en la época a la que me vengo refiriendo; y lo que es seguro es que yo no había disfrutado hasta entonces de ninguna exposición formal en la medida en que disfruté, en una de aquellas temporadas, la muestra conmemorativa de Delaroche celebrada, al poco de su muerte, en una de las inhóspitas salas de aquella Ecole des Beaux-Arts a la que se accedía desde el muelle. Ahí sí que había toda la reconstrucción histórica que uno pudiera desear: en el cadalso alfombrado de paja, en las damas trastornadas con cofias de tres picos y esas inmensas mangas colgantes que les daban aspecto de llevar toallas de baño en los brazos; en el tajo, el verdugo, los ojos vendados y el andar a tientas de Lady Jane Grey; y también en la noble indiferencia de Carlos I, en posición comprometida como rey pero perfecto caballero, y mostrando en la silla la misma insondable serenidad que hubiera mostrado en el trono, mientras los soldados puritanos lo insultaban y hostigaban... Todo aquello nos causaba una emoción que resultaba más intensa por pertenecer a esa tradición inglesa que el bueno de Robert

Thompson, para delicia mía, se había afanado en inculcarnos, desde un elegante punto de vista conservador y monárquico. Pero W. J. no hizo intento de copiar nada de esto, aunque sí recuerdo que puso repetidamente manos a la obra con Delacroix, al que siempre y en todas partes encontraba interesante, hasta el punto de tratar de imitar rasgos de su estilo a lápiz y carboncillo; y también del estilo de Decamps, al que más o menos considerábamos un genio de la misma singular familia. Tenían el toque de lo inefable, lo inescrutable; y, sobre todo Delacroix, lo incalculable; categorías todas éstas que, en fecha tan temprana, por una feliz transformación, empezábamos a echar de menos y a anhelar. No teníamos todavía conciencia de estilo, aunque estábamos en camino, pero sí teníamos conciencia del misterio, que no era más que una de sus formas... Todas las demás las veíamos expuestas en el Louvre, donde al principio sencillamente me desconcertaron y abrumaron.

Era como si se hubiesen congregado allí en un vasto coro ensordecedor. Nunca olvidaré cómo —hablo, claro está, por mí— colmaban esos inmensos salones con el influjo de un sonido complejo, difuso y retumbante, más que con objetos visibles con los que uno pudiera entenderse directamente. Hacer distinciones, en esa atmósfera cargada, coloreada y confusa era difícil. Desanimaba y constituía un desafío: he ahí porqué la impresión predominante en mí al principio era la de que las espléndidas partes de la gran galería simplemente no invitaban a distinguir. Se limitaban a alzarse por encima de nosotros, en el prodigio de su dorada orgía y diversión infinitas, a formar parte de una revolución perpetua, irrumpiendo en grandes círculos suspendidos en las alturas y en simetrías que eran todo un despilfarro pictórico, abriéndose en profundos ventanales exteriores que parecían zafarse del resto del París monumental como si se tratase de un cuento sabido, una especie de elaborado efecto o atrevida ambigüedad paisajística, y, a la vez, retenerlo, en cada punto, como vasta y brillante prenda —y hasta sentida aventura, en ocasiones— de la experiencia. Lo que, en definitiva, quiere decir que en aquellos comienzos tuve la sensación de cruzar felizmente aquel puente hacia el Estilo constituido por la asombrosa Galerie d'Apollon, que se extendía ante mí como una larga pero segura iniciación y parecía formar, con su soberbio techo abovedado y su parqué desmesuradamente brillante, un túnel o tubo prodigioso a través del cual yo inhalaba, sorbo a sorbo, una vez y otra, una sensación general de esplendor. Ese esplendor siempre significó muchas cosas a la vez, no sólo belleza y arte y aspiraciones superiores, sino historia, fama y poder; el mundo, en definitiva, elevado a su más noble y rica expresión. El mundo era allí, al mismo tiempo, por una extraña extensión o intensificación, lo que mi imaginación infantil veía como la realidad local y presente del Segundo Imperio; que era, según constaba en mi conocimiento, algo nuevo, y extraño, y puede que malo, pero sobre el terreno resultaba hasta tal punto radiante y elegante que tomó para sí, tomó bajo su protección con espléndida insolencia, el presente y la antigüedad de todo aquel panorama; lo que, desde la vaga perspectiva histórica de uno, le llevaba a beneficiarse, aunque fuera de una manera confusa, de la incomparable riqueza y variedad de lo heredado. Pero ¿quién podrá decir de cuántas fuentes bebe, de un modo absurdo y caprichoso, la intensa (cuando lo es) fantasía juvenil? De modo que el efecto es, en veinte derivaciones, el de un filtro de amor o de miedo, que fija en los sentidos su símbolo supremo de lo bello o lo extraño. La Galerie d'Apollon se convirtió, durante años, en lo que sólo puedo denominar un espléndido escenario de todo tipo de cosas, incluso las más irrelevantes y hasta despreciables; y nunca he olvidado, en toda su nitidez, el valioso papel que jugó para mí, justo por esa sostenida condición privilegiada, cierta mañana de verano muchos años después, cuando mi despertar coincidió con el afortunado e instantáneo rescate y captura de la más horrible y, a la vez, más admirable pesadilla de mi vida. El climax de esta experiencia extraordinaria (que no ha perdido, para mí, su singularidad de aventura soñada, fundada en un profundísimo, animadísimo y clarísimo acto de pensamiento y comparación, que es también un acto de energía salvadora, y de indecible terror) fue la repentina persecución, a través de un enorme y alto salón, tras cruzar una puerta abierta, de una figura apenas entrevista que, aterrorizada ante mi acometida (un destello de inspirada reacción, por mi

parte, contra un tan irresistible como vergonzoso pánico), huía de la habitación que un momento antes había estado yo defendiendo desesperadamente y casi sin esperanzas, aplicando el hombro contra la fuerza que empujaba el cerrojo y la barra desde el otro lado. La nitidez, no digamos la sublimidad, de la crisis venía dada por la grandiosa ocurrencia de que yo, en mi terror, resultaba probablemente todavía más terrorífico que el horrible agente, criatura o presencia, fuera lo que fuera, al que había sentido, en la brusquedad de mi despertar dentro del sueño, acercarse a mi lugar de reposo. Lo mejor fue el triunfo de mi acometida, percibido como un deslumbramiento mientras procedía a efectuarla de un salto, logrando abrir la puerta hacia fuera; pero lo más destacado del conjunto fue mi asombro ante el reconocimiento final. Derrotado, abatido, vueltas las tornas en su contra al aventajarle yo en violencia directa y fatal, mi visitante no era ya más que un punto reducido al final de la larga perspectiva del, ya digo, tremendo y espléndido salón, sobre cuyo suelo brillantísimo, libre esta vez de la gran hilera de ricas vitrinas que ocupaban su centro, corría como alma que lleva el diablo, mientras una tormenta de truenos y relámpagos hacía acto de presencia a través de los hondos ventanales de la derecha. El relámpago que desveló la huida desveló también el extraño lugar y, por el mismo efecto sorprendente, mi joven vida imaginativa allí mucho tiempo antes, que había dejado en mí tan honda impresión que había bastado para mantenerlo en su integridad, preservarlo para este estremecedor empleo... Porque ¿qué otra cosa podían ser aquellos alféizares y aquel suelo pulido, sino los de la Galerie d'Apollon de mi niñez? ¿Ese "escenario de algo" que yo había vagamente intuido en ella entonces? No me equivoqué, pues estaba destinada a ser el escenario de aquella alucinación inmensa.

¿De qué, al mismo tiempo, en aquellos años, no fueron escenario casi en igual medida las grandes salas del Louvre, las de arriba y las de abajo, desde el momento en que actuaron, paso a paso, sobre nuestras percepciones? Literalmente, en casi todas ellas, de un modo u otro; y, cada vez lo veo más claro, de tal manera que resultaron educativas, formativas, fecundantes, en un grado con el que ninguna otra "experiencia intelectual" de las que nuestra juventud iba a conocer podía aspirar a rivalizar en alcance y sugerencia. La brusca y extraña y más que emocionante anticipación me llegó, creo, con ocasión de la primera de tantas visitas nuestras, de mi hermano y mías, de la mano del bueno y ya mencionado Jean Nadali, en el que nuestros padres, en la Rue de la Paix, al día siguiente de nuestra primera llegada a París (julio de 1855), delegaron con plena confianza, mientras ellos se ocupaban de otros asuntos. Me veo de nuevo, asustado pero exaltado, del brazo del animoso Nadali: su familiaridad profesional con los esplendores que nos rodeaban se sumaba, sobre la marcha, al encanto de su carácter "europeo". Me agarro a él mientras me quedo embobado ante el cuadro de Géricault *Le Radeau de la Méduse*, que fue, por su esplendor, terror e interés, la sensación de este momento decisivo que yo iba siempre a asociar (junto con dos o tres productos más o menos contemporáneos: los *Funerales de Atala* de Guérin, *Cupido y Psique* de Prudhon, los asuntos de romanos, con casco y todo, de David, el "encantador" autorretrato de *madame Vigée-Lebrun* con su hija...) con no sé qué anticipo, fijado en ese instante como si hubiera sonado la hora en el reloj, de todo lo que confusamente podríamos llamar las alegrías que uno había de conocer, el tipo de vida que uno estaba destinado a llevar, siempre de esa extraña clase llamada "interior" y, a su modo, tremendamente "deportiva" —aunque esa descripción no se correspondiese con ella entonces—. Por sí sola vino esta casi horrible percepción en todas las presencias, bajo la protección de nuestro guía y en compañía de mi hermano: vino justo allí, de ese modo; y, de alguna manera, traía consigo alarma y felicidad. En realidad, creo que esa felicidad apenas se hizo perceptible por sí misma, exceptuando la sensación de una libertad de contacto y apreciación realmente demasiado grande para uno, y dejando tal impronta en el lugar, los cuadros, los mismos marcos, las figuras que contenían, las partes y rasgos particulares de cada una de ellas, el aspecto de la rica luz, el olor del aire sólidamente encerrado, que jamás he vuelto a exponerme a estas cosas sin volver a sentir, una vez más, aquella antigua emoción y retroceder a mi infantil conciencia asustada. De

ahí la gracia, al repetirse tantas de estas condiciones: la de volver a sentir los comienzos de tantas cosas por venir. El comienzo, en pocas palabras, fue Géricault y David, pero no se quedó ahí, y se extendió lentamente; por lo que las percepciones estiradas y casi forzadas de uno, los descubrimientos y ampliaciones pieza a pieza, se recuerdan, en el gran edificio, casi como otras tantas exploraciones de la casa de la vida, otros tantos rodeos y vueltas alrededor de la imagen del mundo. Tengo vagas reminiscencias de visitas independientes, permitidas a pesar de mi quizá inconveniente juventud, durante las cuales la casa de la vida y el palacio de las artes llegaron a estar tan entremezclados y confundidos —el Louvre era, en líneas generales, el más poblado de los escenarios, además del más silencioso de los templos— que la expresión "un paseo para ver los cuadros" hubiera dejado fuera la mitad del contenido de esa tarde mía. Miraba los cuadros, miraba una y otra vez al vasto Veronés, a Murillo y su Virgen con los pies en la luna, a la casi perversa dama de las manos juntas de Leonardo, tesoros que entonces se exponían en el Salón Carré; pero también miraba a Francia, miraba a Europa, miraba incluso a América como pudiera pensarse que la misma Europa la miraba, miraba la historia como pasado vivo todavía y futuro complacientemente personal, la sociedad, las costumbres, el tipo, los caracteres, las posibilidades, prodigios y misterios de cincuenta clases; todo ello a la luz de estar espléndidamente "a mi aire" —aunque no teníamos entonces esa certera expresión coloquial— y, sobre todo, de ir y venir por la interminable e incomparable ala del Palacio que da al Sena, contra la que la sensibilidad juvenil casi se imaginaba frotarse, en busca de mimo y consagración, como un gato invoca el roce de un mueble protector. Tales eran, en fin, algunos de los vagos procesos —comprendo lo vagos que deben parecer— de hacerse con una educación; y yo, a pesar de esta vaguedad, distaba mucho de estar de acuerdo con mi hermano, más tarde, en que no fuimos nosotros los que nos hicimos con ella, que eso jamás sucede así, si estamos hablando de algo realmente digno de consideración, y también, en que la posible educación que podría o debería habernos acogido en su seno no lo hizo... Hasta tal punto llegaba mi desacuerdo, ya digo, que creo que llegué a glorificar aquellas galerías y a verlas como parte de un orden realmente afortunado. Si hubiéramos sido unos burros, razonaba, no hubiéramos dejado de serlo —en grado significativo, al menos— por más que una intención superior nos hubiera guiado; y, ya que extraíamos tales impresiones —por llamarlas así— de casualidades salvadoras (démosles este nombre a los Louvres y Luxembourgs), ¿a qué se debía el que no fuéramos unos burros, sino algo completamente distinto? Ese argumento parecía bastarme. Sobre todo, hubiera sido estúpido e innoble, una deshonra constatada y duradera, no haber aprovechado la oportunidad y seguido nuestros hilos dispersos, tantos como pudiéramos, desentrañando, como creo que felizmente hicimos, los de oro y plata, sin ocuparnos del material del que estuvieran hechos los demás; lo hubiera sido no seguirlos y no haber llegado, gracias a ellos, tan lejos como habíamos de llegar. Instintivamente, a pesar de cualquier oscuro designio que pudiéramos haber abrigado, tomamos el de plata y el de oro, por finos que pudieran ser, y estoy convencido de que, entretejidos con ellos, había más, muchos más de los que mi paciencia presente podría permitirse desanudar del delicadísimo tejido.

XXVI

Por supuesto, aludo aquí en particular al hilo estético en general, que era con el que nosotros (o, en todo caso, yo) más trasteábamos, aunque no estuviéramos entonces en condiciones de darle, como ya he señalado, un nombre tan raro. Había lados por los que prácticamente colgaba a nuestro alrededor, confundiendo nuestros pasitos y cabecitas; y también otros en los que uno no podía sino agarrarse a él en el vacío. Nuestra experiencia del teatro, por ejemplo, que había significado tanto para nosotros en nuestro país, casi cesó por completo justo en medio de aquella atmósfera más propicia; anomalía que medio se explica por el hecho de que era la vida, en general, a nuestro alrededor, la que resultaba perceptiblemente más teatral. Y hubo otras razones,

no sé si claramente expuestas a nosotros, que fuimos comprendiendo en la misma medida en que fuimos sabiendo, por rumores desalentadores, que el drama francés, con su grandeza, sus rarezas y su importancia, no tenía absolutamente nada que ver con nuestra edad, nuestra escasa mentalidad nativa y nuestra cultivada inocencia, a la inversa del americano y el inglés, que sí habían apelado abiertamente a estas cosas... Al Cirque d'Été, el Cirque d'Hiver, el Théâtre du Cirque sí fuimos conducidos en alguna ocasión: habíamos caído al nivel de los circos, y ese nombre parecía una garantía; a lo que se unía que el gran Teatro que tan gallardamente lo ostentaba, y que era entonces la sede por antonomasia de la féerie brillante y multitudinaria, parecía elevar, ante nuestros ojos, el conjunto de las posibilidades escénicas a una esfera de luz y gracia superior a cualquiera que se nos hubiera revelado con anterioridad. Recuerdo *Le Diable d'Argent* sobre todo como una revelación radiante, sometida a nuestra consideración durante toda una larga velada, como un destello casi cegador; lo que convenía sobremanera a la *donnée*, a la progresiva reducción del Brillante, aquel monstruo dinerario enormemente inflado al principio, a todos los grados sucesivos de flaccidez, mientras conduce al temerario joven con el que originalmente se ha aliado de placer en placer, hasta que al final no es más que un simple hilo de plata arrugado, que casi podría pasar por el ojo de una cerradura. Tal era la sorprendente moraleja, pues el joven, por bien servido que fuera, había sido engañado; lo que no nos había sucedido a nosotros, que habíamos tenido todos sus placeres y ninguno de sus castigos, cualesquiera que fueran a ser éstos. Mucho después, llegaría a sentirme un tanto apenado, a este respecto, al reflexionar que, si hubiéramos "caído en gracia" en el París de entonces igual que habíamos caído en gracia en Nueva York, podríamos haber dado con celebridades (flores supremamente exquisitas, y quizá supremamente rancias, del temperamento histriónico, brotadas del suelo del más rico romanticismo como realces de esa misma riqueza) de las que practicaban ese arte de más garbo y ese refinamiento superior que un público comparativamente homogéneo, y agrupado en un cuerpo crítico compacto, hacía todavía posible. La Rachel estaba viva todavía, pero en declive; presente estaba también el recuerdo de *mademoiselle* Mars, ya en sus últimos años; *mademoiselle* Georges, imponente y monstruosa antigualla, había reincidido en los escenarios una temporada más, pero nos la perdimos, igual que nos perdimos a Déjazet y a Frédéric Lemáître y a Mélingue y Samson, por no mencionar a otros de antes del Diluvio —entiéndase, de antes de la marejada de bárbaras presencias foráneas, extranjeros y políglotas en general, en butacas y palcos, a las que recuerdo haber oído a Gustave Flaubert deplorar como la ruina del teatro, al ser asumida la función de juez por un tribunal al que le resultaban virtualmente inaccesibles —o, en el mejor de los casos, inciertos— los valores del habla del autor y del actor.

Yo apenas alcancé a disfrutar un par de atisbos del antiguo arte interpretativo, pero ni un solo detalle de ninguno de los dos se me ha borrado. El primero y más singular de ambos fue una velada en el Gymnase para asistir a un *spectacle coupé*, con *mesdames* Rose Chéri, Mélanie, Delaporte y Victoria (luego Victoria-Lafontaine). Vuelvo a apretujarme, en compañía de mi madre, mi tía y mi hermano, en el sofocante palco de platea, y traigo a la memoria en especial la obra *Une Femme qui Deteste son Mari*, de *madame* de Girardin; historia, que entonces juzgué apasionante, de una admirable dama que, con el propósito de salvar a su marido legitimista durante la Revolución, finge las ideas más jacobinas y se hace pasar por la más *citoyenne* de todas las *citoyennes* para mantenerlo escondido en su casa con la mayor seguridad posible. Éste se estruja, casi dejándose la vida en ello, tras uno de los paneles que recubren la pared y que ella abre, mediante un procedimiento secreto, cuando él precisa aire y alimento y ambos pueden estar juntos a solas por un angustioso y fugaz instante. La gracia del cuadro estriba en el contraste entre estos momentos tiernos y el comportamiento de ella bajo la tremenda presión de soportar, por un lado, las intrusiones y pesquisas de los comisarios del Terror, a los que, a pesar de todas sus sospechas, logra engañar; y, por otro, a sus parientes nobles, la madre y hermana de su marido, si no recuerdo mal, que ignoran el secreto y a los que, por prudencia, ella mantiene en su

ignorancia, por más que el hecho de no tener a nadie más que a ella y el peligro continuo que sufren bastaría para asegurar su lealtad, aunque crean que el marido se encuentra escondido en otro lugar, acosado terriblemente, y la acusen a ella, por su entusiasmo republicano, de faltar a su honra y a su deber... Los demás harán bien en conceder poco crédito a la impresión que uno pueda guardar de estas cosas después de tanto tiempo; pero yo me fío de mi recuerdo del buen papel que hizo Rose Chéri; y también del de su physique ingrat, de su constitución sumamente extraña a primera vista e indudablemente huesuda: una mujer demacrada, de frente alta y protuberante, con algún parecido con la de Rachel, y para quien aquellos triunfos de la ilusión elaborada, como en el segundo, tercero y cuarto drama de Dumas hijo, habían de ser triunfos en toda regla.

Mi segundo y último recuerdo de esta clase se relaciona, tres años después, con el viejo y destartado Vaudeville de la Place de la Bourse, donde, en compañía de mi hermano, vi un drama doméstico en verso del entonces admirado Ponsard, *Ce qui Pláit aux Femmes*; pieza que gozó, creo, de escaso éxito, pero me dejó imágenes imborrables. ¿Acaso era posible —me preguntaba— superar en gracia y talento, y en arte singular y sereno, a *mademoiselle* Fargeuil, la heroína? A la que un par de enamorados rivales, para conseguir su mano, ofrecen lo que más le guste. Y la obsequian, en un caso, con una brillante fiesta, pequeña obra dentro de la obra, que presenciamos; y, en el otro, con la contemplación de un mísero ático en el que el pretendiente más astuto la introduce justo a tiempo de evitar que una muchacha pobre, inquilina del lugar, ceda a los ofrecimientos de una terrible vieja, una acechante *revendeuse*, que le explica bajo qué condición una persona tan hermosa podría gozar de toda clase de lujos. Su más feliz hermana, la cortejada viuda joven, interviene a tiempo, apuntala su tambaleante virtud, le abre una cuenta con el panadero y el carnicero y, sin tener ya dudas sobre a qué pasión corresponde la corona, nos muestra de un modo encantador que lo que más agrada a las mujeres es el ejercicio de la caridad.

Fue entonces cuando contemplé por primera vez a esa extraordinaria veterana de la escena, *mademoiselle* Pierson, ligada desde tiempo casi inmemorial, según generaciones posteriores, al Théâtre Français, lo que hace que su carrera me sorprenda por su fabulosa duración, aunque era una jovencísima belleza cuando apareció en la pequeña féerie o alegoría que ocupaba el segundo acto de la obra de Ponsard. Lleva muchísimos años interpretando papeles de madre y tía... sin haber dejado de ser nunca una belleza juvenil. No es que estas fruslerías en fin, reclamen conmemoración, como tampoco el hecho añadido de que yo hubiese de admirar más tarde a *mademoiselle* Fargeuil, cuando, después de haber contribuido con su brillante firmeza a todos los éxitos iniciales de Sardou, pasó de la comedia interesante y del quizá no menos interesante drama romántico (con *La Patrie* de Sardou como puente) al empleo de la brocha más gorda en el Ambigú y en otros templos del melodrama. El sentido, el verdadero sentido que yo extraigo de este par de recuerdos no es otro que el valor que tienen como atisbo de un viejo orden que hablaba mucho menos de nuestros cientos de recursos materiales modernos (materiales que parecen el principal sustento de la escena de hoy) y, a la inversa, muchísimo más de la única cosa que entonces era —y había de ser, en unión de otras— esencial. Esa única cosa era la calidad —por no mencionar la cantidad— de los recursos personales del actor, su historial técnico, su temple probado y su experiencia; cosas de las que dependía casi todo, y cuya sola mención intensifica el carácter de campo de batalla declarado y heroico que presenta el resto del cuadro: la escuálida escena y el escuálido medio de la época. Éstos, escena y medio, se han visto considerablemente favorecidos en las dos últimas generaciones, las nuestras, hasta el punto de que esa parte del cuadro ha llegado a ocupar el lienzo entero: en nuestros días, el peso de la obra recae sobre el autor y el empresario, en detrimento del actor (sobre todo, en las obras que tratan de nuestra vida, costumbres y aspectos inmediatos); son ellos los que hacen la mitad del trabajo, reduciendo la "ecuación personal", la exigencia de un máximo de aportación individual, a una contribución en la mayor parte de los casos gratuita y prescindible... Baste esta brevísima

impresión como tributo a la curiosidad histórica; impresión de la edad tenaz y de la maestría de ésta para doblegar a sus víctimas, que no eran los espectadores expertos. Los espectadores eran tan expertos, tan resignados al sufrimiento material en bien de su pasión que, mientras el sufrimiento fuese meramente material, consideraban adecuada la recompensa estética, el disfrute crítico de lo esencial; lo que parece apuntar a una moraleja de amplio alcance. Todo, menos la "interpretación", menos lo personal, tenía en el teatro francés de aquellos días clases y grados de endeblez y futilidad, de falsedad incluso, que nuestros hábitos modernos no tolerarían... Por no contar otras condiciones que ya entonces resultaban detestables, incomodidades y molestias que, en cierta medida, han sobrevivido hasta hoy. El teatro, en suma, era casi un lugar de tortura física, y aún hoy sigue sin ser, en París, un lugar cómodo. Añádase a esto la endeblez que siempre tuvo la escuela de Scribe y la vaciedad, también de siempre, de un millar de vaudevillistes; panorama que, hasta que Dumas hijo y Augier iniciaron la comedia moderna, no tuvo otra contrapartida que el terrible peso muerto, la prodigiosa prolijidad y disparate de buena parte, por no decir la mayoría, de la producción romántica y melodramática. Al parecer, compensaba, en la edad de oro de la interpretación, permanecer sentado a lo largo de interminables veladas en lugares imposibles: y el hecho de considerar que aquélla fue la edad de oro a tales efectos (para lo que disponemos de un montón de pruebas) basta para explicar la paciencia del público. Y era con el público con quien los actores, según sus aguerridas fuerzas, tenían que tratar casi exclusivamente, al igual que, en las condiciones que hoy nos resultan más familiares, este peso recae en casi todos los implicados en el caso, menos los representantes de las partes. Y hay muchísima más gente implicada ahora que antiguamente; entre los que no hay que despreciar a los que han aprendido a convertir el teatro en un lugar soportable. Todo lo cual nos deja con esta interesante visión de una verdad posiblemente grande: la de que no se puede tener más de una clase de intensidad —intensidad que merezca ese nombre— a un tiempo. La intensidad de la edad de oro del histrión era la intensidad de la buena fe de éste. La intensidad de nuestro periodo es la del "empresario" y el tramoyista, a la que se añaden incluso las del arquitecto, autor y crítico. Y, al parecer, no hay más remedio que elegir entre ese —llamémosle así— aspecto derivado del producto y el otro, el aspecto inmediato.

XXVII

Veo buena parte del resto de aquella época concreta de París a la luz de la Institución Fezandié; y a la Institución Fezandié, de la Rue Balzac, la veo a la luz, si no ya del magro asilo para *petits pays chauds* de Alphonse Daudet —ya traído a colación, en líneas generales, por el recuerdo de las instituciones previas de Nueva York—, al menos sí a la de otros estudios de éste referidos a ese París precario y ambiguo sobre el que el gran Arco que corona los Campos Elíseos extiende, a sus horas, su amplia y encomiable sombra protectora, un preciado manto de "tono". En torno a su vasta presencia paternal se congregan estos retazos ajedrezados y, a sus expensas, disfrutan de cierto grado de dignidad reflejada.

Fue a aquella gran quinta cuadrada de la Rue Balzac a la que, como alumnos no del todo ajenos a los vaivenes de la fortuna, recurrimos cuando perdimos todo rastro de *monsieur* Lerambert. A esta distancia en el tiempo, el local me resulta todavía de lo más extraño e indescriptible; o descriptible, a lo sumo, mediante algunos de los más certeros giros y toques del mejor Daudet. El cuadro, en fin, no tiene por qué resultar desabrido. .. Apenas lo necesita, a mi juicio, para dar justa medida de su vivacidad, singularidad, humor; todo recordado sin perjuicio de ese aire suyo como de felicidad igualmente fútil. Lo veo como algo luminoso, impreciso, vago; como algo confuso, cohibido e irremediable. Lo veo, me temo, como algo completamente ridículo, pero al menos del todo inofensivo para mí y mis hermanos, y capaz de dejarnos un fondo de impresiones humanas: tal fue la variedad de figuras y caracteres que desplegó ante nosotros, y de tal modo nos evitó toda sensación de perversa disciplina o de búsqueda de conocimiento abstracto. Era

una casa de recreo, o de sociedad, más que de instrucción; lo que realmente creo que influyó grandemente en nuestros padres cuando, al verse privados de *monsieur* Lerambert, se preguntaron, con su ya considerable práctica, cómo proveernos a continuación. Nuestro padre, como tantos espíritus libres de Nueva York y Boston en aquel entonces, había sentido gran interés por los escritos de Charles Fourier y su proyecto de "falansterio" como solución a los males humanos, y se me ocurre que debía de conocer a *monsieur* Fezandié, o haber oído hablar de él, en su calidad de activo y comprensivo exfurierista (por entonces, creo, sólo quedaban exfurieristas) que, muy cerca de nosotros, se estaba embarcando en un experimento que, si no era del todo falanstérico, al menos lo inspiraba y enriquecía un audaz idealismo. Quiero pensar que la institución era cualquier cosa antes que falanstérica: se evita así toda aprensión de que tales lugares pudieran ser siniestros. Éste lo recuerdo como decididamente alegre: animado, bullicioso, ruidoso, del todo ajeno, por ejemplo, a esa nota extenuante que había en el cooperativo Blithedale de Hawthorne. Me gusta pensar que el barrio, entonces todavía suburbano y alegremente heterogéneo, y ahora opresivamente uniforme, estaba cerca del lugar donde murió Balzac, aunque dudo (por más que durante un tiempo traté de persuadirme de lo contrario) de que coincidiera exactamente con el escenario de la catástrofe del gran hombre. Fuera como fuera, la tapia del jardín veía sus idas y venidas, lo que no llegué a inferir hasta algunos años después, por más que ahora ese dato desplace cualquier otro interés que el sitio pueda albergar.

Lo que no puedo negar es que me sentí sumamente atraído por aquella etapa especial de nuestra educación en la que lo que comúnmente se entiende por pedagogía brilló fantásticamente por su ausencia. A este respecto, la etapa Fezandié superaba incluso a otras que contaban con excepcionales motivos, Dios lo sabe, para disputarle esa supremacía. Con todo, su gloria reside en que no era un páramo estéril, sino que hervía y crujía y se desbordaba en el calor de su riqueza. Aunque los tres éramos externos, generalmente nos quedábamos a almorzar y volvíamos a casa, ya avanzada la tarde, con una casi dolorosa experiencia de roce multiplicado y vivo. Pues lo hermoso de todo aquello era que la Institución, técnicamente hablando, era a la vez un pensionnat, con alumnos en su mayoría ingleses y americanos, y una pensión, con beneficiarios maduros de ambos sexos; y que las dos categorías se habían mezclado con resultados de lo más animados. Tal había sido el grandioso designio de *monsieur* Fezandié. Que era natural del sur, calvo y ligeramente inflado, con una barba delicada, una mirada de una vivacidad no reñida con cierta expresión abrumada y melancólica, y una esposa esbelta, agraciada y juvenil, que se multiplicaba, aunque había momentos en que creo que apenas sabía a dónde dirigir su atención. Lo veo como un Daudet meridional, pero más del tipo sensitivo que del sensual; una especie de bala perdida llevada por el viento (había disfrutado, y posiblemente dejado marchitarse, alguna antigua conexión americana), siempre dispuesto a alguna nueva aplicación de su fe y sus fondos. Y si el hecho conmovedor de ser incapaz de ver por qué la aplicación particular de la Rue Balzac —con un cuerpo de pensionistas que abarcaba desde la infancia hasta la decrepitud— no habría de ser un brillante éxito pudiera considerarse como tal, habría sido un triunfo de lo más original.

Para nosotros fue una aventura hermosamente compleja, una brava miradita al mundo con el feliz pretexto de recibir "clases". De vez en cuando, sí que recibíamos clases, pero las recibíamos en compañía de jóvenes caballeros y señoritas de estirpe anglosajona que se sentaban en una larga mesa tapizada de tela verde junto a nosotros y varios coetáneos nuestros, niños ingleses y americanos, para tomar los dictados que hacía el director en persona o el anciano y más que notable *monsieur* Bonnefons, al que creíamos actor jubilado (¡qué modelo para Daudet!) y que interrumpía nuestras avergonzadas lecturas de los clásicos franceses antiguos y modernos con maravillosos recuerdos y hasta imitaciones de Taima. Una nube de leyenda envolvía, a nuestros ojos, a este *monsieur* Bonnefons, con su peluca y sus arrugas, su apasionamiento y, me temo, su hambre... Estábamos convencidos de que se "remontaba", más allá del Primer Imperio, a las escenas de la Revolución; en parte, quizá, y más que nada, por su desprecio de nuestra manera de pronunciar, cuando tropezábamos con ella, la soberana palabra libérté, cuya pobreza, la de

nuestra deplorable "libbeté" sin erres, imitaba y ridiculizaba haciendo resonar espléndidamente la forma correcta y revolucionaria, con treinta erres que valían por un prolongado redoble de tambor. Entonces lo creíamos, aunque conservador desde el punto de vista artístico, políticamente malquisto por los poderes de entonces, a pesar de saber que los que sufrían esa lacra tenían que andarse con cuidado por miedo a los mouchards del tirano... Lo sabíamos todo con respecto a los mouchards, yhablábamos de ellos igual que lo hacemos hoy de los aviadores o las sufragistas... Y recordarlos en una edad tan candidamente ajena a ellos es darse cuenta de cuánta historia hemos visto desplegarse.

Había ocasiones en que *monsieur* Bonnefons se limitaba a pasearse de un lado a otro y alrededor de la mesa larga. No me lo imagino sentado, sino siempre en marcha, una especie de cansado Judío Errante de la clase. Y, sobre todo, lo oigo recitarnos el pasaje del combate con los moros en El Cid, y mostrarnos cómo Talma, al describirlo, parecía ponerse en cuclillas para saltar terroríficamente a la voz de "Nous nous levons alors!", que *monsieur* Bonnefons pronunciaba como si en aquella alfombra al menos cincuenta hombres se hubieran puesto en pie de un salto. Pero se desprendía de estos destellos fragmentarios con una rápida recaída en la indiferencia. No le gustaban los anglosajones. De los hijos de Albión, al menos, tenía un pobre concepto; con sus especímenes americanos, observé, era más compasivo. Y era imposible no pensar que esta imperfección de su simpatía, dejando a un lado la cuestión de Waterloo, se basaba en el dolor que le causaba la deshonra que sufría en nuestras manos su hermosa lengua, por la que sentía, como gran campo de elocuencia, una patriótica devoción. Creo que aborrecía del todo nuestras cerradas vocales inglesas y nuestras confusas consonantes, nuestra falta de sonidos que él reconociera como tales. Lo que no me explico es por qué, a este respecto, se llevaba mejor con nuestros compatriotas, con frecuencia embrollados en vocablos más extraños aún que los que se usan hoy en día. Creo que la explicación estaba en que, como viejo igualitarista, percibía en ellos quand même ciertas facilidades de trato. Además, nosotros, los del bando más joven, debíamos de infligirle a su oído menos violencia que aquellas estiradas damas de ultramar y aquellos muchachos ingleses que se preparaban para exámenes y carreras y se congregaban, junto a nosotros, en torno a aquella mesa de plausible extensión y severa desnudez, y en los cuales creo ver una vez más un apurado esfuerzo para "acertar" en giros que nosotros habíamos adquirido inconscientemente. El francés, según la vieja fórmula de aquellos días, "era el idioma de la familia"; pero creo que a aquellos estudiantes en general debía parecerles una familia cuyos miembros más jóvenes a duras penas se mantenían en su sitio. Canturreábamos con mayor facilidad y, en premio, aspirábamos a mayor reconocimiento; lo que suena como si nos hubiéramos convertido, en estas extrañas vecindades, en unos pedantuelos más bien insultantes. Lo que no era el caso, pues, por raro que parezca, también había unos cuantos chicos franceses con los que, por motivos tanto lingüísticos como "familiares", sentíamos que nuestro parentesco era escaso, y en comparación con los cuales, a ese respecto, y con uno de ellos en particular, recuerdo que en una ocasión hube de hundirme en la insignificancia.

El personal de la Institución, aparte de camareros y doncellas, era más bien escaso; pero, en su limitación, además de a *monsieur* Bonnefons incluía a *monsieur* Mesnard: a *monsieur* Mesnard el joven, instructor de todas las artes que no consistieran en retorcer las erres y, con ellas, a modo de ayuda, nuestros ojos. Es significativo que esta vertiente elegante me resulte ahora completamente borrosa; y que, en definitiva, mi recuerdo confunda al moderno y vulgar *monsieur* Mesnard con el singular e inestimable *monsieur* Bonnefons. Con todo, aquél me concedió su atención una mañana, sin escatimar su paciencia, en un rincón de la casa que en ese momento ocupábamos prácticamente nosotros dos (me parece estar viendo una habitación pequeña y vacía que daba al jardín); cuando irrumpió, benévolamente empujado por *madame* Fezandié, un niño que destacaba por su hermosura y por su aspecto romántico: un alumno recién llegado. Lo que más recuerdo de él es que tenía una especie de nimbo de tirabuzones ligeros, un rostro delicado y pálido y esa voz honda y ronca con la que los niños franceses solían suscitar

nuestro asombro. *Monsieur* Mesnard le preguntó inmediatamente, con interés, su nombre y, una vez oído éste, hizo todo lo posible por averiguar, con más intensa atención aún, si era hijo de Arsène Houssaye, reciente director del Théâtre Français. El chico reconoció este honor, lo que produjo tal intensificación del interés de nuestro répétiteur que, en comparación, me supe completamente desplazado de su visión del mundo. Quedó visiblemente deslumbrado por un origen como el de nuestro pequeño visitante, y al cabo de un rato sentí el impulso de escabullirme entre las sombras. El hermoso niño llegaría a convertirse en el ahora difunto Henry Houssaye, el brillante helenista e historiador. Jamás olvidé el arrebató expectante de la pregunta de *monsieur* Mesnard: arrojaba luz sobre la reverencia que entonces se le tenía a la institución que *monsieur* Houssaye padre había administrado.

XXVIII

Me viene, a pesar de estos recuerdos de más amplio alcance, una cierta idea como de encogimiento o declive en los beaux jours de la Institución; que parece que vio su curso regular un tanto enturbiado y revuelto, en vez de con el agradable chapoteo que al principio parecía bañarnos a todos por igual. Infiero, al intentar esta reconstrucción, que la empresa simplemente demostró ser una fantasía impracticable, y que, en todo caso, los adultos —las más de las veces, adultos más que raros— tendían a superar en número a la candida jeneusse... Lo que me lleva a preguntarme qué teoría de la fuente Castalia —de la que se enseñaba que, si no corría, al menos goteaba por allí— pudo ser la que movió a *monsieur* Houssaye a, digamos, agarrar a su hijo por los talones y sumergirlo en nuestro manantial. Me causa sonrojo contar que mi propio parecer respecto al mérito de éste debía de proceder exactamente del giro extraordinario que tomó —muy a pesar de los elevados ideales de Fezandíé— aquella invraisemblable casa de diversión donde las formas de experiencia que de algún modo insistían en aflorar no bastaban para poner en duda la asimilación de forma de inocencia alguna, y donde ninguna forma de experiencia era objeto de desaprobación demasiado directa por mor de los tiernos brotes de inocencia inicialmente pretendidos. Y algunas de estas formas fueron precisamente aquellas que al principio podían haber deparado al bueno de nuestro director los más vivos motivos de tranquilidad: aquellas solteronas americanas y sus extravagantes compatriotas, algunos completamente cuellilargos, otros —los menos— melenudos y sin mentón, con levitas negras carentes de todo indicio de corte y de toda sugerencia, en cuanto prendas, de aplicación concreta —de aplicación, quiero decir, a cualquier cosa parecida a carácter o circunstancia, función o posición—, y que se congregaban en aquellos grupos que *monsieur* Bonnefons casi aterrorizaba al negarse a reconocer, entre las razas bárbaras, ni la más mínima aproximación a su idea del gran principio de la Dicción. Recuerdo haber disfrutado intensamente y en secreto algún que otro matiz de su desprecio, y haber visto cómo, dado su historial, estaban plenamente fundados. Recuerdo, sobre todo, como marcado a fuego por la impresión que me causó, su ideal de una criatura plena de vida y carente de vacíos expresivos, de insípideces imaginativas, su noción del lujo vital —y, también, de la cantidad de inconvenientes que conlleva el que ni una sola de las letras del alfabeto de la sensibilidad pueda descuidarse— que implica el hecho de ser francés.

La lección más viva que habré aprendido, sin embargo, de esa fuente depara, en cualquier caso y a lo sumo, un extraño nexo educativo, dada la clase de concentración a la que se supone que una educación —incluso la nuestra— apunta de un modo especial: me refiero a esa abierta promiscuidad de intuiciones que fácilmente podrían haberse calificado como infructuosas, con su cortejo de impresiones y sensibilidades avivadas..., y que daban —sobre todo, estas últimas— su cosecha de apariciones. Admito que aún hoy me complace sobremanera la fantasía de que nos bañábamos, todos nosotros, en un elemento tan sublime como el que podía haber dejado en ese lugar —quiero decir, allí mismo— la presencia vital, recién extinguida, del prodigioso Balzac; que había traído consigo, como por obra de su mera respiración, una nube tan densa de

presencias, un ejército tan compacto de sombras relacionadas entre sí, que el aire estaba todavía impregnado, como si de humos de brujería se tratase, de un infinito ver, suponer y crear, de un tráfago imaginativo sin fisuras. La Pensión Vauquer, que, según Le Père Goriot, había existido hasta hacía muy poco al otro lado del Sena, no me había sido revelada todavía. Pero las figuras que la pueblan no son hoy esencialmente más intensas (quiero decir, en cuanto página vivida y caracterizada, terrible y conmovedora, en comparación con la palidez de la página estudiada) que lo que me resultaron —bien poco me cuesta convencerme de ello— los más numerosos y variables, aunque sin duda menos sugerentes, miembros de la Pensión Fezandíé. Fantástico, y completamente "subjetivo", el que yo atribuya una parte del interés de éstos, o del escenario que se extendía a su alrededor, a cualquier percepción efectiva que la mente del niño pudiera abrigar de que el ambiente o el momento poseyesen una peculiaridad, una brevedad y una acusada intensidad características; que encrespaba todas las cosas, conforme iban viniendo, con la brisa matinal del Segundo Imperio, y arrancaba de ellas chispas de resignada aceptación, y un cinismo fresco, y la fuerza de una ejemplar gesticulación. Es posible que la gesticulación estuviese en el aire, legible, al alcance de la comprensión juvenil, y si yo pudiera simplificar este testimonio lo bastante lo representaría todo como parte de ella. Fuera como fuera, al parecer yo fijaba entre tanto mi atención en aquellos jóvenes de Fezandíé, la mayoría ingleses que, en esa atmósfera multicolor, aprendían el francés con vistas a lo que yo, en mi candor, suponía que eran cargos y "puestos" diplomáticos, comerciales, vagamente oficiales; y quienes, tal como infiero ahora, aunque por entonces no lo captaba en absoluto, debieron de pasárselo en grande bajo las relajadas reglas del establecimiento. Ahora veo que fue un soplo del viento de sus críticas el que me deparó mi primer escalofrío al constatar el declive del establecimiento, una punzada que anunciaba lo que podría venir, como un golpe, de la hermosa falacia general que lo sustentaba. Aquellas críticas eran, a este respecto, bastante libres, lo que me causaba admiración a la vez que terror. Se expresaban en términos de grandioso desprecio, como el que yo creía propio de una raza superior. Y tildaban al pobre Bonnefons, al mismísimo Fezandíé y, más o menos, a todo bicho viviente, de mendigos y bestias, y no recuerdo haber oído de aquellos labios otro calificativo referido a cualquier plato de los que nos servían en el déjeuner (y más aún en la comida siguiente, que mis hermanos y yo no compartíamos) que no fuera el de "asqueroso". Estas expresiones —que no figuraban en nuestro entorno familiar americano, con sus distinciones más amables y sus estimaciones más imprecisas— ampliaron considerablemente el radio de mis recursos intelectuales o, por lo menos, sociales; y el tono general de éstas, tal como las recuerdo hoy, viene a arrojar un torrente de luz sobre la imagen de aquella vieja seguridad insular (tan empedernida entonces, desde el punto de vista intelectual, que esa palabra apenas alcanza a expresarla, por más que agitaciones interiores y el surgimiento de un sentido "comparativo" de las cosas haya empezado ahora a estremecerla violentamente y a desfigurarla) bajo la cual tuvo lugar el choque externo y general del inglés "lejos de casa" con el hecho de estar lejos de casa. Aquellos jóvenes de Fezandíé estaban tan lejos de casa como el que más, y sin embargo a mí me parecían —sobre todo, por la fuerza perturbadora de esa seguridad, ejercida de todos los modos posibles, salvo el físico— las mejores, más hermosas y más sabias criaturas; de modo que cuando me los encontraba por la tarde bajando los Campos Elíseos con airoas zancadas y ataviados al modo de la época (para lo que siempre podemos acudir a los números contemporáneos de *Punch*), el hecho de que yo las más de las veces estuviera paseando apaciblemente con mi madre o mi tía, o incluso con mi hermana y su institutriz, hacía aún más intenso mi deslumbramiento ante la impresión de verlos venir armados para la conquista o, al menos, para la aventura. No estoy muy seguro de que ellos, por lo general, me honrasen en esos momentos con un gesto de reconocimiento; pero tengo bien presente el recuerdo de cierta hora vespertina, después de haber acompañado a mi madre al Hotel Meurice, donde una de las ya mencionadas primas de Nueva York, hija de uno de los tíos de Albany —me refiero al de Rhinebeck— anidó por una temporada, en un gesto que ya entonces me pareció bastante

incongruente, tras un funesto golpe del destino... Vuelvo a ver las luces de gas de la Rue de Rivoli en aquella noche de primavera u otoño (lo he olvidado, pues tras nuestro año en la Rue d'Angoulême había tenido lugar una migración a la Rue Montaigne, con un periodo, o más bien dos, en Boulogne-sur-Mer de por medio; y el distraído camino que seguíamos podía venir de una u otra dirección)... El conjunto parecía adornar con demasiadas farolas y vitrines excesivamente iluminadas el dolor de los pobres Pendleton ante la pérdida de su único hijo, tan sano y hermoso, y envolver su estado en aquellos succulentos efluvios de cocina subterránea de los que tan cargados, de un modo tan desproporcionado como poco apetitoso, están mis recuerdos parisinos de esos años... A lo que vengo a referirme es a que, justo al salir del hotel y mientras mi madre, más que confiar en mí como apoyo y protección, me empujaba a través de las turbulencias y los, digamos, extraños roces de aquel gran bazar del que entonces formaba parte, con mucha más animación que ahora, la Rue de Rivoli, entonces, se me apareció el que a mí al menos me parecía el más espléndido de mis mayores y superiores en la Rue Balzac; que, ajeno a los asuntos que allí supuestamente nos ocupaban, con el sombrero de copa un tanto ladeado y el cigarro activamente encendido, me reveló de golpe lo que era estar en plena posesión de París. Había rapidez en su paso, aplomo en su ademán; iba visiblemente, impacientemente, a lo suyo; y me deparó, por tanto, mi primera imagen completa de en qué consistía exactamente ir a lo de uno. Y me la deparó, sobre todo, mediante un floreo del ya mencionado sombrero de copa (del que los ingleses de esa edad eran inseparables), con el que dio muestras de reconocimiento y de respeto hacia mi acompañante, aunque marcando ligeramente las distancias con un ostentoso buen humor de chico mayor; que era, tal como recuerdo desde niño, la frecuente manifestación de condescendencia natural —distinta al puro gesto de superioridad— por parte de un admirado de más edad. Como si le importase, como si le pudiera importar, el que yo recorriese la noche de París de la mano de mamá, mientras él nos saludaba con una gracia que era como el batir de las mismísimas alas de la libertad. .. De estos jirones, en fin, está tejida la tela de la sensibilidad juvenil, cuando la memoria (si es que la sensibilidad ha existido para ella) revuelve nuestro viejo baúl de quincalla espiritual y, sacando tiernamente a relucir tal o cual andrajo, pone el tejido contra la luz. Me veo, en este caso, revolver con tanta inquietud y ternura que los andrajos, por delgados que sean, salen a puñados y cada jirón parece enredado con otro. El mero nombre de Gertrude Pendleton, por ejemplo, se convierte, y muy preferiblemente, en el marco de un cuadro distinto y mejor, que suscita recuerdos afines: los referidos al elemento de la parentela neoyorquina que había tenido originariamente parte en presentar bajo una luz brillante y, digamos, económica, la "inclinación" por París... Inclinación que, durante el periodo de la Rue d'Angoulême y la Rue Montaigne, pudimos, no sin cierta melancolía, ver cumplida con la mayor libertad y ligereza por parte de los inimitables Mason. Sus primeros días en Tours y Trouville habían llegado a su fin. Un periodo de relativo rigor en aquella Florencia todavía rodeada de murallas y todavía plena de abusos y felicidades era también, creo deducir, cosa del pasado. Nuevas riquezas, conscientemente esperadas durante el magro periodo anterior, habían recaído milagrosamente sobre ellos, y la idea general que me hice de su entorno —apenas si veo más allá— estaba teñida por nuestra familiaridad con su disfrute de éstas en un principal de la Rue-St.-Honoré tremendamente adornado con cortinas y volantes y atestado de similor y estatuillas de Pradier, y que estaba casi enfrente de la embajada británica. Un principal más bien bajo, casi una especie de entresuelo, si no recuerdo mal, cuyas ventanas cerradas, que apenas si lograban separar nuestros propios sonidos de los de aquella calle tan sociable y, a la vez, terrible, llena de historias y recuerdos, parecían encerrar una atmósfera y una luz impregnadas de una especie de mezcla de toda clase de curiosas y añejas amenidades y referencias parisinas; como si mirar o escuchar o tocar equivalieran allí, de alguna manera, a sonar, a recuperar y comunicar, a contemplar, a saborear e incluso oler...; lo que te exponía a los mayores envites de la sugerencia, pero también conllevaba un dulce y extraño efecto de saciedad, como el que produce, digamos, el consumo ininterrumpido de hilera tras hilera de chocolatinas y bombones de los que vienen en

cajitas con volantes y fruncidos. Yo debía de pensar que todo aquello era algo a lo que los sentidos desarrollados de uno habrían de acostumbrarse y no dar demasiada importancia, y debía de sentirme más bien avergonzado de la ligera náusea titubeante que mis propios sentidos experimentaban. Lo que no contradice, sin embargo, mi afectuoso recuerdo de la naturalidad innata con que nuestras primas asumían, de antiguo, todas estas cosas; y de cómo cuatro muchachas (la mayor de las cuales, un dechado de belleza y encanto, destinada a elegir aquel medio, después del matrimonio y la viudez, para vivir felizmente hasta el día de hoy) tan sencillas, tan dulces y afables habían llegado a dominar el escenario y sus extensiones, recursos y posibilidades en un grado que nos dejaba reducidos al más modesto provincianismo y a bebemos sus palabras cada vez que nos hablaban (cuando lo hacían, quiero decir, la más gentil de las mamás y la adorable hija que "salía") de presentaciones en las Tullerías ante la entonces maravillosa e inefable Emperatriz... Relatos conmovedoramente matizados, por parte de aquellos parientes nuestros tan habituados a esas cosas como, a fin de cuentas, poco baqueteados, por la cuestión de si ocasiones tan grandiosas no constituían, quizá, una profanación de los domingos, que ellos solían guardar. De algún modo, en aquellos días en que las jóvenes americanas eran más adorables, y numerosas, que ahora —o al menos, tenían los ojos más grandes— se daba por supuesto, al parecer, que incluso en las Tullerías habría de tenérseles en cuenta la única tradición que se rumoreaba que tenían: la del Día del Señor.

Pero lo que con más insistencia me viene a la memoria como esencia y fragancia de mis primas de Nueva York, al respecto, es una época a la que recuerdo haber aludido en otras páginas, y en la que las primas a las que me vengo refiriendo habían desarrollado, no sé bajo la influencia de qué inextinguible estrella matutina, la más intensa afición hacia las más madrugadoras caminatas y exploraciones, en las que tuvieron la bondad de permitirme, siempre que otras instancias también lo permitieran, participar: paseos salutíferos, de un carácter extraordinariamente matinal, a la hora de esos meticulosos traperos y esos limpiabotas casi nunca franceses que sólo se veían en los amaneceres del París del Segundo Imperio; lo que nos hacía sentirnos unidos, bajo la dirección de Honorine, brillante hija de la calle, en la impresión de que también nosotros, en la frescura de nuestra curiosidad y admiración, teníamos algo que decirle al grandioso espectáculo a punto de comenzar, y gozábamos por doquier de la libertad de los que frecuentan el ático o el sótano o sólo conocen la puerta de servicio de las casas. He llamado a nuestra pastora "Honorine", aunque puede que me equivoque al dar este nombre a aquella amable soubrette que, con su confiada y alegre audacia, podría haber pasado por una inspectora oficial en persona, y a cuya holgada custodia o, más concretamente, experta sensibilidad y sinceras simpatía y curiosidad, era confiado libremente nuestro rebaño. Si no era Honorine, sería Clémentine o Augustine... Es lo de menos: porque lo que guardo, en cualquier caso, de estos trasiegos sobre el extraño rocío parisiense son esas contemplaciones compartidas que nos hacían detenernos junto a los escaparates de los joyeros del Palais Royal y los anuncios de los teatros del Boulevard. El Palais Royal, ahora tan deshonrado y rechazado, era entonces el París-París; los cierres de las tiendas parecían levantados, a esa hora, exclusivamente para nosotros, y recuerdo bien cómo, ante aquellas tan numerosas como concisas y ricamente abreviadas pecheras las más de las veces cubiertas de diamantes y perlas, rubíes y zafiros que representaban, en la ingenuidad de sus combinaciones y contorsiones, lo mejor del gusto de la época, se abrió ante mí un campo de estudio tan amplio como yo quisiera sobre el hecho más que alarmante de que el hechizo que las piedras preciosas ejercen sobre la naturaleza femenina no conoce límites. También yo, recuerdo, me quedaba embobado ante esas exhibiciones, y puede que hasta creyera propio de un joven de mundo manifestar una preferencia inteligente y refinada hacia tal o cual objeto. Pero lo que realmente tenía a mi alrededor era lo que bien podría haber llamado el coro de la mezquindad, guiado a su más lata expresión por Honorine, y capaz de sugerirme, por la crudeza de sus anhelos, una apasionada franqueza natural... y Dios sabe qué extremos de corruptibilidad, que escapaban a mi entendimiento. Curiosos, en fin, al recuperarlos, estos borrosos atisbos de

conciencia: mi idea de que mis inocentes acompañantes, con Honorine en tete, habrían hecho cualquier cosa, habrían sido capaces de todo, por el máspreciado rubí; y que, aunque incapaz de permanecer decentemente ajeno a esa riqueza, uno no tenía la menor idea de qué podía ser ese "cualquier cosa" o qué quería decir "todo". Mis efusivas primas, al mismo tiempo, con toda seguridad sabían todavía menos que yo, y la bizarra glosa que Honorine hacía de la gama completa de posibilidades y realidades era, por sí sola, un verdadero adorno social.

Todas, en definitiva, se divertían, mientras que yo no hacía otra cosa que rumiar en vano, lo que, al fin y al cabo, era mi forma de divertirme; cosa que me azoraba, aunque lo cierto, y quizá lo extraño, del asunto era que a mí me importaban un bledo las piedras preciosas, que los rubíes y perlas, no importa en qué disposición, me dejaban más bien frío; que me importaban tan poco como lo que secretamente, monstruosamente, dolorosamente me importaban las flores. Más adelante llegué a tener conciencia de que "adoraba" los árboles y los mármoles arquitectónicos: de que, por una losa cumplida o un mármol lo suficientemente raro, vetado o de tonos purpúreos, habría dado una bolsa de rubíes; pero eso fue cuando ya había pasado la época de preocuparme en dilucidar lo que en ese caso supondría para un niño la —llamémosla así— corruptibilidad proclamada, ante aquellas vitrines, por las primas. Esa pregunta ni siquiera llegaría a plantearse más tarde; pero estaba tan presente en aquel entonces que, si me hubiese sido planteada sin tapujos, habría tenido que confesar mi incapacidad para contestarla; y deduzco que, por lo mismo, me habría avergonzado de esa pobreza interior, sintiendo que, como chico, no estaba yo a la altura de las chicas. Estas perplejidades, al mismo tiempo, se manifestaban de modo distinto ante los pórticos de los teatros: ahí todas las cuestiones quedaban fundidas en un único abismo de envidia... Envidia del dominio beatífico e igual de las primeras horas de la noche por parte del joven séquito de Honorine, a las que el ruiñón mañanero y el chiffonier hallaban frescas incluso después de haber derramado la noche anterior cubos de lágrimas —y no tantas como la primera o la segunda vez— ante la hermosa historia de La dame aux camelias. Lo que suponía, en fin, una nueva humillación, más por lo débil de mi posición que por mi naturaleza: fuese lo que fuese ese "todo" que habría que hacer como medio para un fin, yo lo habría hecho sin dudarle nada más que por ver a *madame* Doche y a Fechter en el triunfante idilio de Dumas que ahora disfruta los honores completos del inocuo clasicismo; y con respecto al cual, así como con respecto a los méritos de sus intérpretes, las felices pupilas de Honorine habían alcanzado una perfecta —y, si no serena, al menos siempre receptiva y sensible— familiaridad. Dulces, hirientes y singulares hasta el asombro son los imborrables recuerdos que componen ese aspecto de las primas y las caminatas y noches superpuestas que se funden a lo largo de esas calles y soportales olorosamente húmedos y retocados, que brillan a la inefable luz matinal de nuestras peculiares, y tiernas, cultura e inocencia.

Todo lo cual, una vez más, me ha llevado, con demasiada facilidad, a soltar por un momento mi argumento principal, el de la bondad que irradiaban Gertrude Pendleton y aquellas precipitadas hospitalidades suyas, a las que quizá nos acogíamos con la mayor complacencia. La visita luctuosa al Meurice a la que aludí un poco más atrás tuvo lugar más tarde, y la irradiación de la que hablo procedía sobre todo, ese primer invierno, de un petit hotel situado en algún lugar "al otro lado", como solíamos decir con gran imprecisión, de los Campos Elíseos; región por entonces no sometida a ninguna regularidad, y que a mí me gustaba imaginar como un caos de accidentes y contrastes, en el que los petits hôtels de tipo arcaico se daban la mano con serrerías y tabernas y pabellones tan característicos como indefinibles, acurrucados entre groseras industrias y vulgaridades... Todo realzado, en fin, por la sociabilidad parisiense, aunque ésta se redujera al regateo o a alguna que otra bavardise. Los grandes alardes de refinamiento extremo, ahora tan evidentes, no habían llegado aún, de modo que resultaba un tanto original vivir allí, por más que la atracción que ese riesgo ejercía sobre nuestra joven pariente, entonces tan invariablemente natural, con aquella indefensa alegría suya más de gestos que de ingenio o de expresión (su antiguo acento neoyorquino se quedaba en los umbrales de la enunciación),

residiese en lo que yo al menos supuse que era el lustre de sus mismísimas convenciones y tradiciones; de las que podría servir de ejemplo una brillante fiesta nocturna de bautizo en honor del pequeño en el que estaban puestas todas sus esperanzas, y al que tan precipitadamente iba a perder; acontecimiento que, dada la forma abreviada y más bien tácita con que el trámite bautismal era conocido entre nosotros, nos pareció una de las grandes ceremonias de una sociedad que se trataba a sí misma con seriedad característica. Nosotros éramos mucho más serios que los Pendleton, pero, por paradójico que parezca, nuestra posición adolecía de la debilidad de no poder demostrarlo de ese modo. La velada por fuerza hubo de revestir un carácter de lo más amistoso, informal y sencillo, con invitados pequeños, en concordancia con el pequeño héroe, y grandes; a pesar de lo cual debí sentirme más que nunca en presencia de un "rito", de esos que congregan a su alrededor circunstancias de todas las clases posibles, de modo que, cuantas más, más podía uno imaginar el cumplimiento de un gran orden social. ¿Cómo voy a pretender decir ahora cuántas clases de circunstancias creí reconocer?... Comenzando por la más notable, la que más alas daba a la fantasía: la de que la ceremonia religiosa fuese, al mismo tiempo, fiesta, con profusión de brillos, adornos florales y señoras con los hombros desnudos (con esa tópica desnudez de entonces, que de algún modo sugería el límite moral, como trazado con regla y firme lápiz); con niñas inglesas, hijas de un famoso médico de esa nacionalidad que entonces hacía su carrera parisina (debió de ser él el que ayudó a traer al mundo a la pequeña víctima), y cuyo acusado tipo no pasó desapercibido en absoluto; con redondas cajas, adornadas con lazos, de peladillas multicolores, sobre todo dragées de baptême, que cosechábamos de sus montones como si cogiéramos manzanas de un árbol sacudido, y simbolizaban, en mayor medida que cualquier otra cosa, la dignidad ritual. Puede que esta impresión de grandeza se redujera a esas dragées de baptême, tan inmemoriales, para nuestro joven gusto, como el pastel de año nuevo o la tarta de Elecciones que habíamos conocido en Nueva York, aunque inmensamente más oficiales y con una abundancia que les era consustancial; en parte, a lo largo de aquellos días y días en los que nuestra vida se alimentó, se reforzó y casi se atiborró de ellas. Y no es que fueran sólo tan apetitosas, sino que, de algún modo, eran importantes e históricas.

No fue a estas bagatelas, sin embargo, a las que atribuí la presencia ocasional entre nosotros del joven pariente nuestro (en este caso, primo por parte de madre) que más me hizo cavilar de asombro, y no porque, dada la diferencia de edad, más acusada entonces, me invitase a abordarlo: me refiero al ya aludido Vernon King, que por entonces hacía el bachillerato al otro lado del Sena y se dejaba caer esporádicamente por nuestro mundo (y recuerdo el respeto que me inspiraba lo que yo suponía su tremenda labor) como el que va a un lugar de pega y perifollos, al más tenue de los sustitutos de esa "Europa" en la que él había sido tan técnicamente sumergido desde pequeño. Su madre y hermana, a las que también me he referido en una página anterior, lo habían confiado, desde tan lejos, a la gran ciudad para que ésta le diese el "acabado" educativo que nuestra enérgica prima Charlotte juzgaba el único apropiado... Y estoy seguro de que él podría haberse desenvuelto a este respecto de un modo que hubiera pasado por brillante, si tales brillos, a la luz de los rígidos criterios de ella, no tendieran siempre a lucir poco en su presencia. Con el tiempo, a estas señoras les daría por vivir en lugares cada vez más estrambóticos, por razones abstractas e inhumanas: en Marsella, en Dusseldorf (su principal escala alemana, si no recuerdo mal) y, durante un largo periodo, en Nápoles; donde, en particular, su estancia tuvo motivos algo distintos a los de las otras, por más que tengo el recuerdo, muy posterior, de haberlas acompañado allí a la ópera, experiencia que ellas, a su manera, lograron despojar de todo elemento concreto o, digamos, agradablemente vulgar. Impresiones posteriores, escasas pero firmes, vinieron a realzar hasta tal punto la ternura que inspiraba la propia imagen de Vernon —sin duda el más interesante de toda la tropa de aquellos jóvenes parientes nuestros precozmente confundidos y llamados a mejor vida— que éste, con su tez fresca y su primera barba rubia, siempre sonriente y un poco falto de resuello como por una mezcla de energía y timidez, me mira desde el periodo parisino como demandando la idealización que le corresponde

o la justicia que le es debida, lo que hace de la mera evocación un ejercicio de lealtad. Al parecer, quedé abundantemente convencido en aquella época (lo recuerdo bien) de que él, con dos o tres años más que mi hermano mayor y más precozmente hundido (y también más firmemente asentado) en aquellas hondas aguas purificadoras cuya virtud todos, aunque con diferencias de constancia, reconocíamos, era la prueba fehaciente y viva de lo que el proceso, de efectos comparativamente pobres en nosotros, podía obrar en el mejor de los casos y con arcilla amasada en origen y en casa hasta alcanzar la plasticidad apropiada; además de lo cual mi fantasía creía ver en él, apreciable con toda brillantez y naturalidad en su mismo temple, el vago y espurio sello, y el intenso acento, del Barrio Latino, que nosotros apenas alcanzábamos a imaginar y sólo arañábamos superficialmente en nuestros píos paseos al Luxemburgo y por las zonas donde más densamente podría haber cuajado ese glamour. Aún habíamos de verlo una o dos veces más, tres o cuatro años después, cuando, justo antes de nuestro regreso, volvió a América con el propósito, si la memoria no me engaña, de ingresar en la facultad de derecho de Harvard; y lo vimos todavía con esa sonrisa puramente facial, compuesta con viveza y soltura, como su misma tez; y, como siempre, con ese aire de darle tan escasa importancia al trance en el que se encontraba que el solo hecho de dejar ver más o menos asombrosamente, bajo cualquier circunstancia, algún indicio o eco de éste le dejaba sin resuello, como quien ríe por puro azoramiento mental: demasiados eran los trances en los que se había visto, todo le aburría, y no hubiera sabido por dónde empezar. Algo sí que dejó ver, en alguna ocasión... Hablando, claro está, desde el plano que yo ocupaba, y por los informes indirectos de mi hermano: dejó ver, al parecer, mientras paseaban juntos por las resplandecientes arenas de Newport, un fragmento, el comienzo de un poema muy juvenil que le había sido sugerido, con otros resultados, por "Europa"; un retazo del cual iba a quedar fijado en mis recuerdos por razones independientes de su calidad:

Harold, ¿te acuerdas tú, te acuerdas de aquel día en el que recorrimos la Vía Apia?

*Las tumbas, los ruinosos altares en el llano
sus sombras alargadas proyectaban,
y mientras conversábamos, a nuestro alrededor,
el pasado de nuevo palpitaba.*

Aquello era lo bastante europeo, y sin embargo él regresó a América para encontrarse a sí mismo, a pesar de que a su alrededor se hicieron todos los esfuerzos posibles para estorbar ese descubrimiento. Se encontró, al estallido de la guerra, simplemente en el papel de soldado americano, sin mediar el más mínimo sueldo en forma de charretera o espadín; sino como simple recluta nativo, papel en el que se sentía tan a sus anchas que sonreía y respiraba a pleno pulmón —para aumento de su feliz escasez de resuello, atribuible a un hartazgo de cultura, pues no sugería la más mínima falta de robustez en su persona—. Extraña y, con todo, más conmovedora que extraña, recuerdo la imagen, aunque vista a distancia, de su inmediato desprenderse de todas sus capas de barniz educativo, las "dotes" que poseía, los idiomas, los títulos, los diplomas, las experiencias recordadas, todo aquello de lo que se hallaba tan profundamente impregnado... Pira de preciados atributos que casi podría equipararse a un incendio incontrolado. Su prodigiosa madre, a la que creo que el lector sabrá comprender por los indicios que le he dado, no pudo evitar verlo de ese modo; juzgándolo todo, con la hostilidad manifiesta hacia el Norte que le causó la terrible coyuntura, con hondo y resentido disgusto. Recuerdo mi propia consideración de Vernon, durante todo aquel asunto, como alguien tan despojado y, a la vez, tan lejos de su camino y, por encima de todo, tan imperturbablemente brillante como para sugerir que había algo más en él: una especie de reacción profunda, unos extremos de indiferencia y desafío, una exhibición de carácter joven demasiado tiempo reprimido y oprimido, demasiado tiempo sometido a prohibiciones y del que se esperaban

demasiadas cosas, siempre sujeto a una voluntad excesivamente firme; por lo que el pretexto público le dio el impulso, le prestó alas que, sin acontecimientos de esa magnitud, le hubieran faltado. Tal como se sucedieron los acontecimientos, nada —es decir, nada que pudiera desear o gozar— le faltó. No recuerdo con cuál de los estados, Nueva York, Massachusetts o Rhode Island (creo que con el primero) sirvió; sólo creo recordar que todo esto le acaeció, primero, en el ejército de McClellan y luego en el de Grant, y que, malherido en una batalla en Virginia, volvió a casa para recibir los cuidados de su madre, recién regresada a América por breve tiempo. Ésta posteriormente sostendría que, mientras estuvo bajo su cuidado, él le había dado su palabra de que, una vez licenciado y suficientemente repuesto, no se reengancharía. La cuestión no salió de entre los dos, pero lo que sí estaba claro era que, en términos materiales, ella no dependía en absoluto de él. El viejo e inevitable adagio, sin embargo, volvió a cumplirse en ellos: enfermó el diablo y santo quiso ser; sanó el diablo y un demonio de santo fue.

Un demonio de santo, en fin, es lo que fue Vernon, que negó haber dado su palabra y que, tan pronto como superó su primera baja, apasionada y admirablemente volvió a alistarse. De inmediato reintegrado al frente y a lo que ahora daba el indispensable sabor a su vida, reencontró el fragor de la gran carnicería en las inmediaciones de Richmond, donde, de nuevo gravemente herido y, tal como lo imagino, incorregiblemente sonriente, sucumbió. Su madre, por entonces, había regresado indignada a Europa, acompañada de su hijo menor y su hija; siendo ésta la que algo después aceptó, para nuestro gran dolor, el papel de ser quien concluyese la historia. Anne King, joven y frágil pero no menos firme ante las dificultades que otros de su sangre, regresó al saber la muerte de su hermano y, como la más serena y pálida Electra correspondiente al más brillante Orestes, hizo un arduo viaje entre ejércitos concentrados y campos devastados y tomó posesión del cuerpo ya sepulto para trasladarlo a Newport, viejo solar, como ya he mencionado, de la familia de su padre, los Vernon y los King. Debió de ser con la intención de ver a mi madre, además de embarcar de nuevo para Europa, por lo que vino luego a Boston, donde recuerdo haberla acompañado, el último día, al muelle del vapor inglés, un arcaico África o Asia de Cunard, una bañera negra que se bastaba para cubrir la línea de Boston de aquel entonces. Grandes fueron, recuerdo, la resignación y tristeza con que la vi partir, e incluso en esa ocasión encontré otra imagen para describirla: ¿no parecía, más que nada, aunque más enjuta y seca, una de esas modestas empleadas que protagonizan las historias de las Brontë? Mucho más parecida a una Lucy Snowe que a una Jane Eyre, y sin asomo de héroe masculino a la vista. En eso se resumían las distinciones de privilegio y cultura de tantos países distinguidos (objeto colectivo, desde antiguo, de nuestra más sentida envidia); lo que, en el caso de Vernon, se resumía en una lápida desnuda en la ladera de Newport, en la que, por deseo materno, como ya he dicho, no figuraba el menor indicio de las circunstancias de su muerte. Tan grandiosas, tan bellas y personales me parecieron tales circunstancias entonces, y me lo han seguido pareciendo, que este breve recuerdo no es más que un inevitable fruto de las mismas. Su madre, en fin, debido a sus opiniones, no encontró, como también he señalado, ningún mérito en ellas en todos los días de su vida; y la hermana regresó junto a ella, a su "Marseille", como siempre la llamaron, para morir prematuramente poco después.

XXIX

Intuyo que podría sacárseles mucho partido a mis recuerdos de Boulogne-sur-Mer, si me quedara espacio para ese vasto y modesto asunto; una vez dentro del cual, probablemente iría de un lado a otro con el mismo espíritu exploratorio, atento y —me atrevería a decir— descubridor de entonces, para dar la verdadera medida de mis pequeñas operaciones. Allí me vi prácticamente reducido a esa clase de operaciones, de orden meramente interno y apariencia ociosa, que ya hemos tenido ocasión de presenciar abundantemente; reducido, ya digo, por la siguiente causa, a saber: la irrupción de un enorme borrón, muy parecido a una humilde mancha

doméstica de grasa que tendiera a expandirse considerablemente, y que afectó a lo que podríamos llamar el mundo activo más o menos inmediato a mí. Mi vida personal durante esa oscura crisis debió de reducirse a ver lo que pudiera, a mi modo incorregiblemente ambulante (costumbre que quizá fue la culpable de que no trajese a casa nada que pudiera mínimamente exhibirse), en vez de dedicarme a los estudios e intereses que agitaban, en diversa medida, nuestro pequeño círculo en expansión. Las imágenes a las que me refiero como dignas de evocación más amplia que la que puedo dedicarles fueron fruto de dos periodos distintos en Boulogne, más breve uno y más largo el otro; siendo este segundo el que a todos, deduzco, nos pareció que se prolongaba infinita y destructivamente: tan intensa fue, al menos para mí, mientras duró, la añoranza que volví a sentir por la Rue Montaigne, aquella Rue Montaigne que mis padres "subarrendaron" durante un tiempo ante la angustia que produjo en sus corazones cierta "crisis financiera" de gran virulencia, a la que había sucumbido trágicamente —puede estudiarse ahora en los libros de historia— el orbe americano, y que había puesto en peligro o acortado durante unos meses nuestros moderados recursos. Llegamos a recuperar, añadido, nuestro perturbado equilibrio, y pudimos proseguir aquella búsqueda nuestra de lo extranjero, nuestra "verdadera" oportunidad, siempre aplazada por un motivo u otro; y de aquel segundo, de aquel comparativamente frugal y abatido contacto con lo que entonces era un clásico refugio para las ocasionales malas rachas, cuando no para la clara indigencia, de todos nuestros compatriotas afligidos, en el más amplio sentido de la palabra, por estas cuestiones, nos desentendimos finalmente con no poco alivio y rencor. Quizá sea éste el motivo exacto por el que el panorama de nuestra existencia en las playas del Pas-de-Calais me suplica ahora plena indulgencia; en otras palabras: todas las pinceladas de ternura posibles, después de tantos años, aplicadas a las pérdidas, confusas y, sobre todo, pobres y más bien vulgarizadas y violentadas fuentes de impresión, elementos y aspectos que, mientras, a su modo y en su medida, florecieron, nosotros no pedíamos otra cosa que poder admirarlos o siquiera apreciarlos por su extrema y remuneradora rareza. El centro exacto de mi particular conciencia del lugar se desplazó enseguida al hecho de que mi estancia allí coincidiera con la enfermedad más grave de mi vida: un ataque, al que le faltó poco para ser mortal, de aquel maligno tifus de antaño; que, tras reducirme a la mayor postración durante muchas semanas, me condenó a una convalecencia tan ardua que veía mis —por lo que entonces se juzgaba— aparentemente escasas posibilidades como a través de un cristal oscuro, o tras ese borrón creciente para el que encontré unas líneas más arriba un símil doméstico.

Esta experiencia iba a convertírseme, una vez superada, en el gran recuerdo o circunstancia de la vieja Boulogne, y llegué a considerarla, hubiera jurado que con gran perspicacia, el límite exacto de mi infancia. Asumí, tras mi completa recuperación —y más aún, por haberse demorado ésta tanto— la conciencia de ser un chico de dimensiones completamente distintas, e incluso con una nueva dimensión recién adquirida: dimensión que, con el tiempo, llegué a considerar como un estirón hacia un cambio esencial, hacia vivir directamente en una parte de mí que no había visitado antes y que ahora se me hacía accesible como si se hubiese forzado bruscamente una puerta cerrada. El borrón de conciencia que he comparado con una mancha de grasa no carecía, me apresuro a añadir, de bordes flexibles e incluso, durante su periodo de mayor presencia, de zonas de menor espesor; sin las cuales, en fin, mi cuadro, el cuadro que yo siempre incurablemente perseguía, hubiera estado totalmente desprovisto de animación, hubiera carecido completamente de su enjambre de rasgos, de figuras, objetos y escenas, instantes y momentos particulares; la materia, en suma, de esa chatarra de escaso valor a la que he llamado nuestros multiplicados recuerdos. ¿Acaso no llegué a darme cuenta, incluso entonces, y mucho después, de cómo habíamos sufrido, en las partes más densas y en las más tenues de la aventura, todo un asalto, de una intensidad hasta entonces desconocida, de "carácter", social y local? De este modo la Boulogne de hace mucho supo adelantarse y hacer, como decimos, medio camino para salirle al paso a la imaginación dispuesta a tales avances. Estaba, tomándola en conjunto, tan

verdaderamente empapada de carácter que me veo captando esa fina fragancia casi en todas las cosas por igual; con la excepción, en fin, de haberla podido percibir más ahogada que entregada en el escenario, comparativamente sórdido, del Collège Communal, que no mucho después iba a ampliarse, creo, a Lycée, y al cual nos llevó de inmediato el inefable curso de nuestra educación. Yo no llegué a frecuentar ese Collège tanto como mis hermanos mayor y menor, gracias a la enfermedad interpuesta que, con su rastro de secuelas, me mantuvo tanto tiempo apartado, tan contento como fastidiado. Pero padecí durante unas pocas semanas previas esa más bien maloliente impresión de una vida más dura, causada por una institución profundamente democrática de la que ningún niño, incluso los menos habituados al jabón, podía ser excluido. Extraño, reconozco, que ese lamentable resultado fuera el único que yo obtuviese al inhalar el aire del lugar; porque no le faltaba tampoco carácter, para quien le interesara, y mi visión de algunas de sus condiciones materiales, de la ubicación del colegio en la parte alta de la empinada Grand' Rué, a la derecha y no demasiado cerca, según recuerdo, de la entonces muy apretada e inviolada haute ville o ciudad vieja más o menos conservada, con su inútil muralla gris, la ciudadela rodeada de foso y torreones y el baluarte, immortalizado por Thackeray, que permitía pasear y sentarse a la sombra de los árboles, todo aquello alcanzaba, en su medida, un carácter monumental que nosotros jamás habíamos relacionado con la búsqueda del saber. ¿No fue allí — quiero decir, en la haute ville— donde aquella Veterana que sufría indigencia en las manos mal empleadas del Coronel Newcome se enfureció enormemente, y de un modo terrible, con aquella silenciosa víctima por algo relacionado con una molleja o unas tajadas de fiambre a las que alguien había metido mano?

Además de aquellas construcciones que jalonaban los accesos a una educación como la que habíamos conocido en otros lugares, el Collège presentaba, con las reservas que se quiera, esa medida de estilo que cualquier ejemplo francés de arquitectura administrativa es más propenso a alcanzar que a quedar por debajo de ella; incluso aunque la cuestión se reduzca al más tenue remedo que pueda concebirse de un cour d'honneur: el patio que separaba el lugar, al menos en intención, de las modestas casas burguesas y realzaba el efecto del muro frontero, lleno de ventanas, y de la imponente, equilibrada y bien plantada escalinata. Muchas palabras son éstas, admito, para un recinto que entonces se presentaba tan insípido, y quizá se deban, en parte, a un particular recuerdo asociado, demasiado fantasmal ahora para ser del todo recuperado: el de ciertos domingos, diferenciados del severo —quiero decir, del aburrido y escolar— cuerpo de la semana, en los que, al parecer, me mofaba de todo aquel terreno tan formal al cruzarlo y pasarlo de largo para llegar a cierto pequeño musée de province anexo, idealmente antiguo, tan inviolado a su modo como la muralla gris y la austera ciudadela, y muy similar a ellos en la uniformidad del tono; y en el que repetidas veces, y sin que nadie me estorbase, contemplé a mis anchas Dios sabe qué extravagantes antiguallas de rancio arte académico. Ni uno solo de estos tesoros, cada uno con su propio estilo, recuerdo; pero la constatación y la nota distintiva de su existencia no era entonces, en absoluto, tan elusiva que yo no lograra extraer de ellos atisbos de lo que interesaba, es decir, revelaciones del misterio y del encanto estético, histórico y crítico de aquellas cosas tomadas en su conjunto, que venían a sumarse a mi exiguo manojito de cultura en germen. A eso se reduce también, a su manera, lo que conservo de nuestra casa de saber; y sin embargo recuerdo cómo, en los escasos y sencillos términos que he examinado, aquello me llenaba de alegría; mientras que otras impresiones de mi breve y penosa experiencia se reducen, como posible objeto de interés, a los apenas tres o cuatro rasgos que recuerdo de la composición social de la escuela. Estaban los hijos de todos los tenderos, y no les iban a la zaga, en mi recuerdo, los de algunos operarios y artesanos; pero también estaba el contingente inglés, en el que predominaban los internes, todos ellos uniformados con chaquetas azules y botones de latón, lo que llegaba a producir un efecto de extraña redundancia, y quienes, me gustaba creer, buscaban nuestra compañía. Nítida me resulta todavía aquella mañana de verano en la que, en el ancho patio —tan ancho, en fin, como a mí me gustaba imaginarlo, y donde nuestras expansiones

se reducían a dar vueltas en el mayor desamparo—, un muchacho moreno y de ojos negros, que más o menos me igualaba en juventud, me habló, con aires que recuerdo como de persona informada de primerísima mano, del estallido, del que se acababa de tener noticia, de una terrible revuelta en la India, donde sus padres militares, que no hacía mucho que lo habían hecho salir de allí para enviarlo —en lo que yo juzgaba una imperdonable falta de imaginación— al pobre lugar donde estábamos, corrían peligro mortal; por lo que era posible que la noticia de la muerte de éstos estuviese ya en camino. El que estos personajes tan llamativamente expuestos fueran militares bien podía ser cierto, pues mi amigo se llamaba Napier (o Nappié, como le decían en la escuela) y —esto lo añado yo— poseía, en mi opinión, el atractivo de una personalidad caracterizada por rasgos marcadamente originales. Los chicos ingleses que habíamos conocido desde que salimos al extranjero eran muy pocos: los de Fezandié, tanto los ingleses como los americanos, además de no tener mucho de jóvenes, habían ido a parar a nuestro montón de disparidades; y llegué a convencerme, de un modo característico, de que los que habíamos conocido en Nueva York, por más que uno creyera estar bien informado de sus variedades y "personalidades", en ningún caso habían despertado el impulso de "situarlos" con tanta fuerza como el definido y pequeño Nappié. No eran, como lo era éste por lo perverso de su definición, resultantes de fuerzas, ya fuera en grado absoluto o comparativo; era como si los elementos constitutivos de aquellos hubieran sido simples y escasos, mientras que detrás de este más mezclado y, como decimos ahora, evolucionado compañero (sus mismas simplicidades, las carencias de sus potencialidades, estaban todavía en evolución), se concentraba no sabía decir qué orden social protector, qué enmarañada complejidad creativa. En cuanto a si llegué a creerlo medio indio de rasgos y color sólo porque sus padres ingleses estaban relacionados con el vago conflicto indio, no sé qué decir; pero su exótica y, sobre todo, audaz e incluso concebiblemente "mala" cara juvenil, elegantemente ajena a la norma, permanece aún hoy inalterada en mi recuerdo; presagio de cualquier aventura terrible que uno pudiera concebir (y que yo concebía), y también de lo que ya entonces yo debía de considerar vagamente el juego de las "pasiones". Se me borra, y me atrevo a decir que me limito a constatar su desaparición, como en los demás casos; y debió de vivir su vida, en la forma que ésta llegara a adoptar, con la menor cantidad posible de sumisión al momento o a las responsabilidades, y sin desperdiciar energías en pensar en las musarañas, o paciencia con ningún sustituto de su propio humor.

Teníamos otro compañero, nativo del lugar y con intereses eminentemente locales, y que, sin embargo, llegó a escapar brillantemente, con posterioridad, de todo asomo de oscurecimiento. Su interés más inmediato de aquella temporada lo constituía la pastelería de la ciudad, establecimiento que entonces juzgábamos supremo por sus tartitas de manzana entrelazadas y sus bizcochos borrachos... Que eran el ambiente doméstico del joven Coquelin, del que lo que más intensamente envidiábamos era que, cada vez que levantaba su notabilísima nariz, daba testimonio, fantaseaba yo, de la mayor gama posible de olfateos domésticos gratuitos. A C.B. Coquelin lo tengo aún más presente, tal como era entonces, por lo que aprendimos a llamar el "valor" de esa nariz cuyo aplomo y atrevimiento la convirtieron en toda una trompeta de promesas. Dejando a un lado, no obstante, aquel atributo de su larga carrera de interesantísimo y polifacético actor de comedia —o, al menos, el más insuperable diseur dramático de su tiempo—, yo no dudaba de que, siendo sus antecedentes los ricos entresijos de la industria paterna, su identidad más sutil estribaba en su privilegio, o puede que en su habilidosa maña, de servirse a su antojo.

Estas imágenes, sin embargo, no eran sino gotas en el cubo de mi sensación de captar carácter a nuestro alrededor, como digo, en toda ocasión y circunstancia; carácter que, me gustaba pensar, empezaba en nuestra propia residencia, la más espaciosa y pomposa que Europa nos había deparado hasta entonces, a pesar de que daba a la Rue Neuve Chaussée, calle de animado comercio —en las proporciones de esa edad inocente—, y tenía su planta baja ocupada por una apretada exposición de indescriptiblemente inútiles anieles de París. Moderna y cómoda como

era, su balcón dominaba un conjunto de apretadas, desaparejadas y extravagantemente bautizadas sedes de ese comercio provinciano más adormecido y pasivo que emprendedor y audaz; lo que nos deparó enormes cantidades de vida inofensivamente inquisitiva, mientras sufríamos, en nuestra misma casa, el asalto de toda la gama y algunas notas destacadas de nuestra modernidad elegante. El joven, receptivo (receptivo a todo) y, al parecer, opulento *monsieur* Prosper Sauvage (¿era así?) no hacía mucho, si no me equivoco, que había heredado el lugar, todo un "monumento" a la ambición de la familia (de una familia tan modestamente de pueblo como bien dispuesta); con una amplia prolongación trasera, al otro lado de un precioso y luminoso patio, que le servía de vivienda, y que así ganaba elegancia, entre *cour et jardin*, y mostraba todas las simetrías felices y las convenciones apropiadas. Aquí floreció (o más bien, sospecho, languideció) un drama familiar cuyos rumorosos desbordamientos pudimos disfrutar. Francamente pasmoso me resulta, confieso, el sentirme todavía testigo del conmovedor drama familiar de nuestro resignado casero, del que vuelvo a ver salir y entrar a un par de figuras de lo más satisfactorias desde el punto de vista dramático, con el acabado justo... Debo limitarme, en fin, a apuntar estas cosas y pasar de largo; porque casi ningún otro elemento en todo el concierto de imágenes destacadas de Boulogne careció, después de todo, de una significación aún más extrañamente social o más distintamente espectacular. Siento que estas apariciones se me deshacen, una vez más, al acercarme, durante aquel interminable intervalo de paseos y salidas por prescripción médica que me deparó mi lenta convalecencia de las altísimas fiebres, a aquella estrecha y un tanto oscurecida bocacalle de la Rue de l'Ecu (¿era así?) que conducía al animado y pintoresco puerto a cuya derecha montaba guardia la Biblioteca Inglesa Merridew, solaz de mis horas ociosas y, a su manera, templo de hondas iniciaciones. He de reconocer que aquí cesa mi capacidad de discriminación: pues cada detalle de la impresión, vivo y fresco entonces, se entrelaza con todos los demás en el gran regazo del conjunto. Aquel animadísimo puerto tan abigarrado, soleado y oreado, con sus clásicos y admirables pescadores de ambos sexos, ejemplos acabados de tipo y tono y de lo que podría considerarse un dechado de hermosura en aquel entorno tan deteriorado por los elementos, hubiera sido el reclamo más poderoso para la atención si lo que puedo llamar su aspecto thackerayano, con toda la abundancia de ejemplos de la agudísima gama satírica de éste, no se hubiese interpuesto constantemente y competido con él. La escena abundaba, según vuelvo a apreciar en ella, en imágenes de Compañeras del hombre, incluidos el señor Deuceace y otras cincuenta figuras de la misma autoría, entre los que no faltaba un Bareacre y un Rawdon Crawley y, por supuesto, algunas señoras Mack, sin olvidar a alguna que otra Rosey de frescura un tanto ajada y lozanía marchita, o a los coroneles Newcome achacosos y encorvados, aunque sin duda nunca tan aparentes: más representantes, en suma, de los que puedo enumerar ahora. Todos los rasgos de estas figuras del señorito vano, ajado y sutilmente siniestro, del más o menos desacreditado y desesperado y, de modo más particular quizá, del incurablemente desvergonzado, eran, estoy seguro, más fuertes y caracterizadas que las que apreciamos en casos más o menos similares bajo la igualitaria luz presente. Aquellos caballeros patilludos, untados en loción y sin blanca, descarados, campechanos y fanfarrones, y aquellas damas empingorotadas, sus compañeras, todos con el aspecto de estar allí por pura diversión inofensiva... Bastaba estar entre ellos para sentirse todo un Arthur Pendennis" que supiera a la perfección, o al menos adivinase implacablemente, quiénes y qué eran. Habían sido arrojados a la marea de las costumbres entonces en boga, creo, en forma de abigarrado cortejo para el que no dan abasto nuestras propias e inmensas carencias, cuando no nuestros puros aburrimientos; por lo que la nota viva de Boulogne, bajo una mirada más atenta, era realmente el contraste entre una raza nativa con el mejor humor posible, independiente y en su punto justo de sabor, y una colonia variable —en la medida en que las personas que la componían podían variar, bien por urgencia o por especulación— inimitablemente reñida con cualquier frescura patente. Y el grupo rancio y volandero —aunque apenas reincidente—, el grupo más densamente integrado, era el de los ingleses, mientras que el "verdadero", el robusto, el firme y venteado era

el francés; todo inundado en color y ataviado con trajes pintorescos y merecedor del testimonio escrito y pictórico, literario e histórico, tal como podía permitírsele una época más divertida en su sencillez y menos abocada a la uniformidad. Cuando hablo de este contraste, lo veo una vez más manifestarse en una antítesis que, en uno y otro lado, engullía de un bocado todas las diferencias. La exhibición británica, en general, tal como la gozábamos allí, en medio del insulso desierto Victoriano, tenía como signo más determinante, creo, el aplomo con que llevaba su falta de elegancia; mientras que no había más que volver la vista a los marinos y pescadores que encarnaban la verdadera fuerza del lugar para sentir que derramaban a cada paso y por puro instinto de la apariencia una perfecta lección de gusto: ahí estaba, para ser aprendida y asimilada, sin que los personajes "superiores" fueran capaces de captar la moraleja. Me refiero, por supuesto, sobre todo a aquellas mujeres curtidas, fajadas y cubiertas con pañuelos, activas y productivas, con sus cortas faldas y aquella soltura de miembros en plena faena; pues al igual que, en la escala de lo grosero, este sexo ofrece siempre los ejemplos más destacados, allí donde prevalece el sentido de lo adecuado, de lo certeramente armonioso y agraciado ellas dan la nota más alta, como si ésta fuera un tesoro encomendado a su devoción. Acertar plenamente en medio de las ocupaciones diversas de un ama de casa y mujer de pescador, estar —en especial— tan bravamente desnudas por debajo y tan perfectamente envueltas por arriba como estas matronas y estas mozas de zancada larga, pescadoras de gambas y mariscadoras de cangrejos, que bregaban con las mareas con el agua por la cintura y daban vida al mercado, era convertir la gracia en algo completamente práctico y la discreción en pura vivacidad. Estos atributos se presentaban en ellas, sin embargo, en una gama demasiado amplia como para ser abarcada por mí, pues, al igual que su desnudez profesional era una manera de vestirse perfectamente coherente, su atavío casero y más formalmente público o abiertamente festivo incluía toda la variedad de elementos esenciales —la cofia, el pañolón, la sobria falda, la media estirada, oscura y visible y el resonante zueco, sin olvidar los largos zarcillos de oro o la alta cruz pectoral maciza—, con un respeto hacia el rigor de las convenciones que tenía toda la belleza del respeto por uno mismo.

No debo a ninguna estación de todo este periodo la conciencia que guardo de innumerables paseos a solas, privilegio que obedecía a razones que ya he examinado, y que, las más de las veces, tenían lugar a lo largo de las empinadas callejas de aleros bajos y vistosamente pintadas del barrio de pescadores y a lo largo y a lo ancho de la lisa línea de playa y el ininterrumpido acantilado que se extendía más allá; sede, este último, de aquel ingente campamento de invasión reunido por el primer Napoleón, lugar al que daba todo el énfasis especial que uno pudiera pedir un monumento que recuerdo tan fútil como demostró serlo aquella empresa. La misma libertad gozaba yo con respecto a la haute ville, las murallas y aquellos dispersos y maltrechos bancos de mis ensoñaciones (si puedo honrar con ese nombre el uso que yo hacía de ellos). De un modo no menos complaciente, estos paseos me mantenían en contacto con aquellas casas de extravagante antigüedad y como encogidas sobre las que la rígida ciudadela y el fantasma de Catalina de Médicis, que había tenido una triste estancia en ella, proyectaban un escalofrío que llegaba a asombrarme; y una de las cuales, en particular, debió de ser testigo de la inolvidable escena de la Veterana y el fiambre de ternera. Dista mucho de haberseme extinguido aquella modesta pregunta mía de entonces, sin duda tan mentalmente frívola como desvergonzada, sobre qué clase de vida humana podía esconderse en aquellos andurriales, y que expresaba mi aceptación final de una paz buscada o impuesta: pues me sentía absolutamente emplazado y obligado a dilucidar, en la medida de lo posible, qué representaban éstos en un mundo tan cargado de significados. Pienso que la fuerza que me sustentaba en aquella época que sólo puedo presentar como terriblemente gris era esta necesidad vivamente sentida de que todo representase algo más de lo que inmediatamente, y con demasiada brusquedad, saltaba a la vista; tengo la impresión de haber ido con ella a todas partes y —por supuesto, sin signos exteriores que pudieran haber traicionado mi fatuidad— haberla aplicado con denuedo y ansia. Lo que yo quería, en mi presunción, era que el objeto, el lugar, la persona, la impresión sin reducir —y, con frecuencia,

irreductible— me revelasen algo de una situación; pues yo vivía en medio de situaciones confundidas y confusas, y de este modo las prendía, aunque fuera de un modo extraño, a casi cualquier superficie viva que pudiera encontrar. Mi recuerdo de Boulogne es que en casa no teníamos trato social casi de ninguna clase —a nuestro alrededor no parecía haber más que una clase de trato, y éste era de una audacia inmediata y excesiva, o demasiado temible—. Con todo, puedo rescatar de nuestro exiguo círculo alguna que otra figura ocasional, que relaciono, pese a todos los eslabones que me faltan, con las silenciosas casitas junto a la muralla; figuras de extrañísimas, y puede que bastante desaseadas, damas inglesas, con aquellas pamelas, aquellas faldas completamente circulares a rayas escarlatas, aquellos perpetuos guantes ajustados y aquellas pretensiones explícitas de linaje que las caracterizaban como distintas al resto de los habitantes de Boulogne. Estos ejemplares Victorianos de perfecta coherencia estaban, a mi juicio, cargados de "representaciones", y representaban, antes que nada, la literatura, la historia y la sociedad. La literatura era la de las novelas de tres tomos, que entonces, y aún después, gozaba de su más amplio y sereno apogeo; porque aquellas damas, cada una por su lado, ansiosamente, terriblemente, "escribían"... Y eso debió de bastarme para ver en ellas toda la historia que yo evocaba.

Los horribles meses —como creo apropiado llamarlos, especialmente en su segunda fase— están, repito, pervertidos o, mejor aún, oscurecidos por mi salud temporalmente dañada; lo que debería impedirme estar demasiado seguro de estas pequeñas porciones de experiencia que yo iba a recordar posteriormente como el que extiende su mirada sobre un páramo; en medio del cual, no obstante, florecen, como afiladas certezas dignas de ser tenidas en cuenta, asuntos como el idilio con Merridew, el ya mencionado bibliotecario inglés, a la entrada del puerto; conexión que, después de todo, se me impone ahora como el verdadero centro de mis percepciones, saliéndome al paso por entonces, cuando yo iba y venía, con más frecuencia que cualquier otro objeto o impresión. La cuestión de lo que ese lugar representaba, o podía ser inducido, ayudado e instigado a representar, bien pudo absorberme por completo... pues en el abismo que se extendía ante mí sólo podía abrirse otro abismo. El lugar "significaba", en estos términos y para empezar, fantasía sin límites y con todos los beneplácitos que merecía mi estado de ya constatado reposo; y dilucidar lo que este lujo particular representaba podría haberme llevado incluso más tiempo del que podía permitirme. La bendita novela en tres tomos ejercía, en virtud de su forma y por razones que aún hoy quedan más allá de mi capacidad de sacarlas a relucir, una atracción que casi le permitía hacer conmigo lo que quisiese. Lo que puede parecer una confesión tonta, más tonta aún cuanto más pretenda desarrollarla; de lo que me salva, en fin, la misma dificultad del caso. Demasiados recuerdos asociados y un exceso de fermento de memoria y fantasía se remueven, me acosan una vez más, se alzan y dan vueltas a mi alrededor mientras permanezco, como entonces, dentro de las santificadas paredes de la tienda (tan del vieux temps ahora su aspecto y estilo y probado sistema: con lo que me refiero una vez más a su desaliñado y civilizadísimo carácter Victoriano) y me rindo ante la visión de los estantes atestados de aquellas generosas trinitades individuales. ¿Por qué habría de afectarme tanto el que el objeto de mi elección, tan difícil en ese deslumbramiento, sólo pudiera ser triple? Soy incapaz de decirlo: tal era la magia que residía en la mera riqueza del trío. Cuando la novela de entonces era "mala", como por desgracia era triste y predominantemente el caso, los tres tomos todavía lograban hacer algo por ella, algo que no era, extrañamente, un agravamiento del caso. Cuando era "buena" (nuestro análisis, nuestros términos de apreciación tenían una sencillez que ha perdurado), ellos la hacían abundante, opulentamente mejor; de modo que cuando, tras un intervalo de años, mi relación con ellas pasó de ser la de un lector relativamente ingenuo a —lo que vino a redundar en una afición y una agudeza superiores— la de un autor complaciente, la costumbre arrastrada desde la vanidosa juventud todavía las cubría con su manto: al menos, hasta que toda relación, por una de esas abruptísimas vueltas de la vida que nos aguardaban a los de la profesión, quedó rota, en torpes manos entrometidas y sin que mediara apenas el menor aviso, en un día, en una

hora. Además de asociarme a la nota perdida pero no olvidada de la espera, el servicio y la simpatía que vibraban en la atmósfera de Merridew, éstas representaban, sólo en lo que a encanto intrínseco se refiere, más de lo que yo hubiera sabido explicar en cualquier momento; cada uno de los tríos que tocaba caía, por su inefable historia, en la categoría de fenómenos tan apreciados como, por ejemplo, mis recuerdos de demorarme en la Rue des Vieillards, en la época de la que hablo, con la idea de que algo vago y dulce —por no decir algo de infinita trascendencia y aplicación futuras— resultaría de aquello. He aquí un recuerdo que nada me induciría a verificar, por ejemplo, a la luz de una nueva visita; pero iba a ser bueno para mí —bueno, quiero decir, para lo que a mí me gustaba considerar mi inteligencia o mi imaginación, mi conciencia oscuramente específica de las cosas— el que yo me demorase de ese modo. El nombre de la calle conllevaba, en sí mismo, una persuasión tan gentil e íntima que yo debía avergonzarme de no emprender, por su misma gracia, alguna sombra de respuesta activa. Y siempre cabía una parada especial en aquel escenario breve y vacío, acogedoramente vacío, con el vacío que dejan las cosas antiguas, establecidas y cada vez más lejanas; vacío, en suma, por eso que Matthew Arnold llamaba "el hastío de las edades medias" y no, mísera y pobremente, con anterioridad a esos estados, que era la clase de vaciedad que yo había conocido con más frecuencia. Esta parada fija era junto al escaparate de una tienda enjuta y solitaria, un lugar sin ninguna amplitud, pero con una especie de alegre confianza inmutable, y donde, entre diversos materiales artísticos, se exhibía una acuarela de algún artífice nativo y posiblemente admirado entonces, y que en todo ese tiempo no fue cambiada más que en una ocasión. Tal era, a fin de cuentas, el eje alrededor del cual giraban mis revoluciones: la cuestión de si encontraría o no, en un momento dado, el viejo cuadro cambiado. Hice de aquello, cuando la suerte quiso, todo un acontecimiento..., un acontecimiento que tendría que haber tenido por escenario la preciada Rue des Vieillards; rasgo mío de inventiva ante el que, por tenue que pueda resultar el recitado de placeres de esta clase, me deshago en abismos de ternura.

Todo esto, en la medida en que ha de ser corregido, me deja poco sitio para mi servicio al bueno de *monsieur* Ansiot, prestado mientras mi hermano mayor y el menor —el menor completaba nuestro grupo de los sin institutriz— estaban sujetos ininterrumpidamente al confinamiento escolar. El martirio de éstos llegó a ser, todavía me sonroja decirlo, apreciablemente más oneroso, comparado con el mío, durante el más largo de nuestros periodos de frugal exilio de París, aquel tiempo de apuros en el que le volvimos la espalda a la Rue Montaigne y gocé del privilegio de pasear sin rumbo fijo en las tardes de invierno y primavera. El apacible *monsieur* Ansiot, bajo cuya autoridad yo me sentaba tres horas cada mañana, solo y a salvo de burlas —incluyendo las tuyas—, era una curiosidad, un bendito, puede que incluso una nulidad; pero, salvo por un sentido y no olvidado impulso mío de abrir la ventana del cuarto de estudios en cuanto se iba, no era en absoluto un ideal. Podría postularse aquí, si yo pudiera hacerle justicia, como la más singular de mis pobres evocaciones; porque no miento si digo que era él lo que más literalmente olía a antigüedad. ...; circunstancia sobre la que me consta haber pensado y cavilado no poco, con retazos de recuerdos y atisbos y otros indicios que no alcanzan a explicar el triunfo de ese sentido en particular. No miento, insisto, si digo que era poco menos que un monstruo...; quiero decir, en lo que se refiere a la masa maleable y blanda de su presencia personal; por lo que la idea que tengo de él es la de una especie de marsopa fofa, resoplando violentamente en un medio temporal que no era el suyo, como si hubiera tenido que cambiar las profundidades por el aire. Me impresionó por una especie de absoluta antigüedad de tipo, tono y, sobre todo, de gusto serio; esto último, me refiero, en literatura, puesto que era la literatura lo que explorábamos juntos, en beneficio de mi captación, a la vez encantada y avergonzada, de las diversas tradiciones firmes, las puras convenciones y los puntos de discusión —extrañamente tantos y tan pocos al mismo tiempo— de ese campo, tal como se presentaban en su pío parecer. Tenía a mi disposición, en este soberano ejemplo de superviviente accidental sin conciencia de ello ni pretensiones, tan superfluo como prescindible, un caso singular de dómine provinciano y

académico; por más que, incluso al escribirlo, veo que el buen hombre resultaba demasiado inofensivo y pacífico, demasiado atenuado en la modesta realidad de su persona y circunstancias, de su exceso de vida en soledad, para merecer en justicia lo áspero de esta clasificación. Se apoyaba, con un peso que yo apenas sentía —tal era la confianza que, sin reparo, estableció entre nosotros— en la alegre inocencia de mi condición de bárbaro; y aunque nuestras mañanas eran cortas y sujetas, creo, a intervalos somnolientos y a otras honradas arideces, llegamos a repintar juntos, deduzco, con ayuda de una selección de extractos de los verdadera y académicamente grandes —su único recurso, contenido en una pequeña colección portátil, conservada en mugre, que guardaba en sus bolsillos— un trozo del cuadro constituido por el clasicismo salvador, distinto del ruinoso. Lo que sigue pareciéndome importante es que, una vez dicho todo —e incluso sin haber dicho todo lo que podría haber tenido importancia inmediata— me rindió tales servicios que me dejaron, hasta el lejano día de hoy, en un estado de posesión de su persona que es todo lo contrario a un vacío: una vez más, de la misma manera en que yo había padecido y resistido los pupilajes en otras ocasiones y, sin embargo, llegaba a apropiármelos de un modo íntimo y perverso; lo que iba a redundar tan poco como siempre en mi favor, en lo que a sus enseñanzas expresas se refiere. El vacío que llena se colma de valor por el hecho de que, sin su ayuda, yo no habría sido capaz de reclamar, independientemente del valor que tenga, ni la décima parte (permítanme que generosamente fije esa medida) de mi conciencia "activa" del vieux temps. ¿Cómo no reconocer, entonces, que habíamos plantado juntos, con tino más que suficiente, algunas de las semillas de esa labor? Aunque la cosecha hubiera de aplazarse tanto.

Todo, ya lo he dicho, hubo de ser resignadamente, aunque sin jactancia, aplazado en aquel periodo; y hasta los servicios de *monsieur* Ansiot se hunden en la débil mezcolanza que había empezado a extenderse ante mí, hasta hacerse inmensa, durante aquel día o dos de nuestra primera estancia, cuando, al exteriorizar extraños dolores y aprensiones, me metieron en la cama sin más. Todavía tengo presente mi aguzada percepción, una hora o dos después, de estar en grave peligro y, tal como sucedía en ese momento, solo. Presentes tengo los sonidos de la tarde, la modesta animación de la calle de Boulogne al otro lado de la ventana entreabierta. Presente tengo, sobre todo, la extraña sensación de que había comenzado algo que supondría, para mí, mayores diferencias, directas e indirectas, que cualquier otra cosa que me hubiera sucedido antes. Es más que posible que percibiera, allí mismo, como cuando se desvanece un día y sobreviene la transición a algo súbitamente extraño, el verdadero alcance de todo aquello. Debí, muy impresionado y medio asustado, sentir deseos de suplicar; por lo que salté de la cama, demasiado débil, y di unos pasos vacilantes en dirección a la campana que había justo al otro extremo de la habitación. La cuestión de si realmente la alcancé y la hice sonar ha quedado sumida, con posterioridad, en el remolino mareante en el que todo empezó a girar a mi alrededor, bajo cuyo efecto caí en un estado de inconsciencia que me viene bien aquí para abrir una considerable pausa.

¿Querés colaborar con Librodot.com?

Envía material a

libro@librodot.com

biblioteca.librodot@gmail.com

LIBRO dot .com